
FIEBRE
DE
VERANO
KATE RIORDAN
Rocaeditorial

Fiebre de verano

Kate Riordan

Traducción de Rosa Sanz



FIEBRE DE VERANO

Kate Riordan

UN CALUROSO VERANO EN LA CAMPIÑA ITALIANA.

DOS PAREJAS.

¿CUÁL DE ELLAS SOBREVIVIRÁ AL VERANO?

Nick y Laura son los anfitriones: ambos fingen que su matrimonio va bien.

Madison y Bastian son los invitados: ninguno es ni mucho menos quien dice ser.

Bajo el sol abrasador del Mediterráneo, ningún secreto puede permanecer a salvo.

Ninguna traición puede pasar desapercibida.

ACERCA DE LA AUTORA

Kate Riordan es escritora y periodista. Es una ávida lectora de Daphne du Maurier y Agatha Christie, dos autoras que han influenciado su narrativa. Vive en Cotswolds, donde se dedica a la escritura a tiempo completo. Su obra incluye *The Girl in the Photograph*, *The Shadow Hour*, *The Stranger* y *The Heatwave*. *Fiebre de verano* es su quinta novela.

@KateRiordanUK

ACERCA DE LA OBRA

«Una gran novela de verano con un gran giro final. Si estás buscando una lectura para devorar junto a la piscina o en la playa, no busques más».
Evening Standard

«Me ha tenido absolutamente atrapada».
Louise Candlish

«Bellamente escrito, totalmente inmersivo; los personajes creíbles y el entorno impresionante pero amenazante te mantendrán leyendo mucho después de que se apaguen las luces».
Katie Fforde

«Una lectura sexy, sensual y fascinante».
Harriet Tyce

«Íntima, intensa y altamente adictiva».
Emma Stonex

«Una lectura de verano oscura y sensual».
Jane Fallon

«Seductora, atmosférica e inquietante: un libro en el que perderse».

LOS LECTORES HAN DICHO…

«El mejor libro que he leído este año. Atmosférico, emocionante y completamente inigualable».

«El único libro que necesitas este verano. Apasionante, de ritmo vertiginoso y lleno de emociones».

«Adictivo. Devoré esta apasionante lectura».

«Profundamente inquietante».

«El único libro que necesitas este verano. Apasionante, de buen ritmo y lleno de emociones».

Índice



A todas las maravillosas mujeres de mi vida

Día 12

Cuando acaba todo, te levantas y miras a tu alrededor. Desprendes partículas al hacerlo, como si tu propio cuerpo estuviera hecho de polvo. Te pitan los oídos. Para tu sorpresa, el mundo sigue ahí. A tu espalda, la mayoría de los edificios se mantienen en su lugar. Cuando la tierra se asienta y la luz de la luna comienza a filtrarse de nuevo, sus estructuras permanecen más o menos intactas, aunque uno ha desaparecido, reducido a escombros.

—Vamos —dices, extendiendo la mano—. Levántate. Se ha terminado.

Avanzáis a trompicones hacia la villa. Esperas verla derribada, o al menos herida de muerte: una grieta de medio metro de ancho que atraviesa el estuco. Hay mampostería caída y el tejado tiene un aspecto extraño, como una boca sin su dentadura postiza, pero en general está bien. Luna Rossa sigue en pie.

PRIMERA PARTE

Octubre del año pasado

Han estado buscando el lugar durante dos tensas horas. Laura le echa la culpa a Nick. Él la culpará a ella. Ya ha perdido la cuenta de sus pasos en falso: caminos abandonados de gravilla blanca que no llevan a ningún sitio. Le duele la cabeza de tanto mirar el mapa que no se corresponde con el paisaje que les rodea.

El cielo de la tarde está encapotado. Los nubarrones se ciernen sobre ellos mientras bordean las colinas en su pequeño Fiat alquilado. Están a finales de octubre, y aquí cae la noche con rapidez en otoño. Mañana regresarán a Londres en avión.

A pesar de que el agente inmobiliario les ha prometido que es *molto bella*, la definitiva, un raro tesoro que nadie ha visto todavía, a Laura le preocupa que no sea un buen augurio para su plan maestro, que la casa que están tratando de encontrar sea otra decepción: o bien oscura y amenazante, sin suelos ni agua corriente, o bien tremendamente cara en cuanto muestren el más mínimo interés. Los modales del señor Ricci, lánguidos como una tarde de domingo, han comenzado a sacarlos de quicio. Laura no cree que él tenga un nivel suficiente de inglés para poder entenderla y ella tampoco sabe suficiente italiano, pero siente ganas de decirle: «¿Sabes lo importante que es esto? No estamos buscando una casa de vacaciones. Necesitamos empezar una nueva vida».

Se desvían de la carretera y siguen dando tumbos por otra *strada bianca*. Está rebosante de olivos deformes, cuyas ramas intentan arañar la pintura del Fiat como dedos artríticos. El hecho de que quizá tengan mil años de antigüedad, de que la accidentada calzada pudiera haberse construido antes del nacimiento de Cristo, ya no le resulta tan romántico.

Laura se lleva una mano al vientre y Nick pisa un poco el freno al verlo. Todavía está plano, pero es lo normal a las ocho semanas. Es lo que tiene la fecundación in vitro; una de las muchas cosas. Supo que estaba embarazada desde el primer momento. Anoche, en la casa de huéspedes en la que se alojan, regentada por una octogenaria

sonriente que insiste en que la llamen Nonna, no pudo dormir a causa de unos extraños calambres en el abdomen. ¿Sería algo bueno? ¿Una señal de que el feto se está desarrollando correctamente? ¿O el anuncio de su tercer aborto? A oscuras en la habitación, había cogido el teléfono.

«No lo hagas —susurró Nick, medio dormido, cuando se iluminó la pantalla—. No entres en esos foros».

Después la atrajo hacia su cuerpo cálido, y ella dejó caer el teléfono silenciosamente sobre la suave alfombra que había junto a la cama.

La carretera no parece tener fin, y Laura está a punto de decir que deberían rendirse cuando los árboles se dispersan de repente. Se encuentran en un claro que termina en un muro en ruinas, más allá del cual se precipita un barranco sobre un valle, extenso y bañado de verde. Nick frena con tanta brusquedad que se golpean contra los cinturones de seguridad. Él extiende el brazo para protegerla. Es todo tan inesperado que parece un anzuelo, justo cuando estaban perdiendo la paciencia. Como si la propia Italia hubiera hablado: «*Aspetate, signore, signora!* ¡Esperen!».

Se bajan del coche parpadeando. Mientras conducían, con los ojos cansados de estar pendientes de las señales caídas y de los conductores que circulaban a gran velocidad por el otro lado de la carretera, el sol ha ido cayendo lo suficiente para iluminar la parte baja de las nubes, pintándolas de un dorado celestial.

—Mira, parece un cuadro —dice Nick—. Solo le faltan un par de ángeles.

Laura señala el muro en ruinas, con un hueco del ancho de un coche entre las piedras.

—¿Crees que alguien se cayó por el barranco?

—Sería algún capo de la mafia al que le darían matarile por hablar con la policía. Seguro que le cortaron los frenos. —Hace un gesto de tijera con los dedos. Ella se ríe.

La casa está justo detrás de un enorme ciprés en el otro extremo del claro. La caída es tan pronunciada que la fachada parece flotar sobre el valle. A medida que se acercan, el estuco de las paredes se tiñe de oro rosado. Algunas partes están agrietadas y se han caído, dejando al descubierto la piedra que hay debajo, pero esa decadencia solo contribuye a embellecer el conjunto. Los balcones de hierro forjado se enroscan bajo las ventanas del piso superior. El más grande, situado en el centro, debe de dar al dormitorio principal, o quizá incluso a una suite. Laura se imagina una bañera con patas desde la que podría contemplar los chubascos de verano en el valle, ensombreciendo el terciopelo verde que cubre tan artísticamente las antiguas piedras. En ese momento, una aldea en la cima de la colina

fulgura al sol a lo lejos, con sus paredes grises y sus tejados de terracota en tonos ocre y carmín.

Llevaba años buscando propiedades en Italia por Internet, mandándole enlaces a Nick, fantaseando con empezar una nueva vida en otro país; una antigua mansión llena de rincones y recovecos, de un tamaño que jamás podrían permitirse en Inglaterra, para arreglarla y convertirla en casa de huéspedes. Pero había sido poco más que un juego hasta el segundo aborto. Después de eso, trasladarse se convirtió en la única alternativa para Laura, su plan b. Sabía que Nick no estaba seguro, pero llegaron a un acuerdo: si la tercera ronda de FIV no daba resultado, se lo plantearía seriamente.

El corazón le late a mil por hora. Siente una especie de desesperación al pensar que Nick pueda no ver lo mismo que ella, que no entienda lo que significa este lugar. «Me moriré si pierdo esta casa también», se dice con total seriedad. Está segura de que volverá a tener un aborto. Solo es cuestión de tiempo. Mira a su marido, que ya está en la puerta principal, introduciendo en la cerradura la enorme llave de hierro que les dio Ricci.

«Me lo debes, Nick», piensa, uno de esos pequeños reproches que le vienen a la cabeza sin proponérselo, pero entonces se abre la puerta y él se vuelve hacia ella con una sonrisa. Laura puede ver su propia emoción reflejada en su rostro. Sigue siendo un rostro amado. Más tranquila, se encamina hacia él, y hacia Luna Rossa.

Mayo de este año

Luna Rossa es suya. Ahora viven aquí, en Italia. Cada vez que lo piensa, Laura experimenta una sacudida, una pequeña descarga eléctrica ante el hecho de que hayan abandonado tan completamente su antigua vida por esta nueva. Semejante atrevimiento hace que se sienta mejor que en los últimos años, quizá desde que recuerda.

Dos semanas después de haber encontrado la casa, tras realizarle una ecografía, le dijeron que había perdido al niño. No hubo hemorragia: había sido un aborto espontáneo sin expulsión del tejido fetal. En su afán por prepararse para el embarazo, su cuerpo no se había dado cuenta de que el embrión había dejado de desarrollarse. Distraído por el zumbido de su propia actividad, no había notado que el diminuto corazón se ralentizaba hasta detenerse.

Ha pensado mucho en ese último latido. A juzgar por los cálculos, el corazón se había parado cuando estaban en Italia. Seguramente fue durante la noche, mientras estaba sumida en un profundo sueño, aunque tal vez ocurriera al subir las escaleras metálicas del avión en el aeropuerto de Ancona, nerviosa porque nunca le gustó volar, pero embelesada por la villa que ya ocupaba sus pensamientos.

Suponía que el embarazo se malograría, como los anteriores. Por supuesto que sí. Al mismo tiempo, también había creído que este llegaría a término. En parte porque había sentido más náuseas y agotamiento que las otras veces, pero también, absurdamente, por lo que se dice de que «a la tercera va la vencida». En cambio, y debido a que no había abortado de la manera adecuada (sino salvando las preciadas sábanas blancas de Nonna), iba a tener que tomarse unas pastillas para que su útero se contrajera con tanta fuerza que expulsara lo que las enfermeras llamaban el producto de la gestación. Qué eufemismo tan pulcro. Eran o bien las pastillas o bien una dilatación y curetaje con anestesia general, y había decidido que prefería hacerlo en casa.

«¿Quiere una foto? —le preguntó la ecografista después de la última exploración, mientras Laura se vestía—. Hay quien la pide,

pero no tiene por qué».

Nunca había dicho que sí. Esta vez solo lo hizo porque había llegado al final del viaje. La ecografista pulsó un botón y la máquina escupió un cuadrado monocromo brillante, como una Polaroid. Allí, en el oscuro y extraño terreno de su vientre, había algo pequeño y blanco. No recordaba en qué momento un embrión se convertía oficialmente en un feto. Se llamara como se llamase, no era un niño, todavía no. Muchas mujeres sí lo veían así, claro, y entendía por qué, pero ella no era capaz de hacerlo. Sin embargo, los latidos del corazón eran otra cosa. La asociación entre un corazón que late y la vida, entre un corazón parado y la muerte, era muy difícil de disolver.

Mientras guardaba la fotografía en el bolsillo interior de su bolso, se le ocurrió que solo ella sabía que no iba a ser madre: ella y esa amable ecografista en cuya etiqueta ponía el nombre de Mila. Nadie más en el mundo.

—Su nombre —susurró, mientras se cerraba la cremallera de las botas y cogía el abrigo—. Es bonito. —Y Mila había sonreído con tristeza.

Nick lo supo pronto, desde luego. Lo llamó al salir de aquella habitación sin ventanas, de paredes desgastadas de plástico pálido. Pero, incluso entonces, su cuerpo no se había enterado aún, ni cuando subió a un Uber y la llevó a casa un conductor afortunadamente silencioso, ni cuando descubrió lo que había en el iPad de Nick mientras esperaba a que volviera del trabajo. Y eso fue quizá lo más extraño de todo. Sintió una profunda lástima hacia su cuerpo, que seguía preparándose para el embarazo: la producción de hormonas, el engrosamiento de las paredes del útero. El hecho de que todo ello continuara, de modo tan fútil, le parecía patético en el sentido más suave de la palabra, que ya nadie utilizaba: digno de piedad.

Nick y ella no han hablado de nada de eso desde que tomaron posesión de Luna Rossa. En realidad, Laura ni siquiera se permite pensar en ello, al menos dentro de la casa. Si lo necesita, hay un rincón tranquilo junto a los tilos, que no se ve desde la villa. A veces se lleva la imagen de la eco, y solo la saca cuando está segura de que nadie la observa.

Una vocecilla supersticiosa en su cabeza suele decirle que enamorarse de la idea de otra vida en el extranjero fue lo que hizo que ocurriera, que, de alguna manera, su acuerdo con Nick les había indicado a los dioses que ella deseaba estar en Italia más que tener un hijo. Sin embargo, cada vez consigue silenciarla mejor. A medida que los días se vuelven más calurosos y el espantoso invierno de Londres se hace más lejano, casi no la deja hablar.

Este es su momento favorito del día, el atardecer suave y relajante, cuando el jardín se va atemperando con rapidez porque sigue

haciendo fresco al bajar el sol. Es cuando la voz está más tranquila, y también cuando Nick y ella se llevan mejor: abandonan la interminable lista de tareas hasta mañana, abren una botella de vino, los planes para la cena se van concretando poco a poco. Guarda la foto en el bolsillo trasero de sus pantalones y se dirige a la cocina.

Esta noche no se molestan en guisar nada. Laura restriega ajo en largas rebanadas de chapata y las embadurna con el aceite de oliva que compran al final de la carretera, en latas grandes que parecen bidones de gasolina. Incluso la valiosa primera prensada, de un delicado color verde pálido, pero con sabor a pimienta, es una ganga aquí, en la región de Las Marcas. Oculta entre el escabroso espinazo de los montes Apeninos y el mar Adriático, nadie había oído hablar de ella en casa. «Está al este de la Toscana, pero es más barata», terminaba diciendo, para hacerse entender. Ahora cubre el pan de bordes tostados con rodajas de tomate, diminutas aceitunas negras, filetes de anchoa y albahaca. Le duelen los hombros después de haber decorado el cuarto de huéspedes más pequeño, pero es un dolor gustoso.

Se sientan a la mesa que ya estaba en la cocina, demasiado aparatosa para moverla, con su madera pálida y sedosa tras décadas de fregados, y se recuerdan lo que estarían haciendo si siguieran en Londres: lo que todavía hacen sus amigos en ese mismo instante, atrapados en los túneles del metro bajo la ciudad, respirando el calor rancio de los desconocidos, apretando los dientes contra el chirrido de las ruedas en las curvas. Lo que estaría haciendo ella: soportar el tedio de un claustro que se alarga, tal vez, o enfrentarse a un montón de ensayos sobre Macbeth de hace diez años.

Laura no añora demasiado su antigua vida, pero es al final de una jornada de trabajo físico en la villa, mientras limpia los pinceles o apaga la máquina de coser, cuando se siente más exultante, más segura de que han tomado la decisión correcta. Durante esas horas mágicas, logra desterrar todas sus dudas aunque sea por un rato.

«¡Vamos a comprarnos una casa en Italia!», les decían a los amigos que invitaban a cenar en su pequeño adosado de Balham, mientras las gestiones avanzaban a paso de tortuga a causa del previsible embrollo de la burocracia italiana. Pero no era solo por presumir. Tanto ella como él medio temían, medio esperaban que el otro se lo callara; pronunciarlo en voz alta delante de testigos suponía una especie de prueba. «Cuatrocientos mil —añadía Nick, aunque Laura lo consideraba un poco vulgar—. Una villa con tres hectáreas de terreno, edificios anexos y hasta un olivar, por menos de lo que nos costó esto. Básicamente vamos a tener nuestra propia aldea».

Ninguno de sus amigos les preguntó si iban a seguir intentando tener un niño, cosa que ella les agradecería eternamente. Habrían

supuesto que tres rondas fallidas de fecundación in vitro eran más que suficientes para cualquiera. Aun así, había querido dejar claro que no se marchaban a Italia para huir. Laura lo veía como todo lo contrario: un «que te den» como una catedral a todo el «viaje» de la fertilidad. «No, no podemos tener hijos, pero mira qué vamos a hacer».

—El trastero de Casa Giuseppe está lleno de escorpiones —dice Nick entonces, con la boca llena de bruschetta—. Ahora los aplasto y fuera. Ya me da igual. ¿Te acuerdas de la primera vez?

Ella se ríe. No mencionan los escorpiones en los correos electrónicos que mandan a la familia. Ni siquiera sabía que hubiera escorpiones en Italia. Tampoco hablan de los temblores de tierra, aunque ya ha habido unos cuantos de poca intensidad. La región es propensa a los movimientos sísmicos. Lo sabían antes de comprar. En 2016, la ciudad de Amatrice, a poco más de una hora al suroeste, quedó prácticamente arrasada. Habían visto las imágenes en las noticias en Londres, cuando mudarse a Italia seguía siendo un mero sueño: ruinas medievales y supervivientes siendo rescatados de debajo de ellas. El alcalde había dicho: «La ciudad ya no existe» y fue citado en todas partes. Laura se dice a sí misma que acabará haciéndose a la idea de que aquello podría volver a suceder, en cualquier momento.

Casa Giuseppe es un dúplex que forma parte del terreno. «Parte de la finca», dice Nick, solo medio en broma. A diferencia de las dos viviendas adyacentes, a las que les falta el tejado, la de Giuseppe está en bastante buen estado.

Giuseppe no es una persona de verdad. Laura se inventó el nombre cuando abrieron la puerta y descubrieron una cápsula del tiempo de los años setenta, como si alguien se hubiera marchado sin mirar atrás hacía más de cuatro décadas. Todo era formica, madera con múltiples capas de barniz y papel pintado con espirales de color amarillo y marrón. Incluso el crucifijo que había sobre la cama era de un naranja oscuro horripilante. Había latas oxidadas de tomates en los armarios y una maquinilla de afeitar en el lavabo del baño, con pelillos negros aún pegados a la hoja, como limaduras de hierro. Se imaginaba a Giuseppe afeitándose allí, a la luz de la mañana, con un chaleco blanco que le cubría la panza y unos tirantes que le sujetaban los pantalones.

«Puede que Giuseppe rompiera el código de silencio de la mafia —había dicho Nick, pasándose un dedo por la garganta—. ¿Cómo se llamaba…? —Se golpeó la cabeza con la mano, exasperado, pero luego se le iluminó la cara—. Ah, sí, la *Omertà*».

Ahora, Laura le ve dar otro enorme bocado a la chapata, mientras el aceite con ajo le chorrea por la barbilla. Está encorvado sobre su plato con los codos encima de la mesa.

—Últimamente comes como un gañán —le dice ella.

—Es que soy un gañán. —Levanta la mano libre, encallecida y manchada de pintura. Dos de los nudillos tienen heridas recientes—. Tanto trabajo duro me da un hambre de lobo.

—No eres el único que trabaja. He terminado la Celda de la Monja. El techo es de un azul profundo, como el cielo. Voy a pintar unas cuantas estrellas doradas.

Les han puesto nombre a las seis habitaciones. Todavía les parece increíble que sean tantas que necesiten distinguirlas. En Londres solo tenían el dormitorio principal, el cuarto que usaban como despacho y el ático en el altillo que nunca lograron finalizar.

Tras engullir la cena improvisada, se meten en la cama a las diez, mientras la noche rodea la casa como un suave manto. Ella está reclinada sobre el iPad, él tumbado de espaldas mirando al techo, aparentemente aturdido por el cansancio.

—Ostras, he encontrado su cuenta de Instagram.

—¿De quién?

—Pues de Madison, ¿de quién va a ser? —La semana anterior habían recibido su primera reserva desde que les entregaron las llaves de la casa. Madison es la americana que quiere alojarse con su marido en la habitación más cara. El alivio había sido indescriptible. Al día siguiente, Laura sintió que se había quitado un gran peso de encima.

Hay muchas cosas de las que no habla con Nick. Además del tema de los abortos, el dinero es uno de los que más evitan. Laura ha tenido que aceptar el hecho de que el traslado a Italia no ha cambiado demasiado su relación. Quizá había sido una ingenua al pensar que lo haría. Pero la reserva (tres semanas completas con tarifa de temporada alta) los ha salvado. Y no es broma: después de invertir lo ganado con la venta de Londres en reformar la villa, solo les quedan quince mil euros. Si son prudentes, tendrán cubiertos los gastos de los próximos seis meses. Lo que significa que no van a fracasar. En esto no. O por lo menos, todavía no.

Le da la vuelta al iPad para enseñarle la pantalla a Nick. Las fotos de Madison dan muestra evidente de una vida de ensueño en su hogar de California.

—O sea, es perfecta, ¿sabes? —dice Laura, imitando el acento de una auténtica chica californiana mientras desplaza la página hacia abajo.

El Instagram de Madison resulta tan irritante como envidiable: una esterilla de yoga, senderismo, platos de comida orgánica y un pitbull rescatado con *pretzels* en el hocico. Por lo menos en la mitad de las imágenes predomina el azul: marino oscuro, cloro brillante y pantalones vaqueros desteñidos. Ella y su «maridito» (Nick resopla ante el apelativo) viven en los cañones, a cuarenta minutos del centro de Los Ángeles, cuando la autopista está despejada. Madison le relató

tan exóticos detalles en su segundo correo electrónico.

Laura no tiene que indagar mucho para saber a qué se dedican Madison y su maridito. La encuentra en todas las redes sociales.

Le da un codazo a Nick, que está medio dormido.

—Escucha, que te va a encantar. Ella es asesora de bienestar y él está metido en el mundo del cine. En Los Ángeles, ni más ni menos. Qué sorpresa.

Nick enarca una ceja sin abrir los ojos.

—¿Crees que los fabrican en alguna parte, a esos perfectos especímenes californianos? ¿En Silicon Valley?

En la mayoría de las publicaciones, Madison tiene la misma pose e idéntica expresión, con la cabeza inclinada hacia abajo y las caderas ligeramente ladeadas. Está claro que prefiere su lado derecho. Es una guapa del montón, con el cabello lustroso y jaspeado de una sirena y esos huesos largos que suelen tener las mujeres estadounidenses privilegiadas. Tanto Nick como Laura han engordado un poco en Italia, a pesar del trabajo constante: demasiada pasta, demasiado pan y demasiado queso. Y mucho más vino del que debían.

—¿Qué crees que debemos hacer cuando vengan? —pregunta Laura, girando la cabeza para mirarle.

—¿A qué te refieres?

—Pues a las comidas y tal. La web promete que los huéspedes se sentirán como en su segunda casa, pero ¿qué significa eso? ¿Comemos con ellos o les servimos la comida? ¿Pensarán que tienen pensión completa o qué?

—Pensaba que ya lo habías decidido —dice Nick con un bostezo.

—Bueno, yo escribí algo que sonara bien. No era nada concreto.

—Me gusta lo de la segunda casa. Significa que no es lo mismo que estar en un hotel. Supongo que comerán con nosotros.

—Como si fuéramos amigos.

Nick se aparta la sábana de los pies.

—Sí, eso es. Acogedor y agradable.

—Pero es que no son nuestros amigos, son unos completos desconocidos. Ahora que lo pienso, me parece una idea muy rara. Quién sabe qué clase de personas serán.

Nick se echa a reír.

—Como invitar a unos vampiros a casa. De todos modos, ya es un poco tarde para echarse atrás. ¿Cuántos años crees que tiene? —Vuelve a mirar la pantalla, entornando los ojos.

—Huy, a saber. ¿Treinta y pico? ¿Cuarenta y pocos si se ha hecho algo? O si se le dan muy bien los filtros.

—¿No tienen hijos?

—No, a menos que sean demasiado poco fotogénicos para ser mostrados.

—¿Y él dónde está? Solo salen ella y el perro. Me lo imagino con unas Ray Ban y camiseta blanca. Al estilo Top Gun, pero tatuado.

—Será el que le hace las fotos. Está claro que es El show de Madison.

—Bah, me da igual cómo sea. Él y la buena de Madison nos han salvado el pellejo. —Nick gira la cabeza y le sonríe, con los labios aún morados por el vino de la cena, a pesar de que se ha lavado los dientes —. Pero ¡qué alivio! Ahora tenemos una casa maravillosa con la que vamos a ganar dinero. Estoy muy contento de haber hecho esto, Laur. Sé que me resistí al principio, pero tú tenías razón. Siempre la tienes, maldita sea. —Estira los brazos por encima de la cabeza, suspirando satisfecho—. ¿Estamos preparados? —pregunta, poniendo énfasis en el «estamos».

En lugar de responder, le da un codazo cariñoso. Ahora que han pasado las horas mágicas, la pregunta se convierte en algo literal, el acento se traslada al «preparados». ¿De verdad estamos preparados?

Laura sigue mirando el Instagram de Madison mientras Nick empieza a roncar suavemente, extendiendo los brazos sobre la cabeza como un niño. Ella apaga la lámpara de la mesita de noche. Las persianas están abiertas y fuera brillan las estrellas. El cielo nocturno no tiene nada que ver con el del sureste de Inglaterra. Desde aquí se pueden contemplar auténticas galaxias, remolinos lechosos que marean.

Con cuidado para no despertarlo, se levanta de la cama con el iPad en la mano. Le gustaría irse fuera, hacer lo que planea bajo esas viejas luces titilantes, pero la temperatura habrá descendido demasiado. Baja por las escaleras sigilosamente y se acurruca a oscuras en el sillón que compró en un mercadillo y al que le cambió la tapicería ella misma.

Cierra Instagram y abre una ventana nueva. Entonces le viene un recuerdo de Londres, la lluvia retumbando sobre una claraboya de cristal. Acababa de regresar de la clínica por última vez. Se queda quieta un instante y decide coger el portátil. El iPad es de Nick y lo comparten. El portátil es solo suyo.

LinkedIn la pone nerviosa. Casi nunca lo ha usado, porque siempre le ha parecido demasiado tosco y corporativo. Ayer configuró la búsqueda privada, pero todavía no se fía del todo. Le mandó un correo electrónico a Lou, su mejor amiga, la persona que más ha echado de menos desde que está en Italia: «Acabo de entrar en tu perfil de LinkedIn. Echa un vistazo y dime si sale que he sido yo».

«Coño, ¿has sido tú? —le respondió Lou—. Pensaba que había sido el tío ese de Bumble. Creo que está pasando de mí. Dios, qué vida esta».

La configuración de privacidad funcionaba, pero seguía preocupada. Si él se enterase, se moriría de la vergüenza. ¿O no? ¿No

resultaba más halagador para él que humillante para ella? Él la había buscado una vez en Facebook, hace años, cuando Laura seguía estando bastante bien con Nick, y aunque la había trastocado, haciéndole soñar con él esa misma noche, no había hecho nada al respecto. Le bastaba con saber que había pensado en ella y la había buscado. Aquella pequeña inyección de autoestima la acompañó por un tiempo, un dulce cosquilleo en su interior, hasta que desapareció también.

De pronto la invaden los nervios y una sensación de inquietud. Entra a la cocina a por el vino de la cena y se sirve una copa, acabando la botella. Mañana intentará pasar el día sin beber. Siente el alcohol que fluye por su cuerpo al instante, mezclándose con su sangre, diluyéndola y corrompiéndola. Se vuelve hiperconsciente de todo: el zumbido desafinado de la nevera, cada grano de arena que le presiona la planta de los pies. La luna la observa con severidad a través de la ventana mientras bebe.

Desde que les llegó la reserva, se lleva mejor con Nick. Siempre se habían compadecido de esas parejas que discutían y se peleaban como si fuera lo más normal del mundo; se creían por encima de eso, demasiado respetuosos el uno con el otro para señalarse con el dedo como en una trifulca de hermanos. Pero últimamente habían empezado a hacerlo y, una vez instalados en aquella triste dinámica, parecía imposible parar.

Laura lo veía abandonar un trabajo de la casa para empezar otro, y se preguntaba cómo había podido pasar los últimos veinte años con él si todo lo que hacía le molestaba tanto. Estaba convencida de tener toda la razón, y al mismo tiempo detestaba su propia mezquindad: cómo cogía sus calcetines y camisetas sudadas y los arrojaba con furia al tambor de la lavadora. Entonces había comprendido por qué las mujeres resentidas hacían trizas los trajes de sus maridos.

Así que sabe muy bien que está a punto de cometer una traición, justo cuando las cosas estaban mejorando. Aunque quizá se deba justo a eso, porque el subidón de la reserva le ha dado ganas de más, de otro sorbo de vida. Pese a que llevaba un tiempo coqueteando con la idea de enviarle un mensaje, no está segura de en qué momento se convirtió en una posibilidad real. La relectura de sus antiguos diarios tampoco la ayudó mucho. Algunos días, retirada en este bello lugar en el que no conoce a nadie, donde se siente como si viviera en un cuadro, el pasado atrapado entre sus cubiertas desgastadas le había parecido más real que el presente.

Al sentarse de nuevo ante el portátil, la habitación se reduce al rectángulo de la pantalla iluminada. Va a Ajustes, desactiva el modo de privacidad y busca su nombre, animada por el vino, haciendo clic antes de que pueda cambiar de opinión. Rápida como el rayo, como si le quemara, hace clic en otra ventana. Es la página del tiempo de la

BBC, fijado en Urbino, la ciudad más cercana. Se queda mirando la fila de símbolos solares amarillos sin verlos. Su corazón late con fuerza.

Mira el reloj de la esquina de la pantalla. Esperará diez minutos y lo comprobará. Después volverá a la cama. Nick habrá seguido durmiendo durante su ausencia. A veces, cuando él está inerte a su lado, rendido tras llevar a cabo la clase de trabajos manuales que nunca había hecho antes, Laura se toca. Con movimientos leves para no despertarlo, la respiración silenciosa y superficial. No es que sea algo prohibido, claro está (a Nick seguro que le encantaría pillarla), pero se siente como si lo fuera. Así, el orgasmo es más intenso, con la espalda arqueada y los ojos cerrados en la penumbra. Luego, a veces, con el corazón todavía desbocado, se pone a llorar, y también lo hace en silencio.

Vuelve a mirar el reloj. Solo han pasado cuatro minutos. En ese momento, dos haces de luz atraviesan la oscura habitación. Después de tantos años en Londres, aún no se ha acostumbrado a lo aislada que está la villa, y tarda unos segundos en recordar que no están lo bastante cerca de la carretera para ver las luces del tráfico. Alguien estará bajando por el camino. Se levanta con el primer instinto de correr escaleras arriba y despertar a Nick. En lugar de eso, abre el pesado portalón y camina de puntillas hasta el ciprés que protege la entrada. No consigue oír el sonido del motor por encima del chirrido de las cigarras. Los faros, recortados contra las ramas del olivo, empiezan a empequeñecerse y se da cuenta de que están retrocediendo. Alguien se habrá equivocado de dirección.

Entonces se acuerda del portátil que la espera y se apresura a entrar. Solo han pasado ocho minutos, pero no puede esperar más. Y ahí está: una nueva visualización. También hay un mensaje.

«Hola, forastera. bs».

Cierra la pantalla de golpe. Luego la abre de nuevo, para comprobar que el sistema le pide la contraseña.

Mientras sube las escaleras en silencio, pisando los fríos escalones de piedra con los pies descalzos, se dice a sí misma que no se va a tocar esta noche: un castigo por su pequeña infidelidad, y por las posibilidades a las que ha abierto la puerta. Sin embargo, no puede evitar pensar en él mientras Nick sigue durmiendo, con el cuerpo vuelto hacia ella, que mira hacia el otro lado, notando su aliento que le pone la piel de gallina entre los hombros desnudos. Sintiéndose demasiado viva de repente, no se queda dormida hasta que el amanecer gris pálido se cuela por las persianas.

A la mañana siguiente, se despierta de golpe y abre los ojos al recordar el mensaje. Normalmente tarda bastante en espabilarse del todo, pero hoy no. Tiene prisa por comenzar este día.

«Hola, forastera».

Se abraza a sus rodillas, envuelta en un torbellino de pensamientos. El otro lado de la cama está vacío. Nick se ha levantado ya. Es tarde, las diez quizá. Lo sabe por la luz que hay tras las persianas, con la intensidad blanca de la media mañana. Acalorada de pronto, se aparta las sábanas. Sus piernas se ven suaves y bronceadas con los pantalones cortos de cambray azul. Se los baja por las caderas, se quita la camiseta a juego y se inspecciona desnuda: los muslos, un poco más carnosos de lo que le gustaría, pero bastante tonificados; el vientre, casi siempre plano, incluso cuando engordaba en otras partes. Se estira en forma de T, con los brazos abiertos hasta tocar los bordes del colchón, los dedos de los pies en punta, y recorre con las manos los montículos y las hondonadas de su cuerpo. Cierra los ojos, solo un momento. «Hola, forastera». El corazón le late con fuerza en el pecho.

Encuentra a Nick en su lugar habitual en la mesa de la cocina, con la cabeza inclinada sobre el iPad, leyendo las noticias. Hoy le quiere más que ayer, a pesar o a causa del mensaje. No se siente culpable. Todavía no. Puede que nunca. Sobre todo después de lo que hizo él en diciembre.

—Buenos días —dice Nick sin levantar la vista.

Laura le da un beso en la coronilla y se pone a masajearle los hombros.

—Qué bien. —Él no puede evitar que la sorpresa se refleje en su voz, y se vuelve para cogerle la mano. Es uno de esos momentos suspensivos, en los que ella podría acercarse más o apartarse sin ofenderlo. Se imagina a sí misma inclinándose, apretando los pechos contra sus omóplatos, el cabello cayendo como una sábana sobre su cara. Él la sentaría en su regazo y empezarían a besarse. Su boca sabría a café ligeramente rancio.

Sin embargo, se endereza y se dirige a la encimera para servirse una taza. La puerta del jardín está abierta de par en par y el aire ya es tan cálido que cosquillea la piel. El sol ilumina sus pies descalzos, que quedan bonitos sobre las viejas baldosas de terracota, con las uñas brillantes porque se las pintó ayer, del tono exacto del helado de pistacho.

—¿Quieres desayunar? Todavía quedan pasteles.

—No tengo hambre.

Y lo cierto es que se siente llena; de hecho, la palabra que mejor lo describe es «saciada». La voz de Lou resuena en su cabeza, como suele hacerlo ahora que no puede verla en la vida real. «Siempre adelgazas cuando te gusta alguien —dice con su tono irónico—. Estás llegando a tu peso de cazadora».

Nick, con un gesto entre inquisitivo y cariñoso, se ha dado la vuelta para mirarla mientras flexiona los pies en la puerta.

—¿Por qué sonríes? —le pregunta. Entonces se levanta y abre los

brazos—. Ven aquí.

Laura se acurruca contra su pecho, metiendo la nariz en la curva del brazo, feliz de ocultar el rostro. No puede imaginarse un olor más familiar que el de Nick, como a tostadas, a sueño y, de alguna manera, a la casa de sus padres. La embarga la emoción, que se concentra detrás de sus ojos. Espera hasta que logra tragarse las lágrimas y toma su rostro entre las manos, le da un casto besito en la boca y se aparta.

—Te quiero —dice ella.

—Sí, gracias —responde él.

Los dos sonríen ante la vieja broma. Cuando empezaron a salir juntos, a él le resultaban tan embarazosas las conversaciones íntimas como estimulantes a ella. Sin embargo, nunca le importó: le parecía enternecedor. Además, estaba tan claro que la quería que no necesitaba que se lo dijera. Desde el principio, incluso durante el último y difícil año, nunca, ni por un segundo, había dudado de su amor.

Fue ella la que lo invitó a salir la primera vez, pero ya sabía que a él le gustaba. Sucedió el verano que terminó la carrera, cuando trabajaban en un pub del pueblo de Warwickshire en el que ambos habían crecido. Nick estaba detrás de la barra y Laura servía las mesas. Habían ido a colegios distintos y nunca se habían cruzado. Al igual que ella, él acababa de terminar la universidad, aunque no se había ido de casa de sus padres para ahorrarse los gastos. Los dos estaban en el umbral de la edad adulta. Ninguno se sentía del todo preparado para entrar en ella.

Cada vez que coincidían en la cocina del pub, el chef se burlaba de ellos preguntándoles cuándo se iban a liar. Lo hacía con la misma agresividad apenas contenida que mostraba al preparar la comida, y ante los clientes a los que no les gustaba su pollo a la cazadora o su pastel de carne con puré de patatas.

Nick tenía una de esas pieles que se sonrojaban con facilidad. En realidad, no era su tipo. Sin embargo, al cabo de un tiempo, se dio cuenta de que estaba deseando que les tocara el mismo turno. Aun así, no estaba segura de si le gustaba, ni de cuánto le gustaba ella a él.

Un sábado por la noche cerraron el pub para celebrar una semana de gran recaudación y propinas generosas. Después de unas cuantas copas, Nick empezó a exhibir una faceta diferente. Era rápido y divertido, haciendo gala de una altura dialéctica que le daba mil vueltas a la de Danny, el chef. Mirándolo desde el otro lado de la mesa, Laura pensó: «¿Por qué no?».

Fue ella quien le dio un beso tras su primera cita, la que se lo llevó a la cama con una sonrisa tras la segunda. Ah, el poder que le confería una seguridad total en sí misma que no hacía sino aumentar el deseo en él. Un amor como un baño caliente dentro de una casa acogedora,

con la puerta cerrada frente a la noche oscura. Un alivio enorme después de lo que había pasado antes, durante su último trimestre en la universidad.

«Hola, forastera».

Mientras nada en la flamante piscina que acaban de poner en funcionamiento, a falta de colocar el suelo de piedras amarillas alrededor, piensa en lo que va a responder. Ya ha descartado la posibilidad de no hacerlo.

Por primera vez se olvida de contemplar la vista de las colinas, que cambian de color a lo largo del día pero que ahora son de un verde vivo. La atmósfera está tan clara que podría distinguir cada curva de las ondulaciones milenarias si se molestara en mirar. Por el contrario, sus pensamientos se dirigen hacia dentro. Deja de hacer largos y flota de espaldas, girando las manos lentamente. Arriba está su pino favorito, el que enmarca a la perfección cualquier fotografía del paisaje como una nube. Detrás, el cielo adopta un azul intenso.

Tampoco se fija en eso. Piensa en sus manos, fuertes y cuadradas más que elegantes. Lo bastante grandes para sujetarle las dos muñecas a la vez. Se sumerge en el agua para alejarse del recuerdo que atenaza sus entrañas, pataleando con fuerza hacia el fondo. Deja escapar la respiración y se hunde. Cuando sus rodillas chocan con las baldosas, abre los ojos. Odia el cloro, pero los mantiene abiertos a pesar de que le escuecen.

Espera a que lleguen los hombres que van a terminar la piscina antes de abrir el portátil. No conoce a esos dos: no son los habituales de Massimo. Nick se ha unido a ellos, en principio para echar una mano, aunque seguramente preferirían que no lo hiciera. Laura se ha percatado de que, cuando al fin los deja solos, invariablemente después de que el sol pegue demasiado fuerte, vuelven a hablar con naturalidad, y la cadencia entrecortada del idioma que aún no logra entender entra a borbotones por las ventanas abiertas, igual que el calor.

Todo eso de gesticular con los lugareños, el largo recorrido lingüístico que hay que emprender cuando solo se conocen unas cuantas palabras, le resulta agotador. No se lo ha dicho a Nick, pero cree que nunca será capaz de transmitir ni entender nada complejo en italiano. Echa de menos ser rápida y encontrar la palabra perfecta para describir algo; también los juegos de palabras absurdos. Aquí se siente tonta y lenta la mayor parte del tiempo. Sospecha que a Nick le sucede lo mismo, y es por eso por lo que prefiere no sacar el tema. Si empezaran a reconocer esos pequeños fallos, ¿cómo acabaría todo?

Lleva tantos años queriendo vivir en Italia que hace tiempo que

dejó de intentar desentrañar el origen del deseo y examinar sus componentes. Cada vez que salía el tema en una conversación, lanzaba un suspiro soñador y decía: «Algún día me iré a vivir allí». Quince días de vacaciones nunca le parecieron suficientes. En cuanto se acostumbraba al ritmo, llegaba el momento de regresar a Londres, que siempre le resultaba tan caótico e incoloro en comparación.

Pero si pudiera vivir en Italia, sería totalmente diferente. Se imaginaba hablando el idioma con fluidez, entablando amistades raras aunque significativas con excéntricos personajes. Se levantaría al amanecer para ir al mercado, con una cesta en el brazo, su cuerpo moreno y delgado. «Pero si odias madrugar —le decía Nick—. En realidad esperas que Italia te convierta en una persona diferente».

Luego llegaron los abortos, y todo lo demás, y de repente se iban a vivir a Italia. Sabía que Nick estaba preocupado en secreto por si depositaba demasiadas esperanzas, pero ¿qué podía decir él en tales circunstancias? Nada.

No sabe qué esperaba encontrar, pero, al ver que no hay nada nuevo en su bandeja de entrada, la invade una oscura decepción. Abre el mensaje que la ha asediado a lo largo de toda la noche y piensa en enviarle un correo electrónico a Lou, pero se da cuenta de que no quiere. Aunque se lo cuenta todo a su amiga, no quiere contarle esto. Desea guardárselo para sí. Todavía no lo tiene claro, y no le apetece que la opinión de Lou lo empañe, que lo catalogue de alguna manera antes de que pueda hacerlo ella.

Se pone a escribir una respuesta, pero está tan nerviosa por si pulsa el botón de enviar por accidente que abre un documento de Word y comienza de nuevo. La liberación que le produce esa página en blanco independiente transforma lo que habría sido una breve réplica ingeniosa en algo mucho más próximo a la verdad.

> No he dejado de pensar en ti en toda la noche. ¿Te acuerdas de la primera vez que nos acostamos? Tú fuiste el segundo para mí, pero yo fui tu quinta. Creía que iba a ser incómodo (creía que siempre lo sería), pero no lo fue. Estábamos en tu habitación de madrugada, la lluvia caía con fuerza por el canalón sobre tu ventana y los dos teníamos resaca de la noche anterior. Tus compañeros estaban abajo jugando al Goldeneye en el salón y la puerta no tenía pestillo, pero lo hicimos de todos modos. Me parece que hasta puedo recordar lo que llevaba puesto: una falda vaquera corta que se me movía al caminar, de modo que siempre estaba dándole vueltas para colocar la cremallera por delante. Me quitaste las braguitas con una mano, agarrándome el pelo por la nuca con la otra, pero me dejaste la falda, y me quedaba tan ajustada que el dobladillo se me clavó en los muslos cuando me abriste las piernas.

Lo borra todo y el cursor se acelera mientras pulsa la tecla. Fuera oye a Nick riéndose con demasiado entusiasmo, quizá de algún chiste penosamente explicado con señas porque su italiano es aún peor que el de ella.

«Hola —escribe—. Ha pasado mucho tiempo. ¿Es normal echar de menos a alguien al que no has visto en tantos años?». Borra eso también y en su lugar escribe: «¿Cómo te va la vida?».

Copia, pega y le da a enviar antes de que vuelva a iniciarse el debate interno. Se percata casi en el acto de que ha olvidado añadir un beso como hizo él, pero luego piensa que así es mejor. Queda más sofisticado, más distante. El antiguo juego, las idas y venidas de quién es más ansioso, quién más insistente. Dando vueltas y vueltas como las figuritas en los antiguos relojes de pared alemanes: el hombre que sale de la casa y vuelve a meterse dentro en cuanto la mujer se acerca. Dentro y fuera. De un lado a otro.

Laura va a cumplir los cuarenta años y él acaba de hacerlo, pero ya sabe, tras las pocas palabras que han intercambiado, como una fina cuerda a través del éter, que regresarían a lo mismo de siempre. Nunca sabría a qué atenerse con él ni cuáles serían sus pensamientos; nunca lo había sabido. Salvo en aquellas ocasiones en las que él le había susurrado su nombre al oído una y otra vez, en el tierno rincón entre el cuello y la clavícula, en el hueco donde se unían las costillas inferiores de su caja torácica, cuando supo que, al menos durante esos instantes, era suyo.

Fuera, Nick se ríe de nuevo, con más estridencia que el tono lejano de los albañiles. Es posible que todas sus discusiones acerca de la casa sean solo una manera de distraerse de las cosas más importantes. Algo con lo que llenar los silencios para no decir lo que piensa en realidad, ahora que puede hacerlo, que no tiene que dar clases, ni viajar en metro, ni quedar con los amigos para cenar. «¿Así es el matrimonio? ¿Esto es lo que nos espera hasta que estemos muertos?».

Últimamente ha estado leyendo sus viejos diarios de la universidad, y hay un fragmento que encontró la otra noche y que recuerda haber escrito en el tejado de la cocina de su casa, aquel último curso. Se suponía que no debían usarlo, entre otras cosas porque había que salir por la ventana del baño para acceder, pero lo hacían de todos modos. Tres noches antes, se habían besado por primera vez.

—¿Qué estás escribiendo hoy? —le preguntó Lou—. «La bella joven olfateó el aire de la noche, colmado de posibilidades. Tenía toda la vida por delante».

Laura se echó a reír.

—Sí, siempre me refiero a mí misma en tercera persona. Le da un poco de solemnidad al asunto. ¿Cómo se llamaba ese olor? Ya sabes, el

de después de la lluvia.

—Petricor —respondió Lou, tapándose la mano con la manga para abrir una botella de cerveza del supermercado.

—Siempre se me olvida.

—Mi ex, al que conocí haciendo la carrera del Duque de Edimburgo, tocaba en un grupo llamado Petricor. —Le dio un trago a la cerveza—. Era un pedante insoportable. —Después soltó una carcajada y se atragantó con la espuma.

Laura le cogió la botella mientras se recuperaba y bebió también.

—No te imagino haciendo deportes de orientación.

—Si te digo la verdad, ni siquiera conseguí el bronce. La expedición salió como el culo. Acabamos intentando cruzar la M1 y un camionero llamó a la policía.

Entonces se rieron las dos.

—Bueno —continuó Lou cuando se calmaron—, ¿dirías que estás transcribiendo un relato fiel de nuestra supuesta época dorada, o estás maquillando la realidad como siempre?

—Al final es un poco de las dos cosas, como una especie de *Retorno a Brideshead* pero en cutre.

—Yo lo escribiría todo tal y como me gustaría que hubiera sucedido, para que cuando volviera a leerlo a los ochenta años, me alegrara al ver lo bien que lo había pasado siendo una tía tan guay, maciza y divertida.

Aquella noche de principios de otoño, Laura se había sentido tan feliz como esperanzada. Realmente había creído que lo tenía todo por delante: un sinfín de puertas entreabiertas que la invitaban a entrar.

—Recuerda este momento —le había dicho a Lou—. Aquí es donde empieza todo.

Cuando levantó la vista del diario y recordó que tenía casi cuarenta años, que aquella noche en el tejado ocurrió hacía media vida, fue tal el jarro de agua fría que se le cortó la respiración.

Ahora contempla la foto de perfil del hombre al que no ha visto en dos décadas, que no era más que un chico en aquel entonces. Vuelve a leer las palabras que le escribió anoche. Una fuerza insondable y sibilina se apodera de ella.

1999

Ya lo has visto cuatro veces en el campus, dos de ellas hoy. La primera fue en las escaleras de Devonshire House, y la semana pasada en la biblioteca. A la hora del almuerzo, estaba detrás de ti en la cola del comedor. Ibas a coger una ensalada de pavo envuelta en plástico, pero sabiendo que él lo vería y le parecería poco atractivo, puede que hasta de loca, pediste una hamburguesa con patatas fritas. A los chicos les gustan las chicas que comen bien.

—Ocho y medio —le dijiste a Lou cuando os cruzasteis con él una hora más tarde. Ibais al bar para tomaros un vodka antes de la presentación del seminario; siempre os apuntabais a los mismos para eso, y siempre los dejabais a la mitad. Se había convertido en una de vuestras tradiciones. Sin duda, había que afinar para alcanzar ese equilibrio precario, ese punto justo entre la confianza lúcida y la incoherencia alcohólica: dos vodkas para ti, tres para Lou. Igual que jugar bien al billar.

—Nueve —respondió Lou en voz alta, para que él lo oyera—. Aunque me temo que lo sabe.

Este juego es un invento reciente. Poneis una nota sobre diez a todos los chicos que veis. Un tipo llamado Dave recopiló una lista de las chicas más guapas de los pasillos en el primer año, así que parece justo. Tú quedaste entre las diez primeras por tus «ojos y tetas» y en el fondo estabas encantada, aunque sabías que era vergonzoso, pero eso no te hacía menos feliz. En la universidad te has convertido en una persona diferente, casi por accidente. En el instituto no te sentías especialmente guapa. No eras fea, pero sí la más vulgar entre las chicas guapas. Sin embargo, aquí, donde nadie te conoció durante esos años incómodos en los que casi todo el mundo parece a medio hacer, te consideran guapa. Una tía buena.

Cuando estabas en la adolescencia, la gente hablaba de la universidad como si fuera un lugar en el que reinventarse, y tú lo habías creído a pies juntillas. Como si de repente pudieras empezar a llamarte por tu segundo nombre, o dejar de escuchar el R&B que

sabías que era un poco cuestionable si también decías ser feminista (Lou describía las canciones de Blackstreet y Jodeci como «esa mierda para follar»), y escuchar a Radiohead y Skunk Anansie en su lugar. Tú no lo habías hecho, pero te seguía gustando la idea de hacerte indie, para ir los viernes al Cavern con los chicos de clase trabajadora de los valles y del norte, en vez de con los niños pijos de colegio privado que eran los dueños de los miércoles, la noche de la UA, la Athletic Union. Allí todo era hockey, rugby y lacrosse, y también les gustaba el R&B.

Todavía te sientes un poco tonta por no haber sabido dónde te metías al estudiar en esta universidad particular. Estás en Filología, y el programa tiene fama de ser de los mejores, con un montón de películas y literatura estadounidense y muy poco de Chaucer o Beowulf. La nota de corte era muy alta: tú tenías dos sobresalientes y un notable, y eso fue lo único que te importó. Eso, y el hecho de que estaba cerca del mar. Te habías ilusionado con que haría buen tiempo en verano, y que algún chico que aún no conocías te llevaría a la playa en su Golf descapotable. Haríais el amor allí, y luego te presentaría a sus padres en su casa, una mansión georgiana con un enorme jardín. Después de una cena suntuosa, llegaría el momento de sacar los juegos de mesa.

A pesar de tus fantasiosas aspiraciones, no sabías lo selecto que iba a ser todo. La proporción entre niños de colegios privados y públicos es de risa. Algo así como del cuarenta por ciento, cuando a nivel nacional era más bien uno de cada diez. Y, naturalmente, ese cuarenta parecía más bien un ochenta, gracias a la confianza revestida de teflón por la que habían pagado sus padres. Treinta mil libras al año les costaba que sus hijos pudieran pavonearse por el bar del campus y, de alguna manera, ocupar el doble de espacio que todos los de la enseñanza pública. No molan nada (¿cuándo han molado los pijos?), pero se lo creen, y al final, esa convicción, esa arrolladora seguridad en sí mismos, ejerce un efecto en ti, como si te embaucaran. Crees que los desprecias y luego te descubres observándolos, envidiando su ropa, hablando como ellos cuando estás borracha, haciendo morritos.

Y, joder, qué fáciles son de imitar. Camisas de botones de Ralph Lauren con el cuello levantado, preferiblemente en rosa caramelo. Chalecos de Gap. Zapatos de cuero marrón. Marlboro Light. Hasta un puto busca, quizá el aparato tecnológico más complicado de la historia. Las chicas llevan pendientes de perlas y gorras de béisbol sobre exuberantes colas de caballo. Es un uniforme ridículo se mire por donde se mire, pero acabas pidiéndole a tu madre que te lleve al outlet de Ralph Lauren durante las vacaciones para comprar tu regalo de cumpleaños.

—Bueno, si no puedes con el enemigo, únete a él —decía Lou, a quien se considera una norteña, igual que a Laura, porque viene de las

Midlands.

—Al menos no tienes mi horrible acento de Birmingham —le dijo un chico la semana pasada, como si fuera un cumplido. Para entonces ya la había invitado a tres copas, así que lo dejó correr.

En cuanto termina la presentación, olvidas a Mary Wollstonecraft y vuelves a él.

—Vamos a tomarnos otro vodka para celebrarlo —propones.

—Esperas encontrarlo ahí, ¿verdad? ¿Al señor Nueve?

Os sentáis alrededor de una mesa redonda y desvencijada, en unos taburetes negros barnizados. Alguien ha vuelto a poner «Mr. Jones» en la gramola. Cada vez que entra un grupo de chicos, te preparas por si está entre ellos. No sabes cuándo has pasado de sentir una vaga atracción a ponerte mala en su proximidad.

—Al menos no es uno de esos —dices, porque quieres hablar de él todo el tiempo y sabes que Lou te seguirá la corriente.

Los que han entrado son los típicos pijos de Sloane Square. Cuellos levantados, voces altas.

—Pero es amigo suyo —responde Lou—. Lo he visto con ellos. —Los señala con la cabeza. Ahora están en la barra, pidiendo gin-tonics y pintas de Guinness—. Seguro que se creen muy sofisticados.

Durante la semana de las novatadas, todo el mundo estaba obsesionado con esa estadística, seguramente inventada, de que el setenta por ciento de la gente conoce a su media naranja en la universidad. Te había encantado la idea: que el hombre que sería tu marido estuviera en el campus en ese mismo momento, aunque no lo supieras. Te parecía reconfortante a la vez que encantadora. Habías pensado en todas las veces que decidiste ir a una discoteca en lugar de a otra, mientras que tu futuro marido había elegido lo contrario. Destinos que se cruzaban. La posibilidad de que algún día se alinearan los astros te hacía seguir adelante. Sin embargo, el primer y segundo año habían transcurrido sin novedad, y seguías esperando, preguntándote cuándo lo encontrarías.

Y entonces comenzó el tercer y último año, y de pronto apareció él, nuevo en el campus.

Día 1

Junio

Los americanos llegan una hora antes de tiempo. Por supuesto que sí. En los chats de expatriados, todo el mundo dice que los huéspedes siempre llegan pronto, cuando sus anfitriones aún están comprobando las bombillas y pasando la aspiradora bajo el implacable calor del mediodía.

Laura está tan sudorosa que se ha quedado en ropa interior. Tiene mechones de pelo pegados a la cara y le duelen las lumbares por haber hecho la cama sin permitir que su piel húmeda mancille las sábanas blancas.

—¡Mierda, ya están aquí! —grita hacia las escaleras, aunque lo más probable es que Nick ni siquiera esté dentro de la casa. Siempre que lo necesita está en uno de los dichosos anexos. Todas las mañanas le escribe una lista de tareas para que las lleve a cabo durante el día: colocar una estantería en el baño verde, ponerle un cable a la lámpara de araña que encontraron en el mercadillo de antigüedades la semana pasada, investigar el olor que sale del sótano, asegurarse de que hay suficiente hielo (¿no están obsesionados con el hielo los americanos?). Podría enumerar un sinfín de tareas que a él nunca se le ocurriría hacer.

Se acerca a la ventana con cuidado, porque no quiere que la vean todavía. Debería bajar ya, pero si espera, existe la posibilidad de que Nick llegue primero, y entonces le corresponderá a él darles la bienvenida, ofrecerles algo de beber, generar la clase de camaradería que a ella tanto le cuesta, incluso con sus propias amistades. A Nick siempre se le han dado mejor esas cosas. Las relaciones sociales lo vigorizan, mientras que a ella la agotan.

Los americanos han llegado al camino de gravilla con su enorme coche de alquiler. Laura ya sabe cómo es Madison, claro. Se pone el vestido de camiseta que había dejado en el suelo y se acerca a la ventana de puntillas. El maridito (pues solo puede ser él) admira las

vistas del valle, con la gorra de béisbol puesta, las manos detrás de la cabeza y los codos doblados. Tiene los brazos musculosos y la piel muy bronceada. Madison sale del asiento del copiloto y se mira en el espejo lateral antes de volverse hacia la casa. Laura se agacha un poco más, apoyándose en el alféizar para mantener el equilibrio. Furiosa consigo misma por ser tan ridícula, se aferra a la madera esponjosa, que parece estar podrida, y la pintura nueva se abomba bajo sus dedos. Pero ahora no tiene tiempo para eso. Una gota de sudor le resbala por la frente.

—¿Dónde estás, Nick, pedazo de cabrón? —murmura.

Ahora que han dejado atrás el ajetreo constante de Londres, hay momentos en los que la irritación que le produce su marido se acerca a la antipatía real. Con una intensidad abrumadora. No es tanto que le despierte ira como un apasionado desprecio. Y si ha de ser sincera, en el fondo tiene algo de emocionante.

Quizá se deba en parte a las hormonas. Las mujeres parecen pasarse la vida reprimiendo estoicamente sus extremos, no solo la furia, sino también las lágrimas, la melancolía que parte el alma, el sentirse como un globo durante la mitad de cada mes. Clava los dedos aún más en la madera, sintiendo que la pintura termina por agrietarse, como la cáscara de un huevo. Habrá que retocarla, pero no le importa. Cree que ha valido la pena. Un pequeño acto de destrucción. Una pequeña válvula abierta.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa? —Laura se queda paralizada. Es ella: Madison, su voz más grave de lo que había imaginado. Luego, el rumor de la voz del maridito, demasiado bajo para distinguir las palabras. Tendrán que llevar cuidado para no llamarle así en su cara. Sabe que tiene que bajar a saludar. Si tardan más tiempo, quedarán como unos groseros. La excentricidad inglesa solo se perdona hasta cierto punto en Tripadvisor. Madison será de las que informan de todo.

Se acerca sigilosamente al espejo de cuerpo entero apoyado en una pared. Es uno de sus mejores hallazgos: de dos metros de altura, con el marco dorado, una auténtica antigüedad, pero no tanto para estar inutilizable. Se ve horrenda en él, a pesar de la suave pátina del viejo cristal. Tiene la cara manchada de pasta de dientes, y el vestido barato, comprado en el mercado por diez euros, le marca el estómago. Le va a bajar la regla dentro de dos días. Todo su cuerpo está hinchado por la retención de líquidos, como una pechuga de pollo en oferta.

—Bienvenidos, chicos. ¡Bienvenidos!

Cierra los ojos, aliviada. Es Nick, ejerciendo de simpático. En este momento, vuelve a amarlo.

Cinco minutos después, se apresura a bajar las escaleras, con el

orgullo y la vanidad luchando contra el miedo a parecer maleducada. Ha intentado arreglarse el pelo, pero sigue encrespado tras sus esfuerzos. Al menos tiene buen color, en lugar de parecer simplemente sudorosa. Había planeado ponerse un vestido de lino verde claro para la gran llegada (está planchado y colgado en el respaldo de una silla en el dormitorio), pero no puede soportar ponérselo sin ducharse antes, y ya no hay tiempo para eso.

Hay una mesa para comer al aire libre en el jardín, a la sombra de la pérgola cubierta de enredaderas, pero, como acordaron de antemano, Nick ha sentado a los americanos en el sofá en forma de L que Laura ha adornado con mantas y cojines. Es un buen lugar desde el que mostrar las colinas y el tentador azul de la piscina. Mira a través de la ventana de la cocina, con cuidado por si alguien la ve.

Casi se ha armado de valor para salir cuando Madison cambia de posición, permitiendo que Laura le contemple la cara. Y entonces la invade un malsano placer al percatarse de que la otra mujer tiene unos treinta y largos o cuarenta y pocos años. Es evidente que utiliza filtros en sus fotos de Instagram, cosa que tampoco debería sorprenderla. En cualquier caso, la constatación la reconforta. Laura teme la llegada de su cuarenta cumpleaños al tiempo que no puede creer que esté al caer. Nick ya se había quitado el suyo de encima: en febrero convirtieron su fiesta de cumpleaños en una fiesta de despedida conjunta. Eso les vino bien a los dos: ninguno está preparado para enfrentarse a su quinta década de vida. En el fondo, todavía se siente como una veinteañera. Sospecha que siempre será así.

Es evidente que Madison se cuida (a pesar del viaje, su maquillaje está impecable), pero tiene esa piel bronceada y pecosa que se arruga y reseca pronto. También ha hecho demasiado ejercicio, y sus brazos desnudos parecen casi correosos. Un poco más de carne le haría parecer más joven. La mano de Laura se dirige de nuevo a su estómago.

El marido sigue estando de espaldas. Su brazo cuelga despreocupadamente sobre el respaldo del sofá. Del cuello de su camiseta sobresale el trazo negro de un tatuaje. Se pregunta qué será y hasta dónde llegará bajo su ropa, y la idea la hace sonrojarse. Si Italia la ha encendido, los mensajes que intercambia la mayoría de las noches la han puesto «al once». Sonríe ante la referencia a Spinal Tap, que Lou y ella utilizaban tanto antes.

Nick aparece en la puerta.

—Conque estás aquí —susurra—. ¿Qué coño hacías? ¿No les has oído llegar?

—Estaba haciendo la cama y tenía una pinta horrible. No podía recibirlos así.

—Bueno, pues sal ya. Empieza a quedar raro que no lo hayas hecho. Solo he venido a por frutos secos, patatas fritas y eso.

—No, ya te dije que había preparado cosas. —Abre la nevera y saca una bandeja de *crostini*: una mitad con crema de aceitunas negras y el resto con una especie de pesto de habas improvisado—. Deberías haberles ofrecido esto. Los hice especialmente. ¿Qué están bebiendo? —Una avispa zumba cerca de su cabeza y ella la aparta de un manotazo. De repente, vuelve a acalorarse. Ahora que ya no están solos, el ambiente de Luna Rossa parece más vívido e intenso.

—Vino. Vino blanco. Un Gavi, creo.

—Se suponía que era para el primer plato de esta noche. Joder, Nick, ya te lo había dicho. Nunca me escuchas.

—Si eres tan exigente, deberías haber bajado a recibirlos tú misma, en lugar de esconderte. —Vuelve a salir, agarrando el plato de *crostini* y dejando la botella de Aperol que ella quería que mezclara con prosecco.

«¿Es así como va a ser?», piensa mientras se sirve un vaso de agua, posponiendo lo inevitable, como paralizada por el pánico escénico entre bastidores. Discutiendo a espaldas de los huéspedes y fingiendo que todo está bajo control, aunque en realidad no saben qué demonios están haciendo.

Tres cabezas se giran expectantes hacia ella cuando por fin hace acto de presencia.

—Lo siento mucho —comienza, dirigiéndose a la otra mujer, que le devuelve la mirada con sus sagaces ojos azules—. Estaba arriba y no os oí llegar.

Las dos sonríen. Luego, Laura se vuelve hacia el marido, dándose cuenta de que, tal y como predijo Nick, lleva puestas unas Ray-Ban, que ahora se quita. Sus ojos se encuentran justo cuando ella abre la boca para preguntarles si les apetece un cóctel.

—He pensado que querríais un Ap… —dice, pero de repente se siente tan mareada que se tambalea—. Ay… Disculpadme…

De alguna manera, vuelve a la cocina y deja la botella de Aperol a la que aún se aferraba. Su ropa está empapada y se le pega al cuerpo. Vuelve a abrir el grifo, y aunque el agua es un bien valioso en la región, la deja caer a borbotones por el desagüe mientras se inclina sobre el fregadero, salivando como si estuviera a punto de vomitar.

—Laura, ¿qué estás…? ¿Te encuentras bien? —De improviso, Nick está con ella, apoyando una mano entre sus hombros—. Madre mía, estás chorreando.

—Creo que me voy a desmayar. —Su voz suena muy lejana.

Nick llena un vaso de agua y cierra el grifo.

—Bébete esto, te habrás acalorado de tanto correr. No has almorzado, ¿verdad? Te lo dije, pero no has parado en todo el día.

Toma un sorbo de agua, todavía con miedo a vomitar o caer redonda al suelo. Al mirar por la ventana, siente un alivio abrumador al ver que los americanos siguen allí.

Nick la obliga a sentarse en una silla.

—Tienes un color muy raro. Como blanca con manchas rojas. Pon la cabeza entre las piernas para que no te desmayes.

Laura obedece sus órdenes.

—Quédate aquí. Voy a decirles que te encuentras mal y que saldrás más tarde.

Ella asiente sin levantar la vista, pero en cuanto él se marcha, se pone de pie, sale de la cocina dando tumbos y sube las escaleras. Cierra la puerta del dormitorio y se acuesta sin quitarse las chanclas. El sol ya ha dado la vuelta alrededor de la casa y la habitación está en penumbra. Cierra los ojos y trata de no escuchar los latidos de su corazón, que le retumba en el pecho.

Después de un par de horas, se obliga a levantarse. Milagrosamente, ha conseguido dormitar un poco, a pesar de su pulso palpitante, y aunque se despierta sobresaltada, la siesta ha hecho que lo ocurrido parezca un sueño surrealista.

Como había querido antes, se ducha y se toma su tiempo para vestirse y maquillarse. Tal vez, si hubiera portado una armadura similar en ese momento, su cuerpo no la habría traicionado de esa manera.

Son casi las siete. Desde el vestíbulo puede oír a los americanos (ni siquiera ahora que están aquí logra quitarse la costumbre de referirse así a ellos), la ducha de su cuarto de baño corriendo a toda máquina, el olor limpio y astringente de un gel de ducha masculino saliendo por debajo de la puerta. Se obliga a bajar a la cocina para ayudar a Nick.

En menos de diez minutos, un perfume dulce y empalagoso llega desde el vestíbulo y Laura se da cuenta de que los huéspedes están bajando. Es una fragancia sorprendentemente sintética, demasiado cargada de vainilla y melocotón. La palabra cruel que le viene a la cabeza es «cutre».

—Por cierto, el maridito se llama Bastian —murmura Nick enarcando una ceja, justo cuando los americanos entran por la puerta.

—Hola, chicos, ¿podemos ayudaros en algo? —La voz de Bastian es grave, rezumante de confianza en sí mismo.

Mientras Nick rechaza la ayuda y les ofrece unas bebidas, Bastian se aproxima a Laura y posa brevemente una mano en su hombro.

—¿Cómo te encuentras?

Ella es tan consciente del calor de su tacto que no se le ocurre nada que responder.

Madison la rescata tomándole ambas manos y se inclina para besar el aire delante de su cara.

—Ay, cielo, todavía estás un poco pálida. No te preocupes si necesitas volver a acostarte. Nick ha estado cuidando muy bien de nosotros.

Laura no está muy segura de si su amabilidad es genuina o de si oculta un ligero reproche. Logra esbozar una sonrisa, pero es incapaz de mirar a ninguno de los dos americanos a la cara.

—Ha sido muy raro. Creo que me dio demasiado el sol esta mañana. Ahora ya estoy bien. Siento presentarme tan tarde. ¿Os gusta vuestra habitación? —Siente alivio al comprobar que su voz suena perfectamente normal. Nick reparte los Aperol spritz que deberían haber tomado a su llegada y le prepara uno también a ella, que lo acepta con gratitud.

—Sí, la habitación está genial. Por cierto, yo soy Madison, naturalmente. —Suelta una risita efervescente—. Y él es Bastian.

Laura le tiende la mano al mismo tiempo que Bastian se inclina para darle dos besos. Huele igual que el vapor de la ducha, a mentol y a algo amaderado, como el romero. Cuando sus rostros se cruzan en el segundo beso, ve que los profundos ojos castaños de él están entornados. Brillan tras la franja de sus pestañas.

—Ya habéis aprendido a hacerlo a la europea —logra decir cuando se separan.

Él sonríe con sus dientes blancos y parejos, pero ella ya se está retirando hacia la puerta abierta del jardín.

—¿Qué os parece si salimos? —propone Laura, señalando el exterior—. Así dejamos que el chef haga su trabajo.

—¿Tu marido también cocina? —pregunta Madison—. Vaya, ¿quieres que nos los cambiemos?

Nick se ríe, satisfecho consigo mismo, pero Bastian ni siquiera sonríe. Laura nota que sigue mirándola. Fuera corre una deliciosa brisa fresca y hay menos luz, los verdes del valle se tornan del color del humo. Es un alivio tan grande tras abandonar la cocina iluminada como un escenario que aspira el aire a bocanadas.

Cuando se acaban los Aperol, Nick abre una botella de buen vino blanco. Es un *verdicchio*. Laura no lo conocía, pero él se había pasado varios días investigando las especialidades de la zona en Internet, y luego conduciendo de un lado a otro hasta encontrar una buena oferta mientras ella seguía trabajando en la casa.

—Yo pinto habitaciones mientras él va por ahí buscando bodegas —le había comentado a Lou por Skype—. La cocina está sin terminar, pero tenemos vino a espuertas.

—No me parece mal —había respondido Lou, encogiéndose de hombros.

Al final, Nick había regresado triunfante con un par de cajas de un viñedo a las afueras de Cupramontana. Para ser justos, está muy bueno: suave, seco y con un toque de limones y almendras. Bajo determinados tipos de luz, casi parece verde. Como todavía se siente un poco rara, indispuesta, recita el nombre completo del vino en su cabeza: Verdicchio dei Castelli di Jesi. Magníficamente excesivo. Nick le acerca una copa llena.

—Bastian me ha contado que es italiano —dice, enarcando una ceja de nuevo.

Bastian se encoge de hombros, saca un vapeador y lo enciende.

—Mi abuelo paterno era de aquí. Supongo que tengo una cuarta parte de sangre italiana.

—Bueno, algo es algo, ¿no? —responde Nick—. ¿Hablas italiano? —Su voz suena un poco demasiado cordial.

—La verdad es que lo habla muy bien —interviene Madison—. Mi marido tiene muchos talentos.

—Me defiendo —dice Bastian.

—Entonces, ¿ya habías estado en la región? —inquiere Nick.

—Curiosamente, nunca —dice Madison—. Ya sabéis, siempre hablábamos de hacerlo algún día, pero nunca podíamos.

—Nunca encontramos una excusa —añade Bastian—. Hasta ahora.

—¿Habéis visto *Come, reza, ama*? —pregunta Madison. Apenas ha tocado su vino. Laura ve cómo una gota de condensación se desliza por su copa. Ella va por la mitad de la suya.

—Ah, sí… De Elizabeth Gilbert —replica Laura—. Me gusta mucho.

La sonrisa de Madison se desvanece.

—Eh, no, la de Julia Roberts. La vi tres veces la semana pasada. Estaba superemocionada por venir aquí.

—¿Y qué os está pareciendo? ¿Está a la altura de las expectativas? —dice Nick—. Las Marcas quedan muy lejos de Roma, un poco en mitad de ninguna parte. Es como la Toscana, pero con menos turistas y más terremotos.

Laura le lanza una mirada de advertencia.

—Huy, desde luego que está a la altura —contesta Madison—. Es perfecto. Me encanta que sea un rincón tan desconocido. Se lo conté a una mujer del gimnasio que ha viajado por medio mundo, pero no sabía dónde estaba. Entonces, Lonely Planet publicó un artículo sobre los mejores destinos para descubrir este año, y pensé: «Ahí es donde vamos a ir Bast y yo». —Suspira—. Sois muy afortunados. Nosotros nos morimos de envidia, ¿verdad, cariño? —Se vuelve hacia Bastian y le toma la mano.

—Sí, claro —responde él lánguidamente—. Todo es increíble, como un plató de cine. Todavía no me creo que esté aquí.

—No, ni yo —dice Laura, y luego, al ver la expresión de pánico de Nick, comprende lo mal que puede haber sonado—. Teníamos muchas ganas de que llegarais. —Sonríe y busca los ojos de Bastian, atreviéndose a mantenerle la mirada durante un instante. Sin romper el contacto visual, él expulsa una nube de vapor que se enrosca y se retuerce hasta desaparecer en el cielo que se oscurece sobre sus cabezas.

Laura se vuelve hacia Nick y le tiende la copa para que le sirva más vino.

Aunque todavía son las nueve y media, Laura y Nick se han retirado a su habitación. Las persianas están abiertas y los insectos se van colando, atraídos por la luz que ninguno de los dos se molesta en apagar. Han subido para dejarles la terraza a los americanos, pero la puerta de la suite principal no tarda en abrirse y cerrarse de nuevo. Seguramente estarán cansados después del viaje.

—Ha ido bastante bien, ¿no crees? —Nick se tumba de lado y presiona los labios sobre su hombro desnudo. A pesar de estar acostada, Laura se siente totalmente alerta. Es tan consciente de su cuerpo que puede sentir el cosquilleo de la sangre en las puntas de los dedos de las manos y los pies.

—Por lo menos se lo han comido todo. O, mejor dicho: se lo ha comido él.

—Dos horas preparando la carne para que se acabe en veinte minutos.

—Y mañana hay que hacerlo todo otra vez.

—Sí, es bestial. —Nick se masajea las sienes—. Menudas tres semanas que nos esperan.

Laura cierra los ojos y se concentra en la sensación de sus músculos doloridos hundiéndose en el colchón. Una leve brisa roza su piel y una imagen aflora en su mente: el trazo negro de un tatuaje. Nunca le habían gustado mucho los tatuajes.

—Pero ahora es nuestro trabajo, ¿no? —dice ella, para desterrar el recuerdo—. Nos dedicamos a esto. Vamos a tener que acostumbrarnos.

—Se me hace muy raro pensar que están ahí, en el otro lado de la casa. Hemos estado solos durante mucho tiempo.

—No es tan raro —replica Laura, porque eso fue justo lo que le había dicho a Nick cuando les llegó la reserva.

—Están bajo nuestro techo, sin nadie más en un kilómetro a la redonda, y básicamente son unos perfectos desconocidos. Tú misma lo dijiste. ¿Cómo no va a ser raro?

Laura se imagina entonces a sus huéspedes, en la suite en la que había soñado con bañarse y dormir tendida entre las sábanas que

había lavado y planchado con tanto esmero. La cama es alta y vieja, una cama de cuatro postes hecha de roble tallado. Hay que trepar para subirse. Se pregunta si Madison se habrá dado cuenta de lo raído que está el dosel, y, en tal caso, si le parecerá tosco o encantador. Luego se pregunta si tendrán fuerzas para follar antes de quedarse dormidos. La idea le hace sentir un calor breve y repentino.

Nick y ella lo han hecho poco desde que están en Italia. Es una de esas cosas de las que no hablan, pero la verdad les persigue por toda la casa, interponiéndose entre ellos, alejándolos cada vez más a medida que se acumulan los días. Cada noche, ella sabe que debería dejar su libro, volverse hacia él, iniciar las cosas. «Pero aún es temprano —se dice siempre—. Seguramente lo haremos enseguida».

Sin embargo, Nick siempre ha sido madrugador, y ella un ave nocturna, así que sabe que, si sigue leyendo un poco más, él se dormirá y ella se librará del problema. Cada mañana desearía no haber sido tan perezosa, tan resistente, o lo que sea que la detiene, a pesar de que todo es mucho más fácil entre ellos cuando hacen el amor, y de que en realidad lo disfruta cuando se molestan en hacerlo. Y aun así, en el momento siempre se siente aliviada al oír su respiración más lenta y profunda. Es horrible, lo sabe. ¿Cómo es posible que las expectativas de otra persona (alguien a quien ella sigue queriendo más que a nadie, a pesar de todo lo que han pasado) hagan que algo tan bueno parezca un trabajo forzado?

Laura esperaba que Italia resolviera lo que era un problema desde hace varios años, pero no son más que la misma pareja en un lugar diferente. Lo peor es que, en muchos aspectos, Italia ha ejercido el efecto esperado en ella. Todo es tan sensual que roza el absurdo. En abril, con los primeros brotes verdes de la primavera, sus propias ensoñaciones estuvieron a punto de meterla en un lío, infiltrándose en la vida real de una manera que los correos electrónicos, que solo existen en el éter, no podían. Había experimentado lo que solo podía calificar como un encuentro.

Él era un mecánico del pueblo más cercano, a unos veinte minutos por la sinuosa carretera de la colina hacia la costa. Se suponía que Nick iba a llevar el coche, pero ella se había ofrecido en el último momento, súbitamente desesperada por escapar de la villa a medio reformar, para alejarse de allí con las ventanillas bajadas y una nube de tierra roja reflejada en el retrovisor. Volver a estar en el mundo durante una hora o dos. Ser visible para otras personas que no fueran Nick y ella misma en el espejo. Se había quitado las telarañas del pelo, se había puesto un vestido que revoloteaba alrededor de sus muslos, incluso se había echado perfume y se había pintado los labios.

Después le envió un mensaje a Lou, narrándolo todo como una anécdota divertida. «Llevaba un mono azul de verdad, con cremallera.

Y sin nada debajo, por lo que pude ver. Cuando me fui, me dijo: *"Ciao, bella"*». Lou había respondido desde su oficina de Uxbridge a los cuatro minutos: «Ay madre, me has alegrado el puto día. Igual que una porno de las antiguas. Deberías haberlo hecho. Yo lo habría hecho. De hecho, cuando vaya de visita, lo haré».

Laura sabía que Lou diría exactamente eso. La conocía antes que a Nick y no le guardaba ninguna lealtad. Laura sospechaba que sus otras amigas, todas casadas como ella, o casi, lo habrían censurado o se hubieran escandalizado. A Lou le parecía divertidísimo. Y lo era, pero tampoco tanto, porque no había sido gracioso en su momento. Entonces fue aterrador, y no solo porque estuviera sobria como una monja, sino porque había estado a punto de hacerlo. Y porque después se arrepintió de no haberlo hecho.

El taller estaba oscuro y mucho más fresco que la explanada de la calle. Él la había mirado de arriba abajo con unos ojos sorprendentemente azules sobre su piel morena, y ella supo, como se sabe a veces, que podía acostarse con él, que solo tenía que sonreír un poco y que ocurriría allí mismo. La idea la mareó, la mareó en sentido literal. Entonces dio un paso atrás para estabilizarse y se golpeó con algo metálico que chirrió contra el hormigón manchado de aceite. Un gato hidráulico o alguna clase de herramienta. Se había muerto de la risa al contarle este detalle a Lou por mensaje, cuando la emoción aún palpitaba en su interior.

Él le había rozado la mano a propósito mientras le entregaba las llaves. En su mente, aquel había sido el momento decisivo: cuando había estado al borde de algo más. Nerviosa, se había aferrado a las llaves y casi se habían peleado por ellas, pero entonces las soltó y recuperó el equilibrio. En menos de un minuto, él había anotado sus datos y Laura estaba de nuevo bajo el sol cegador.

No fue hasta que estuvo en la cama esa noche, a salvo en la oscuridad, mientras Nick dormía profundamente, que cambió el final, permitiendo que el mecánico la empotrara contra el mostrador, levantándole el vestido, recorriendo su muslo desnudo con las uñas mugrientas.

Al cabo de unas pocas semanas, lo buscó a él en Internet. Apenas tenía presencia en las redes sociales, así que tardó en encontrarlo, ni más ni menos que en LinkedIn. Se había cambiado un poco el nombre, pero los estudios eran los mismos, y así fue como lo localizó. «Hola, forastera».

A su lado, Nick se pone de espaldas y deja escapar un largo suspiro. Ella camina de puntillas hacia la puerta y piensa en todas las noches que ha bajado sigilosamente para comprobar sus mensajes, para escribirle uno nuevo, plasmando las palabras que ha ensayado en su cabeza durante todo el día.

Espera un momento, pero no se oye nada desde el otro lado de la casa. El pasillo está muy oscuro, aunque ahora conoce sus dimensiones y las tablas que crujen. Se detiene a unos metros de la puerta cerrada de la habitación de los americanos. Ya es la suya.

Dentro hay un silencio total, pero entonces, justo cuando se da la vuelta para irse, oye un murmullo profundo seguido de una risa, o tal vez un jadeo. Se queda paralizada, esperando algo más, pero no ocurre nada. Al cabo de un rato, baja en busca de su ordenador portátil, que la espera en la salita. No tiene ni idea de lo que va a escribir esta noche, pero espera que se le ocurra algo en la oscuridad, con la cara iluminada de azul por la pantalla, y así sucede.

Cuando regresa a la habitación, Nick no se ha movido. Sigue llevando los bonitos pantalones cortos que se puso para la cena, pero tiene el pecho al aire, mucho más blanco que sus brazos bronceados porque no ha habido mucho tiempo para tomar el sol.

Cierra la puerta y se quita la ropa, dejando que caiga al suelo. Apaga la luz y se acerca al lado de la cama de Nick. Le desabrocha los pantalones y comienza a quitárselos.

—¿Qué está pasando? —pregunta él, con la voz apagada por el sueño.

Laura le cierra la boca con un dedo, se sube a la cama y se sienta a horcajadas sobre él. Nick le agarra las caderas y se pone rígido, espabilando de repente al descubrir que está desnuda. Alarga la mano para encender la lámpara de la mesita, pero ella lo detiene.

—No, quiero que estemos a oscuras —susurra, dejando que su cabello caiga sobre ellos mientras empieza a besarle.

Día 2

La primera mañana de los americanos en Luna Rossa, Nick se levanta con el amanecer nacarado para preparar el laborioso desayuno que había planeado el día anterior. Antes de salir de la habitación, le da un beso y le acaricia el pelo. Aunque Laura no abre los ojos, percibe que la mira con cariño. Por fin han tenido relaciones sexuales, y el alivio es casi palpable en él.

Aparte de un breve saludo, Laura no vuelve a ver a sus huéspedes hasta que Madison aparece en la puerta de la cocina, ataviada con un vestido azul aciano que realza su bronceado. Sonríe con esa sonrisa que ya le resulta familiar, radiante y frágil. Todavía no sabe si tiene algo de real.

—Nick nos dijo que a lo mejor ibas al mercado esta mañana.

Laura deja el cuenco que estaba secando y responde:

—Ah, sí. Siempre compro allí las verduras porque son de proximidad. También hay un puesto de mariscos, y… —Se queda callada.

Madison ladea la cabeza, extrañamente coqueta.

—¿Sería mucha molestia si te acompañara? A Bastian no le interesa ir de compras y, además, tiene que hacer una llamada de trabajo. Me llevaría nuestro coche, pero no sé si me atrevo. —Alza sus finas cejas—. Ayer iban como locos por la *autostrada*. Y yo que creía que el tráfico de Los Ángeles era malo.

Laura se descubre asintiendo, aunque en realidad preferiría prescindir de la compañía. Tiene que hacer un montón de cosas en la casa, y el viaje a Castelfranco le llevará mucho más tiempo con Madison. Además, debía tener en cuenta toda la energía que iba a necesitar para mostrarse educada y parlanchina durante el trayecto de ida y vuelta. Esperaba quedarse un rato a solas con sus pensamientos. Se había acostumbrado a pasar la mayor parte del tiempo consigo misma.

—Puedo ayudarte a elegir las verduras —dice Madison—. Y quería pedirte unas cuantas para mis zumos. También podrías enseñarme un

poco la ciudad. Será divertido. Un plan de chicas. —Esa sonrisa de nuevo: de un blanco nuclear que parece centellear en la oscura cocina —. Y no habrá solo comida, ¿verdad? ¿Venden regalos, ropa y otras cosas?

Laura ya se siente cansada.

—Sobre todo hay comida. Me temo que es más para los lugareños que para los turistas. Esto es así, como explicó Nick ayer. No es nada turístico, por eso nos gusta tanto. —Mientras lo dice, no está segura de que sea cierto. Todo podría haber sido más fácil en la Toscana, en lo que llamaban Chiantishire, cerca de otros expatriados.

Madison agita la mano.

—No pasa nada si hay poca cosa, pero es que me pongo nerviosa si no me muevo. Bastian siempre dice que me agobio si tengo que estar sentada más de dos minutos seguidos.

Laura resiste el impulso de preguntarle por qué habían reservado unas vacaciones en la Italia rural si le ocurría eso.

—Vale, genial, pues voy contigo —continúa Madison, alargando la mano para alinear una fila de tarros de especias—. Nos vemos en el vestíbulo dentro de quince minutos, ¿de acuerdo?

Laura asiente en silencio por segunda vez.

—Me llevo a Madison al mercado —le dice a Nick. Lo ha encontrado en el extraño sótano abovedado, que no guarda relación alguna con el resto de la casa ni en forma ni en tamaño. Está abriendo unas cajas procedentes de Londres que todavía no han vaciado. Una tarea que no tiene nada de urgente. Laura sabe que está evitando tener que entablar conversación con los huéspedes, al parecer agotado después del desayuno y los esfuerzos de la noche anterior. Madison le produce el mismo efecto, así que no puede enfadarse demasiado.

—Es culpa mía, ¿verdad? —responde él con cara de pena.

Ella suspira.

—No pasa nada. Me va a decir lo que quiere en sus batidos, zumos depurativos o lo que sea. —Se da la vuelta para subir las escaleras.

—Oye, Laur —la llama. Ella se gira sobre los talones—. Lo de anoche… Esta mañana pensaba que lo había soñado. —Su sonrisa muestra tanto agradecimiento que Laura tiene que apartar la mirada. Él se acerca más y ella le tiende la mano. Nick le besa los dedos—. Fue increíble.

—Sí. —Laura sonríe sin mirarle a los ojos—. Bueno, será mejor que me vaya.

—¡Pásalo bien! —le dice él en tono alegre y burlón mientras ella sube por las desvencijadas escaleras de madera.

Continúa por la escalera principal para ir a cambiarse. Está tan

distraída que casi choca con Bastian al llegar arriba.

—Laura —la saluda, sonriente. Es una de esas personas que no se sienten incómodas durante los silencios significativos. Ella no lo es.

—¿Has dormido bien? —le suelta Laura.

Él ladea la cabeza y la observa mientras ella se aparta.

—Más o menos.

—Ah, ¿es por la cama? ¿Las almohadas no estaban…?

—La cama es perfecta. Me sentí como un rey, pero estaba un poco inquieto. No podía parar de pensar, así que salí al jardín para mirar la luna un rato. —Baja los ojos, mostrándose avergonzado ante tan caprichoso impulso, pero pronto vuelven a encontrarse con los suyos. Laura lo imagina caminando por la noche, escuchando los sonidos en la oscuridad. Podría haberse tropezado con él. La idea le hace tragar saliva.

—Entonces, ¿te gusta la villa? ¿Es lo que esperabas?

—Eso y más. Es tal y como me la imaginaba.

Bastian vuelve a sonreír con languidez, lo que le produce una sensación peculiar. Nunca se había sentido tan atraída por nadie, como si una fuerza física tirase de ella. Tenía que ser una cuestión de química. Feromonas y ADN complementario. ADN opuesto. Por su cabeza pasan vagos detalles sobre la sexualidad que leyó en alguna revista mientras él sigue contemplándola sin ningún pudor.

—Debo continuar —dice Laura absurdamente—. Tengo que cambiarme. Me llevo a tu… Me llevo a Madison al mercado. —Desea no haber mencionado a Madison.

Se marcha antes de que se le escape otra cosa. Al cerrar la puerta de su dormitorio, siente un alivio enorme por haber dejado de ser el centro de su atención, a la vez que se pregunta cuándo volverá a ser objeto de ella.

Madison ya la está esperando cuando sale, después de ponerse un vestido de verano, ya que no quiere parecer desaliñada con su atuendo habitual de pantalones cortos y camiseta. De hecho, Madison ha aprovechado los minutos transcurridos para arreglarse más, y ahora lleva un montón de delicadas piezas de oro y un par de sandalias de estilo griego, con finos cordones que se enlazan sobre sus musculosas pantorrillas. Su perfume, tan azucarado que choca con los antiguos y relajantes aromas de cera de abeja y almendra del vestíbulo, le llena la nariz mientras baja las escaleras.

—¡Eh, tú! —exclama Madison al verla—. Ya pensaba que te habías olvidado de mí.

—Ay, lo siento —responde Laura por costumbre, a la manera británica, porque según su reloj ha pasado exactamente un cuarto de hora desde su conversación en la cocina—. ¿Me has esperado mucho tiempo? Creía que habíamos dicho quince minutos.

—No pasa nada, de verdad. —Madison agita la mano, y las piedras de sus anillos hacen rebotar la luz en las paredes—. Ya estás aquí.

Las vistas son impresionantes durante el trayecto en coche, la estrecha carretera serpentea por la ladera de la colina hacia el pequeño pueblo de Castelfranco, con el chocante azul del Adriático como una gruesa línea pintada en el horizonte. El Alfa Romeo calcinado, que cuelga suspendido entre ramas sobre una vertiginosa caída, todavía sigue allí. Massimo le había dicho a Nick que el conductor se había salido de la carretera; al menos, eso era lo que parecían querer transmitir sus gestos y efectos sonoros. Aquí había *vendette* más complejas y laberínticas de las que cualquier forastero podría desentrañar. La palabra significaba «disputa de sangre», del latín vindicta, venganza o castigo.

El casco histórico de la ciudad es un caos tomado por las multitudes habituales que pululan por el mercado. Las mujeres están en los puestos, palpando frutas y regateando en tonos que siguen sonando hostiles a los oídos de Laura. Los hombres se sitúan casi exclusivamente en los márgenes, la mayoría fumando y bebiendo *espressos* en la terraza de la cafetería que da a la plaza principal. Los mayores debaten y gesticulan mientras que los más jóvenes parecen vigilantes, con expresiones hoscas.

—Huy, huy, huy, es el lugar perfecto para observar a la gente —dice Madison. De hecho, se pone a aplaudir, y Laura tiene la sensación de estar viendo a alguien interpretando un papel, y no del todo convincente: una actriz de telefilm—. ¿Nos tomamos un café antes? —propone con entusiasmo—. No debería, pero ya sabes, cuando estés en Roma…

—¿Por qué no deberías? —le pregunta Laura, como si quisiera enfadarse más de lo que está por la compañía indeseada, por esa mujer a la que ya ha medio catalogado como vacua y quisquillosa.

—Intento llevar una alimentación sana —responde Madison, encogiéndose de hombros, tal y como Laura sabía que haría—. Sin nada de cafeína, lácteos ni azúcar, y con el menor consumo de alcohol posible. —Los cuenta con los dedos. El diamante que lleva en el anular es sorprendentemente grande—. Desde luego, lo bueno de hacer dieta la mayor parte del tiempo —se inclina hacia ella, rozándole el antebrazo con sus uñas brillantes— es que todo lo prohibido sabe mucho mejor. —Sonríe, y esta vez es de verdad, arrugando la piel que rodea sus ojos. La hace parecer más vieja, pero también más atractiva—. ¿Quién necesita drogas duras cuando puedes disfrutar de un auténtico *espresso* italiano?

Laura le devuelve la sonrisa y su irritación se desvanece traicioneramente. No quiere que Madison le caiga bien, pero se da cuenta de que la americana podría ganársela al final. No se lo

esperaba.

Suena una radio desde la cocina invisible al fondo de la cafetería, de la que ya emanan aromas de ajo y cebolla frita. Aparte de un par de ancianas de aspecto asexuado a causa de su avanzada edad y sus informes vestidos negros, toda la clientela es masculina. Los hombres observan atentamente cómo las dos mujeres, sin duda extranjeras, se abren paso entre las mesas para reclamar la última, justo en el centro. En el norte de Europa, quizá también en Estados Unidos, este escrutinio se habría llevado a cabo con mucho menos descaro, sobre todo en la clase de establecimientos donde se toma café a media mañana. Para Laura, esto se parece más a pasar por delante de una obra o a entrar en un restaurante de comida grasienta.

—Qué degradante, me siento como un objeto —susurra.

Madison se sacude la cola de caballo.

—A mí me gusta. Siempre me ha gustado. Ahora ningún hombre se atreve a hacerlo en Los Ángeles. Tienen demasiado miedo de que les reprendan o de acabar en alguna lista negra. Pero somos animales, ¿no? Si un hombre nos gusta, queremos que nos mire. Por eso nos arreglamos para estar guapas. Por eso odiamos envejecer y volvernos invisibles. ¿Tú no lo crees? —Se sienta y da una palmadita en la otra silla—. Deberías ver lo horrorizada que pareces, Laura.

—No lo estoy —protesta ella—. Es solo que nunca había oído a nadie decir eso.

Madison se encoge de hombros y vuelve a sacudirse el pelo.

—Me gusta que los hombres me miren, lo reconozco. No me molesto en tener este aspecto solo para mí. No me prohíbo el pan por mí misma. Bueno, tal vez un poco. Me pongo nerviosa si subo de cincuenta y cuatro kilos. Pero al final todo vuelve a los hombres. Quiero estar guapa para ellos.

—¿Ellos en plural, no solo para Bastian?

Madison enarca una ceja y se ríe.

—No, solo para él no. Por ejemplo —se inclina hacia delante—, ayer te arreglaste un poco, ¿no? Antes de salir a saludarnos. Te vi en la ventana, pero no apareciste hasta pasados diez minutos.

—Ah… Estaba haciendo las camas, y…

Madison agita la mano.

—No, si lo entiendo. Y encima llegamos antes de tiempo. Seguro que te estabas cagando en nosotros. Pero lo que quiero decir es que hiciste un esfuerzo. Y luego, después de… Bueno, te arreglaste para la cena: te lavaste el pelo, te pusiste tacones.

—Quería estar presentable para nuestros nuevos huéspedes. Para vosotros.

—Unos zapatos planos habrían servido para eso.

—De acuerdo. Quería tener buen aspecto. Supongo que igual que

tú.

—¿Nos buscaste en Internet?

Laura parpadea, confundida ante el brusco giro de la conversación, y nota que empieza a sonrojarse. Madison extiende la mano para tomarle la muñeca, rodeándola ligeramente entre el pulgar y el dedo corazón. Encaja a la perfección, como lo harían sus propios dedos.

—No te sofoques —dice Madison, divertida—. ¿Quién no indaga un poco hoy en día? Es lo más prudente, ¿no? Sobre todo si vas a dejar que unos desconocidos se alojen en tu casa durante semanas.

Laura toma aire.

—Sinceramente, creo que me arreglé por los dos. Tal vez de manera inconsciente porque iba a conocer a un hombre, pero también por ti. Creo que las mujeres son más difíciles de impresionar. Los hombres son mucho menos exigentes.

Madison se ríe, y no es la risita tintineante que empleó la noche anterior delante de los hombres. Esta es terrenal, sensual. Le recuerda a Lou.

—Puede que tengas razón. Quizá sí me vista bien y haga dieta para que las mujeres piensen que tengo buen aspecto. O quizá solo estoy compitiendo con ellas. ¿Tienes muchas amigas? Me refiero en Londres. Ninguna de las mujeres de por aquí parece tener menos de setenta años.

Laura asiente con la cabeza.

—Lou. Es mi mejor amiga. Tengo otras, pero a ella se lo cuento todo. Nos conocimos en la universidad.

—Te especializaste en literatura, ¿verdad? —Madison vuelve a reírse como antes al verle la cara—. Yo también os busqué.

Llegan sus cafés y, antes de que Laura se dé cuenta, Madison ha pedido un cigarrillo a los hombres de la mesa de al lado y se vuelve con él ya encendido. Exhala el humo con maestría.

—No se lo digas a mi marido. Ahora que se ha pasado al vapeo, no permite que haya tabaco en casa.

Laura no recuerda haber conocido a alguien que la hiciera sentir tan indecisa. La había encasillado erróneamente, y ahora no tiene ni idea de quién es Madison, de cuántas capas puede haber que pelar. La había catalogado como una especie de chica Goop aburrida, sin el gusto innato ni la crianza de la clase alta estadounidense, pero se equivocaba. También era más lista de lo que parecía al principio. No solo más aguda (que sin duda lo era), sino más elocuente y mucho más consciente de sí misma. Lou la habría amado u odiado. Ella no lo tiene muy claro.

—Háblame de Lou —dice Madison, lo que sorprende a Laura, que justo estaba pensando en ella—. ¿Erais compañeras de piso?

Laura se reclina en la silla porque Madison está demasiado cerca.

Vuelve a oler su perfume dulzón, mezclado con el humo del cigarrillo. Ahora no cree que le quede bien, demasiado ingenuo. El sol le da en la cara desde detrás de la iglesia de enfrente, así que levanta una mano para protegerse los ojos. El café está empezando a espabilarla.

—Vivíamos juntas, sí. En una casa compartida con otras dos chicas. Estábamos juntas en el último piso, en la buhardilla. —Entonces la asalta un recuerdo: Lou sentada en su cama, arrancando las viejas astillas de madera de las paredes, Laura apartándole la mano, diciendo: «Oye, eso se pagará con el dinero de tu fianza, no de la mía».

Vuelve a mirar a Madison.

—Creo que las mujeres se concentran en su relación sentimental como si fuera lo único importante en sus vidas. Todo es el marido y, por supuesto, los hijos, padres y hermanos. Pero ¿qué pasa con las amistades? —Hace una pausa, avergonzada por hablar con tanta intensidad—. A veces pienso que las amigas pueden ser uno de los grandes amores de tu vida. Quizá el amor de tu vida.

Madison sigue observándola, con el cigarrillo consumiéndose entre los dedos, olvidado.

—Me encanta eso que has dicho —responde sin aliento—. Me encanta totalmente, y, sin embargo, nunca lo he tenido. Me has dado mucha envidia. Disfrutar de toda esa confianza y cercanía, y ni siquiera tienes que acostarte con ellas.

—Claro, no es nada sexual —añade Laura, envalentonada—. Pero en cierto modo es como un flechazo. Es la versión adulta de lo que sientes en el colegio cuando conoces a una chica nueva y sabes que vais a ser grandes amigas. La quieres para ti, que sea tuya.

—¿Y seguro que no hay ningún elemento sexual en ello? ¿Siendo adulta?

Laura niega con la cabeza.

—Para mí no. Es más puro que eso. Como una especie de encuentro entre almas. Es algo… jubiloso. Lou y yo siempre decíamos que ojalá fuéramos lesbianas para olvidarnos de los hombres y estar juntas para siempre, pero por desgracia no es así. —Hace una mueca—. Somos un par de heterosexuales sin remedio.

Madison ladea la cabeza, como había hecho en la cocina, y Laura se da cuenta de por qué antes le pareció extraño, un poco fuera de lugar. Es porque está coqueteando, utilizando el mismo lenguaje corporal femenino que podría exhibir ante un hombre. No sabe exactamente cuál será su origen evolutivo: es posible que al mostrar el cuello se desprendan feromonas, o se indique la voluntad de someterse a alguien más fuerte, como un perro que se pone de espaldas para descubrir su vientre vulnerable. Pero entonces Madison vuelve a cogerle la muñeca, y esta vez la aprieta un poco contra la mesa. Su

anillo fulgura, descomponiendo la luz del sol en distintos colores.

—Entonces, ¿Nick y tú…? —dice tras un silencio.

Laura se sorprende de que la pregunta no la incomode. Sabe que tiene que ir a por los productos de su lista de la compra, y ya están empezando a recoger algunos puestos, pero no consigue reunir la voluntad para moverse.

—Nick y yo… —Se traga los últimos posos de su café y detiene a un camarero que pasa por allí. Le pide tímidamente en italiano una Coca-Cola Light, lo que en realidad solo requiere una palabra extranjera: la siempre útil *prego*. Le apetece algo frío y con hielo. Son casi las once y el aire empieza a arder.

—Ah, yo también quiero una —exclama Madison, cuando el camarero se gira sobre los talones, inclina la cabeza y sonríe—. El día no hace más que mejorar. Luego me voy a comer un *gelato*. Pero no evites la pregunta. —Vuelve a clavar sus ojos azules en Laura—. Nick y tú.

—¿Qué pasa con nosotros?

—¿Dónde os conocisteis? ¿Y cuándo? ¿Fue muy romántico? ¿Lo supisteis desde el principio?

—Uf, llevamos toda la vida juntos. Nos conocimos cuando teníamos veinte años.

—¿Entonces fue en la universidad? ¿Igual que Lou? ¿Os visteis la primera semana y eso fue todo? Había una pareja así donde estudié yo. —Le lanza una mirada irónica a Laura—. Sí, aunque no te lo creas, resulta que fui a la universidad.

Algo en su rostro ha debido de traicionarla, porque es cierto, no había pensado que Madison fuera una persona instruida.

—Oh, nadie apostaba por mí, pero habría hecho lo que fuera con tal de marcharme del pueblo en el que nací. ¿Has visto alguna de esas películas juveniles, ambientadas en un pueblo sin futuro, donde los chicos no tienen nada que hacer aparte de sentarse en la parte trasera de una camioneta para beber cerveza y soñar con la gran ciudad? Así fue mi época del instituto. Incluso estuve en el equipo de las animadoras.

»Tampoco era una universidad muy buena. Nada que ver con la Ivy League. Bastian es el cerebro de este equipo. —Centra el diamante de su alianza, que le queda un poco suelta—. Pero, bueno, algo es algo. Nadie de mi familia lo había hecho. El caso es que una chica de mi residencia conoció a un chico, y atención: parecían siameses desde el principio, y así hasta ahora. Además eran muy cristianos, así que no hacían nada, bueno, no hacían eso, pero no se separaron en ningún momento.

—Tal vez fuera por toda esa anticipación —dice Laura.

Madison se ríe.

—Sí, tal vez. Por lo visto, se casaron justo después. Bastian y yo somos afortunados. Todavía hay pasión. Es bastante raro que dure más allá de los primeros años. Lo sé.

Laura se ofende, y su creciente sensación de hermandad con Madison se desvanece un poco.

—Pero, para ser sincera, creo que es más bien por mí —continúa Madison, como si hubiera percibido el ligero enfriamiento de Laura—. Soy la más entusiasta. La adoradora. —Se encoge de hombros, anchos y moldeados por el yoga—. Y me parece bien. Nos funciona.

—La adoradora —repite Laura en voz baja. Piensa en Madison mirando a Bastian la noche anterior, y en Bastian mirándola a ella misma.

—Sí, opino que la gente es una cosa o la otra, y tiene que haber uno de cada para formar una pareja equilibrada. Buscamos a nuestros opuestos sin saberlo. La gente cree que lo ideal es que haya un equilibrio de poder, pero yo no creo que sea así para casi nadie, ¿o sí? ¿Sinceramente? Es posible que algunas personas cambien su forma de ser según con quién estén, pero todas las que conozco parecen estar atrapadas en su papel. En cierto modo, yo he acabado siendo como mi madre, que Dios me ayude. Lo hacía todo por mi padre. Y me enseñó toda esa basura de cómo hacer feliz a tu hombre, como si fuera un trabajo a tiempo completo. ¿Sabes qué? Nunca lo había pensado, pero mi madre no tenía ninguna amiga cercana, ni una. Yo discutía con ella sobre lo insignificante que era su vida, le decía que era una mujer de Stepford, pero sin la casa bonita en las afueras. Ahora lo entiendo mejor. Mi padre se aseguró de ser lo único que tenía. Lo raro es que ahora me veo haciendo las mismas tonterías. Es decir, no es que vaya corriendo a pintarme los labios de rojo cuando oigo la llave de Bast en la puerta, pero casi. Ya sabes, me miro en el espejo. Se la chupo sin que me lo pida. —Sonríe socarrona ante su gesto de asombro—. No pienso renunciar a él sin luchar.

La impresión que tiene de Madison cambia de nuevo. A pesar de que habla de ser una mujercita, tiene dientes y garras. Y tampoco es una mujer que odie a las otras mujeres. Cuando levanta la vista, Laura se da cuenta de que está esperando una respuesta.

—En realidad, creo que Nick y yo somos bastante iguales —dice con cuidado—. O eso espero.

Madison empieza a reírse y luego se tapa la boca con la mano.

—Ah, vale, que estás hablando en serio, ¿no? Lo siento mucho, pero es que me parece tan evidente que Nick es el adorador… Él es como yo, cariño. Sin la menor duda.

Laura también se ríe. Las palabras de Madison no pretenden hacerle daño, y toda la sabiduría ha desaparecido de su rostro, si es que alguna vez estuvo allí. Además, probablemente tenga razón. En el

fondo, sabe que la tiene. El otro día estuvo cavilando lo mismo, ¿no? Que ella lo había elegido y él lo había acatado. «Tú —había pensado en la mesa del pub—. Tú nunca me harás tanto daño para que me quiera morir. No como él».

—Sin embargo, te equivocas en cuanto a algo —añade Laura cuando el camarero vuelve a aparecer con sus refrescos: sendas latas plateadas, mates por la condensación, dos vasos altos llenos de hielo, con gruesas rodajas de lima encima. Al darle un trago, unas finas gotas de efervescencia le humedecen la cara. Madison aguarda expectante, con los codos apoyados en la mesa que las separa—. Yo también fui una adoradora —afirma, y un extraño deseo de confesar algo más se apodera de ella, aunque el dolor de lo sucedido todavía puede hacerla estremecer en una habitación vacía—. Nunca más.

—Ahora mismo estoy de lo más intrigada —reconoce Madison.

Laura esboza una sonrisa enigmática y niega con la cabeza. Si estuviera bebiendo vino, lo contaría. Y mañana se despertaría con esa sensación de vacío, de haber hablado demasiado, de haberse entregado demasiado, y seguramente sin recibir las confidencias recíprocas que habrían supuesto un verdadero encuentro de almas. Uno de los motivos por los que adoraba a Lou desde que la conoció es porque eran las dos iguales. Y por eso habían acordado una señal para rescatar a la otra cuando se excedían en público: el gesto de recoger un hilo de pesca.

—Oye, hay un tipo que te está mirando. —De repente, la boca de Madison se acerca a su oreja, con el aliento frío por la bebida—. No lo conocerás, ¿verdad?

Es el mecánico, aunque Laura no se había fijado en él con su ropa de calle: unos vaqueros y una camiseta negra, ambos ajustados. No sonríe, pero le guiña un ojo tan rápido que casi no lo ve. Ella se ruboriza, tanto por la vergüenza ajena que le produce como por su propia timidez inglesa.

—¡Coño, que sí que lo conoces! —exclama Madison—. Tienes que contármelo todo.

Laura vuelve a recordar en silencio que Madison no es Lou.

—Bah, no hay nada que contar. Trabaja en un taller mecánico. Tuve que llevar el coche la otra semana, y se me insinuó un poco. Muchos italianos son así. —Se obliga a reírse—. Hay que acostumbrarse, pero no significa nada.

Madison levanta una ceja.

—¿Eso es todo? Esperaba que estuvieras viviendo una aventura tórrida. No se lo diría a Nick, ya sabes. Ni a Bastian.

Laura la mira a los ojos y, antes de poder evitarlo, dice:

—No se te ocurriría traicionar a una hermana, ¿no?

Se arriesga a echar otra mirada a la plaza, pero él se ha ido,

absorbido por la multitud de amas de casa. Relaja los hombros. Ahora no sabe por qué había pensado en él con tanta… intensidad. Parece de lo más vulgar, incluso un poco guarro. Se da cuenta de lo desafortunado de la elección del adjetivo, y se imagina enviándole un correo electrónico a Lou para ponerla al día sobre el «mecánico guarro».

—¿Por qué sonríes? Dímelo. —Madison le da en las costillas con un dedo afilado.

Y Laura decide que se lo va a contar, o, por lo menos, una versión censurada. En parte porque le apetece, y en parte porque está deseando seguir al lado de esta mujer a la que no acaba de cogerle la medida. De todos modos, lo del mecánico no es nada comparado con lo que ha sentido esta mañana en las escaleras con Bastian. Al recordarlo, se le corta la respiración. Se pregunta si se siente culpable por traicionar a una hermana mientras se marchan de Castelfranco, y, para más inri, solo lleva la mitad de los artículos de su lista de la compra. Ahora piensa que, contra todo pronóstico, Madison podría caerle bien, y que debería arrepentirse, y un poco se arrepiente. El problema es que siente otro impulso más fuerte. Para ser sincera, cree que se merece… esta conexión. El intercambio de mensajes con alguien al que no había visto desde hace años era una cosa, pero esto, tan inesperado, y bajo su propio techo, es la vida real, sucediendo ahora mismo. Lleva mucho tiempo haciendo las cosas bien, atrapada en una especie de modo de ahorro de energía permanente. La energía, la electricidad, recorre su cuerpo. Es como si pudiera chispear y crepitar con ella.

El crepúsculo se ha espesado, de modo que cuando enciende las velas bajo la pérgola, la oscuridad es casi total. La mesa está perfecta, digna de una revista. No puede evitar sentir un poco de orgullo por haber creado todo esto. Nick también lo ha hecho, en un sentido práctico, pero son su estilo y su buen gusto los que han convertido un lugar vetusto y destartalado en algo especial.

El mantel es antiguo, con bordes festoneados, el algodón fino y suave tras haber sido lavado durante décadas por amas de casa italianas que nunca conocerá. Ha colocado ramilletes de hierbas en tarritos de cristal a lo largo de la mesa: salvia, lavanda, eucalipto y alguna otra cuyo nombre desconoce. Todo es blanco y verde claro, la luz cálida parpadea en las velas altas y las velas de té, y en las guirnaldas que le dijo a Nick que colocara en las enredaderas que envuelven los listones de la pérgola.

Cuando se sientan los cuatro, ve que todos van vestidos de blanco o crema. Sus pieles se ven tersas y bronceadas bajo la luz

favorecedora. Incluso la tez sonrosada de Nick parece bañada de un tono dorado.

—Mirad —dice Laura, señalando la mesa— vamos a juego. —Sus ojos se encuentran con los de Bastian, y los baja como si la hubiera chamuscado. Al percatarse de que la sigue observando, se dedica a aplastar las bolitas de cera blanda que se han acumulado en el fondo del candelabro más cercano. También, sin darse cuenta, se sienta más erguida, saca pecho y se recoge el pelo detrás de la oreja. Se lame los labios. Su cuerpo hace todo esto antes de que pueda evitarlo.

Ha tomado dos o quizá tres vasos de vino mientras ponía la mesa. Hay un cartón nuevo de blanco seco en el frigorífico (un intento de economizar cuando están solos), al que le cuesta resistirse. Siempre tiene buenas intenciones, beber solo media copa, pero luego se ve arrastrada a apretar el botón del pequeño grifo de plástico para tomar un par de dedos más, perfectamente fríos.

—La verdad es que tenéis un lugar mágico —comenta Bastian, alzando su copa. Brindan, y Laura tiene que ponerse de pie para alcanzar la de Madison—. ¿Estaba así cuando llegasteis?

—Huy, no, qué va —responde Nick—. A primera vista parecía increíble, pero el estuco se estaba cayendo, había dos enormes antenas parabólicas en la parte de atrás, y estaba todo lleno de maleza. Tuve que alquilar un soplete.

—Y supongo que tú eres la responsable de lo demás —le dice Bastian a Laura, señalando la mesa, todo el retablo en general.

A ella se le ilumina el rostro y asiente con la cabeza.

—Fue un esfuerzo conjunto —matiza Nick cuando Laura abre la boca para responder.

—Bueno, la decoración no —replica bruscamente, y sonríe para suavizarlo.

Nick extiende las manos.

—Por lo visto, soy el tipo de las malas hierbas.

—Y un chef con talento, no lo olvides —añade Madison, señalando su comida con el tenedor—. Vas a hacer que engorde.

La noche se cierne rápidamente a su alrededor, el colorido atardecer se ha enfriado hasta adoptar un azul eléctrico profundo. Parece que están dentro de una habitación bajo la pérgola, pero entonces, en algún lugar del valle, empieza a sonar música, cuyo sonido se transporta con facilidad a través del aire inerte. Todos se dan cuenta al mismo tiempo, el bajo no es regular, sino juguetón.

—Alguien está celebrando una fiesta —dice Madison alegremente —. Deberíamos ir luego. —Se apoya sobre la mesa y acaricia el antebrazo de Bastian con las uñas—. ¿Recuerdas cuando nos dedicábamos a colarnos en todas las fiestas? —Entonces se vuelve hacia Laura. Parece dirigirse más a ella que a Nick. Es otra cosa

inesperada—. Es como el cañón de nuestra casa. Se oye todo a kilómetros de distancia. Solo teníamos que seguir el sonido. A nadie le importa que te hayan invitado o no. Si actúas con decisión, la gente piensa que sí. Y, de todos modos, en Los Ángeles todo el mundo tiene miedo de ofender a la persona equivocada. Solo tenía que acercarme al anfitrión y decirle: «Hola, ¿qué tal? ¡Te veo genial!», y ya estábamos dentro.

—Mi mujer no tiene vergüenza —dice Bastian.

«Mi mujer». Laura intenta pasar por alto lo mucho que le repatean esas palabras. Sonríe a Madison.

—Supongo que tú encajarás bien en todas partes.

Madison le lanza un beso. Bastian coge el sacacorchos y una botella nueva de la cubitera.

—Y dime, Nick, ¿es verdad que te dedicabas al periodismo en Inglaterra?

Laura observa la leve rigidez de su marido, cómo clava los ojos en el vino, su vino, mientras Bastian gira el sacacorchos.

—Sí, bueno, era corrector —contesta él—. Titulares, citas, arreglar los textos de mierda de otras personas. Ese tipo de cosas.

—¿Entonces no escribes?

—La verdad es que no. Muy de vez en cuando.

Laura le da vueltas a su copa.

—Bueno, eso no es del todo cierto, ¿no?

Nick se encoge de hombros, lo que la desespera un poco. De hecho, antes de Italia, se las había arreglado para publicar un artículo de tamaño decente cada dos meses, y Laura no sabe por qué no lo dice. Por qué no presume un poco. No lo ve bien desde el asiento de al lado, pero el orgullo siempre le hace parecer débil y petulante. Ella sabe que hay algo más profundo debajo: un resentimiento de clase nacido tras años de ser ignorado, una pieza más del mobiliario de oficina, sin la seguridad de un puesto fijo en la plantilla. Es otra de las razones por las que cedió al plan de Italia, aunque esto, como muchas otras cosas, tampoco se dice. Hablar de ello supondría reconocer que nada iba a mejorar en el periódico, que, en algún punto no marcado del camino, Nick había pasado de estar en ascenso en un diario nacional a estar atascado. «No preguntes más», suplica en silencio, pero Bastian ya está hablando.

—Si uno es creativo, tiene que dar mucha rabia mejorar los escritos de algún columnista famoso. Su nombre sigue saliendo debajo del título, ¿verdad?

Nick sonríe apretando los labios.

—Así son las cosas.

—Cuéntales a Madison y a Bastian lo de tu artículo de investigación —lo anima Laura.

—¿Cuál, el que redujeron a mil quinientas palabras después de tres meses de trabajo?

Ella se resiste a poner los ojos en blanco. «¿Por qué no quieres impresionarlos?». Lo piensa, pero no lo dice. Siempre hace lo mismo cuando se siente incómodo, y siempre en presencia de otros hombres. «Pobrecito tu Nick, no es un alfa», le comentó Lou una vez. Habían ido a una cena, y Nick había estado a punto de discutir con el novio abogado de una amiga común. «Me temo que tiene síndrome de estrés postraumático por culpa de esos pijos gilipollas del periódico».

Ahora se encoge de hombros, derrotado. Coge su copa y va a beber, pero está vacía. Bastian la llena.

—El problema del periodismo es que sigue siendo una red de viejos amigos.

«No vayas por ahí», piensa Laura. Lo ha escuchado un millón de veces. Los americanos tampoco lo entenderán.

—Pero ¿no se supone que son liberales? —Bastian rellena la copa de Laura antes que la de Madison y mira a Nick expectante.

—Se supone —contesta Nick—. Entré pensando que encontraría a mi gente, pero todos se conocían de los colegios caros de Londres. —Se le traba un poco la palabra «Londres» y Laura se encoge de vergüenza ajena.

—Y tú te dedicas a la producción cinematográfica, ¿no, Bastian? ¿Qué clase de trabajo haces?

Bastian se lo piensa. A diferencia de Nick, parece estar totalmente tranquilo. Madison sonríe con orgullo. «Mirad a mi hombre. ¿Verdad que es alucinante?». Laura escucha las palabras como si las hubiera pronunciado en voz alta.

—Supongo que mi trabajo consiste en conectar a la gente —dice al cabo—. Pongo en contacto a diferentes personas, creo sinergias, ¿entiendes?

—O sea, un montón de cháchara —replica Nick. Su tono es ligero, pero Laura lo conoce lo suficiente para detectar la mordacidad. Ha recuperado la botella.

Bastian se encoge de hombros y baja la mirada.

—No pretendo salvar vidas. Es Hollywood. Supongo que mi trabajo consiste en mantener los engranajes engrasados y en movimiento, ya sean los productores ejecutivos y los cazatalentos, o los desarrolladores con los directores de reparto. —Su cuerpo sigue relajado, cómodo.

—Los Ángeles solo existe para conectar a la gente —dice Madison—. Como un gran evento de *networking.* —Acaricia el brazo de Bastian—. Y mi hombre es el mejor en eso. Sabe exactamente a quién tiene que juntar. —Se inclina para besarle la mejilla. Él no la mira ni reacciona al beso, pero Laura ve que su mano desaparece bajo la mesa

y sabe que debe de haberla posado sobre su muslo.

En ese momento se encuentra con su mirada y, durante una fracción de segundo, ella piensa que no dirá nada, que seguirá mirándola. Entonces él sonríe, y ella no puede evitar mirar de reojo por si Nick lo ha visto, porque, de alguna manera, es demasiado intenso, demasiado revelador. Pero Nick está ocupado sirviéndose más vino, así que se permite mirar a Bastian.

—Bueno, Laura —dice él—. ¿Y tú qué? ¿De qué huías?

Nick levanta la vista al oírlo, haciendo que ella se apresure a responder:

—Era profesora. Nada emocionante. En una escuela de secundaria… Una especie de instituto.

—Oh, me lo imagino perfectamente —dice Madison. Laura no sabe cómo tomárselo—. Seguro que los chicos te adoraban —añade.

Ella baja la mirada, avergonzada pero complacida.

—Yo no estoy tan segura de eso.

—¿Qué enseñabas? —Bastian se revuelve en el asiento y su pie golpea con el de ella, que lo aparta como si estuviera ardiendo.

—Inglés y algo de teatro —contesta Laura, demasiado rápido. Está haciendo el ridículo. Toma aire—. El arte dramático no es lo mío, pero necesitaban a alguien que pudiera dar ambas cosas. Con los mayores no estaba tan mal, pero enseñar arte dramático a treinta chicos de catorce años no es ninguna broma. Básicamente lo consideraban una extensión del recreo.

—Yo sería la peor profesora del mundo —dice Madison—. Querría que todo el mundo me quisiera.

—Laura también era un poco así, ¿verdad, cariño? —Nick coge su copa—. La disciplina se va a la porra. Los críos son como animales salvajes. Pueden olerlo.

Ella baja el cuchillo y el tenedor en respuesta, dejando el plato principal de Nick a medio comer. De todos modos, no tiene apetito.

—En realidad, no tuve problemas de disciplina. Simplemente me parecía desmoralizante lo poco que le importaba a la mayoría. Con el inglés era algo mejor porque es una asignatura obligatoria y tenían que aprobarla todos. Pero mi horario acabó siendo un cincuenta o sesenta por ciento de clases de teatro. Resultaba… agotador.

—Me imagino que serías una gran profesora —dice Bastian—. Es una de las profesiones menos valoradas pero, para mí, es tan importante como ser médico. Mucho más importante que un abogado medio, aunque en Estados Unidos no se conciba. Esos chicos se darían cuenta de que te importaba, aunque se hicieran los remolones. Los buenos lo sabrían. Seguro que se acordarán de ti dentro de unos años.

Sus mejillas se sonrojan de placer. Quiere preguntarle por qué piensa eso, pero daría la impresión de estar pidiendo halagos. Y sin

duda es así.

—En realidad, acababa de solicitar empleo en otra escuela cuando decidimos mudarnos aquí.

—Laura estaba a punto de vender su alma —replica Nick—. De pasarse al lado oscuro.

—Lo que Nick quiere decir es que era una escuela pública —explica Laura—. Es decir, de pago. No le parecía bien.

—Siempre me hago un lío con eso —dice Madison, riendo—. ¿Pública o privada?

—Lo que vosotros llamáis escuelas públicas se conocen como escuelas estatales en el Reino Unido —dice Nick—. Los colegios de pago se llaman privados, pero también públicos. Aunque supongo que los colegios «públicos» suelen ser los grandes y famosos, como Eton. Donde se curtieron nuestros primeros ministros conservadores.

—¿Y ese es el lado oscuro? —inquiere Bastian—. Yo fui a un colegio privado.

Se produce un silencio que Madison se apresura a romper.

—Supongo que nadie más que yo vio *Gossip Girl*, pero el colegio de Bast era igualito. Como el de *Crueles intenciones.*

—Me encantaba esa película —dice Laura—. Las amistades peligrosas en un colegio privado de Nueva York. Salía esa actriz de *Buffy*, metiéndose coca en los baños de las chicas. —Sonríe a Madison, que asiente con la cabeza. Tiene la sensación de que las dos intentan suavizar las fisuras que han creado los hombres, como hacen siempre las mujeres.

Continúan comiendo, el plato principal seguido de un postre con algo de alcohol, higos y mascarpone, que de nuevo desaparece demasiado rápido. Laura se percata vagamente de que está muy bueno, aunque sin ser consciente de cada bocado. Mientras tanto, los sonidos graves de la música procedente del otro lado del valle retumban como un latido. De alguna manera, alteran el ambiente, como un indicio de que podría ocurrir algo de forma inminente: un redoble de tambores a cámara lenta. Su propia banda sonora, un poco desafinada.

—¿De dónde crees que viene? —pregunta Madison, como si hubiera escuchado los pensamientos de Laura. No deja de hacerlo—. ¿Cómo son los vecinos?

—Están a kilómetros de distancia —dice Nick—. No estoy seguro de que cuenten como vecinos.

—¿Aún no habéis conocido a ninguno?

Laura niega con la cabeza.

—Siempre estamos diciendo que deberíamos ir a presentarnos, pero todo el mundo está escondido en sus casas y nuestro italiano es muy limitado. —Se detiene: podría quedar mal admitir que son unos

novatos. Desearía haberle recordado a Nick que no debe decirles a los americanos que son sus primeros huéspedes. La verdad es que no se han esforzado mucho en conocer a nadie por aquí. Tenía tan buenas intenciones (dominar el idioma, hacer amigos), pero todo se esfumó. La única vez que lo intentó de verdad, en el mercado, con los vendedores y las mujeres que regateaban con ellos, fue recibida con desconcierto. En realidad, había sido más bien resentimiento. «¿Qué quieres de nosotros? ¿Se supone que tenemos que hacerte reverencias?».

—Sigo pensando que deberíamos colarnos en la fiesta —dice Madison. Se está aplicando un brillo de labios sin espejo. Reluciente y pegajoso—. Podemos conducir con las ventanillas bajadas hasta que averigüemos de dónde viene la música.

—En realidad, hay un camino —responde Nick. Sus ojos brillan a la luz de las velas.

Laura se da cuenta de que ya está casi borracho como una cuba. No es que ella esté mucho mejor, ahora que tiene que pensar dónde coloca su copa de vino para que no choque con su plato.

—¿Qué camino? —pregunta—. No me lo habías dicho.

—Lo encontré una mañana que salí a dar un largo paseo. —Nick baja la voz con tono confidencial—. A Laura no le gusta madrugar. Mientras ella sigue durmiendo, yo me levanto para hacer de todo.

Madison se ríe, Nick se da cuenta de lo que ha dicho y mira a Laura. Bastian también la observa de nuevo, agachando la barbilla para mirarla a través de sus oscuras pestañas, sorprendentemente largas y aniñadas para un hombre tan masculino. Le hace parecer más tierno.

—Sospecho que podría ser una antigua calzada romana —continúa Nick—. Hay muchas por aquí. Aunque ¿las calzadas romanas no son siempre rectas? El caso es que da la vuelta a la colina y, si sigues adelante, llegas a un jardín increíble con fuentes, estatuas y de todo. Hay varias piscinas que bajan por la colina. Son tres, cada una más grande que la anterior. Con azulejos negros y losas de granito alrededor. Y todas las plantas son puntiagudas, como esculturas. Es un poco excesivo, en realidad. No queda bien con el paisaje.

—Suena muy Tom Ford —dice Madison.

—Más ostentoso que eso. Más bien rollo oligarca.

—¿No te dieron ganas de averiguar quiénes viven allí? —pregunta Bastian.

—Bueno, iba a explorar un poco, pero entonces empezaron a ladrar los perros. Por cómo lo hacían, debían de ser enormes, así que tuve que salir por patas. Pero allí hay mucho dinero, sea de quien sea.

—No puedo creer que no me hablaras entonces de eso —protesta Laura.

—Seguro que es ahí donde está la fiesta —dice Madison, mirando a Laura con los ojos muy abiertos—. Te apuntas, ¿verdad? Oye, Nick, no iba a decir nada, pero creo que tu mujer es un poco misteriosa. Me contó un par de secretos suyos cuando estábamos en el mercado.

Laura vuelve a sonrojarse y se alegra de que solo los alumbre la luz suave y titilante de las velas.

—¿A qué te refieres? —dice Nick. Vuelve a emplear el mismo tono afable que antes—. No me digas que te topaste con alguno de sus amantes italianos.

—Bueno, solo con uno —responde Madison, guiñándole un ojo a Laura, quien se pregunta si habrá pillado a Bastian mirándola y está haciendo valer su condición de esposa. Pero entonces se acerca a la mesa para rozarle los dedos, y su sonrisa parece genuina—. ¿Qué me dices, Laura? ¿Por qué no bajamos por ese camino y buscamos la fiesta? Podemos coger los bikinis y darnos un chapuzón en esas piscinas negras.

Laura empieza a negar con la cabeza cuando Nick le pone una mano caliente y ligeramente húmeda en el brazo desnudo.

—Estaría bien, pero ya son las diez y media, y aún tenemos que recoger todo esto. Deberías ir con Bastian, Madison. Y mañana nos informáis.

—Pues mira, yo creo que voy a ir —lo interrumpe Laura, moviéndose para apartar la mano de Nick—. No pasa nada si lo limpiamos por la mañana, ¿no?

Madison da una palmada.

—¡Esa es mi chica!

—Querrás decir si yo lo limpio por la mañana —apostilla Nick.

—Bueno, pues más tarde. —Laura ya se está levantando—. Lo haremos más tarde. O lo haré yo, ya que tú has cocinado.

—Vamos, Nick —dice Madison—. Quiero que nuestro magnífico chef nos acompañe. Y, además, necesitamos que nos muestres el camino.

—Estoy seguro de que lograremos encontrarlo —dice Bastian, poniéndose de pie. Hace crujir sus nudillos—. Si Nick no quiere venir, puede indicarnos la dirección.

Nick parpadea un par de veces y se levanta también, dejando que la servilleta caiga al césped.

—Venga, está bien, iré. Será divertido. —Empieza a apagar las velas.

—¡Genial! —Madison corre alrededor de la mesa y toma la mano de Laura—. Vamos a por los bañadores. También deberíamos cambiarnos de ropa.

—¿Cambiarnos? —Laura se alisa el vestido blanco de algodón, que se abre por la cintura.

—Es precioso —contesta Madison—, pero si vamos a mezclarnos con los oligarcas, tenemos que arreglarnos más. Con vestidos de fiesta y tacones, y mucho más maquillaje.

Laura siente una expectación que la transporta directamente a los diecinueve o veinte años, la emoción ante una noche de la que no se conoce el resultado.

Madison le tiende una mano.

—Vamos. Deja que te pinte los ojos. También tengo un vestido que te va a quedar de escándalo en ese cuerpazo. —Al ver la cara de Laura, añade—: Ay, no te lo tomes a mal, cariño. Mataría por tener tus curvas y esa cinturita. Yo soy toda ángulos rectos. ¿Verdad que está buenísima, Bast?

Él la evalúa con franqueza.

—Claro que sí.

Laura se da cuenta de que su timidez natural neutraliza los efectos euforizantes del vino en un instante.

La noche es oscura, lejos de las luces cuidadosamente dispuestas alrededor de la mesa. Una nube difusa, o quizá el calor disperso del día, ha ocultado las estrellas. Lo único que se ve es la piedra pálida del camino bajo sus pies, otra calzada romana olvidada. Los árboles se amontonan a ambos lados, y una rama caída, tan frágil que cruje como un disparo al pisarla, hace que tropiece y se le doble el tobillo. Alguien la coge antes de que caiga al suelo, con un brazo tan fuerte que sabe que le dejará moratones. No necesita luz para saber que es Bastian. No se había percatado de que estaba tan cerca de ella.

—Cuidado —dice Madison desde atrás, cuando de repente aparece Nick y la sujeta del brazo con una mano más ligera que la de Bastian. Todavía puede sentir dónde la ha tocado cada uno de sus dedos.

—¿Estás bien? Deberíamos haber traído la linterna.

—No la encontré —responde Laura, un poco sin aliento.

—Al menos no está muy lejos.

Es cierto que la música suena cada vez más alta, atrayéndolos con el bajo machacón que los ha llevado hasta aquí. Laura tira del dobladillo de su vestido, que en realidad es de Madison. Le queda entallado (ceñido a la piel, como dice la americana), lo que resulta del todo adecuado porque es hiperconsciente de su cuerpo al llevarlo, incluso en la oscuridad. A cada paso, le roza y se le sube por los muslos.

Espera encontrar un muro o una valla, algún tipo de límite sólido que rodee aquella grandiosa y misteriosa finca, pero no hay nada. Los grupos de árboles y la vegetación van dejando paso a algo más cuidado hasta que el camino de piedra se convierte en hierba. Es como

si todo el valle perteneciera a esa casa: una extensión salvaje del jardín.

Doblan un recodo y ahí está: una especie de villa moderna que flota sobre ellos, iluminada como un transatlántico que cruza el océano. Las piscinas que Nick había mencionado resplandecen como el ónice. Las tres, ubicadas en diagonal sobre la colina, están conectadas por un fino canal por el que discurre un agua tan silenciosa y viscosa como el aceite. Los invitados se agrupan en torno a la más grande, en la cima, construida en la terraza saliente de la villa. Ahora se distingue la música, y no es un simple golpeteo en el plexo solar el que los ha guiado aquí, sino un hiphop melódico e hipnótico.

—¿Ves lo que quiero decir? —pregunta Nick en voz baja—. No es lo que uno se espera.

—No —susurra ella.

Madison se ahueca el pelo.

—Me siento como si nos hubieran teletransportado a Los Ángeles.

Entonces se separan, y Madison coge la mano de Laura y tira de ella para subir los serpenteantes escalones hacia la terraza. Mira hacia atrás, a Nick, que se encoge de hombros. Bastian se queda a un lado, observándolas también.

—Llama menos la atención si entramos primero las chicas —dice Madison. A la luz de la casa, cegadora tras el paseo a oscuras, le brillan los ojos. La gente, el bullicio de los demás, es oxígeno para Madison, piensa Laura. Su combustible. Quizá también lo sea para ella, más de lo que imaginaba. Piensa en lo sola que ha estado en Italia, hambrienta de contacto humano durante meses, con sus diarios y su ordenador portátil como única compañía. Vuelve a mirar atrás. No puede distinguir la expresión de Bastian en la penumbra, pero no se ha movido del sitio. Cuando se vuelve para alcanzar a Madison, se da cuenta de que no ha comprobado si Nick sigue allí también.

Se colocan al borde de la piscina de la terraza superior y, cuando pasa un camarero con una bandeja de bebidas, Madison se hace con dos copas.

—Eres toda una experta en esto, ¿verdad? —comenta Laura, admirada, y se bebe la mitad de la suya de un trago. Es una especie de martini con un toque floral que no logra identificar. Le arde la garganta. Últimamente no toma licores. Apura el resto y Madison se ríe, encantada.

—Buena chica. —Se termina el suyo y señala con la cabeza al camarero, que está a punto de dar otra vuelta—. Ahora te toca a ti. —Se sonríen mutuamente, y a Laura le hace ilusión estar aquí con Madison, su nueva amiga.

La llamada al camarero atrae más atención de la esperada. Un hombre con camisa negra de cuello abierto y el pelo muy corto,

incoloro más que rubio, las mira una y otra vez. Entonces se separa del grupo con el que estaba y se dirige hacia ellas con decisión.

—Mierda, nos han pillado ya —murmura Laura.

Madison se echa el pelo hacia atrás.

—Yo me encargo.

—*Buona sera* —dice él con suavidad, indicando al camarero que se acerque y cambie sus copas vacías por otras nuevas—. No me molestan los intrusos, siempre que sean tan encantadores. —Su acento es difícil de ubicar: eslavo, tal vez, como sus pómulos. Pero muy leve, con una entonación del inglés casi impecable.

—Llegamos siguiendo la música —responde Madison con una sonrisa irónica—. No pudimos evitarlo.

—Como el flautista de Hamelín. Yo soy Ivan. Y tú eres americana. —Besa la mano de Madison, y luego la de Laura.

—Madison es de Estados Unidos —explica ella—. Yo soy inglesa. Y en realidad soy tu vecina. Madison se aloja con nosotros, nuestra primera clienta de pago en la casa de huéspedes que hemos montado, y, además, justo a tiempo. —Se reprende a sí misma por el desliz que había pensado que cometería Nick.

Madison le echa una mirada interrogativa y sonríe.

—Bueno, estamos encantados de ser los primeros. Y no te preocupes, con la reseña que vamos a dejaros, estaréis a tope en poco tiempo, ya lo verás.

Laura baja la vista, todavía avergonzada, pero también conmovida.

—Gracias —musita.

—Me temo que nuestros maridos también se han colado —prosigue Madison—. Están por aquí, en alguna parte.

—Esperamos que no te importe —añade Laura.

Ivan inclina la cabeza y les sonríe a las dos, con unos dientes tan perfectos que tienen que ser carillas. Cuando enciende un cigarrillo fino de punta dorada, Laura observa que sus uñas, al igual que su jardín, están recién cortadas. Él se encoge de hombros.

—¿Por qué iba a importarme la llegada de sangre nueva? Estoy cansado de ver las mismas caras. Pero debéis prometerme que volveréis esta semana, que pasaréis un día entero aquí para que pueda prestaros toda mi atención. ¿Lo haréis?

Debería resultar espeluznante, pero no lo es en absoluto: demasiado pulido, para nada agresivo. Ellas asienten con la cabeza, como colegialas ansiosas. Él les regala una última sonrisa antes de seguir adelante.

—Guau —dice Madison—. Eres vecina de Jay Gatsby.

Laura se ríe. Se siente eufórica por su éxito. El segundo cóctel está empezando a hacerle efecto. No tiene el sueño que le produce el vino. Sus sentidos se agudizan, convirtiendo la velada en algo que sabe que

será hiperrealista en retrospectiva.

—¿Vas a ser Daisy, o lo hago yo?

—Creo que si alguien va a ser Daisy, será Nick o Bastian, ¿no crees? —Madison enarca las cejas.

—¡Ah! —Laura busca a Ivan entre la multitud, como si otro vistazo pudiera confirmarlo, aunque de repente tiene mucha lógica—. ¿Tú crees?

—Yo sí. Va demasiado bien vestido para no serlo.

El tiempo pasa a trompicones, como siempre que se pone así. «Estoy piripi», no deja de pensar, preguntándose de qué lugar de su memoria ha desenterrado la arcaica palabra. «Me siento tan feliz ahora mismo —sigue pensando—. Me siento viva de nuevo. Recordaré esta noche para siempre».

Ahora se ha quedado sola. Madison se fue a buscar un cuarto de baño hace tiempo y no ha vuelto. Se pasea por los diferentes niveles del jardín. Las esculturas, en su mayoría de metal, están dispersas. De bordes afilados y artísticamente oxidadas, no tienen nada de orgánico. Parecen caídas del cielo desde una nave extraterrestre. Se apoya en una, fría contra sus piernas. Aparte de la música y del coro de insectos que zumba como un cable eléctrico, el aire está en completa quietud. La temperatura debe de rondar la de su cuerpo.

—Es como estar dentro, ¿verdad? —Es Ivan.

Está tan cerca que puede olerlo. Despide un aroma difícil de describir, y no coincide con su gusto decorativo: mucho más sutil, severo casi.

—Hueles a ricachón —dice ella en voz alta, y se tapa la boca con la mano.

Él se ríe.

—Es que lo soy.

Animada porque le ha divertido, Laura inclina la cabeza hacia un lado, pensativa.

—Sí, pero de una manera diferente a la de la casa. Menos…

—¿Menos ostentoso?

—Exactamente. —Se muerde la lengua—. Ay, perdón, qué grosera soy. Creo que estoy borracha.

—No te disculpes. Mi pareja, mi expareja, era más extravagante. Fue él quien eligió la decoración. Algún día lo cambiaré todo. Lo haré mío de nuevo. Que vuelva a parecer Italia.

—Lo siento. Que sea tu ex, quiero decir.

—Yo no. Era una sanguijuela. —Ivan la conduce de nuevo hacia la terraza—. ¿Te gustaría ver el interior de la casa? He empezado a retirar los peores excesos de Raoul, pero es un trabajo en curso.

Resulta imposible calibrar la antigüedad de los cimientos de la villa. Todo ha sido vaciado, ampliado y derribado. La sala de estar ha

perdido incluso el techo, que se eleva a doble altura bajo una galería acristalada. A través de una puerta abierta que conduce a una especie de biblioteca o despacho, descubre a Bastian en plena conversación con un hombre al que nunca había visto antes, con una cabeza calva y morena que brilla como una castaña a la luz de la lámpara. Se detiene.

—¿Es tu marido? —le pregunta Ivan.

—No, el mío no. El de Madison. Se llama Bastian.

—Qué suerte tiene Madison. ¿Es italiano?

—Bueno, un cuarto. Estadounidense, en realidad.

—Pues no hablará mal en italiano. El inglés de Angelo es terrible.

Se quedan mirándolos un rato más, y Bastian debe de notarlo, porque levanta la vista. Lo normal sería que sonriera en señal de reconocimiento, pero no lo hace. Le sostiene la mirada y luego levanta la barbilla. Una llamada. La intimidad del gesto la emociona, haciendo que le arda la cara incluso tras apartar los ojos, encontrando los de Ivan en su lugar. Él la observa con interés.

—Creo que yo también me sonrojaría. Cuídate, ¿vale? —Le da un golpecito en el hombro y la deja con otra sonrisa de dientes caros y blancos en la penumbra.

Aunque sabe que debería buscar a Nick, o a Madison, se encamina hacia los hombres. Bastian le sirve un whisky de una selección en una bandeja lacada y se lo entrega sin decir nada. A ella ni siquiera le gusta el whisky, pero le gusta que lo haya hecho sin preguntarle. Otro gesto íntimo entre ellos, como si él llevara años preparándole las bebidas. El whisky le abrasa la garganta igual que los cócteles de fuera. Se ve a sí misma en los espejos de las estanterías detrás de Bastian. Sus ojos están desorbitados.

—Te presento a Laura —le dice Bastian al hombre, que la evalúa sin ambages—. *Lei è* Laura.

—Angelo —responde el otro, llevando la mano de ella hasta sus labios finos y secos.

De manera instintiva, el impulso de retroceder neutraliza la euforia de Laura.

—Angelo tiene una empresa de construcción —dice Bastian.

—Tú vives… —Angelo la mira con sus ojos negros y hace un gesto vago en la dirección del jardín. Laura no sabe si es una pregunta o una afirmación. Tiene un fuerte acento. Quizá sea la barrera del idioma lo que le hace parecer hostil. No sonríe, como lo haría la mayoría de la gente cuando conoce a alguien en una fiesta.

—Vivo en Luna Rossa —dice ella con cuidado.

—*Sì, sì* —repone él con impaciencia—. Ya sé *questo*—. Después, suelta una parrafada en italiano.

Ella niega con la cabeza.

—Lo siento. Mi italiano…

—Dice que conoce a tu marido —la interrumpe Bastian.

—Ah. —No entiende cómo es posible. Su cerebro está nublado por el alcohol. Vuelve a ver su reflejo, con el ceño fruncido entre las cejas —. ¿Conoces a Niiick?

Se da cuenta de que lo ha pronunciado a la italiana, pero Angelo asiente. Hay una pausa, y luego él dice algo en voz baja, obviamente para Bastian, y se echa a reír. Bastian no reacciona, se limita a seguir mirándola. Laura se alegra de que esté aquí.

—¿Qué está diciendo?

Bastian sonríe con languidez. Angelo la mira desde el caballete de su nariz. «Cuídate», vuelve a oír la voz de Ivan, lo que la obliga a dejar su whisky a medio beber. No le cabe en la cabeza que ese tipo tan raro conozca a Nick. No es la clase de persona que se olvidaría de mencionar.

—Tengo que encontrar a mi marido. —A pesar de la presencia de Bastian, siente la necesidad de marcharse. Lou diría medio en broma que Angelo tiene un aura dudosa. Se aleja de los dos hombres, casi esperando que Bastian la siga, pero cuando se vuelve, sin poder resistirse a comprobarlo, Angelo se inclina para murmurarle algo al oído. La risa del italiano la persigue—. Idiota —murmura ella.

Bastian la alcanza en el jardín.

—¿Qué te ha dicho? —le pregunta Laura—. Cuando me estaba yendo… No me ha gustado.

—Sí, me acorraló mientras echaba un vistazo por ahí. Parecía saber dónde me alojaba. Quería preguntarme por qué habíamos venido a esta parte de Italia, si se estaba poniendo de moda en los círculos de Los Ángeles. —Ella lo mira. Él le dedica una sonrisa inescrutable—. Supongo que es el gerifalte del pueblo.

—¿Qué quieres decir?

—El tipo que lo dirige todo entre bastidores.

—Bueno, Luna Rossa no es de su incumbencia.

—Oye, relájate. —Al decirlo, alarga la mano para colocarle un mechón de pelo suelto detrás de la oreja. El contacto es breve, pero la intimidad del gesto destierra todos los pensamientos sobre Angelo. Siente un cosquilleo en la oreja que le ha rozado—. Qué extraño es esto —prosigue Bastian—. Es como si te conociera de toda la vida. —Se ríe con suavidad.

Ella traga saliva y automáticamente mira a su alrededor en busca de los demás, de Madison. No se ve a nadie aparte de las sombras de otros invitados, proyectadas por las luces de la casa. Desde aquí se oye mejor a las cigarras, desacompasadas con los graves del sistema de sonido.

—Debería ir a por Mads —dice él finalmente, rompiendo el hechizo.

—Sí, será lo mejor. —Pero es ella la que se marcha a toda prisa, antes que él, antes de que pueda cambiar de opinión.

Encuentra a Nick en la parte baja del jardín, cerca de donde entraron por el camino. Está sentado en la hierba, con las rodillas dobladas y la cabeza gacha. Cuando la oye y levanta la vista, su rostro está húmedo y pálido como la luna. La irritación se apodera de ella, y mira a su alrededor para comprobar que no hay nadie más. Entonces se da cuenta de que no está solamente borracho.

—¿Qué pasa? —Se inclina para ponerle la mano en la frente, aunque es absurdo. No es un niño con fiebre.

—He fumado un poco —murmura. Escupe a un lado y ella huele el vómito. Él se limpia la boca con el dorso de la mano.

—Joder, Nick. Sabes que siempre te pasa esto con la hierba. —Da un manotazo junto a su cabeza cuando un mosquito zumba en su oído.

—Ni siquiera querías que viniera, ¿verdad? —Su voz es petulante —. Solo quería pasármelo bien. Te habrías ido a cualquier sitio con ellos. —Parece un quinceañero, y ella lucha contra la tentación de decirlo. Nadie más en la fiesta se encuentra en ese estado.

—Bueno, en realidad me habría ido con Madison —responde Laura —. Oye, acabo de conocer a alguien que te conoce. Un constructor intensito llamado Angelo. Me puso la piel de gallina.

La expresión que pone mientras asimila sus palabras es peculiar. No es una cara que ella conozca, y conoce todas las caras de su marido. Tan de repente que tiene que apartarse de él, Nick se da la vuelta y empieza a vomitar.

1999

No esperas que salga esta noche. Nunca sale los lunes. Te sientes relajada mientras te arreglas, sabiendo que puedes pasar una noche con tus amigas, como antes de que él apareciera en tu vida. Menos memorable e intensa, pero también menos agotadora.

Antes de que llegue el taxi, te bebes tres botellas de Soave barato con tus compañeras de piso, pese a que no está lo bastante frío para enmascarar su sabor. En verano vas andando a los bares y discotecas de la ciudad, para ahorrar dinero, pero ahora es invierno, a finales del trimestre de Navidad, y las carreteras están resbaladizas y relucientes por la lluvia. La humedad hace que se te encrespe el pelo en cuanto pones un pie fuera.

El interior de la discoteca es negro y parece estar compuesto casi en su totalidad por escaleras, pasillos y salidas de emergencia al estilo de Escher. En cada una de las salas suena un subgénero de música de baile ligeramente diferente, pero todas están decoradas con las mismas luces ultravioletas que hacen que todo brille en blanco, no solo los dientes, sino también los sujetadores pálidos bajo los tops oscuros y la caspa sobre los hombros.

Al entrar desde el frío de la noche, el aire te golpea como una pared húmeda y caliente. El humo de tabaco hace que tu pelo limpio apeste inmediatamente. Se mezcla con la dulzura del alcohol, el garrafón y el desodorante barato. El guardarropa cuesta una libra y las bebidas también. De hecho, un chupito de vodka son solo setenta y cinco peniques y la mezcla veinticinco: cola o limonada. Vale más si pides Red Bull, que de repente está en todas partes y por lo visto es bastante dañino. No te gusta mucho su sabor, pero no es eso lo que importa.

El vino que has tomado en casa te ha dejado atontada, así que te abres paso hasta la barra para pedir dos vodkas dobles con Red Bull para Lou y para ti, y dos más porque es una mierda hacer cola. Te terminas el primero para tener una mano libre para fumar, y entonces, cuando te vuelves para pedirle fuego a un jugador de rugby, es cuando

le ves.

El corazón te da un vuelco y sientes más miedo que emoción. El efecto es instantáneo, como doce latas de Red Bull, y todo lo que te rodea se intensifica de pronto: la música suena más alta, las caras parecen más nítidas. Tu piel se tensa con la sensación. Durante una milésima de segundo, aún tienes la claridad mental de desear que no estuviera aquí. No te sientes a la altura, esta noche no, porque no te has preparado psicológicamente, estás en el peor día de la regla y ni siquiera te has molestado en depilarte las piernas.

Destierras esos pensamientos ingratos porque él suele ser muy esquivo. Todos los días vas a los mismos lugares del campus donde lo has visto antes, con la esperanza de que vuelva a estar allí. A diferencia de ti y de tus amigas, él no vive en las calles de adosados victorianos que bordean la extensa colina verde sobre la que se asienta el campus. Tiene coche, como todos los de su grupo, y vive en algún lugar más lejos de la ciudad. Muchos de los niños ricos lo hacen, algunos incluso en el campo. Si están demasiado borrachos para conducir, cogen un taxi, aunque la carrera pueda costar veinticinco o treinta libras.

Han pasado casi dos semanas desde la última vez que le viste, y la acumulación de días estaba empezando a desesperarte. A veces te bastaba con soñar despierta con él, con imaginar escenas en las que coincidíais en la biblioteca, los dos muy guapos y elegantes. Quizá te propusiera hacer una pausa para tomar café o, si fuera a última hora del día (y esto te gusta más: la biblioteca vacía, las ventanas convirtiéndose en espejos oscuros), te preguntaría si necesitabas que te llevara a casa.

Pero, ahora que está aquí, quieres posponerlo. Al darte la vuelta, ves que Lou te está mirando.

—¿Qué pasa? Parece que hayas visto un fantasma. ¿Es él? —Se inclina para mirarlo.

—No seas tan descarada.

—Nunca viene aquí, ni sus amigos tampoco. Es demasiado cutre… Habrá venido a verte.

La posibilidad de que así sea te pasa por la cabeza, pero la descartas como algo inverosímil. Te besó una vez, nada más. Seguramente no haya vuelto a pensar en ti. Por eso la mayoría de tus fantasías tienen lugar en un contexto de sobriedad, que le permitiera verte bajo una luz diferente a la de esas noches de borrachera en las que todo el mundo está de ligue y nada importa mucho.

En el fondo quieres que te cortejen, que te inviten a cenar, pero eso no parece ocurrir muy a menudo. La gente se enrolla, y algunos lo siguen haciendo hasta que empiezan una relación, o cada uno por su lado. Tú no quieres ninguna de las dos cosas, aunque la primera

signifique llegar a ser su novia con el tiempo. Lo que quieres es que os consuma una pasión abrasadora o nada.

Inclinas tu vaso, pero solo queda el agua de los cubitos. Se te acelera el corazón dentro del pecho. Te das la vuelta para decirle a Lou que vas a esperar un poco antes de arriesgarte a tomar otra copa, pero ya ha sido absorbida por la multitud que os empuja hacia la barra. Cuando llegan las bebidas, otros dos vodkas dobles, decides dejarte llevar. Te parece más fácil que parar.

La nueva dosis de alcohol te hace efecto con rapidez. Sabes que estás bebiendo demasiado, pero tu instinto de supervivencia se ha ido a paseo. Te da igual. Estás demasiado ocupada mirándolo para que te importe.

En realidad, no lo estás mirando. Preferirías morir antes que hacer algo tan desesperado. De todos modos, no te hace falta. Siempre sabes dónde está, como si tirara de una cuerda anudada a tu cintura con cada uno de sus movimientos, como un buceador invisible bajo el mar. Piensas que te gustaría decírselo algún día, susurrárselo al oído mientras te empuja hacia la cama con su peso. «Siempre sé dónde estás sin necesidad de mirarte. Lo sé sin más».

Ahora está hablando con una chica que no habías visto antes. Es alta y de aspecto atlético, con el peinado ahuecado y voluminoso que llevan todas las chicas de los colegios pijos. Ella parece receptiva y sonríe, mientras que él tiene los brazos cruzados, que es lo único que te frena, pese a que tu instinto te dice que huyas al lavabo por si pasara algo. Los músculos de tus piernas se crispan con el deseo de hacerlo.

Al mismo tiempo, te hallas en plena conversación con un compañero de tu clase. Rob es uno de los pocos chicos que estudian literatura inglesa, y es igual que los otros seis: inteligente, tierno y, en última instancia, infollable. Su cara brilla ansiosa bajo la enfermiza luz verde de la salida de incendios, y tú asientes, sonríes y le haces reír, a pesar de que te mantienes vigilante, de que tiemblas por dentro ante la idea de que él se incline y empiece a besar a la niña rica de la camisa rosa de marca y los pendientes de perlas.

Al final, Rob se despide dándote un casto beso en la mejilla, y tú te alegras porque puedes concentrarte, a la vez que te infunde un renovado temor ahora que no hay nada que te distraiga.

Lleva veinte minutos hablando con esa chica. Están los dos solos y, curiosamente, para estar en una sala tan abarrotada, se ha formado un espacio alrededor. Temes que esa oquedad (una palabra nueva aprendida esta semana) sea producto de la química que hay entre ellos, que el beso que tanto temes sea inminente. Te preguntas si fue así cuando te besó aquella vez, cuando se lanzó tan de repente que realmente dijiste «Oh» sobre su boca abierta. Si hubiera sido así, no te

habrías dado cuenta ni aunque toda la discoteca se hubiera vaciado en torno a vosotros.

Aparece otra chica que le da un golpecito en el brazo. A esta sí la reconoces. Lou se pone a tu lado al instante.

—No lo deja en paz, ¿eh? Qué patética.

Reprendes a Lou por ser tan cantosa, mirando a la chica con la que había salido él hace unas semanas con tanta hostilidad que esta le devuelve la mirada, llena de confusión. Entonces, la chica lo coge de la mano y tira de él hacia la pista de baile. Él se resiste un poco, lo que la obliga a detenerse. Ella sacude la cabeza, frunciendo el ceño y protestando, sus últimas palabras claramente audibles por encima de la música. «No seas muermo».

—Oh, por el amor de Dios —dice Lou enfáticamente—. Mira, que se jodan. Vamos a bailar. Siempre bailamos esta canción.

Dejas que te lleve pasando junto a él, para que no pueda dejar de verte, pero tú no lo miras. Te obligas a sonreír y, cuando Lou se da la vuelta para comprobar cómo estás, aprietas tu cuerpo contra el suyo, abrazándoos ostentosamente, y saltáis al ritmo de la música.

—¡Te quiero! —gritas, y por supuesto que la quieres, mucho, pero también estás actuando para él, por si te está mirando, como sabes que está haciendo, tirando con fuerza de la cuerda, mientras te muestras tan seductora, despreocupada y divertida. Cuando otro chico que Lou y tú conocéis de los pasillos se une a vosotras, separándoos para abrazaros también, besándoos a las dos, un poco demasiado cerca de tu boca, mirándote el pecho un poco más de la cuenta, te sientes abrumada de gratitud hacia él.

Es una canción larga, de seis o siete minutos, pero el pinchadiscos no la acorta porque lo importante es la anticipación, la espera hasta que vuelve a entrar el bajo. Todo el mundo se sabe la letra, esas palabras monótonas inyectadas de una extraña amenaza, con el ritmo que hace vibrar tu caja torácica. Pan y mermelada. Medias y dientes.

El pánico inducido por el alcohol y la cafeína, y por lo que sea que echan en el Red Bull, va disminuyendo a medida que bailas. Notas que se consume, que se diluye. Otro chico al que no conoces te agarra para darte la vuelta, metiendo la rodilla entre tus piernas, pero te apartas de él sin perder el equilibrio. Sigues bailando con Lou, que te tiende los brazos. Le das un beso en los labios, a tu querida cómplice: un gesto de agradecimiento por la actuación que está llevando a cabo por solidaridad contigo, del mismo modo que tú actúas para él.

Ahora te observa abiertamente desde el borde de la pista de baile, y solo se mueve para llevarse la botella de cerveza a la boca. Su boca. La última vez la tenía fría por la cerveza, aunque solo durante el segundo previo a que el beso la calentara. El bajo de la canción, que se había detenido, vuelve a oírse de nuevo, y la sala parece saltar

como un solo cuerpo. Él se encamina hacia ti.

Día 3

Laura se despierta de golpe. Tiene una sensación extraña en la boca, casi efervescente. Se acuerda de los cócteles florales, del whisky, pero no sabe cómo llegó a la cama. Hacía mucho tiempo que no se emborrachaba tanto. Aquellas lagunas eran algo completamente normal en la universidad: te levantabas, te inspeccionabas a ti misma en busca de daños, por dentro y por fuera, y luego seguías con tu vida. Ahora se siente nerviosa, paranoica. Podría haber sucedido cualquier cosa.

Se vuelve hacia Nick, pero se aparta de él porque respira por la boca y su aliento es agrio. Su cuerpo también huele raro. No es su olor habitual. Es como un olor a carne casi asfixiante. Entonces le viene una imagen, la negra oscuridad de un apresurado regreso a casa, su respiración fuerte en el silencio de la noche profunda, el final de la música, incluso del canto de las cigarras.

Se concentra, tratando de recuperar el recuerdo antes de que se le escape, igual que un sueño. Cree que estaba sola. Recuerda que se detuvo en un momento dado, con la piel de gallina, y que algún instinto procedente de su cerebro reptiliano consiguió penetrar en la niebla de la borrachera. Había oído un crujido a su derecha, en la espesura de los árboles. ¿Un zorro? En casa habría sido un zorro, pero ¿y en Italia? Tal vez fuera un lobo. Sabe que hay lobos en las montañas. La idea de estar tan cerca de uno la estremece, aunque no sabe si se aventurarían tan lejos. Aquí nunca está segura de nada. Tiene la sensación de que va a estar dudando siempre.

Se sentiría mejor si durmiera un poco más, pero aunque lo piensa, se levanta y abre la puerta en silencio para no despertar a Nick. Hoy no será de ninguna ayuda con los huéspedes: siempre lo ha pasado muy mal con las resacas, su propia versión de la gripe masculina. La idea de preparar el desayuno, la comida y la cena mientras él agoniza hace que le den ganas de subir al coche y marcharse.

No se molesta en vestirse: no espera ver a nadie. El viejo reloj del vestíbulo de abajo confirma su intuición de que es temprano: todavía

no son ni las siete. La casa parece tranquila, sin perturbaciones, dormida. Al entrar en la cocina, comprende que su segunda intuición era errónea. Bastian se vuelve hacia ella con una cuchara en la mano.

—¡Oh!

—¡Hola! —dice él al mismo tiempo.

De repente es consciente de la poca ropa que lleva puesta: un diminuto pantalón corto y un chaleco. Esta mañana hace más calor que nunca desde que vinieron a Italia, una muestra de lo que traerá consigo la canícula. O puede que solo sea el alcohol que lleva en el cuerpo el que la hace sudar ligeramente. Las únicas partes que tiene frescas son las plantas de los pies sobre las baldosas de terracota. Al mirar hacia abajo, ve que están sucios, con el esmalte de uñas descascarillado. La asalta otro recuerdo, la vívida imagen de sentarse en un escalón del jardín de Ivan para quitarse los tacones, de bailar descalza y, finalmente, de la incomodidad de volver a ponérselos para regresar a Luna Rossa.

Mientras piensa en todo esto, con más lentitud que de costumbre, mientras sigue clavando los ojos en sus pies, se percata de que Bastian la mira de arriba abajo. Es algo que suelen hacer los hombres, a menudo con descaro. Obviamente, algunos lo hacen para intimidar, pero también cree que hay veces que no pueden evitarlo. Como todavía no se siente ella misma, porque puede que aún esté borracha, se lo permite sin pudor. Y aunque el hecho de permanecer allí de forma tan pasiva mientras la devora con la mirada va en contra de sus instintos feministas, a otra parte de ella le gusta. Es posible que Madison tenga razón en eso. Al igual que la cosifica, quizá también le otorgue poder.

Cuando levanta la vista, es como si él hubiera estado esperándola.

—Anoche estuvo muy bien —dice Bastian. Luego saca una taza del armario, y Laura se da cuenta de que la cafetera está en el fuego. No le importa en absoluto que se haya encargado de hacerlo, y se pregunta si sentiría lo mismo si hubiera sido Madison quien rebuscara entre sus cosas.

—Si te soy sincera, lo tengo todo un poco borroso —responde, con la voz ronca por haber gritado por encima de la música durante horas —. Ya sabes, cuando recuerdas algunas cosas, pero ninguna encaja.

—¿Lagunas? —pregunta él con una sonrisa, tendiéndole un café—. Me acuerdo de que ibas descalza.

Los dedos de sus pies mugrientos se encogen automáticamente de vergüenza.

—Entonces quizá puedas iluminarme. Creo que… Creo que estuve bailando. —Se ríe.

—Sí, bailando. Y metiendo los pies en la piscina.

De pronto se acuerda. En la piscina más baja, que también era la

más pequeña. Meciendo las piernas en un agua oscura tan suave y cálida que apenas la sentía. Como si rozara capas de seda. Bastian estaba a su lado, su silueta pesada recortándose contra la luz de la fiesta que se desarrollaba por encima de sus cabezas.

—¿Eras tú? —Sabe que sí—. Creo que lo recuerdo.

—Sí, era yo. —Él le sostiene la mirada hasta que ella aparta la vista. Siempre es ella la que mira hacia otro lado.

Tampoco es que hicieran nada malo. A partir de cierto momento, no recuerda los detalles de la noche, pero es imposible que hubiera olvidado eso. Y, sin embargo… Se pregunta si la mano de Bastian le rozó el muslo hasta donde se le subía ese ridículo vestido de Madison. Cree recordar el estremecedor calor de su tacto extendiéndose por su carne, como una insolación al atardecer. Pero tal vez lo estaba mezclando con sus sueños.

Y entonces vuelve a ella de forma vertiginosa: unos segundos grabados a fuego. Debió de ser al final de la fiesta, cuando el zumbido de la multitud se alzó estruendoso tras apagarse la música de baile, y la banda sonora de la noche dio paso a los insectos. El cloro caliente permeaba el aire nocturno. Laura y Bastian estaban sentados juntos en una tumbona mirando a Madison, que estaba representando alguna anécdota. Mientras se reían de su actuación, el pulgar de él trazaba una línea recta que subía y bajaba por su espalda. Ella se apartó ligeramente, no por Madison, sino porque casi le dolía. Él había movido la mano y había empezado a hacerlo de nuevo.

Laura retorna al presente y le ve salir de la cocina con dos tazas. La otra es para Madison, claro. Él las levanta en señal de despedida.

Cuando Bastian se marcha, Laura se pasea sin rumbo por la cocina, caminando con un pie delante del otro como si el haz oblicuo de luz solar que recorre el suelo fuera una cuerda floja. Coge una uva cada vez que llega al frutero del otro lado; la clase de cosas que haría una niña: sin propósito, siendo ella misma, sin rastro de culpabilidad adulta. Todavía está inquieta y nerviosa por la resaca, su mente está confusa, pero hay un pensamiento muy claro que no la abandona.

«Algo va a suceder pronto».

Cruza el vestíbulo y entra en el cuarto que utilizan de salita. Solo le queda un veinte por ciento de batería a su portátil, pero no lo enchufa. Esperará a que llegue al cinco, que es cuando empieza a amenazar imperiosamente para que lo conecte a la corriente. De pronto anhela regresar a aquellos días de universidad en los que había pensado al despertarse.

Hace semanas que empezó a guardar todos sus mensajes. Fue a partir del tercero o el cuarto, cuando comenzaron a tomar la forma de una historia adecuada, en lugar de un par de episodios deslavazados que no llegarían a nada. También quería tenerlos en un lugar físico, a

buen recaudo. Un documento de Word con toda la conversación copiada y pegada en orden, con un título en el que Nick nunca haría clic: «Cosas de la FIV». Además, para mayor seguridad, ha confeccionado una lista de fechas, citas y medicamentos administrados, de modo que parezca auténtica al abrirla. Solo si te molestas en desplazarte hacia abajo se revela la verdad.

«Hola, forastera».

A Laura, con su resaca, los correos electrónicos le parecen casi un refugio esta mañana. En comparación con cómo se sentía hace un momento en la cocina, el ordenado documento es contenido y seguro. Lo controla, como un diario. Es lo que necesita en este momento.

Arriba, por encima de su cabeza, se oye un crujido. Es el baño de los americanos. Se pregunta quién se estará duchando: ¿él o ella? ¿Estará Madison en la cama, tomándose su café, mientras Bastian se ducha, desnudo, a unos metros de Laura? De nuevo la aturde la extraña idea de estar compartiendo su casa con unas personas que les pagan. ¿Por qué iba a elegir alguien semejante invasión de la intimidad ajena, en lugar del sencillo anonimato de un hotel? Hay algo de voyerista en ello. Pero ¿qué pasaba con Nick y con ella? ¿En qué los convertía tener una página web donde rogaban a la gente que se alojaran con ellos? De repente le parece un acto desesperado. «¡Por favor, venid a quedaros con nosotros, para que no tengamos que estar solos!».

Lee toda la conversación, unos ciento cincuenta mensajes más o menos, de principio a fin. Cuando levanta la vista, sobresaltada porque creía que Nick estaba bajando las escaleras, la habitación que tiene delante le parece ajena, alterada de alguna manera, y menos sólida que el documento de su portátil. Abre su correo electrónico y comienza a escribir.

> El café no me está quitando la resaca esta mañana. ¿Recuerdas cómo me ponían siempre las resacas? «La mayoría de la gente vomita, pero tú te conviertes en una ninfómana», me dijiste una vez. ¿Te acuerdas? Porque yo me acuerdo de todo. No, eso no es del todo cierto. Todavía no. Cada recuerdo nuevo me da las claves de un par más.

Pulsa «enviar» antes de que pueda pensar demasiado en ello. En su extraño estado ligeramente disociativo, ni siquiera le importa que le tocara a él responderle, ni que pueda resultarle peculiar. Sospecha que siempre pensó eso de ella de todos modos, y aun así le había gustado. Las chicas que había conocido antes eran muy estiradas, o eso decía él. Nunca se dejaban llevar lo suficiente para ser raras.

Arriba, en su dormitorio, Nick no se ha movido aún. Sus ronquidos parecen más fuertes. A pesar de que la ventana está abierta tras las

persianas cerradas, el aire de la habitación está viciado. Va a abrirlas, pero cambia de opinión y sale de puntillas.

Se pregunta si debería llamar a la puerta de los americanos para ofrecerles más toallas, o preguntar si querrán desayunar pronto. No se oye correr el agua: Bastian ya se habrá duchado. Tal vez debería dejarlo, bajar las escaleras, cortar algo de fruta y esperar.

La puerta del armario de la ropa blanca está un poco entornada. El pequeño pestillo, que Nick ha arreglado dos veces, vuelve a estar suelto. Saca dos toallas y se dirige a la puerta de los americanos, también entornada. No se ve la cama a través del hueco, pero mientras da unos ligeros golpecitos y espera, está del todo segura de que la escena será tal y como la imaginó abajo: Madison, más desaliñada que de costumbre y más guapa por ello, en la cama con su café, contemplando el valle. O, más probablemente, mirando su teléfono. Bastian estará vestido y listo para bajar a la piscina. Como no responde nadie, abre la puerta de un empujón.

La habitación parece vacía. Entra, pero se detiene en seco cuando percibe un movimiento en el formidable espejo antiguo. Durante un instante piensa en inspeccionarse a sí misma, en comprobar el mal aspecto que tiene, el mismo con el que la vio Bastian abajo, pero el ángulo es erróneo. El movimiento que se refleja en el espejo no es el suyo.

Son ellos. La puerta del baño está abierta y están los dos en la ducha, aunque con el agua cerrada. Madison tiene las manos sobre los azulejos a ambos lados de la cabeza, con los dedos separados. Está de espaldas, con la mejilla apoyada en los pequeños cuadrados de mayólica azul que colocó ella misma. Laura había pasado largas horas en ese cuarto. Bastian está justo detrás de Madison, con las manos en sus caderas, levantándola ligeramente.

A pesar de que Laura no ha movido un músculo, Bastian mira a su alrededor como si percibiera su presencia. No parece sorprendido de verla allí, mirándolo mientras se folla a su mujer. En realidad, tampoco tenía por qué sorprenderle. A fin de cuentas, le había pedido unas toallas antes de salir de la cocina. «Dame veinte minutos para que la despierte —le había dicho—. Gracias, Laura».

El sonido de unos neumáticos sobre la gravilla de la entrada rasga la tranquilidad de la mañana. Laura se acerca a la ventana de la salita. Desde el incidente de la ducha, ha estado paseando por aquí, con los nervios a flor de piel.

Fuera se ha detenido una furgoneta. En realidad es un camión, con pintura roja color cereza y ventanillas negras, que brilla como si lo acabaran de encerar. Parece algo surrealista frente a los colores

apagados del valle. También brilla la cabeza del conductor que sale y cierra la puerta.

No mira hacia la casa, sino que se vuelve hacia el paisaje. Todo el mundo lo hace porque es espectacular, pero hay algo en la postura del hombre que enfurece a Laura, que lo observa desde dentro. Es porque parece tan cómodo, tan dueño de sí mismo. Le molesta que ella tenga que agazaparse tras sus propias ventanas, escondiéndose y ocultándose, mientras que alguien como ese desconocido se encuentra totalmente a gusto.

Cuando se da la vuelta y ella retrocede inevitablemente, ve que es el tipo de la fiesta de Ivan, el que había estado bebiendo whisky con Bastian. Angelo. Hay algo más, alguna otra asociación, pero ahora no lo recuerda. Capta nuevos detalles: su extrema delgadez, su piel coriácea, su pequeño cráneo. Le hace pensar en una momia de los pantanos, conservada bajo capas de turba durante miles de años.

Se acerca a la puerta principal, que queda al lado de la salita, y es como si estuviera accediendo no solo a la casa, sino a ella directamente. Un enorme reloj de oro, demasiado grande para su muñeca, centellea cuando levanta el brazo para llamar.

Sorprendido por la rapidez con la que ella abre la puerta, su sonrisa tarda unos segundos en aparecer. Durante el instante anterior a esbozarla, sus ojos están vacíos, su gesto es inexpresivo.

—Ah, *signora* —exclama, con un tono que choca por contraste—. *Buon giorno*. —De pronto parece tan animado que ella retrocede instintivamente. Él extiende un brazo para señalar la vista—. *Bella vista* —dice, y Laura está a punto de reírse porque incluso ella es capaz de entenderlo, aunque le recuerda a los bungalós de la costa inglesa.

Pero entonces él sigue hablando, su italiano se complica, y ella tiene que sacudir la cabeza, repitiendo las palabras de la noche anterior.

—No hablo bien el italiano. *Mi scusi*. Estoy intentando aprender.

El ruido de otra puerta al cerrarse la sobresalta. Un hombre más joven, de unos treinta años, ha salido del asiento del copiloto. Tiene el mismo aspecto que Angelo, salvo porque lleva el pelo cortado a un centímetro.

Camina sin prisa hacia ellos, mientras sigue hablando por un teléfono móvil. Una vez más, ella capta una expresión hosca en su rostro antes de que termine la llamada y le regale una sonrisa infantil, tímida y traviesa. Se imagina a las mujeres de su familia pellizcándole las mejillas cuando era pequeño, diciéndole que querían comérselo. Seguramente, desde aquel entonces, no le habrá sido tan fácil provocar esa reacción en las mujeres.

Angelo vuelve a extender el brazo.

—Mi hijo, Tommaso —anuncia, con un acento tan marcado como

el de la noche anterior.

Tommaso hace una pequeña reverencia.

—*Signora*. Hablo más inglés que mi padre. Puede hablar conmigo.

Sin pensarlo, se aparta para dejarles pasar. En la cocina, rechazan tomar nada y se quedan expectantes.

—Lo siento —dice ella, preguntándose por qué no hace más que disculparse con la gente de aquí—, ¿habéis venido a ver a Bastian? —Hay algo que quiere recordar, pero no consigue hacerlo.

Tommaso traduce para transmitírselo a Angelo, que mueve la cabeza con aparente confusión.

—¿Quién es Bastian? —pregunta.

Laura mira a Angelo.

—Pero si estabas hablando con él, en casa de Ivan… —Se queda callada—. Voy a buscar a mi marido. Un momento.

Sale corriendo de la cocina, enfadada. «Voy a buscar a mi marido». No cree haber pronunciado esas palabras en toda su vida.

Encuentra a Nick sentado en el baño, leyendo. Nunca deja de irritarla que se lleve libros al baño. Parece un hábito que ha cultivado para mostrarse orgullosamente excéntrico: un hombre del todo a gusto consigo mismo. Sin embargo, no resulta entrañable. A ella le parece otra oportunidad que él ha aprovechado para perder el tiempo. Los americanos están fuera, han ido a recoger algo sin especificar a la farmacia de Castelfranco, y hay muchas tareas que podrían llevarse a cabo mientras están solos, sin pretender que todo se haga por arte de magia.

—Ese tipo, Angelo, está aquí —le explica ella—. Con su hijo. No sé qué decirles. —Nick parpadea un par de veces, pero no dice nada—. Por lo visto es un constructor. Anoche estaba en la fiesta. Pensaba que habría venido para ver a Bastian, pero parece que no. ¿Sabes algo al respecto?

—Ah. Pero yo… —Nick se sube los calzoncillos. Lentamente, muy lentamente, deja el libro encima de la cisterna.

Entonces Laura ve que el libro es suyo, y que tiene las páginas muy abiertas y el lomo agrietado. Lo coge y le coloca una lima de uñas para marcar la página, más por mantener la superioridad moral que por consideración.

—No le dirías que viniera, ¿no?

—Bueno, no como tal… —Empieza a enjabonarse las manos.

Tiene que ponerse mandona con Nick cuando está así. No es como quiere ser ni como se ve a sí misma.

—Lo conocerías anoche. —Es en ese momento cuando se acuerda—. Sí, dijo que te conocía. Hablamos de ello cuando vomitaste. Venga, vamos, nos están esperando.

—Yo no lo invité —dice Nick. Ella se da la vuelta. No puede leer

su expresión en el espejo del lavabo—. No que yo recuerde.

Laura no puede creer lo lento que está siendo.

—Bueno, yo sí que no lo hice. Corre. —Le hace salir al pasillo y bajar las escaleras.

No tiene la intención de unirse a ellos, pero la curiosidad se apodera de ella al cabo de un par de minutos.

—Y bien, ¿has averiguado de qué va todo esto? —pregunta mientras entra en la cocina.

Los tres se vuelven hacia ella.

—Resulta que fui yo. —Nick le sonríe tímidamente, sin mirarla a los ojos—. Al parecer, Angelo y yo hablamos de lo del agua.

—¿Qué es lo del agua?

—La de la tierra. Nuestra tierra. Que el pozo se agota si se llena la piscina.

—Cosa mala en verano —dice Tommaso—. Muy mala. En julio —pone la mano plana—, ni una gota.

Se percibe una extraña dinámica entre los hombres. Es a la vez tensa y cómplice. En lugar de haber dos parejas, siente que es ella la que está fuera de lugar.

Laura fuerza una sonrisa.

—¿Les has hablado del pequeño pozo que también tenemos junto a los tilos? ¿No recuerdas que Massimo dijo que sería más que suficiente para esta casa? ¿Que siempre había sido suficiente? Dijo que, por nuestra posición, nunca se acababa el agua. —Su sonrisa se va congelando.

—Bueno, según ellos… —Nick se encoge de hombros.

—Tu marido quiere que vengamos, que encontremos un nuevo pozo, una nueva… —Tommaso murmura y consulta con su padre—. ¿Una nueva fuente? ¿Es la palabra correcta? Es diferente cuando se tiene piscina, ¿sabe, *signora*?

Nick asiente. Les saca una cabeza a ambos italianos, y está claro que le resulta incómodo, pues encorva los hombros.

—Entonces, ¿vamos a mirar ahora? —propone Tommaso, señalando el jardín.

Casi han llegado a la puerta trasera cuando Angelo se vuelve y toma las manos de Laura entre las suyas. Su piel también tiene el tacto del cuero: seca y suave. Habla en un italiano rápido y le aprieta los dedos con tanta fuerza que casi le duelen.

Intenta sonreír, avergonzada, aunque lo que realmente quiere es quitárselo de encima.

—¿Qué está diciendo?

Tommaso sonríe, sus ojos recorren su cuerpo de abajo arriba.

—Pregunta cuándo van a tener hijos. Todas las casas necesitan un *bambino*, ¿sí?

Nick se adelanta, interponiéndose entre ellos.

—¿Vamos? —Con la espalda recta, dirige a los hombres al exterior. Laura los ve cruzar el jardín, enjugándose una única y furiosa lágrima con el dorso de la mano.

—Vete a la mierda, Angelo —murmura, y eso la ayuda un poco.

—Ese es buen sitio, junto a los edificios pequeños —oye decir a Tommaso mientras se alejan—. Hay que hacerlo bien, ¿entiende? Por los terremotos. Ahora hay normas. Muchas normas.

Angelo va asintiendo con la cabeza.

Laura les deja marchar y piensa en su saldo bancario, en los preciosos euros que les han pagado los americanos. Quiere comprar cosas, cosas bonitas y elegantes, no un pozo. Ya tienen dos pozos. Massimo había dicho que era más que suficiente.

Ella confiaba en Massimo, quien había hecho todas las obras al principio, a finales del invierno. Se traía la comida en un pequeño cubo medio oxidado y se negaba a comer dentro aunque lloviera, prefiriendo sentarse en un tocón de árbol bajo la densa copa de los avellanos. Su mujer le preparaba el *pranzo* todas las mañanas, le decía. «Mi ángel», la llamaba, mientras le mostraba una foto arrugada de una señora alta y huesuda que era más atractiva que hermosa. *Amore mio*. Mi lucero. Mi tesoro.

Angelo y Tommaso se marchan media hora más tarde, levantando una nube de polvo pálido con el camión. Esta vez es el hijo el que conduce, como observa Laura de nuevo desde la ventana.

—Espero que no hayas acordado nada con ellos —le dice a Nick en la cocina. Él está de pie junto al fregadero, con un vaso de agua a medio beber. Lleva la camiseta manchada y oscurecida por el sudor. No responde—. ¿Nick?

—Creo que no, pero ¿quién sabe aquí? —responde irritado.

—¿De verdad no recuerdas haberle pedido que viniera?

—No se lo pedí. Aunque estaba borracho…

—Y colocado.

—Lo que sea. Pero no se me habría olvidado.

—Pues no puede habérselo inventado todo. —Laura exhala un suspiro—. No quiero gastarme un pastizal en un puto pozo.

—Dicen que nos quedaremos secos en verano si no lo hacemos. No solo la piscina. Los grifos, los baños, todo.

—Eso no es lo que dijo Massimo.

—Tommaso dice que Massimo es un viejo que no sabe lo que hace.

—A mí me caía bien.

—Sí, a mí también. Esos dos…

—¿Qué?

Nick resopla, se bebe el resto del agua y se dirige a la nevera. Duda un instante y luego saca una cerveza.

—No lo sé.

—Pues no me gustan.

—Si es por lo que dijeron de los niños…

—No es por eso. Me dan miedo. —Se da cuenta de que es verdad mientras lo dice.

—Van a volver esta semana, con más hombres. Solo para echar otro vistazo.

—Acabas de decirme que no has acordado nada.

—¡No lo he hecho! —Se le quiebra la voz, chillona y juvenil. Se lleva la botella fría a la frente—. Lo siento.

Ella suspira de nuevo.

—Bueno, mientras no esperen cobrar por eso.

—No, no lo esperan. Es decir, no lo creo. —Le da la cerveza y coge otra.

Laura debería tomarse un día de descanso de la bebida, pero no puede resistirse. Está fría y deliciosa. Hace que se despreocupe casi al instante.

—Pues te encargas tú de ellos. Yo no quiero tener nada que ver con esto. Y llama a Massimo. A ver qué dice. —Se le ocurre un pensamiento y trata de reprimir las palabras, pero las suelta de todos modos—. ¿Por qué no puedes ser más firme? ¿Por qué tengo que resolver yo siempre estas cosas, como si fuera tu madre?

Nick se va de la cocina. Lo ve cruzar el jardín, volviendo sobre los pasos que dio hace no mucho con los dos italianos. Sabe que se dirige al granero que hay detrás de Casa Giuseppe, donde guarda sus herramientas y todos los pequeños proyectos que tiene en marcha, ninguno de los cuales termina a menos que ella le insista.

Sus hombros vuelven a estar encorvados mientras se aleja. Se frota la nuca, afeitada recientemente en la barbería de Castelfranco, con la piel aún blanca y vulnerable. A Laura se le encoge el corazón a su pesar. El hecho de que ni siquiera pueda enfadarse con él sin sentirse culpable solo la pone más furiosa. Cuando vuelvan los hombres, se asegurará de que Bastian esté cerca. No solo por su dominio del idioma, sino también por su solidez física. No creía que esas cosas la atrajeran, pero, en él, lo hacen. Los hombres así… Las mujeres no tienen que hacer de madres de esa clase de hombres.

Los americanos no vuelven para cenar. Los esperan hasta las ocho y media, mientras la comida que Nick ha preparado se mantiene caliente en el horno.

—Se está secando. Tendremos que comérnosla fría mañana. ¿Estás segura de que no han dicho nada?

Ella niega con la cabeza, demasiado irritada para responder a la misma pregunta que ya le ha hecho dos veces. Pero no se trata solo de Nick: tenía ganas de que llegara la cena. Hay algo en el decoro del

ritual (arreglarse un poco, vestir la mesa), unido al intenso foco de la atención de Bastian desde el otro lado de la mesa, que le calienta la sangre, haciendo que fluya más rápido. Todo ello la hace sentir viva de una manera que convierte los años anteriores en algo gris y plano en retrospectiva. Los mensajes eran una cosa, pero tener a alguien con quien coquetear en la vida real es algo muy diferente. Cree que se merece un poco más de eso, después de lo que ha resultado ser un día de mierda. Tampoco ayuda el hecho de que haga una noche perfecta. Corre una brisa suave y el aire está sutilmente perfumado con algo que no había advertido antes. Debe de haberse abierto alguna flor o planta que había estado esperando la llegada de una señal secreta (una muesca más en el termómetro, un minuto más de luz solar).

Justo después de las nueve, por fin se oye el coche en el camino de entrada, y la expectación que se apodera de ella es tan grande que tiene que ponerse de pie. Nick levanta la vista de su cena casi terminada. Ya se habían rendido y habían sacado algunas cosas para dejar el costoso cordero para mañana, aunque Laura apenas si ha probado bocado.

—No te cuelgues a ellos, ¿vale? —le advierte Nick cuando ella se dirige al vestíbulo—. Recuerda que están de vacaciones.

Laura no dice nada. Aparte de ese momento en la cocina, cuando dio un paso al frente tras el comentario de los b*ambinos*, le ha tenido bastante asco durante todo el día. Supone que él siente lo mismo.

—¡Hola, tú! —exclama Madison al ver a Laura en la puerta—. Oh, no, ¿estás enfadada? Bastian dijo que deberíamos haber llamado.

Laura sabe que su cara siempre la delata, y hace un enorme esfuerzo por sonreír como es debido. Se pregunta qué habrá interpretado o malinterpretado Madison. ¿Impaciencia que en realidad es afán? ¿Toda clase de frustraciones?

—No seas tonta, estáis de vacaciones —responde con cuidadosa ligereza. Se alegra de que Nick no esté allí para oírla repetir sus palabras—. Solo estoy cansada. Hormonal. Ya me entiendes.

No sabe por qué lo ha dicho, pero es cierto. Aunque no lo habría hecho si Bastian no siguiera sacando paquetes y bolsas del maletero del coche. Las mujeres tenían muy arraigado el no avergonzar a los hombres con ese tipo de comentarios, para no incomodarlos.

—Dímelo a mí —contesta Madison—. He estado a punto de estrangular a alguien durante todo el día. El camarero de la cena fue tan grosero que me dieron ganas de darle un puñetazo. Deberíamos haber vuelto. La comida no valía nada en comparación con la de Nick. ¿Verdad, cariño? —Se da la vuelta y le quita a Bastian algunas de las bolsas de la compra.

—Hola, Laura —dice él—, me alegro de verte.

Ella sonríe, y esta vez le resulta fácil.

—Zapatos —explica Madison, levantando las bolsas mientras hace un bailecito de emoción—. Y tal vez un par de bolsos. Bueno, estamos en Italia, ¿no?

Para Laura es un alivio actuar con ella, sacudirse el mal humor de una manera que no podría haber hecho si estuviera sola con Nick.

—Voy a preparar unas copas para todos —le dice mientras los americanos salen al jardín.

Nick vacila, y luego se inclina para besarle la mejilla, un gesto tan fugaz que casi no llega a tocarla. Laura sabe que lo hace por agradecimiento, porque está siguiendo el juego de ser una buena anfitriona. Sus cambios de humor lo afectan como nunca. Es posible que los matrimonios armoniosos se basen en la mentira: en ser tan escrupulosamente educados el uno con el otro que no queden huecos por los que pueda colarse el desprecio.

Pronto, muy pronto, van por su tercera copa: un brebaje con ron, lima y menta, de una receta que Laura había guardado en su teléfono. Es fuerte, pero tiene un sabor engañosamente saludable debido a la menta. Sabe que están bebiendo demasiado. Una cosa es que Madison y Bastian estén de vacaciones, pero Nick y ella no pueden seguir así todo el verano o se volverán alcohólicos. Sin embargo, la relajación que le provoca es muy seductora. Está a punto de ir a por unos *grissini* para absorber el ron cuando Madison toma la palabra.

—¿Sabéis para qué sería perfecto este lugar? —Se ríe y se echa el pelo por encima de los hombros. Bastian está mirando a lo lejos. Madison ha sido la que más ha hablado, y Laura sospecha que ha dejado de escucharla hace un rato.

—¿Una casa de huéspedes? —pregunta Nick sonriente—. Creía que era eso lo que estábamos haciendo.

—No, tonto —dice Madison, inclinándose hacia delante para darle una palmada en la rodilla, pero lo hace con demasiada fuerza, y él se encoge—. A ver, creo que os harían falta unos cuantos huéspedes más para que fuera interesante de verdad.

—Ah. —Nick abre los ojos cómicamente mientras se frota la rodilla —. ¿Te refieres a las llaves en el cuenco y tal?

—Y tal. —Madison le guiña un ojo—. Te contaré un secreto. Los padres de Bast estuvieron metidos en eso cuando se trasladaron de la ciudad a las afueras. Nadie diría que se puede superar a la ciudad de Nueva York en cuanto a experiencias vitales, pero ese lugar, con las banderas en el jardín delantero y las llaves en el cuenco…

Laura se pone tensa. Madison ha captado la atención de Bastian. Él se ha tomado un solo cóctel, pasándose a la cerveza en algún momento que ella no había notado.

Madison se termina su copa y la deja a sus pies. El vaso se tambalea, pero ella no se da cuenta. Se ha bebido las tres copas tan rápido que Laura piensa que tiene que estar deshidratada. Al parecer, habían tomado vino con la cena y habían estado todo el día al sol. Ese mismo sol se ocultó hace tiempo bajo la colina, pero, incluso con tan poca luz, Madison parece mucho más desaliñada de lo que Laura la ha visto hasta ahora: manchas de rímel bajo un ojo, grasa en el chaleco y la etiqueta asomando por detrás.

—Se mudaron cuando Bast tenía unos trece años. Sus hermanas ya estaban en la universidad, así que él era el único que quedaba. Un feliz accidente de mamá. Fue ella quien quiso marcharse de la ciudad. Pensaba que así podría impedir que el padre de Bast se abriera camino entre las aburridas esposas del Upper East Side. Pero entonces se fueron a Westchester y fue aún peor. —Se ríe de nuevo y trata de recuperar la copa que se le ha caído, pero la vuelve a dejar al ver que está vacía.

—Espera, que te pongo otra —dice Nick levantándose, claramente aliviado de abandonar la conversación.

Bastian responde en voz baja y controlada:

—Agua o refresco. Gracias, Nick.

Madison mira a Bastian, expectante. ¿Por qué? Laura no está segura. ¿Quiere que añada algún detalle para dar color a la anécdota? Tal vez la hayan contado antes en otras cenas, una representación a dos con la que divertir a sus amigos. Sin embargo, lo duda, y sufre por Madison, cuya embriaguez la hace más lenta. Su sonrisa empieza a flaquear.

—Oye, ¿estás enfadado conmigo? —pregunta, con una vocecita tan íntima que Laura piensa que debe de haberse olvidado de su presencia.

Bastian no responde, y hay algo en su silencio y en su postura que inquieta a Laura. Así pues, se levanta y se dirige a la cocina en busca de Nick, con quien de repente le apetece estar por primera vez en todo el día.

Madison sigue insistiendo con su vocecita de niña. Antes de entrar a la villa, Laura gira la cabeza a tiempo de verla subirse con esfuerzo al regazo de Bastian y sentarse a horcajadas. Aparta la mirada tan rápido que le da un doloroso tirón en el cuello, cegándola momentáneamente.

Un grito ahogado la obliga a volverse otra vez. Madison está tirada en el suelo, Bastian se ha puesto de pie y la mira impasible. Laura se da cuenta de que la habrá dejado caer al levantarse. Con la mirada fija en la puerta de la cocina, la repulsión, la lástima y algo parecido al triunfo la embargan sucesivamente.

Día 4

A la mañana siguiente, durante el desayuno bajo la pérgola, a Madison se le ocurre que vayan todos a Urbino a pasar el día. Laura sospecha que no es algo espontáneo: el entusiasmo de Madison parece forzado. Esta mañana exhibe un ritmo frenético, con los ojos tan brillantes que parecen vidriosos. Parte de ello se deberá a la resaca, pero también está compensando en exceso a Bastian, que está callado. «Peligrosamente callado», es la frase que le viene a la cabeza.

La noche anterior, después de que Madison hablara de la infancia de Bastian, el ambiente se había agriado sin remedio. Al cabo de unos minutos, él les dio las gracias a Laura y a Nick por las bebidas, se disculpó de nuevo por haberse perdido la cena y se fue a la cama, todo ello sin dirigirle una palabra ni una mirada a Madison. Ella lo siguió poco después, con cara de pena.

Y luego, en medio de la noche más profunda, Laura se había despertado con la certeza de que algo acababa de romper la tranquilidad. No fueron sus propios sueños, ni nada relacionado con Nick, que seguía dormido a su lado, sino otra cosa. Entonces se acercó sigilosamente al rellano y a la ventana cuyos postigos nunca se cerraban. Ya esperaba ver de nuevo los faros del coche, alejándose entre la maraña de árboles hasta que la oscuridad se los tragara, pero fuera reinaba el silencio. Incluso las cigarras habían hecho una pausa.

En ese momento se produjo un sonido, aunque provenía del rellano, un susurro suave y apenas audible que solo podía ser el de una mujer sollozando. Madison. Esperó, esforzándose tanto por escuchar que el ruido blanco retumbó y siseó en sus oídos. Se dio cuenta de que estaba esperando percibir el bajo rumor de la voz de Bastian, tranquilizadora y reconfortante, apaciguando a Madison. Pero no ocurrió nada, y le resultó tan difícil no imaginarse a la americana llorando allí dentro que Laura tuvo que luchar contra el instinto de ir hacia ella.

Finalmente, el llanto cesó, o se hizo demasiado sordo para que lo oyera, así que regresó a la cama de puntillas. Después se quedó mucho

tiempo con los ojos muy abiertos en la habitación a oscuras. No estaba pensando solo en Madison. En realidad, pensaba en ella misma, en su pasado. Un recuerdo de algo similar le había venido de la nada: aquel llanto desesperado, una terrible desolación que la envolvía y se acrecentaba por la noche. Eso no lo había escrito en su diario de la universidad. Lo comprobó en cuanto Nick se metió en la ducha esa mañana.

—Bueno, entonces ¿qué me decís? ¿Os apuntáis? —dice Madison con su radiante sonrisa. Todavía no ha comido nada.

Laura tiene un montón de tareas que hacer hoy, la más importante de las cuales es llamar a Massimo. Sabe que Nick no lo va a hacer. Sin embargo, se descubre asintiendo, queriendo ayudar a esa mujer cuyo marido, al parecer, todavía no la ha mirado ni le ha hablado en todo el día. También como penitencia por la vergonzosa sensación de victoria que experimentó la noche anterior, después de que Madison se estampara contra el suelo.

—¿Por qué no? —responde al fin—. Solo hemos estado una vez en Urbino, ¿no? —Levanta las cejas hacia Nick, quien parece sorprenderse por su entusiasmo—. Era precioso, incluso con lluvia. Pero hoy, con esta luz, será espectacular.

—¿Vamos?

Nick se encoge de hombros y sonríe.

—Tú eres la jefa. Tengo una lista de trabajos que me ordenaste que hiciera, pero, si puedo tomarme el día libre, contad conmigo.

Laura se ríe. Nick y ella se tratan mejor ante la evidente tensión de la otra pareja. A causa de ella, probablemente.

—Cuando vinimos aquí —le dice a Madison—, nos prometimos que tendríamos días de vacaciones, ya sabes, en los que hacer turismo de verdad. Para que no fuera todo trabajo. ¿Cuántos crees que nos hemos tomado? —pregunta mirando a Nick.

—¿Dos? —dice él—. ¿Tal vez tres? ¿En no sé cuántos meses?

—¡Estupendo! —Madison retuerce uno de sus largos mechones de pelo. Un cabello se le enreda en el anillo y tira de él para romperlo. Debe de ser un tic nervioso: lo lleva haciendo toda la mañana—. Entonces vamos todos juntos. Será divertido, ¿verdad, Bast?

Es un riesgo ponerle en un aprieto así y todos lo saben. El momento se alarga y Laura siente un terror desproporcionado porque vaya a dejarla sin respuesta. Pero entonces Bastian sonríe brevemente a Nick, y luego, de forma más prolongada, a Laura.

—Será genial que vengáis con nosotros. Un día de vacaciones para todos.

—¡Qué emoción! —exclama Madison—. Pensaba que iba a tener que convenceros. Vamos en nuestro coche. No tiene sentido llevar dos, y será divertido hablar por el camino. ¿A cuánto está, a una hora

desde aquí?

—No me importa conducir —dice Nick—. Conozco las carreteras, hemos ido por ahí varias veces.

—¿Estás seguro? —pregunta Bastian—. Hay más espacio en el nuestro.

—Está bien —replica Nick, poniéndose de pie—. Voy a por más café. —Se marcha antes de que Bastian pueda decir nada más.

Cuando vuelve, Laura y Madison miran a ambos hombres un tanto nerviosas, dispuestas a evitar cualquier choque de cuernos por el tema de los coches, pero parece que Bastian ha decidido dejarlo pasar. Cuánta energía tienen que gastar las mujeres para que el ego de los hombres no se altere, piensa. Siempre calmando las aguas.

Mientras los americanos se preparan, Nick se va a hacer algo con los productos químicos de la piscina y Laura coloca los platos del desayuno en una bandeja. Su mente vuelve a analizar la extraña perturbación de la noche anterior. Lo repasa un par de veces más hasta que está casi segura de que lo que oyó fue más que una voz. Está segura de que primero se cayó o se tiró algo al suelo.

Al levantar la vista, de repente está allí Bastian, presionándole la parte baja de su espalda con la yema de un dedo. Es un gesto tan fugaz que podría haberlo imaginado, pero no. Sabe al instante que está pensado para hacerle recordar la fiesta. Empieza a darse la vuelta, pero él se coloca detrás y la acorrala contra la mesa. Sus manos descienden sobre las suyas hasta las asas de la bandeja y ella, nerviosa, la agarra con más fuerza. Él le aparta los dedos, uno a uno. Su aliento le sacude el pelo.

—¿A qué hora nos vamos? —Nick se acerca desde la piscina, y las enredaderas que cubren la pérgola solo los tapan parcialmente. Laura se queda paralizada, pero Bastian ya se ha movido, y el espacio que deja a su espalda se enfría bruscamente sin él.

—Déjame eso —dice Bastian, y la bandeja desaparece de sus manos.

Laura mira a Nick, que ha retrocedido para dejarlo pasar. Su marido observa a Bastian mientras se dirige hacia la villa, su villa, y luego entra en ella, sin volver la vista atrás.

A las once están ya en la carretera, y conduce Nick, aunque antes de salir hubo otro debate al respecto. Fue cosa de Laura: un arrebato perverso le hizo sugerir que podría ser mejor ir en el coche de alquiler, porque evidentemente lo era, y todos iban a estar más incómodos a causa del irritante orgullo de Nick. También le avergonzaba lo sucio que estaba el coche. Insistió en revisarlo antes, y recogió envoltorios de caramelos, recibos viejos y servilletas de la

*gelateri*a antes de dejar subir a nadie.

Una parte rebelde de ella quiere seguir enfadada, pero, a medida que el viaje avanza, le resulta imposible, su cólera se desvanece. Cada vez que sale de casa piensa que debería hacerlo más, pero luego se le olvida, o las tareas de la reforma se vuelven demasiado urgentes. Además, Luna Rossa es la casa de sus sueños, y solo puede permitirse cierta disensión hacia esa idea, incluso por su propia parte.

Hoy, la sensación de libertad se une a la emoción. Madison insiste en que Laura vaya delante con Nick, y Bastian se sienta detrás de ella, así que nota sus ojos en la nuca. Sabe que su cuello es visible a través del hueco entre el asiento y el reposacabezas, de modo que se recoge el pelo en la coronilla y lo sujeta con una pinza.

Hace un día perfecto, caluroso sin ser agobiante, y el cielo sobre la carretera es de un sorprendente color azul. No hay aire acondicionado (otra vergüenza) y, como siempre, Nick ha bajado la ventanilla al máximo. Madison, detrás de él, recibe todos los efectos. Mientras avanzan al límite de velocidad por la vía rápida, tiene que sujetarse el pelo para que no le azote las mejillas.

Laura le da un golpecito en la mano a Nick y señala a Madison con la cabeza.

—Por el amor de Dios, sube la ventanilla.

Durante un segundo cree que va a cerrarla a cal y canto, con esa literalidad exasperante de la que hace gala cuando se le critica, pero no. Laura se pregunta si huir de casa también ha ejercido un influjo positivo en él.

Urbino parece un lugar totalmente diferente bajo el sol. A Laura le pareció preciosa cuando la visitaron antes, pero entonces estaba desierta, los estudiantes que asistían a la antigua universidad aún no habían regresado por el nuevo curso, y una persistente llovizna mantenía a todos los demás en sus hogares. La ciudad parecía un plató de cine abandonado, melancólico y desolado, y no se habían quedado más de un par de horas. Incluso la comida en una trattoria de la que hablaban maravillas en la guía había sido decepcionante, aunque ninguno de los dos lo dijera. Esa clase de lugares estaban hechos para el sol, para sentarse al aire libre. Los interiores eran casi siempre decepcionantes: azulejos brillantes bajo sus pies (los mismos que los del baño), grabados mediocres en las paredes, expositores de flores de seda llenos de polvo.

Pero ahora, al ver Urbino bajo el sol, lo entiende. Pronto va a celebrarse un festival, o acaba de terminar uno: largas lenguas de escarlata y oro adornan los edificios, y hay pancartas colgadas en lo alto de las calles que salen de las plazas principales, cada una de las cuales está en una contrada o distrito diferente: *duomo, lavagine, monte*. Estos festejos medievales se suceden desde la primavera hasta

principios del otoño; Castelfranco celebrará su fiesta grande la semana que viene. A pesar de ser martes, las calles están llenas de gente, y todo el mundo parece estar a sus anchas: niños comiendo helados, parejas paseando del brazo, deteniéndose a mirar ociosamente cada escaparate.

Los cuatro se unen a la multitud. Nick sigue sonriendo porque ha conseguido dejar el coche a la sombra, en un espacio estrecho de una calle lateral, para no tener que pagar.

Madison se ha agarrado del brazo de Bastian, como si hubiera visto a las otras parejas y quisiera ser como ellas, cuando de repente se da la vuelta y tira de Laura hacia ella. Durante un instante, cree que Madison va a besarla. Por el contrario, la americana le agarra la mejilla con los dedos calientes.

—Qué lugar tan bello —dice sin aliento—. Gracias por traernos.

Laura le devuelve la sonrisa y nota que se disipan los últimos restos de tensión. Es tan agradable estar entre la multitud, como si el mundo se abriera de nuevo ante ella. Está contenta con el vestido que lleva, negro y de cuello barco, con una falda que le roza las piernas al caminar. Se ha puesto sus enormes gafas de sol de Gucci con las patillas doradas, las que se regaló a sí misma en Heathrow cuando hicieron la gran mudanza, y se siente glamurosa. Incluso se ha acordado de llevar sus sandalias planas, a pesar de que la acompleja su baja estatura en comparación con Madison. Las calles están empedradas en forma de abanico (se llaman arcos florentinos, como los techos abovedados de las iglesias encastradas en las calles, y son difíciles de recorrer con tacones). Un poco más adelante, ve que Madison lo está pasando mal con sus inclementes cuñas de suela rígida.

—Sé que deberíamos ver algo —dice Madison, volviéndose otra vez, a punto de torcerse el tobillo—, pero ya son más de las doce. ¿Y si buscamos un sitio para comer? ¿No os apetece un poco de vinito fresco? Hace calor.

Es cierto. El sol está muy alto en el cielo, lo más alto que puede estar. La piedra de color galleta que les rodea, los adoquines que pisan, todo parece irradiar calor. Los perfumes y las lociones de la gente resultan embriagadores sobre tanta piel húmeda y caliente. Le encanta estar entre ellos aunque la abrume un poco.

Hay otros que empiezan a tener la misma idea, pero consiguen una mesa en el lugar más concurrido de la Piazza della Repubblica. Los menús y los precios son muy parecidos en todas partes, al igual que las enormes sombrillas cuadradas que se alzan contra el sol. Laura se pregunta si todo el mundo se copia, si algunos días es un restaurante distinto en el que se agolpan primero.

Bastian se sienta a su izquierda y, mientras leen la carta y piden la

primera botella de vino, su rodilla choca con la suya una y otra vez, aunque sin la fuerza suficiente para hacer temblar la mesa ni que le duela, así que podría tratarse de una torpeza y no de algo más deliberado. La tela vaquera tiene un tacto áspero contra su pierna desnuda.

De pronto es como si la antigua ciudad infectara sus sentidos, agudizándolos. Cuando llega el vino y el camarero lo sostiene mientras le dan el visto bueno, la copa verde se opaca con el aire caliente ante sus ojos. También trae una cubitera sin que se lo pidan, y el sonido que produce al enterrar la botella en el hielo es delicioso. Laura siente que puede sintonizar fácilmente con todas las conversaciones que les rodean, las voces italianas que compiten por su atención. Y Bastian está ahí en todo momento, lo bastante cerca para que, incluso cuando no la toca, pueda percibir el calor intenso de su pierna.

Al principio, Nick se muestra reacio a tomar vino, dice que no quiere y pide una cerveza en su lugar, pero parece que el mismo hechizo está haciendo efecto en él. Una vez terminada la cerveza, le sirve la última copa de vino a Madison, que vuelve a beber con rapidez, y le pide otra botella a un camarero que pasa por allí. Algo se ha asentado entre ellos. La tensión (y ha habido tensiones individuales entre todos, excepto quizá Madison y Nick) se ha disipado en la calurosa tarde.

Piden como se supone que se hace en Italia: *primi, secondi* y carne. Incluso Madison toma lo mismo. El plato de pasta es el mejor: tres grandes raviolis rellenos de setas con trufa rallada por encima.

—Madre mía, podría comer así toda la vida —dice Madison—. Bast, ¿podemos quedarnos aquí a vivir nosotros también, por favor? —Ella le coge la mano y él le aprieta los dedos. Laura se da cuenta de que es el primer gesto abiertamente cariñoso que le hace a su mujer, aunque su pierna sigue tocando la suya.

Laura no puede terminarse su *scallopine*, y menos aún el postre, pero los demás sí. Observa a Madison devorando un enorme trozo de tiramisú, con el cacao en polvo pegado a su brillo de labios, y le parece adorable. No entiende por qué había creído que podía ser insulsa o fría.

—No me siento culpable —dice Madison, dejando la cuchara—. Qué raro. Es como si no contaran dentro de los muros de la ciudad o algo así.

—¿Qué es lo que no cuenta? —pregunta Nick, totalmente desconcertado.

—Las calorías —contesta Laura—. A ti te da igual porque nunca engordas, a pesar de que comes como un cerdo. —Aunque lo dice, sabe que no es cierto, que desde que llegaron a Italia le ha salido

barriguita, pero ahora mismo quiere a todo el mundo y desea demostrarlo. Nick sonríe para sí, complacido. Es algo tan insignificante, como lo del aparcamiento, pero parece que rebosa felicidad.

Es probable que esté borracha, pero aquí parece todo tan fácil. No importa lo de los mensajes ni que le guste que Bastian la toque, no supone ninguna diferencia para que le caiga bien su mujer, ni para que ame a su propio marido. Puede que lo de las llaves en el cuenco fuera cierto.

—Oye, Nick, esta mañana te he buscado en Internet —dice Bastian—. No sabía que habías escrito tanto. Me encantó ese artículo sobre Paradigm.

Laura sonríe sobre su copa mientras Nick responde, animado y tierno como un niño ante el cumplido. Llega otra botella, una especie de vino para los postres, del color dorado intenso de la miel. No se ha percatado de que nadie la haya pedido. Tampoco está segura de si es la tercera o la cuarta.

—Eran geniales —explica Nick—. Los habían alojado en un hotel de mierda en la M25, sabían que en su día habrían ido al Dorchester, pero no les importaba. Estaban encantados de volver a estar juntos.

Bastian asiente con la cabeza.

—Eso es lo que transmite. Si lo hubiera escrito un veinteañero, habría sonado condescendiente, pero se nota que te encantaban.

—Sí, exacto —afirma Nick—. Cuando llegué, les hablé de un EP raro que había encontrado en Our Price. Era una cadena de tiendas de discos, que ya no existe…

—Lo recuerdo.

—Pues bueno, en cuanto lo dije, me abrieron los brazos. Se dieron cuenta de que era un verdadero fan. Eran muy listos, ya sabes. Como has dicho, creo que esperaban a un veinteañero guay que les hiciera sentirse como unos dinosaurios, pero aparecí yo, tan emocionado que daba vergüenza. Y la verdad es que funcionó. Los desarmó. Jay llegó a comentarlo.

—Venga ya. ¿Y no lo escribiste en el artículo?

Nick se reclina en su asiento, sonriente.

—Fue algo extraoficial.

Madison se alisa el vestido sobre su estómago, que ya no está plano.

—Mira —dice, cogiendo la mano de Laura para llevársela ahí. Está un poco hinchada por la comida—. Y ni siquiera me ha dado un ataque de pánico. Sin embargo, me gustaría caminar un poco. Si puedo ponerme de pie.

Cuando apuran las últimas copas de vino, se reparten la cuenta (Laura no se involucra en la disputa entre Bastian y Nick) y comienzan

a pasear lentamente por las calles medievales. El sol ha bajado, ya no les pega en la cabeza como antes de la comida, y la tarde se ha vuelto apacible. Siente una embriaguez agradable, relajada, satisfactoria. Sus pies parecen flotar sobre los adoquines.

Se detiene en el escaparate de una librería, ante los volúmenes polvorientos y blanqueados por el sol. Con un tiempo distinto, sería triste, pero ahora todo parece dorado y por lo tanto encantador, como si nada hubiera cambiado en treinta años. Una librería de cuento, que albergaba algún secreto mágico en su interior.

—¿Quieres entrar a echar un vistazo? —Es Bastian, con su cuerpo que la envuelve en una sombra fresca. Laura mira hacia la calle y ve a Madison y a Nick andando despacio mientras conversan.

—Está bien —dice, y él sonríe y le abre la puerta, y una campanilla tintinea sobre su cabeza. Al cerrarse, el bullicio de la calle se apaga. El silencio es un zumbido. De repente, puede oír su propia respiración—. Gracias por lo que le has dicho antes a Nick. —Pasa el dedo sobre un estante de libros de historia del arte, sin fijarse en nada más que en el nombre de Rafael, que aparece una y otra vez. Recuerda que nació aquí, pero la intensidad de la mirada de Bastian le hace perder el hilo—. Me refiero a lo del grupo. Le has alegrado el día. —Sospecha que, en otro momento, en otro lugar, se habría sentido desleal por decirlo, pero ahora no se le ocurre por qué.

—Escribe muy bien —responde Bastian—. No debería dejarlo.

—Creo que lo necesitaba, al menos durante un tiempo. No estaba llegando a ninguna parte. Creo que es un poco por eso por lo que… —Se detiene. Todavía le duele. No tiene ni la menor idea de por qué lo ha dicho, por qué ha dejado que eso invada este día glorioso.

—¿Que es por eso el qué?

—No, nada. —Niega con la cabeza.

—¿Es por eso por lo que…?

Laura gira la cabeza para mirarle a los ojos de una manera que normalmente le cuesta, pero el vino le infunde valor.

—¿Por qué el qué? —Sonríe para dejar claro que lo está imitando. Es como si mantuvieran una segunda conversación bajo la superficie—. ¿Por qué vinimos a Italia? —Se encoge de hombros y vuelve a ojear los libros—. Necesitábamos un nuevo comienzo. Y aquí estamos.

Bastian niega con la cabeza.

—¿Qué? —pregunta Laura.

—No lo entiendo.

Ella se ríe.

—Estamos hablando en clave. ¿Qué es lo que no entiendes?

—Nick es un hombre con suerte. ¿Por qué iba a buscar a otra persona teniendo a alguien como tú?

Laura se sonroja y vuelve otra vez a los libros.

—En realidad no pasó nada. Solo fue un coqueteo en el trabajo.

Él la sigue a lo largo de las estanterías, alejándose del Arte y entrando en la Historia. *Arte. Storia*. La historia como relato. Ficticia, inventada. El nombre de Castelfranco le llama la atención en uno de los lomos y coge el libro. Es una historia fotográfica del pueblo. Lo hojea, contempla las plazas y las iglesias que conoce, pero todo parece ligeramente erróneo y desproporcionado: carruajes en lugar de coches, hombres con sombrero y niños sin zapatos.

Bastian la mira desde atrás mientras pasa las páginas, con dedos torpes que se le quedan pegados de vez en cuando. Laura puede oler su colonia, amaderada y limpia, sobre el aroma más animal de su piel.

—¿Cómo va ese nuevo comienzo? —Lo dice en voz baja.

Cree sentir su mano sin llegar a tocarla, el calor que desprende a unos centímetros de su cintura. Entonces se arma de valor y se acerca a él, que la hace volverse para quedar cara a cara.

—*Come posso aiutarvi, signori?*

El dueño de la librería es tal y como ella se lo había imaginado: pequeño, enjuto y con gafas. Va a apartarse de Bastian, pero sus manos la retienen con firmeza, sujetándola por la cintura. El hombre señala el libro que aún sostiene Laura.

—¿Gusta? ¿Quiere?

—*Quanto costa?* —pregunta ella, pero Bastian ya está asintiendo, coge el libro y se lo entrega al hombrecillo, que sonríe sin parar.

—Ay, no, no tienes por qué —se niega Laura mientras los sigue al mostrador.

—Demasiado tarde —replica Bastian.

También le abre la puerta al salir. Laura se aferra a la bolsa de papel con el libro dentro. Tendrá que decir que lo ha comprado ella misma.

Madison y Nick han desaparecido. Es posible que haya estado en la librería con Bastian tres minutos o tres días. Cuando empiezan a caminar despacio, sin tocarse, siente la mirada de los desconocidos que pasan a su lado, emitiendo los juicios de valor automáticos que hace la gente. Se le ocurre que, al igual que el dueño de la librería, supondrán que están juntos, que están casados. Su pulgar izquierdo frota el dorso de su alianza de boda, un sencillo aro de platino. Ya no tiene la costumbre de llevar el anillo de compromiso. Es antiguo y aparatoso, rodeado de piedras preciosas. Tenía que estar siempre limpiándolo para que no se empañara.

Baja la mirada. Bastian no lleva anillo. Algunos hombres no se lo ponen, claro. Nick sí. Destierra la idea de su mente.

Cuando un grupo de adolescentes está a punto de estrellarse con ellos, ajenos a todo lo demás, Bastian se adelanta y la aparta de su camino. Cada vez que la toca, siente un calor abrasador después. El sol

ha encontrado un hueco entre los tejados y tiene que apartarse el pelo de la frente, acalorada de pronto.

—¿Estás bien? —le pregunta él, como si hubiera algún peligro real, y ella asiente con la cabeza, siguiéndole el juego, como una damisela. Se miran frente a frente, inmóviles, y un numeroso grupo de turistas vestidos con camisetas iguales se ve obligado a sortearlos a su alrededor. Laura se hace a un lado para dejar paso a un anciano con bastón y coge la mano de Bastian para avanzar juntos, aunque apenas es necesario. Él le aprieta los dedos y tira de ella al mismo tiempo.

—Deberíamos ir a buscar a los demás. —Laura se zafa de él, pero con una sonrisa para que sea un coqueteo y no un rechazo. Se había dejado el pelo suelto durante la comida, pero ahora saca la pinza de plástico del bolso para recogérselo y apartarlo de su cuello húmedo. Él la observa mientras lo hace—. ¿Me queda bien?

Bastian alarga la mano y le coloca un mechón justo sobre la nuca. Siempre se le enrosca por ahí, y él lo enrolla con un dedo antes de soltarlo.

—Así —dice, y traza una línea recta sobre su espalda con el mismo dedo.

—Recuerdo que hiciste eso en la piscina, en casa de Ivan.

—¿No te acuerdas del resto? Joder, qué bajón.

Laura parpadea, traga saliva. Su mente da vueltas, busca entre sus recuerdos.

—Ah. Creía que… ¿Qué hicimos?…

Él levanta la mano y le acaricia la mejilla.

—Qué bonita estás cuando te pones nerviosa. Era una broma.

Ella se sonroja.

—Ah, bueno…

—Es decir, no es que no haya pensado en ello.

—Creo que no deberías decir eso.

—¿No te gusta?

—No, todo lo contrario. Demasiado.

—Me estoy volviendo un poco loco, estando bajo el mismo techo que tú, pero sin… —Se queda sin palabras.

Le gustaría que la arrastrara a uno de los callejones umbríos que salen de la calle en la que están, como estrechos afluentes oscuros, todo rejas sobre ventanas polvorientas y barrotes de hierro que mantienen los viejos edificios en pie y apartados unos de otros, como si separaran a un grupo de borrachos. Ya puede sentir la fría piedra de la pared contra la que la empotraría. Por supuesto, también podía ser ella la que lo llevara a la penumbra. Pero incluso en este momento, al borde del abismo, trata de aferrarse a alguna regla, a algún tipo de negación creíble. Tiene que ser él quien lo haga.

Se miran el uno al otro.

—Esto es un poco peligroso, ¿no? —dice Laura.

—Me gusta el peligro.

—Cuando te vi por primera vez… —empieza ella, pero él la calla sonriendo.

—Ahora no. Más tarde.

Sus parejas no han llegado muy lejos, lo que parece un milagro. Cuando Nick levanta la vista de un expositor de postales y le sonríe, Laura siente una oleada de afecto culpable hacia él.

—Lo siento. Me paré en una librería y después te habías ido —dice con la voz aguda y entrecortada.

—Estaba aquí —responde Nick simplemente—. Sois vosotros los que habéis desaparecido. Madison está mirando los bolsos. —Señala la tienda de enfrente con la cabeza.

A través de la puerta abierta, la ve con Bastian, que ya la ha encontrado. Ella sostiene un bolso, rosa de Schiaparelli, y él asiente con la cabeza. Ahora tiene las manos en los bolsillos. Laura aún puede sentir los puntos donde la ha tocado, las terminaciones nerviosas que aún hormiguean con el contacto.

La tarde avanza, el aire se espesa con el calor acumulado del día, se hincha con él. Deambulan por las calles, subiendo y bajando escalones desgastados por el paso de los siglos, deteniéndose a tomar un helado, debatiendo si deberían ir a ver las obras de Rafael y Tiziano del Palazzo Ducale y decidiendo que no les apetece.

—Qué filisteos somos —se lamenta Laura—. Pero siempre podemos volver y hacer las cosas culturales otro día.

—Bah, ¿a quién le importan unos cuantos cuadros viejos? —dice Madison.

Nick se ríe.

—Estoy contigo.

Laura le da un golpecito en el estómago.

—A mí sí que me importan, la verdad —protesta—. Me gustan los cuadros antiguos.

—Bueno, puede que a ti sí, pero la mayoría de la gente solo quiere poder decirlo después. Marcar esa casilla.

Laura abre la boca para responder, pero no se siente inclinada a llevarle la contraria a nadie. Probablemente tenga razón, y su objeción sea una convención de clase media de la que apenas es consciente. Está somnolienta y obnubilada, aunque ya habrá digerido el vino de la comida. Un par de calles atrás, Madison les había informado de que habían dado más de trece mil pasos.

—¿Estás cansada? —le pregunta Nick, poniéndole una mano en el hombro. Su rostro tiene un tono extraño bajo el intenso resplandor del sol vespertino. Es como si todos los colores se hubieran saturado demasiado, volviéndose ligeramente enfermizos. El bolso rosa chillón

de Madison, que ya lleva puesto, parece palpitar—. Vamos a buscar el coche. —Se dirige a los americanos—. ¿Os parece bien a los dos?

—Claro —contesta Bastian. Aunque ha hablado Nick, se lo dice a ella.

Nick los guía y pronto se encuentran en calles mucho más tranquilas. Algunas son demasiado estrechas para los coches, con balcones que sobresalen tanto que casi se tocan. Es una zona más deslustrada que el centro más turístico, con las paredes llenas de grafitis y manchas de óxido. Un ciclomotor dobla una esquina a toda velocidad y les obliga a dispersarse. Nick maldice sobre el silbido del motor y su voz resuena con el eco. Encima de sus cabezas, la estrecha franja de cielo visible entre los tejados se ha oscurecido.

—No irá a llover, ¿verdad? —dice Laura. Nadie responde.

En el siguiente cruce ven una cafetería a la sombra. No hay mesas fuera para los turistas con los pies cansados. Mientras se acercan, tres hombres salen por la puerta, dando una impresión general de ostentosa riqueza: elegantes camisas blancas, vaqueros caros, gafas de sol de diseño. Un coche negro y reluciente se desliza hacia ellos.

—¿No es ese Angelo? —pregunta Bastian.

Antes de que Laura pueda verlo bien, los hombres se dan la mano y se separan, dos de ellos entran en el asiento trasero del coche, y el tercero es engullido de nuevo por la oscura cafetería. El vehículo desaparece silenciosamente tras doblar una esquina.

—¿Estás seguro? —dice Nick—. ¿Por qué iba a estar aquí?

—Puede que las apariencias engañen. —Bastian se encoge de hombros—. Era él sin duda.

Vuelven a ponerse en marcha. Nick, al frente, parece tenso, y Laura sabe que los ha perdido entre el laberinto de calles. Nunca ha tenido un buen sentido de la orientación. Ella siempre se ha burlado de él por eso, pero sabe que no debe decir nada. Además, sigue pensando en el extraño avistamiento de Angelo, tan fuera de lugar. Una mancha oscura que estropea un día glorioso.

—Creo que estamos demasiado al sur —opina Bastian. Se han detenido junto a una iglesia cubierta de andamios, probablemente dañada por un terremoto.

—¿Cómo sabes que es el sur? —pregunta Madison, risueña, con los dedos alrededor de su brazo. Es la única que no parece haber notado el cambio en el ambiente.

Nick, con la cara muy seria, deja que Bastian los guíe de nuevo hacia el centro. Solo han estado veinte minutos fuera, pero el ambiente también es distinto aquí. Apenas son más de las seis, pero las bulliciosas calles parecen tomadas por la muchedumbre. Una canción, amplificada y seudomedieval, proviene de alguna parte indeterminada, y la gente se ha vuelto más ruidosa para compensar.

—Vamos a tomar otro vino —dice Madison, mirando implorante a Bastian. Pero él no le responde y, cuando se ponen en fila india para pasar junto a un grupo de personas que observan a un artista callejero, Laura se encuentra entre ambos. Al amparo de la multitud, los dedos de Bastian se unen a los suyos durante un solo instante, enlazándose y separándose de nuevo. El calor se extiende por su cuerpo.

Cuando por fin tuercen hacia la calle donde está aparcado el coche, Nick lo señala como si hubiera sido él quien lo hubiera encontrado.

—Aquí está —anuncia, pero luego se detiene en seco. El espejo retrovisor que da a la calle se ha desprendido y cuelga de los cables. El coche, que ya estaba cubierto de polvo y sin uno de los tapacubos, tiene ahora un aspecto vergonzosamente ruinoso. Lo vuelve a colocar en su sitio y lo toquetea un rato, pero cuando lo suelta, vuelve a caer sin remedio, golpeando la puerta.

—Estupendo —dice Laura sin piedad—. Te dije que tenías que plegarlos.

Nick se encara con ella, furioso de repente.

—No me dijiste nada, coño.

Bastian le pone una mano en el brazo.

—Ya llevo yo el coche, tío. Podemos pegar el espejo con cinta adhesiva.

Nick se aparta para quitarse la mano de Bastian de encima.

—No, conduzco yo. Es mi coche.

Tardan siglos en salir del centro. Tal vez sea la hora punta, o que todo el mundo está intentando llegar a lo que sea que esté ocurriendo en la ciudad. Laura vuelve a tener la sensación de que nunca entienden del todo lo que sucede, como si llevaran una mano atada a la espalda. Avanzan por calles que no se parecen en nada a las del casco histórico, ni siquiera a las más deslucidas en las que habían acabado perdidos. Son barrios de las afueras en el lado equivocado de las puertas medievales, anónimos, genéricos y modernos: fachadas comerciales de cristal y bloques de apartamentos construidos con líneas duras y rectas.

El cielo se abre cuando se incorporan a la *autostrada*. De un momento a otro, la lluvia golpea súbitamente el parabrisas. Estos cambios bruscos de tiempo siempre le parecen muy italianos (dramáticos y escandalosos), como si los lugareños hubieran sido forjados por ellos. En el interior del coche reina el silencio, la conversación se interrumpió en algún lugar de las afueras de Urbino, y se ha disipado el resplandor del hechizo al que estaban sometidos. Los únicos sonidos que se oyen ahora son el frenético silbido de los limpiaparabrisas en la posición más rápida y el rugido de los camiones cuando Nick adelanta.

Esta vez, Laura va sentada detrás de su marido. El miedo la atenaza cuando se desplazan de nuevo al carril central. Delante de ellos circulan una fila de tres camiones enormes de la misma empresa de transportes. Como trajeron el coche desde Inglaterra y tiene el volante a la derecha, la parte superior de las ruedas queda a la altura de sus ojos cuando lo rebasan a escasos centímetros, rociándolos de agua contra la que nada pueden los limpiaparabrisas.

A su alrededor, la llanura está oscurecida por el chaparrón y se ha levantado un viento huracanado. A través del hueco entre la puerta y el asiento de Nick, Laura ve que tiene que sujetar el volante con más fuerza cada vez que las rachas de aire empujan el coche. Los altos camiones se tambalean con ellas y, al pasar junto al segundo, algún capricho de las corrientes de aire los sacude con mayor violencia, haciendo que el coche se desvíe hacia la vía rápida como si lo hubieran golpeado.

Nick reduce un poco la velocidad y, aunque es un alivio, el adelantamiento del tercer camión se hace interminable. Con cuidado, para no asustarle, Laura se inclina para tocarle el brazo. Se trata de una antigua señal sin palabras: significa que tiene miedo, que necesita que haga algo para ayudarla, reducir la velocidad, por ejemplo, o, en este caso, pasar el último camión y dejar de adelantar.

Cuando empezaron a salir juntos, ella había intentado no criticar su manera de conducir, pues sabía que los hombres podían tomárselo a mal, lo que solo servía para enfurecerlos y empeorar las cosas. Había aprendido a callarse desde entonces, pero hubo una noche, yendo por la M3 para visitar a los abuelos de Nick en Hampshire, en la que la combinación de la fuerte lluvia y la resaca la puso tan nerviosa que le costaba respirar. Él le había preguntado qué le pasaba, pero ella no podía hablar, y la idea de distraerlo al volante aumentó el pánico hasta que creyó que iba a perder la cabeza. Al final se limitó a señalar la carretera y esperar que él lo entendiera. Así lo hizo, y, además, se detuvo en la siguiente estación de servicio. Se quedaron allí aparcados durante una hora. Él le compró un té, con mucho azúcar, y le acarició el pelo.

Años más tarde, justo antes de la boda, Laura y Lou se habían ido de vacaciones, una última escapada de chicas antes de dar el sí quiero.

—¿Estás segura de esto? —le preguntó su amiga una noche, la única persona que podía hacerlo sin ofenderla—. ¿De Nick?

Y al responder que sí, pensó en aquella estación de servicio, en el aparcamiento vacío, oscuro y resplandeciente por la lluvia, y en la mano de Nick sobre su pelo.

Ahora le aprieta el brazo con suavidad. Ha utilizado el derecho adrede para que Bastian, en el asiento del copiloto, no lo vea.

—¿Qué? —dice Nick, y su tono hace que lo suelte al instante—.

Estoy intentando concentrarme.

Ella se reclina en el asiento y cierra los ojos mientras dejan atrás las ruedas delanteras, pero es peor no ver, y, cuando los abre de nuevo, comprueba que lo que temía se ha hecho realidad: la mole del camión resbalando hacia ellos, los enormes neumáticos cruzando las líneas blancas en su dirección.

—¡Nick! —grita antes de poder contenerse, y él gira el volante a la izquierda. A su lado, Madison se agarra al asiento, y Bastian, en la parte delantera, se apoya en la ventanilla mientras se desvían hacia el carril rápido. Detrás de ellos, alguien aprieta el claxon, pero no un toque de advertencia corto, sino un largo pitido que hace chillar a Madison. Nick tira a la derecha a la vez que pisa el acelerador para adelantar el camión, que ahora parece más rápido.

El coche se tambalea con los cambios bruscos de dirección y Laura cree que van a perder el control, chocar con el camión y morir aplastados. Pero entonces se salvan, vuelven al carril lento y se colocan delante del camión, el coche se endereza. La lluvia amaina bruscamente y, más adelante, aparece una salida entre los charcos, una maravillosa señal verde y blanca que indica el camino.

—Aparca —dice Laura—. Nick, aparca.

Él aparca, y al cabo de un instante, como si fuera un milagro, se encuentran en el aparcamiento desierto de una empresa de construcción. La lluvia se ha desplazado hacia el este, barriendo las colinas con una nube gris, y sale el sol.

Laura se apoya en el coche, sosegando su respiración. El asfalto se seca ante sus ojos. No mira a Nick y él no se acerca a ella. Madison, callada por una vez, se arrima a Bastian y apoya la cabeza en su pecho.

Cuando están listos para marcharse, el conato de accidente ya empieza a olvidarse bajo la radiante bendición del sol de la tarde, y Bastian se sube por el lado del conductor sin decir nada.

El mensaje de WhatsApp le llega justo después de las ocho: «¡Oye, tenemos que hablar por Skype esta noche! Deja de evitarme».

Se levanta de la mesa de la cocina, donde Nick y ella han cenado sobras frías en silencio. No han hablado de lo sucedido en la *autostrada*. Bastian y Madison han salido a comer una pizza, y Laura había pensado que, cuando estuvieran a solas, lo comentarían hasta que quedara en una simple anécdota. Pero Nick se ha encerrado en sí mismo, y ella se sorprende intentando no arañar el plato con los cubiertos.

—Tengo que llamar a Lou por Skype. Lo había olvidado por completo, con lo de…

Él asiente sin alzar la vista.

Cierra la puerta con cuidado al salir y decide llevarse el portátil al piso de arriba. Los suelos de piedra de la planta baja no amortiguan el sonido.

Lou está comiendo cereales cuando aparece en la pantalla, con la cara en sombra porque está sentada frente a la ventana. El cielo inglés a su espalda es un cúmulo de nubes blancas, y Laura siente unas extrañas ganas de llorar.

—Por fin, coño —dice Lou—. Llevo varios días intentando localizarte. Has respondido a una décima parte de mis mensajes y a ningún correo electrónico. —Se detiene con la cuchara suspendida en el aire, goteando leche—. ¿Qué pasa, Chapman? Tienes mala cara.

Lou siempre utiliza el apellido de soltera de Laura, como hacía en la universidad, aunque a Nick le moleste. Ahora le dan ganas de llorar, un sentimiento en el pecho que no es capaz de tragarse. Se le empañan los ojos y niega con la cabeza.

—¿Te cuento lo que me ha pasado hoy en el trabajo? —dice Lou, superando con soltura la incapacidad de Laura para hablar—. Seguro que así te sentirás mejor contigo misma.

Laura se ríe, aunque suena más bien como un sollozo.

—Es que hemos estado a punto de tener un accidente en la *autostrada* —le explica—. No ha pasado nada por los pelos, pero me ha afectado.

—Ay, cariño. ¿Fue sobre las cinco y media, a las seis y media de allí? Porque me dio un escalofrío. Escribí a mi madre para comprobar que aún respiraba, pero supongo que serías tú.

Laura esboza una sonrisa temblorosa. Es otra de sus antiguas bromas, la de que Lou es un poco médium, aunque Laura sabe que en el fondo ella lo cree.

—Nick no dejaba de adelantar camiones bajo la lluvia, una lluvia bíblica que salió de la nada encharcándolo todo. Durante un momento pensé que íbamos a… Pero bueno —sacude la cabeza, sin querer revivirlo de nuevo—, al final no ha sido nada. ¿Por qué estás cenando cereales otra vez?

—Tengo que ir a comprar.

—Como siempre.

—Ya, claro, como tú estás en la gloria en Italia, comiendo tomates jugosos del mercado todos los días, preparando tu propio pesto… —Se queda callada un momento—. Chapman, ¿ha pasado algo más que eso? Pareces un poco… desquiciada. Y lo de antes no lo he dicho en broma, has estado superevasiva. También has perdido peso, cabrona. Se te marcan los pómulos.

Lou enciende una luz junto a su portátil. Está fuera de plano, pero Laura sabe exactamente cómo es: una lámpara de escritorio de

plástico que robó de una residencia de estudiantes. De pronto la abruma el deseo de estar en el piso de su amiga, con el vino en la nevera y la tele encendida de fondo porque Lou no soporta estar en una habitación silenciosa.

—Ahora sí puedo verte —le dice—. Te echo de menos.

—Yo también, pero ya llegaremos a eso. Primero, quiero que me hables de tus huéspedes. Como ya sabemos, no has dicho nada de ellos por WhatsApp y necesito detalles. ¿Son una pesadilla? —Se levanta para llenar otro cuenco de Coco Pops.

—No has cambiado nada desde 1999 —responde Laura.

—Contesta a mis preguntas.

—Ya lo hago. De hecho, hoy han estado con nosotros.

—¿Cómo, cuando habéis estado de punto de morir? ¿Y eso? —Lou aguarda expectante, con la cuchara en alto de nuevo.

—Pasamos el día en Urbino. Fue idea suya.

—Qué raro, ¿no? Los cuatro saliendo juntos. ¿Es normal?

—Son nuestros primeros huéspedes. No sé qué es lo normal. Quizá sea porque estamos solo nosotros y ellos. Si hubiera más gente alojándose…

—Pues si habéis salido en plan parejas, es porque te caerán bien. Dime cómo es ella. Madison. —Lou habla imitando a Chandler—. ¿Se puede tener un nombre más americano? ¿Es muy exigente? Seguro que no come Coco Pops.

—Pues… es distinta a lo que esperaba, la verdad. Me cae bien. Es muy exigente, pero lo sabe, así que no me molesta. Y es muy abierta y sincera, por ejemplo, sobre cómo se cuida para gustar a los hombres y tal.

Lou hace una mueca.

—Qué empoderada.

—No, no es eso… No sé explicarlo. Pensaba que iba a ser una estirada. En realidad, pensaba que iba a ser una hija de puta total que nos pondría a caldo en Tripadvisor por el número de hilos de las sábanas, pero no es así. Es divertida. Un poco salvaje. La otra noche nos colamos en una fiesta. Nos obligó ella. Se oía música en el valle, y seguimos el sonido hasta que la encontramos, y luego entramos y nos tomamos un montón de cócteles. Decía que es lo que se hace en Los Ángeles.

—¿Cómo coño convenció a Nick? —Lou siempre había afirmado que Nick era un cuadriculado sin remedio.

—Al principio no le pareció bien. Dijo que sería raro que saliéramos con nuestros huéspedes para emborracharnos.

—Es que es raro.

Laura se encoge de hombros.

—El caso es que se negó, pero me puso de los nervios con su

conciencia de clase obrera, así que le dije que yo sí iba y no quiso quedarse fuera. Además, había encontrado un camino que llevaba a la casa donde creíamos que era la fiesta. Quería ser el que nos mostrara dónde estaba.

—¿Estaba compitiendo con el churri de Madison? «¡Permitan que abra paso, señoritas!».

Laura se ríe, un tanto culpable, y mira el hueco que hay bajo la puerta.

—¿Y cómo es el marido? No has dicho nada de él. Antes pensabas que sería el típico musculitos, proteína en polvo y monosílabos.

—Ah, no está mal. Es bastante tranquilo.

Lou deja la cuchara.

—Por el amor de Dios, es como sacar sangre de una piedra. Vas a tener que darme un poco más que eso. ¿Está bueno?

Laura se levanta con el portátil, abre la ventana con la mano libre y le da la vuelta a la pantalla.

—No es por presumir, pero mira esto.

La luz del atardecer vuelve a hacer de las suyas. La lluvia ha limpiado el cielo, todo el valle, y los colores son más brillantes, más vivos que nunca.

—Se te permite presumir. Es una puta maravilla. Ay, qué ganas tengo.

Laura vuelve a girar el portátil.

—Iba a preguntarte por eso. ¿Has reservado ya los vuelos? Tienes que hacerlo pronto, porque a finales de julio, en temporada alta, es muy caro.

—Pues mira, lo he hecho a la hora de comer. Por eso necesitaba hablar contigo. —Ahora sonríe, con los ojos oscuros brillantes bajo el resplandor de la lámpara.

—¿Qué quieres decir?

—Miré los precios y todo el mes de julio era una ruina, pero les quedaban un par de plazas para una fecha anterior. Así que me decanté por eso.

—¿Cómo de anterior?

—Este viernes. —Hace una mueca—. No me mates.

A Laura se le revuelve el estómago.

—¿Este viernes?

—Ay, no, estás echando humo. ¿Es por los huéspedes? Te prometo que seré más buena que el pan. Sabes que les encantaré. La gente me quiere porque lo doy todo. Y no diré tacos si son cristianos. Aunque no parecen muy cristianos.

Laura no es capaz de esbozar una sonrisa.

—Es que… es mucho follón con ellos aquí. No esperaba que vinieras ahora… Me hubiera gustado hacer una escapada las dos solas,

como en los viejos tiempos.

Lou se muestra compungida.

—No lo pensé. Tenía muchas ganas de verte, y de comprobar que estás bien de verdad. Han pasado meses y has estado muy rara últimamente. ¿Lo cancelo?

—No puedes. Es EasyJet. Te habrá costado unas cuarenta libras. —Habla con voz dura y ve que Lou se amohína un poco—. Joder, perdona. Ha sido un día muy extraño. Por supuesto que quiero que vengas.

Lou sonríe con timidez.

—¿De verdad? ¿Me perdonas? Vuelvo el lunes. Solo tengo un par de días libres, pero no pude resistirme. Además, te vendrá bien practicar para cuando estés a tope. Y puedo echarte una mano. Sé preparar buenos martinis, ya lo sabes.

Laura sonríe, a pesar de la tensión que se va acumulando en su interior.

—Mándame los detalles, porfa. Te recogeré en el aeropuerto.

—¡Genial! Me hace muchísima ilusión. Y así podré ver a los yanquis por mí misma, ya que tú no sueltas prenda.

Después de la llamada, Laura vuelve a bajar para poner el portátil a cargar. Al introducir el enchufe, la toma de corriente (instalada hace apenas un mes) se suelta de la pared. Al acercarse, ve que el yeso se ha caído y que los tornillos no tienen nada a lo que agarrarse. Puede distinguir el plástico brillante de un taco.

Se endereza y esparce el polvillo del yeso con el pie descalzo porque esta noche no puede con eso. El enchufe está debajo de la ventana, y como está oscureciendo, las luces que descienden por el camino se ven con claridad. Durante un segundo piensa que son los americanos que vuelven de la pizzería, pero los faros son distintos. Hay cuatro, dos pequeños y redondos que flanquean a los más grandes.

Al igual que la otra vez, el coche o lo que sea parece detenerse en el mismo momento en que lo ve, como si quien lo condujera pudiera verla a ella también. Alarga la mano para apagar la luz y espera, y se le pone la piel de gallina al pensar que el coche no está parado, sino que avanza, y que el ritmo pausado es más aterrador que la velocidad. Pero solo son sus ojos que le juegan una mala pasada en la oscuridad.

Se va rápidamente a la cocina para buscar a Nick, pero no lo encuentra, la mesa está sin recoger y el pequeño altavoz portátil sigue sonando. Cuando vuelve a la salita, las luces han desaparecido.

Día 5

Por la mañana, Madison vuelve a estar eufórica al entrar en la cocina, un torbellino de energía y perfume de melocotón, y le da dos besos a Laura. La noche anterior, cuando ella y Bastian volvieron de la pizzería, había dicho que le dolía la cabeza y se fue a la cama. Tenía los ojos enrojecidos. Esta mañana, más luminosa que nunca, en marcado contrapunto con las sombras rayadas que atraviesan el suelo de la cocina, es como si el incidente de la *autostrada* y lo que fuera que sucedió durante la cena no hubieran tenido lugar nunca.

—Le he enviado un mensaje a Ivan —anuncia Madison mientras Laura exprime naranjas, con un pequeño corte en el dedo que le escuece. Se lo lleva a la boca y luego lo vuelve a sacar, avergonzada porque Bastian acaba de entrar en la cocina.

—No sabía que tenías su número.

—Ah, sí. Me lo dio para que quedáramos hoy.

—¿Hoy? —Laura deja lo que está haciendo.

—Para ir a verlo, nadar en las piscinas y todo eso. ¿No te acuerdas?

—Recuerdo que nos invitó a ir, pero no que fuera a ser hoy.

Laura se acerca a la nevera a la vez que Madison la sujeta por la muñeca. Aprieta con fuerza y casi le hace daño.

—Te vas a venir conmigo. Tienes que hacerlo. Además, él quiere que vayas. Te mencionó específicamente.

—¿Qué ha pasado? —dice Nick, entrando con los ojos muy abiertos. Laura le ha dejado dormir tras una serie de pesadillas—. Deberías haberme despertado —murmura cuando ella pasa por delante de él.

—Tu mujer y yo vamos a visitar a Ivan —le explica Madison. Mira el plato de pasteles que Laura ha preparado y luego se come una uva, sin duda sintiéndose culpable por las dos comilonas de ayer—. Está todo arreglado.

—¿No están invitados los hombres?

Madison se ríe.

—En realidad, no lo pregunté. Pensé que podía ser un día de chicas. De todas formas, Bast tiene que hacer unas llamadas de trabajo otra vez. —Al ver cómo la mira, añade—: Sé que no puedes evitarlo, cariño. —Le acaricia el brazo, pero Bastian vuelve a su teléfono. Ella deja caer la mano.

—No tengo por qué ir —le dice Laura a Nick.

—En realidad, sí. —Madison activa su radiante sonrisa—. Soy la invitada, ¿no? —Guiña un ojo.

—Sí, sí, por supuesto —responde Nick—. Tengo cosas que hacer por aquí. Tendré cosas que hacer por aquí hasta el fin de los tiempos. Vosotras dos id y disfrutad. —Sonríe, pero hay una petulancia detrás que molesta a Laura. Ya lleva dos horas levantada, y ya estaba cansada cuando sonó el despertador, puesto que él la mantuvo despierta toda la noche. Pero también hay un resentimiento más amargo. No puede dejar de pensar en cómo condujo ayer. Había estado presumiendo, adelantando así bajo la lluvia. Había estado presumiendo delante de Bastian.

Cuando los americanos salen a desayunar, Laura mira a Nick.

—¿Qué tienes que hacer en concreto?

—¿Qué?

—Has dicho que tenías cosas que hacer por aquí. ¿Cuáles son?

—¿Y a ti qué más te da, si te vas a casa de Ivan?

—Venga, no me jodas. Angelo va a venir otra vez, ¿verdad?

Nick se sonroja. Siempre lo hace cuando se siente culpable.

—No he acordado nada. Va a traer más hombres para echar un vistazo a Casa Giuseppe y hacer un presupuesto formal. No tenemos que seguir adelante.

—¿A Casa Giuseppe? ¿Qué tiene que ver con el pozo?

—Preguntó por ella la última vez. —El rubor le baja por el cuello—. Dice que conocía al tipo que vivía allí. A Nico, en realidad, no a Giuseppe.

—Todavía tenemos que hacer cosas en la villa principal… En esta casa. No podemos gastarnos todo el dinero en pozos y anexos.

—Había pensado que podríamos alquilar Casa Giuseppe como vivienda independiente. Para quien quiera autoabastecerse. Sería más fácil para nosotros.

—Pero ¿por qué no me habías dicho nada de eso? Es buena idea, pero no depende solo de ti. Y, además, no me fío de él.

—¿De quién, de Angelo?

—Sí, claro que de Angelo —replica Laura—. Y de su hijo tampoco. Seguro que son unos marrulleros. —Nick chasquea la lengua sin convicción—. ¿Y qué estaba haciendo en Urbino, eh? Tú mismo lo viste. Parecía una escena de Los Soprano.

—Menudo cliché, Laur. —Nick niega con la cabeza.

—¿Y las luces?

—No sería nada. Alguien que tomó el camino equivocado.

—Es curioso que sepas exactamente de qué estoy hablando, ¿no? Anoche volvieron a aparecer. Sé que a ti también te pusieron nervioso.

—¿Estás segura de que no nos estamos autoinvitando? —le pregunta a Madison mientras se dirigen hacia el camino de Nick. Se ve diferente a la luz de la mañana: más amplio y con menos maleza. El cielo sobre sus cabezas vuelve a ser perfectamente azul. Es tan luminoso que tiene que entornar los ojos tras las gafas de sol.

Cuando llegan a casa de Ivan y descubren que está solo, Laura se sorprende a la vez que se alegra, como si esperase que la fiesta hubiera continuado durante todo este tiempo, el jardín aún atestado de gente. A lo lejos, los perros guardianes ladran, a destiempo de la música que llega de algún sitio y de todas partes, probablemente gracias a un sistema de sonido carísimo con altavoces ocultos. No es el lánguido hiphop de antes. Esto es más bien chill out ibicenco.

Junto a la piscina más alta, a la sombra de una enorme sombrilla cuadrada como las que hay en los restaurantes, les espera una bandeja de bebidas.

—Me encantan los mimosas —dice Madison, después de que Ivan las bese a ambas—. Porque son mimosas, ¿verdad?

—Es un poco temprano, ¿no? —observa Laura.

—Son casi las doce —responde Ivan, sonriente—. Pero también tengo zumo natural. Y agua mineral.

Acaba tomando un agua con gas, que en realidad es justo lo que le apetece después del paseo al sol. Lleva hielo y un toque de lima, y se pregunta si habrá una camarera en algún lugar, fuera de la vista. Madison y ella se sientan cada una en una tumbona, con una inmaculada toalla blanca enrollada a los pies. Ivan ha entrado para atender una llamada, disculpándose con una graciosa reverencia.

—Me alegro de haberte obligado a venir —dice Madison. Está tumbada, con el sombrero de ala ancha inclinado para que su cara quede en la sombra. Va por la mitad de su segundo cóctel. Las uñas de sus pies (pintadas de Rouge Noir de Chanel, Laura había visto el frasco en el baño) centellean al sol.

El calor está disolviendo gran parte de la tensión que Laura no sabía que tenía. Todavía siente un pequeño arrebato de ansiedad cuando piensa en las obras, pero las secuelas de la *autostrada* parecen haberse evaporado en este día perfecto.

—¿Dónde os metisteis ayer Bast y tú? —le pregunta Madison de repente. No se ha movido. Por lo que Laura puede ver tras sus enormes gafas de sol y el sombrero, la otra mujer ni siquiera ha

abierto los ojos.

—¿A qué te refieres?

—Cuando nos separamos. Nick y yo íbamos caminando por delante, y al mirar atrás, ya no estabais. No os encontrábamos por ninguna parte.

—Ah, bueno, no fue nada. Una librería que me llamó la atención. Entré y él me esperó un momento. Me gustan esas cosas, soy un poco friki de lo antiguo. —Está hablando demasiado rápido y se obliga a callarse. Se pregunta si esa descripción de sí misma como una tía rara sin atractivo sexual le resulta tan transparente a Madison como a ella.

Ve cómo la americana coge su bebida y Laura se da cuenta de que está conteniendo la respiración.

—Eso me dijo él. Supongo que os pusisteis de acuerdo para contar la misma excusa.

—Pero es que fue eso lo que pasó. No es ninguna excusa. Es que… Yo no…

Madison se echa a reír.

—Ay, que me meo, deberías verte la cara. ¡Era una broma!

Laura se recuesta, agarrando el vaso de agua con tanta fuerza que sus dedos resbalan y chirrían sobre el cristal húmedo.

—De todos modos, no eres su tipo.

—¿Ah, no? —Ahora la invade una extraña furia. «La odio», piensa, aunque también se siente mareada de alivio.

—Lo digo como un cumplido. —Madison se quita las gafas de sol y se vuelve hacia ella—. Eres tan buena y tan… pura. —Alarga la mano para tirarle de un mechón de pelo—. Mira, si hasta te sonrojas. Creo que yo no me he sonrojado desde que estaba en el colegio. —Laura no sabe qué decir. Se resiste a llevarse la mano libre a la mejilla—. No creo que Bast pensara que acabaría con alguien como yo, la chica atrevida y descarada de Texas. Su familia tampoco. Cuando conocí a sus padres, su madre me dijo que no era lo que esperaba. Creo que lo que esperaba la señora era una versión más joven de sí misma, ¿sabes? Bajita y morena, siempre discreta, de modales refinados. Cenamos en un sitio pijo en el que los camareros fingían ser franceses. Se pasó toda la noche con una sonrisa falsa en la cara. Pero a su padre le gusté. —Se pone de pie y coge su vaso vacío—. Y ahora ¿te vas a tomar una copa de verdad?

Laura asiente con la cabeza.

Ivan vuelve a la piscina después de su llamada, pero no tarda en levantarse de nuevo.

—Creo que va a ser uno de esos días, si no tengo cuidado —dice mientras se retira—. Quizá lo apague después de esto. ¿Qué clase de anfitrión sería si no? Servíos lo que queráis, chicas.

—Huy, no te preocupes, que lo haremos —responde Madison,

alzando su copa.

Laura se bebe su primer mimosa rápidamente. Está sedienta, y el cóctel azucarado le parece más refrescante que el agua con gas. El alcohol se cuela en sus huesos, relajando sus extremidades aunque su cabeza siga despejada. Ajusta el respaldo de la tumbona (teca de listones pulidos con ruedas, de cien euros cada una; lo sabe porque quería algo así para Luna Rossa) y se recuesta. Las cigarras zumban a su alrededor. El aire caliente y seco está impregnado de aromas: jazmín y romero bajo el intenso toque veraniego del cloro.

—Qué paraíso.

Madison se vuelve hacia ella, apoyándose en un codo.

—No se lo digas a Ivan, pero tú tienes mejores vistas.

Es cierto. Desde su posición, encaramada en lo alto de una ladera más empinada, el paisaje es más espectacular, el valle no se ondula a lo lejos como aquí, sino que desciende vertiginosamente.

—Bast ha dicho que quizá venga más tarde. Si consigue hacer sus llamadas.

Laura asiente. Le viene una imagen a la cabeza: los dos en la librería de Urbino, una nube de polvo en un rayo de sol, su mano morena y cuadrada, sujetándose a una estantería para cortarle el paso durante un breve instante, su brazo desnudo tan cerca que podría haber posado la boca en él.

—No te importa, ¿verdad? —Madison alarga la mano y le coloca un mechón de pelo detrás de la oreja—. ¿O prefieres que estemos solas?

Laura niega con la cabeza.

—Qué bonitos. —Madison tira con suavidad de los finos pendientes de aro de Laura—. ¿Los compraste aquí?

Una peculiar mezcla de culpa y timidez la impulsa a coger su bebida y apurarla. Se levanta para ponerse algo más seco, menos embriagador: un gin-tonic inglés. El hielo choca entre sí mientras rebusca en la cubitera de plata.

—Los tengo desde hace siglos. Y claro que me parece bien que venga Bastian. Cómo no.

—Tal vez podría traerse a Nick.

Laura hace una mueca antes de poder contenerse. Madison le lanza una mirada interrogativa.

—Ay, es que me pone de los nervios, es solo eso. Ya sabes a qué me refiero.

—La verdad es que no. Bast y yo discutimos, y tanto que sí, pero no me molesta.

Laura se sienta.

—¿Qué? ¿Nunca? Parece demasiado bueno para ser verdad. —Sonríe para suavizarlo.

Madison se inspecciona las uñas. Una de las cutículas está ligeramente rota, así que se arranca el pellejo con los dientes.

—No te enfadas con alguien a menos que te sientas segura con él.

—¿Qué? —Laura se da la vuelta en la tumbona—. ¿No te sientes segura con Bastian? ¿Quieres decir…? —Su corazón late con fuerza.

—No es que me sienta en peligro, como si me pegara o algo así. —Ambas contemplan la pequeña gota de sangre que brota de su dedo—. Me refiero a sentirse segura de que la otra persona te pertenece.

—Pues claro que sí. Es tu marido.

Madison hace una pausa, hasta que parece decidirse.

—En realidad no. —Se mete el dedo en la boca para chuparlo.

—Pero yo creía… Y el anillo…

—Me lo compré yo. —Hace girar el enorme diamante, un tanto suelto sobre su largo dedo—. Con su dinero, evidentemente. Hace unos años, por mi cumpleaños. La gente lo da por sentado, y yo dejo que lo piensen.

—Ah, bueno, pero qué más da, ¿no? ¿Qué diferencia hay, sobre todo hoy en día?

—A mí me ha importado durante muchos años. Por eso a veces se refiere a mí como su esposa. Cree que así me aplaca. ¿Y ahora? Puede que ser la esposa a medias no esté tan mal.

Hay un silencio durante el que Laura no sabe qué decir. Madison se levanta y se acerca a la mesa de las bebidas.

—Ay, perdona. Debería haberte puesto una.

Madison se da la vuelta, sonriendo de nuevo. Hay fortaleza detrás de su gesto.

—No te puedes ni imaginar lo mucho que me persiguió cuando nos conocimos. Nunca había visto nada igual. Había tenido novios en el instituto y en la universidad, un montón. Yo era una de esas chicas que nunca estaban solteras, ¿entiendes? Pero siempre era el mismo juego: ellos iban detrás de ti y luego se enfriaban, la misma mierda de siempre. No fue así con Bast.

Aunque Laura apenas ha empezado la copa que se preparó ella misma, Madison le sirve otra, con mucha más ginebra que tónica. Va a llevarlas a las tumbonas, pero cambia de idea y le tiende las manos.

—Vamos a meter las piernas en la piscina. Me estoy asando.

Laura se deja llevar y se sientan en el borde de piedra, una al lado de la otra. El agua está maravillosamente fresca. Sus pantorrillas medio sumergidas se ven pálidas y distorsionadas.

—Cuéntame cómo lo conociste.

Madison saca un pie fuera del agua y lo arquea como una bailarina.

—Yo tenía un trabajo de mierda en un restaurante de Manhattan.

—¿Entonces fue en Nueva York?

—Sí, Los Ángeles vino después. No llevaba mucho tiempo en la ciudad. Recibía a los clientes, los llevaba a la mesa, ya sabes. En realidad, he dicho clientes, pero eran hombres. El sitio estaba rodeado de oficinas. De finanzas, sobre todo. Bancos y derecho corporativo.

—¿Y?

—Apareció un día. Estaba con un grupo y se emborracharon bastante. Hacían mucho ruido. Queríamos ir terminando antes del turno de noche, pero no paraban de pedir más vino. Vino caro, pero lo devolvían, como si fuera un mejunje cualquiera. Sin embargo, Bastian era diferente. Te fijabas en él porque estaba más callado que el resto. Seguía el ritmo, pero no se levantaba para ir al baño, ¿sabes?

—Y te invitó a salir.

—Me dio su tarjeta y dijo: «Llámame esta noche cuando salgas». Yo le dije que ni siquiera sabía cómo me llamaba, y respondió: «Dímelo luego, cuando hablemos». Estuve a punto de mandarlo a freír espárragos, porque, aunque me gustaba y lo veía guapísimo, me invitaban a salir tres capullos arrogantes en cada turno. Pero entonces sonrió y dijo: «Necesito que me llames. Prométeme que lo harás». Me miró con esos ojos marrones y, no sé, sentí que ya estaba dentro de mí.

A Laura se le pone la piel de gallina.

Madison le pasa los dedos por el brazo más cercano.

—Mira, ¿lo ves? Sabes exactamente lo que quiero decir.

Laura se ríe, avergonzada, y se frota el brazo.

—Sí lo sé. —Piensa en el pasado, cuando lo sabía, antes de Nick—. He hablado de eso con Lou. La mayoría de los hombres no se molestan en cortejarnos. Lo hacen un poco al principio, pero siempre están cubriéndose las espaldas, guardándose algo.

—Eso es. Es decir, lo de tratarnos mal también funciona, pero te hace sentir como una estúpida.

—Y un poco desesperada.

—¡Sí! ¿Y quién quiere sentirse así? Cuando un hombre que te gusta te dice que te desea, y sigue diciéndotelo, y te mira a cada momento como si fuera a morir si dejara de hacerlo… Eso es lo que queremos. Y es tan poco habitual. Bast me conquistó. Quiero decir que me conquistó totalmente. Me sentí asediada, en el buen sentido. —Se ríe —. Nunca había conocido a nadie así. Me hizo sentir como una diosa. Lo quería a él, pero también a mí… No puedo explicarlo.

—No, lo entiendo. Yo también lo viví una vez. Te ves a ti misma a través de sus ojos, solo que de repente eres veinte veces más especial de lo que pensabas, de cómo te ves a ti misma normalmente.

—Sí, exacto. Me sentí como la mujer más bella de Nueva York.

—Droga dura.

—Ay, Dios, sí. Así que, ya ves… —Presiona brevemente los labios

sobre el hombro de Laura. Le dejan un ligero brillo—. Pero ¿quién era el tuyo? Cuéntame.

—Oh, alguien de hace muchos años. En la universidad. Apenas me acuerdo de él. —Se revuelve al mentir, agitando las piernas en el agua fresca, y piensa en lo que podría contarle más tarde acerca de esta conversación en un correo electrónico, aunque eso le recuerda que él le debe una respuesta, y ese pensamiento la mata un poco por dentro.

—¿Cómo narices puedes haberte olvidado de él? —Madison sacude la cabeza en señal de indignación—. Esos son los que nunca se olvidan.

Y, desde luego, Laura no lo ha olvidado. Nunca lo olvidará.

—Hace tanto tiempo —dice, porque Madison espera una respuesta —. Pero tienes razón. Recuerdo perfectamente cómo me hacía sentir.

Cuando Ivan regresa, Laura se ha terminado las dos ginebras. Se siente cómoda y relajada a la sombra de la sombrilla, con las piernas al sol, relucientes por el aceite bronceador de Madison.

«No me puedo creer que sigas usando esto —le había dicho dándole la vuelta al bote, con la superficie grasienta y las huellas dactilares claras sobre la etiqueta metálica—. ¡Factor 2!».

«Lo sé, es mi peor vicio —respondió Madison, estirando sus largos y delgados brazos hacia el cielo—. Pero huele tan bien».

—¿Has apagado el móvil? —le pregunta ahora a Ivan. Le hace un gesto con el dedo y él le muestra sus manos vacías. Se ha puesto un bañador azul marino muy bien planchado. Con la toalla al hombro y el pelo a un lado, parece sacado de los años cincuenta. Su pecho es lampiño y escurrido pero fuerte.

—Me alegro mucho de que hayáis venido a verme. —Ivan arrastra una tumbona para estar más cerca de ellas—. No sabía si ibais a volver.

—¿Estás de coña? —dice Madison—. ¿Quién iba a rechazar las bebidas gratis y las múltiples piscinas?

Él baja la mirada mientras sonríe y, a pesar del alcohol, Laura sigue un tanto avergonzada por el descaro de Madison.

—Eres muy amable por invitarnos —añade para compensar—. Y por perdonarnos el haber venido sin avisar. Por cierto… —hace una pausa hasta que termina de decidirse, pensando que incluso podría facilitar las cosas—, ¿te gustaría cenar en nuestra casa este fin de semana? Va a ser algo informal, con nosotros cuatro y una amiga…

—¿Qué amiga? —pregunta Madison—. ¿No será Lou?

Laura asiente con la cabeza.

—¿Por qué no me lo habías dicho? Me encantaría conocer a tu mejor amiga. La mencionas todo el tiempo. Si no estuvieras con Nick, pensaría que estás enamorada de ella. —Mira a Ivan.

—Me enteré anoche —responde ella—. Es típico de Lou. Se

suponía que no iba a venir hasta que os hubieras marchado. ¿Seguro que no te importa?

—Pues claro que no. Ivan, tú también vendrás, ¿verdad?

—Gracias. —Inclina la cabeza—. Me gustaría mucho.

Charlan un rato sobre los negocios de Ivan, aunque Laura empieza a tener sueño de nuevo y no logra asimilar los detalles. Además, Madison ha acaparado la conversación, lo que le permite retirarse a un segundo plano.

Un movimiento en su visión periférica la despierta de golpe justo cuando se preguntaba si sería descortés quedarse dormida, al mismo tiempo que se le cerraban los ojos. Una joven vestida con pantalones cortos de color rojo y un polo blanco, con el pelo negro recogido en una corta cola de caballo, se aproxima llevando una bandeja. Conque sí que tenía servicio.

—*Buon giorno* —musita la recién llegada, bajando la bandeja para que puedan servirse. Son *crostini*, como los que preparó Laura la primera noche de Bastian y Madison, pero estos son una obra de arte, perfectos y uniformes, cada loncha de jamón de Parma es idéntica, cada punta de espárrago está dispuesta en el mismo ángulo.

—*Grazie*, Giulia. —Ivan le hace un gesto para que deje la bandeja y se vuelve hacia ellas—. Creo que deberíamos tomar un poco de champán para celebrar las nuevas amistades. ¿Qué os parece?

La frase suena extraña, anticuada y artificiosa, e irónicamente hace que su acento parezca más fuerte.

—Nunca digo que no al champán —replica Madison—. Es una regla básica.

—Qué bonito. —Laura sonríe—. Muchas gracias.

Ivan le hace otro gesto a Giulia, quien se gira con elegancia sobre los talones. Los tres la ven marcharse. Laura nunca ha entendido por qué a los ricos les gusta tener a otras personas en casa, por muy ocupados que estén. Ella estaría dándoles las gracias continuamente y comportándose lo mejor posible. Sería como quitar el polvo antes de que viniera la limpiadora, pero en todo momento.

—Veo que no habéis querido traer a vuestros maridos —dice Ivan cuando Giulia entra en la casa.

—Puede que Bastian venga luego —responde Madison—. Tenía que ocuparse de unas cosas de trabajo. Pero la verdad es que Laura y yo teníamos ganas de hacer una escapada a solas.

—¿Y Nicholas? —Ivan sonríe a Laura, ladeando la cabeza.

—Iba a venir alguien a hacerle el presupuesto de una obra. —Al recordarlo, no puede evitar que se oiga cierta irritación en su voz.

—Angelo —dice Madison rápidamente, lanzándole una mirada a Ivan—. Se conocieron aquí. Angelo es amigo tuyo, ¿no?

—No sé si «amigo» es la palabra adecuada —contesta Ivan.

—¿Es…, es…? —A Laura no se le ocurren más que coloquialismos británicos, y no cree que Ivan y Madison pudieran entenderlos—. Iba a preguntar si es legal. Supongo que será encantador, pero…

—Angelo es un pez gordo de la zona —dice Ivan. Hace una pausa cuando vuelve Giulia, con sus zapatillas blancas silenciosas sobre el granito. Ha traído otra bandeja, esta vez con tres copas angulares y una botella de Krug. Retira la cápsula de aluminio y la descorcha con eficacia. Mientras sirve a cada uno, sostiene la botella como es debido, sujetando la base con el pulgar. Ivan espera a que se retire antes de continuar—. Angelo conoce a todo el mundo.

—¿Cómo lo conociste? —pregunta Madison—. ¿Te hizo alguna obra?

—No, no. No sé de qué lo conozco. Seguramente nos presentó mi pareja, mi expareja. Le gustaban los hombres como Angelo.

—¿Y cómo son los hombres como Angelo? —Madison se endereza y mira a Laura abriendo los ojos teatralmente—. No me digas que es de la mafia. Lo vimos ayer en Urbino, saliendo de una reunión sospechosa.

Ivan se ríe.

—Yo no he dicho eso. Lo has dicho tú. Lo que quiero decir es que a Raoul le atraía esa clase de encanto en los hombres. Ostentosos, un poco excesivos. En realidad, él mismo era así.

—Creo que no me cae bien —dice Laura, sintiéndose segura ahora —. Es demasiado intenso. Como si hubiera una agresividad oculta bajo su encanto. —Toma otro sorbo de champán, que está perfecto—. Me preguntó cuándo íbamos a tener niños, que la casa los necesitaba. Mientras señalaba su enorme reloj de oro.

Iván parece desconcertado.

—¿Por tu reloj biológico? —Madison niega con la cabeza—. Menudo imbécil.

—Y aunque no lo hubiera dicho, no creo que necesitemos otro pozo. No podemos… —Se detiene, y luego, debido al alcohol, lo dice de todos modos—: No podemos permitirnos eso y una reforma.

Madison se reclina y se aparta un mechón de la frente.

—Bueno, y aunque el dinero no fuera un problema, ¿quién quiere gastarlo en un maldito pozo? —Pone los ojos en blanco.

Todos se ríen. Ese es uno de los talentos de Madison: cortar la tensión como lo hace. Resulta de lo más adorable.

—Entonces, si no os lo podéis permitir, ¿por qué está tu marido con Angelo? —pregunta Ivan—. Aquí se dan por hecho las cosas con mucha facilidad.

—No lo sé —responde Laura—. Nick se comporta así con los hombres engreídos como ese, con los tíos muy masculinos. Es incapaz de decirles que no y de ser él mismo. Es como si creyera que, al

seguirles la corriente, se convertirá en uno de ellos. —No sabe explicar lo que quiere decir—. Siempre ha hecho lo mismo. Ni siquiera le caen bien, pero desea su aprobación. Lo hacía con los pijos donde trabajaba, y antes en la universidad. Pensó que en el periódico sería diferente porque eran liberales, pero no fue así.

Ivan parece confundido y eso la hace reír, aflojando un poco el dolor de estómago que le da al pensar en Angelo en su jardín. Apura la copa de champán. Giulia reaparece con la botella en alto, como si hubiera estado observándolos bajo la sombra de la casa.

—Es complicado —prosigue Laura—, pero, básicamente, ellos tenían dinero y él no. En la universidad, había un grupo de chicos del equipo de natación a los que intentaba seguir el ritmo. Se burlaban de él por vivir en casa, por tener que coger el autobús para ir al campus porque no tenía coche. Solo me habló de ello una vez, cuando estaba muy borracho. —Levanta su copa para que Giulia la rellene y sonríe a los demás—. Lo siento. No sé de dónde ha salido todo eso. Últimamente he estado pensando mucho en los viejos tiempos.

—¿Sigue teniendo relación con alguno de ellos? —pregunta Ivan —. ¿Aún son amigos?

—Dios mío, qué va. No eran amigos de verdad. Al final, la gente así se queda con los suyos. Vuelven a cerrar filas. Madre mía, hablo igual que él.

—Vosotros los ingleses sois muy raros con el tema de la clase social. —Madison coge un espárrago de uno de los *crostini* redondos y se lo mete en la boca.

—Y vosotros también. —Laura sonríe—. Es así en todas partes. Tú misma dijiste la otra noche que la familia de Bastian tenía dinero, todo eso del Upper East Side.

—Sí, ¿y no lo pagué ya? —Parpadea, se le agrieta la sonrisa y se vuelve hacia Ivan—. Entonces, ¿cómo es en…? Por cierto, ¿de dónde eres? No lo sabemos. Yo esperaba que de Rusia.

Ivan echa la cabeza hacia atrás y se ríe.

—Me temo que solo soy un checo aburrido. ¿Por qué querías que fuera ruso?

—¿Quién no querría tener a un oligarca de verdad en el valle?

—Siento decepcionarte. ¿Sabes algo de mi país?

—Literalmente, nada. Qué le voy a hacer, soy una yanqui ignorante. —Se encoge de hombros.

Laura se incorpora y la cabeza le da vueltas, con un leve desajuste entre lo que ve y lo que puede asimilar.

—Yo sé algo.

Ivan sonríe.

—¿Solo una cosa?

—Dvorak —pronuncia triunfante, aunque no del todo bien—. Se

dice así, ¿no?

—Muy bien. —Ivan saca su teléfono y toca la pantalla. La música de baile, que sonaba tan baja que se había olvidado de ella, pasa a ser clásica. Al subir el volumen, parece llenar el valle, como si llegara desde el cielo.

Madison se recuesta y cierra los ojos:

—Supongo que el paraíso es así, si eres católico. O checo.

Giulia ha regresado. El sonido de otro descorche hace que Laura y Madison den un respingo y se rían al mismo tiempo.

Bastian aparece al cabo de un par de horas. Se han bebido una tercera botella de champán y se ha abierto una cuarta. Cuando Laura lo ve acercándose a ellas sobre la hierba, es como si se encendiera, y la onírica tarde se vuelve más nítida al instante. Los insectos vuelven a zumbar en los árboles. El filtro de la piscina absorbe y gorgotea.

—¡Cariño, has venido! —Madison se levanta, corre hacia él y se pone de puntillas para besarle, rodeándole el cuello con los brazos. A través del bucle que forman, Bastian mira a Laura y se desenreda. Ella no puede evitarlo: el gesto la hace resplandecer.

Mientras beben la siguiente botella, Ivan vuelve a poner la enardecedora música de baile. Bastian aspira su vapeador y un aroma a vainilla se expande por el aire.

—¿Alguien tiene algo más fuerte? —pregunta Madison. Le guiña un ojo a Laura.

—Yo prefiero el champán —dice Ivan—. Pero Giulia puede hacer una llamada si quieres.

—No, no te preocupes. —Madison se levanta y se estira exageradamente para que todos la miren—. Pensaba que Bast habría encontrado algo. Tiene sus métodos.

Laura asimila el dato, sin saber cómo se siente al respecto. Siempre ha pasado de las drogas. O, mejor dicho, nunca se las habían ofrecido, así que no ha tenido que tomar la decisión. Ha fumado un poco de hierba, claro, y una vez compartió una pastilla con Lou en un festival, pero no le hizo nada, y seguramente era falsa. Sin embargo, supone que Madison se refiere a la coca, algo que siempre le ha dado un poco de asquito.

—Capta el ambiente, Mads —dice Bastian—. ¿Para qué quieres esa mierda en un sitio como este?

La sonrisa de Madison se desvanece.

—Vale, está bien. Entonces me voy a nadar. Hace demasiado calor. ¿Vienes, Laura?

Mientras duda, insegura de querer hacerlo, pero sintiéndose obligada a acompañar a Madison, Ivan se pone de pie.

—Quedaos disfrutando de la piscina, por favor. Hablad con Giulia si necesitáis cualquier cosa. Tengo que hacer otra llamada que no puedo posponer más, así que os ruego que me disculpéis un momento.

—Deberíamos bañarnos desnudos —dice Madison después—. ¿O eso también es demasiado? —Mira a Bastian con una carita graciosa, entre triste y desafiante, antes de zambullirse en la parte más profunda. Cuando asciende a la superficie cerca de ellos, se levanta la parte superior del bikini y la tira a un lado, donde cae como una bofetada húmeda. Es imposible no mirar sus pechos mientras sale del agua, tan firmes y redondos sobre su cuerpo casi huesudo que sin duda son falsos. Laura lleva puestas las gafas de sol, pero debe de haberse quedado inmóvil, o haberse delatado de otra manera, porque Madison se ríe.

—Valen cada centavo, ¿verdad, Bast? —Madison se los levanta y los palpa, mirándolo a él y luego a ella, y se sumerge de nuevo bajo el agua. Laura traga saliva.

En algún momento, no sabe cuándo, Bastian ha movido la pierna para acercar el pie al suyo. Entonces vuelve a moverse para que se toquen.

—¡Eh! —Madison ha salido a la superficie. Laura aparta el pie—. ¿Vas a meterte o voy a tener que ir a buscarte?

—Sí —responde ella—. Sí, buena idea. —Le arden las mejillas y aparta la cara para que Madison no se burle de ella. Al ver su copa de champán casi llena, la coge y se la bebe. Se le revuelve el estómago, pero no es solo por los nervios. Se pregunta si una parte de ella está excitada.

—Así me gusta —dice Madison—. Y ahora, salta.

Laura la obedece, con los pies por delante, cerrando los ojos y tapándose la nariz como una colegiala. De hecho, toda la situación la hace sentir como una niña que intenta hacerse la interesante delante de los adultos. Al salir a la superficie, Madison está cerca de ella. El aceite de coco de su piel colorea el agua a su alrededor. Sus ojos parecen más claros junto a su cabello oscurecido por el agua, que cae sobre su pecho.

—Pareces una sirena —le suelta, y luego desvía la mirada porque ha sonado de lo más ridículo.

Madison rodea el cuello de Laura con sus brazos. Su piel está caliente y resbaladiza, sus pechos duros contra los suyos. Se aparta un poco y Madison parece permitírselo, pero entonces le atrapa la cintura con las piernas. Madison deja que su tronco emerja y flote, sus pechos apuntan ahora hacia el cielo, desafiando la ley de la gravedad. Laura baja los ojos y Madison, al verla, se ríe.

—Quítate el tuyo.

—No.

—Aquí somos todos amigos.

—No quiero. —Se lleva las manos a la espalda y se zafa de los pies de Madison, pero no se atreve a alejarse nadando.

Una sombra tapa el sol. Bastian está de pie en el borde, mirándolas.

—¿Alguna vez te has acostado con otra mujer, Laura? —Madison vuelve a estar cerca de ella. Pasa un dedo por el tirante del bikini de Laura y luego, con tanta rapidez que podría haber sido accidental pero no lo es, baja por su pezón con una uña casi dolorosamente larga.

Laura sacude la cabeza, sin estar segura de poder hablar si lo intenta. Una parte de ella quiere huir, pero el resto no puede moverse.

—Pero seguro que habrás besado a alguna chica. Todas lo hacíamos en la universidad, por los chicos. —Mira a Bastian—. Te gustaría que nos besáramos, ¿verdad? Sé que Laura te parece preciosa. —Le guiña un ojo—. Él me lo dijo.

Antes de que Laura pueda reaccionar, la atrae hacia sí agarrándola de la cintura. Entonces, sus labios, suaves y acolchados, tan diferentes a los de un hombre, caen sobre los suyos y se mueven, su lengua entra en su boca.

Laura se separa de ella. Respira con dificultad. No sabe qué quiere que ocurra a continuación.

Madison mira a Bastian.

—¿Te ha gustado, cariño?

Sin embargo, él se agacha para recoger la parte superior de su bikini y se lo lanza.

—Póntelo. ¿No ves que estás incomodando a Laura?

La expresión de Madison cambia tan drásticamente que casi resulta cómico. Sus ojos azules se empañan. Laura se da la vuelta, nada hasta el otro extremo de la piscina y sale. El corazón le late a mil por hora.

De repente, Ivan está allí, sonriéndoles.

—¿Qué me he perdido? —pregunta.

Regresan a eso de las seis. Madison se va directa a la villa, explicando que quiere ducharse. Es lo primero que dice desde hace tiempo. Bastian la sigue, pero Laura se queda en el jardín, sentada en el banco bajo los tilos. Quiere estar un momento a solas consigo misma, para repasar el día. El episodio con Madison en la piscina ya se ha vuelto tan extraño como un sueño, surrealista e inasible.

Solo lleva allí unos minutos cuando Bastian aparece delante de ella.

—Ah. Pensaba que habías entrado.

Él se encoge de hombros.

—¿Quieres pasear un poco?

Cruzan el césped y se adentran en la sombra del olivar. Allí hace mucho más fresco. La luz es rara: difusa y pálida, casi como si estuvieran bajo el agua. Los insectos y los pájaros canturrean y alborotan a su alrededor, invisibles.

Ella no puede mirarle, aunque es hiperconsciente de su presencia, un estado de alerta animal que hace que le duela la piel, como si tuviera fiebre. Y cuando se lleva la mano a la frente, la nota caliente. Igual que sus mejillas, aunque probablemente se deba al día de sol y copas. Se da cuenta de que tiene hambre, a pesar de que últimamente le gusta sentirse vacía. Le agudiza los sentidos. No quiere tener que pasar por la modorra y el embotamiento que supone estar llena de comida, ahora no.

Alarga la mano para arrancar una aceituna, que parece apetecible pero está dura como una piedra. Bastian está a su izquierda, a unos cuantos metros de distancia, pero, aun así, cree que puede olerlo. No su gel de ducha ni su loción de afeitado, sino a él. Siempre ha creído en la química y las feromonas. No tiene nada que ver con la apariencia. Hay gente guapa que te deja fría, y gente de aspecto extraño que te quieres comer. Reprime una sonrisa porque es algo que podría decir Lou.

—¿Por qué sonríes?

Laura le mira a los ojos, oscuros y cálidos como ciruelas damascenas a media luz, y vuelve a apartar la mirada como si la hubiera chamuscado.

—Solo estaba pensando en la química, nada más —dice, con la voz demasiado apagada en la última palabra. Se pregunta si él la habrá oído, lo que indica que no es tan valiente como pretende ser.

Bastian se ha vuelto para mirarla directamente. Ella coge otra aceituna y, de repente, él recorre la distancia que los separa y levanta la mano para sujetar su muñeca. Ella no puede mirarle a los ojos, así que se concentra en su propia mano. Él coloca la palma contra la suya, separando y arqueando los dedos, aunque los de ella solo llegan a la segunda articulación de los de él.

Con la otra mano, rodea un mechón de su pelo, tirando ligeramente. Luego se lo pasa por encima del hombro y deja que sus dedos recorran la piel donde sobresale el hueso. Presiona la curva con el pulgar. Es tan diferente cuando están solos. Hay tensión sexual, pero también es romántico. No como en la piscina de Ivan.

—No está bien… —comienza a decir ella.

—¿El qué?

—Esto.

—¿El qué? —Sonríe o, al menos, enseña un poco los dientes, que brillan pálidamente bajo la extraña luz.

—¿Qué ha sido eso de esta tarde? Antes de que llegara Ivan. —

Laura se obliga a mirarle a los ojos. Bastian vuelve a encogerse de hombros.

—Madison siendo Madison.

—Me pareció… Fue como una actuación.

—Sí. —Él exhala un suspiro—. Es parte de su rutina. Le gusta ser la salvaje. A veces puede resultar incómodo. Yo no soy así. Supongo que soy más… No sé, como romántico o algo así. —Sonríe y mira hacia otro lado, avergonzado.

—No sabía si había sido una aburrida.

Él niega con la cabeza.

—Lo que aburre son las cosas falsas. —Y entonces se acerca más aún, con la boca a cinco centímetros de la suya, y la mayor parte no es por distancia, sino por la diferencia de altura. Laura sabe que su barbilla encajaría perfectamente en el pliegue de su cuello. El tiempo se alarga y ella traga saliva, se muerde el labio, resiste los impulsos contradictorios que le sobrevienen simultáneamente: alejarse o entregarse al beso que sin duda se avecina, iniciar una cosa u otra porque no hacer nada es insoportable.

Pero él se aleja, y ella se queda balanceándose. En ese momento, lo odia. Sin embargo, entonces ve a Madison más allá de los árboles, con el pelo recogido en una toalla como un turbante y los ojos entornados a pleno sol, en busca de algo. De Bastian, presumiblemente. Ella no se ha percatado aún de su presencia, ocultos en la penumbra acuosa del olivar. Laura lo mira a los ojos en silencio, dándole permiso para marcharse. Es más valiente ahora que no pueden hacer nada, lo bastante para brindarle la clase de sonrisa que sabe que él tomará como una promesa.

Oye a Madison saludarlo, con voz de alivio por haberle encontrado, y siente un profundo desprecio hacia sí misma. El feminismo es una de las pocas partes de su identidad que nunca se ha cuestionado. Y, sin embargo, sabe que lo volverá a hacer. «No puedo resistirme a él», piensa, pero no es cierto. Siempre hay una opción. Puede resistirse a él. Pero no lo hará.

Día 6

Nick está fuera cuando los hombres de Angelo aparecen al día siguiente. Laura no lo encuentra en la casa, aunque el coche sigue allí. Seguramente estará en su maldito taller, piensa. Se apresura a cruzar la terraza, haciendo lo posible por sonreír a Madison, que lleva tumbada junto a la piscina desde el desayuno.

—Oye, ¿buscas a Nick?

Se detiene en seco.

—¿Lo has visto? Los hombres de Angelo han vuelto y es cosa suya, así que debería ser él quien se ocupara de ellos. —Pone los ojos en blanco, de modo que parezca más un cabreo tonto que lo que siente en realidad.

—Sí, pasó hace unos veinte minutos. Iba a dar un paseo.

—¿Un paseo?

—Llevaba una mochila pequeña y una botella llena de agua. —Madison se encoge de hombros—. Se dirigía al camino.

Laura inspecciona subrepticiamente a Madison a través de sus gafas de sol. Su piel brilla con el aceite perfumado de coco. Está adoptando un tono marrón ladrillo tan intenso contra las puntas de su cabello que parece falso, como esas chicas de los reality shows con sus rellenos de labios y pestañas infinitas. Piensa en lo que pasó en casa de Ivan y se le eriza la piel. Madison, sin embargo, tiene una actitud completamente normal.

—No me ha dicho nada de que fuera a salir a dar un paseo. Típico. Pero gracias.

Vuelve sobre sus pasos hacia la villa, golpeándose la cadera con la esquina afilada de la mesa porque tiene prisa. Ha dejado a los hombres fuera, en el camino de entrada, y es consciente de que los está haciendo esperar a pesar de que no los quiere allí.

Cuando salió a buscar a Nick, eran tres. Habían llegado en la camioneta roja, con Tommaso conduciendo y los otros dos apiñados a su lado. No había rastro de Angelo. Ahora ha llegado otra furgoneta: blanca y mugrienta, con óxido en los guardabarros. Sus dos ocupantes

han abierto las puertas traseras y están fumando a la sombra. Cuando se acerca, se dan la vuelta y, durante un horrible instante, piensa que uno de ellos es el mecánico. Levanta la mano para protegerse del sol: su resplandor de mediodía le da de repente en los ojos. No es él, gracias a Dios, pero seguramente sean familia. Tiene la misma disposición de rasgos, aunque en este están esbozados con más crudeza, y los mismos ojos azules, pálidos contra su piel oscura.

Su alivio dura poco. Lentamente, de forma deliberada, para que ella lo vea, el tipo le da un codazo al que está a su lado, al que sí que conoce, de las obras realizadas en la piscina. Ahora debe de estar empleado por Angelo. Murmuran algo que les hace reír. El primero tira su cigarrillo y, aunque sigue encendido, no se molesta en apagarlo.

—*Signora*. —Tommaso se acerca—. ¿No está aquí su marido?

—No, no está. —Ella no sonríe—. Tendrá que conformarse conmigo.

Está furiosa con Nick, y con esos extraños que han ocupado su camino, con el odioso hijo de Angelo, que se cree con derecho a mirarla como la mira. Ahora le sonríe con indulgencia, como si su evidente animosidad fuera solo una forma novedosa de coquetear con él. Todo ello la vuelve asertiva.

—¿Puedo hablar con usted? —dice ella, y retrocede hacia la sombra de la puerta principal, suponiendo que él la seguirá—. No sé qué le dijo Nick cuando estuvo aquí con su padre, o ayer, pero no necesitamos otro pozo. —Habla rápido, sin molestarse en pensar palabras sencillas que le ayuden a comprenderla.

—*Signora*, conocemos esta tierra. —Sonríe de nuevo, aunque se enfría cuando ella le devuelve la mirada con dureza—. Mi padre sabe lo que hay. Su primo es dueño de la siguiente finca. Esa linde de allí… —Agita la mano, como un barco en aguas turbulentas.

—¿La linde? ¿Qué tiene eso que ver con la excavación de un nuevo pozo? —La ansiedad se apodera de ella. Había odiado los asuntos legales desde el primer momento: las reuniones en italiano, la sensación de que nada era del todo oficial y correcto. Siempre le recordaban a esos documentales sobre gente que invertía todos sus ahorros en una villa española para descubrir que el terreno nunca fue suyo, que el gobierno iba a arrasar su sueño de jubilación.

Tommaso exhala y se encoge de hombros.

—Se mueve, ¿no? Esta tierra, su tierra, no es segura. Pero es de la familia, así que…

Ella traga saliva, con la boca seca.

—No hay problema, *signora*. Ya estamos aquí.

—Pero Massimo…

—Massimo es viejo. Se olvida de que los ingleses, los alemanes,

siempre quieren piscina. Como dijimos, con la piscina es otra cosa. Gasta mucha agua. El agua escasea aquí en verano. Como el oro. —Se frota el pulgar con el índice y el dedo corazón, y Laura quiere entrar en su casa y cerrarle la puerta en las narices.

—Entonces —dice, obligándose a hablar con calma—. ¿Qué pasa hoy, exactamente? ¿Piensa ponerse a cavar? Porque no estoy segura de…

Él ya está moviendo la cabeza y emitiendo sonidos tranquilizadores, con las manos levantadas como si ella fuera un caballo asustado a punto de huir.

—No, no. Hoy solo vamos a mirar el pozo. Tal vez cavemos un poco, para encontrar el mejor sitio, pero solo un poco. No, hoy seguimos con la casa. ¿Casa Giuseppe, sí?

—Un momento, ¿cómo que van a seguir? Todavía no nos han dado un presupuesto.

Él esboza una sonrisa pero se detiene al verle la cara.

—Ya lo hablamos todo con Nick. ¿No se lo dijo? ¿No le ha hablado de las normas? Por los terremotos.

—No me… Mire, no sé lo que le habrá dicho mi marido, pero no vamos a… No podemos pagarlo…

Él la interrumpe de nuevo, y ella desearía tener el valor de apartarle las manos levantadas.

—Hoy no hay que dar más dinero. La señal está pagada. Nick lo hizo. No se preocupe, *signora*, usted no tiene que hacer nada. Puede nadar en su piscina, tomarse una copa, dormir la siesta. No se preocupe por nosotros. Nosotros nos encargamos de todo. Haremos que la casa sea segura. No sabrá que estamos aquí.

Antes de que Laura pueda responder, Tommaso se vuelve hacia sus hombres y ladra una orden con voz fría y acerada.

Después la mira.

—Su coche. —Hace un gesto de desprecio. Está horrendo con el espejo retrovisor roto—. Es inglés.

—Sí —replica ella con impaciencia—. Lo trajimos de Inglaterra.

La señala con el dedo.

—Tienen que registrarlo en Italia. En eso también están infringiendo la ley.

—¿Qué? —El pánico vuelve a apoderarse de ella.

Él dibuja un rectángulo en el aire.

—Tienen sesenta días para cambiar los papeles o se lo pueden quitar.

De repente se da cuenta de que se refiere a las placas de matrícula.

—¿Es eso cierto? ¿Necesitamos matrículas italianas?

—Por supuesto que es cierto. —Entorna los ojos—. Y creo que ya ha pasado el plazo. Deberían ir pronto a la *questura*, antes de que

alguien lo denuncie.

Laura conoce esa palabra. Es como se llama la jefatura de policía de cada distrito.

—¿Nos va a denunciar? —Intenta ser valiente, pero el temblor de su voz es evidente.

Él suelta una carcajada y se lleva un dedo a los labios.

—Yo no, *signor*a. Otra persona. Y ahora, ¿miramos el terreno?

—Pueden pasar por ese lado. —No sabe qué otra cosa decir—. Síganme.

Mientras los conduce alrededor de la casa, a pesar de que sus pensamientos ansiosos se atropellan unos a otros, también es consciente del balanceo de sus caderas, así como del material elástico de su vestido veraniego, que se adhiere a sus piernas con la electricidad estática, algo que siempre se le olvida hasta que se lo pone. Siente un extraño alivio al ver que Madison sigue tumbada junto a la piscina, con una pierna doblada embadurnada de aceite y la otra estirada, los huesos de la cadera sobresaliendo por encima del bikini.

Levanta un poco la cabeza cuando pasan los hombres, pero no se molesta en ocultar su cuerpo semidesnudo, como sabe que habría hecho ella. Los hombres la miran, claro, y uno de ellos (el hermano o primo del mecánico o lo que sea) sonríe con descaro. Madison lo observa fijamente, enarcando una ceja, hasta que el otro aparta la vista, y a Laura le dan ganas de abrazarla.

—Supongo que sabe dónde… —empieza a decir.

Tommaso asiente con la cabeza.

—Conocemos esto —repite, y a ella le dan ganas de gritar—. Estaremos allí cuando vuelva su marido. Usted quédese aquí con su amiga, *signora*. Es mejor así.

Laura se sienta pesadamente en la tumbona al lado de la de Madison.

—Pensaba que habías dicho que no necesitabais ese maldito pozo. —Le tiende el vaso a Laura, que lo coge con torpeza, agitando los cubitos de hielo.

—Te traigo otro. —Comienza a ponerse en pie.

Madison alarga la mano y tira de ella hacia abajo.

—No, tonta. Es para ti. Pareces acalorada, así que bébetelo, por favor. Cuéntame qué pasa con esos asquerosos. Algo pasa. Me dan muy malas vibraciones.

—Ay, no lo sé. Es Nick. Como expliqué en casa de Ivan, no sabe negarse a estas cosas, a los hombres como ellos. Es tan típico que no esté aquí.

—¿Quieres que le pida a Bast que vaya a hablar con ellos, que les diga que se vayan? Está dentro trabajando, pero puedo llamarlo. Si Nick ha accedido a algo que no te está contando, es mejor que sepas

toda la historia. También es tu casa.

—No, está bien. Pero gracias. —Algo le impide confiarle que Nick ya ha accedido a que se hagan obras en Casa Giuseppe y, al parecer, ha entregado el dinero de la señal. Supone que le da vergüenza admitir que no sabe nada al respecto—. Además, quiero que se ocupe Nick cuando vuelva de paseo. Es su problema, no el mío, y mucho menos el vuestro.

—Bueno, si Bastian puede ayudaros con el idioma, me lo dices. Ahora somos vuestros amigos, ¿vale? No solo huéspedes. —Aprieta la mano de Laura—. Es muy raro, pero siento como si te conociera desde hace años. —Se ríe—. Y solo ha pasado una semana.

Laura no sabe qué decir. Teme que va a echarse a llorar. El sentimiento de culpa ante la amabilidad de Madison se mezcla con la atracción que siente por Bastian y el miedo a delatarse. Agacha la cabeza, y el cansancio la invade como una ola. Ha dormido muy poco, reviviendo las escenas que su mente consciente sigue representando: Madison semidesnuda en la piscina; las enormes ruedas del camión virando hacia ellos; Bastian y ella a solas en el olivar, hasta dónde podrían haber llegado, lo que se habría dejado hacer.

—Cariño, me temo que necesitas una buena siesta. —Madison le coloca un mechón de pelo suelto detrás de la oreja, y se parece tanto a lo que había hecho Bastian el día anterior que se aparta incómoda, poniéndose de pie y retrocediendo hasta que se detiene, con el agua derramándose del vaso que aún tiene en la mano.

Madison frunce el ceño.

—¿Qué pasa?

—No puedo con todo esto —dice con la voz quebrada.

Madison se levanta con un solo movimiento, toma la mano libre de Laura y la acaricia.

—Esos tipos te han afectado mucho. Acuéstate. Te sentirás mejor cuando hayas dormido un poco.

—No puedo dejarte con ellos. —Sin embargo, solo está siendo educada. En su mente, ya está tumbada en su habitación, con las persianas cerradas. A esta hora del día estará fresca y oscura.

—Sí que puedes —replica Madison—. Ve. Me aseguraré de que no hagan nada drástico.

Se siente mejor después de haber dormido, profundamente y sin sueños. La culpabilidad nerviosa se ha disipado y ahora casi le parece ajena. Todavía no ha hecho nada con él, piensa una y otra vez mientras se ducha y se pone un vestido limpio. Y aun así… Se mira en el espejo de cuerpo entero, disfrutando al ver que el vestido verde pálido, que hace un mes le quedaba un poco ajustado, ahora se desliza

con facilidad sobre su torso y caderas, pero se ciñe alrededor de su cintura esbelta. Ya no tiene ojeras y está ruborosa y descansada: bonita.

Solo lleva un par de horas en el piso de arriba, pero la siesta ha hecho que la primera parte del día (Tommaso y sus hombres, Madison junto a la piscina) quede enterrada en el olvido. Para ella, es como si hubiera sido ayer, por lo que le parece absurdo que los obreros sigan aquí. Y, sin embargo, están aquí: cuando se acerca a la ventana, ve sus furgonetas aparcadas en el camino. Se dirige al otro lado de la casa, a la Celda de la Monja, para poder ver mejor el jardín, la piscina y los anexos.

La tumbona de Madison está ahora tapada por una sombrilla abierta. Entonces se fija en Nick, en el lado más lejano de la piscina, donde cae el barranco detrás de la balaustrada. Está de rodillas, inclinándose con rapidez sobre el agua para alcanzar algo: una abeja o una mariposa, quizá. Le ve sonreír y mover los labios, y se da cuenta de que Madison debe de seguir allí, a la sombra por una vez. La pequeña mochila, con el nombre de su antiguo gimnasio de Londres, está tirada en el suelo, y su camiseta gris tiene manchas de sudor. Seguramente acaba de regresar. El tiempo le parece extraño, elástico, como si hubiera saltado al futuro, pero ahora la devolvieran atrás por alguna razón importante.

Un ruidito, o tal vez una perturbación insonora en el aire, la hace girarse sobre los talones. Es Bastian. Está enmarcado en la puerta de la espartana habitación. Espartana salvo por el techo, pintado de azul Virgen María con estrellas doradas. La examina con sus ojos oscuros, la desvencijada silla de ratán del rincón, la cama individual, la sencilla cruz de madera sobre el cabecero, una reliquia de la que Laura no se ha deshecho por miedo a que le trajera mala suerte.

Finalmente, la mira a ella. Sus ojos la recorren de arriba abajo y vuelta a empezar, sin prisas. Ella se deja mirar, con el corazón desbocado. Él se da la vuelta para cerrar la puerta con suavidad, en silencio. Para ser un hombre tan grande (no demasiado alto, pero sí corpulento, con los hombros un poco musculados de más), también es bastante ágil. Todo lo hace con cuidado, pausadamente. Resulta imposible imaginarlo pisando un cable o tropezando. Un arrebato de histeria se abre paso en su interior al pensarlo, pero se obliga a respirar despacio hasta que se calma.

Se siente diferente a como se sentía entre los olivos y en la librería. Ahora hay una impresión palpable de finalidad. Cuando él se acerca, ella se prepara, se agarra al alféizar de la ventana y nota el mismo arqueamiento en la vieja madera que notó aquel primer día en el dormitorio principal, cuando acababan de llegar los americanos. Ella lo había visto mientras él contemplaba las vistas, con sus ojos negros

ocultos por las gafas de sol, y no había percibido nada. Pero ¿había algo inexplicable en ella que ya sabía que esto iba a suceder, incluso entonces? Tal vez.

Abre la boca para decir que no deberían, como hizo en el olivar. No es que lo piense en realidad (o, mejor dicho, lo piensa desde el punto de vista de la moral); es que sabe que no cambiará nada. La razón por la que está a punto de decirlo es porque está tan nerviosa que no puede quedarse callada por más tiempo. Sin embargo, antes de que pueda hacerlo, él le besa la boca y ella tiene que reprimir una sonrisa.

—Te he echado de menos —dice Bastian, susurrándole las palabras al oído, inflamando su cuerpo—. No he pensado en otra cosa en todo el día.

Piensa en lo que podría decir (y debería decir) sobre Nick y Madison, sobre la confianza y la traición, pero ahora la está tocando, roza su mejilla con los dedos, baja por su cuello hasta la clavícula, le recoge el pelo en la nuca y le da un tirón, no tan fuerte para que duela, no del todo, pero sí para que no tenga más remedio que mirarlo.

Cuando comienza a besarla de nuevo, intenta quedarse en su cuerpo y fuera de su cabeza, pero la sensación de extrañeza es tan abrumadora que no puede evitarlo. Todo es tan distinto a lo que ha conocido durante veinte años.

Nunca ha engañado a Nick. La boca de Bastian es más húmeda y cálida que la suya. Y su fuerza concentrada, que ahora la empuja dolorosamente contra el alféizar de la ventana, también es del todo diferente.

Aunque se dice que debe vivir el momento, entra y sale de sí misma y se ve a través de la ventana como lo haría alguien que mirase desde el jardín: la cabeza de Bastian inclinada hacia la suya, sus cabellos mezclados e indistinguibles a esa distancia, los brazos de ella a los lados, apoyados para mantenerse erguida, las palmas de las manos extendidas sobre el alféizar.

Irónicamente, es este pensamiento, la idea de que alguien podría estar observando (¿y quién sino Madison o Nick?), lo que la lleva a un lugar donde siente más que piensa. Modifica su posición con un ligero movimiento, pero la abre más a él. Bastian lo percibe en el acto y aparta las manos de su pelo para cogerla por las caderas. Su respiración cambia. Laura siente una palpitación en sus entrañas y todo lo demás se relaja. Él la levanta sobre el alféizar y ella lo rodea con sus piernas. Entonces, Bastian se detiene.

—¿Qué? —murmura ella, con la voz pastosa—. ¿Qué pasa?

Él se ha quedado quieto para escuchar, solo se mueve su pecho.

—Alguien ha vuelto a entrar.

Ahora lo oye. Tiene que ser Nick en la cocina: el portazo de un armario, el grifo abierto a tope. Está justo debajo, quizá a dos o tres metros de distancia de donde se entrelazan Bastian y ella, él duro como una piedra mientras que su marido, en la planta baja, se bebe un vaso de agua fría.

Día 7

—¿Quieres que vaya a por Lou? —Es la mañana siguiente y Nick está comiendo huevos revueltos de la sartén. Brillan, ligeramente poco hechos, y la arcada nerviosa que sube por la garganta de Laura le recuerda las náuseas matutinas.

—No, está bien —dice ella, tragando la saliva que tiene en la boca.

—Bueno, entonces deja que te acompañe. Nunca has conducido tanto aquí sola. Las carreteras que llevan al aeropuerto son complicadas.

—No pasa nada, Nick. No soy imbécil. Recuerda que he hecho ese viaje tantas veces como tú.

—Es diferente cuando vas de pasajero. —Deja la sartén caliente sobre la encimera de madera.

—No pongas eso ahí —replica ella—. Va a dejar marca.

—Vale. —La mete en el fregadero—. Solo intento ayudar. ¿Por qué estás de tan mal humor? No has parado de decir lo mucho que echas de menos a Lou desde que llegamos.

Se lleva los dedos a las sienes. La noche anterior, en la cama, habían vuelto a discutir sobre Angelo y, por culpa de Madison y Bastian, habían tenido que hacerlo a un volumen bajo y contenido, lo que solo la puso más furiosa. Había cogido el iPad para enseñarle a Nick lo poco que podían gastarse en arreglar Casa Giuseppe, sin darse cuenta de lo callado que se quedó cuando entendió lo que estaba haciendo.

—Como ya te dije, me parece muy buena idea ofrecer un apartamento independiente —dijo mientras marcaba el código de acceso a su cuenta bancaria por segunda vez—. Pero vamos a tener que esperar hasta el otoño, cuando tengamos más reservas. Joder, esta mierda es más segura que Fort Knox.

—Dámelo. —Intentó quitárselo, pero la expresión de su rostro le hizo devolvérselo.

Cuando el extracto salió por fin en la pantalla, los números parecían erróneos, como inclinados y palpitantes.

—Espera, espera —dijo ella, pulsando el botón de retroceso—. ¿Estoy en la cuenta equivocada? Nick…. —Había levantado la voz, aguda y tensa, y él la hizo callar, señalando la puerta cerrada y a sus huéspedes más allá.

—Mira, no pasa nada. Podemos hacerlo. He hecho las cuentas. Estamos a punto de recibir un montón de reservas para agosto y septiembre. La temporada turística es cada vez más larga. —Hablaba rápido—. Todo el mundo lo decía en la sala de chat en la que estuve el otro día. Son muchas las parejas sin hijos que vienen aquí después de las vacaciones. También los jubilados. Septiembre es tan importante como agosto.

—Nick, ¿dónde está el maldito dinero? Todavía no han hecho ningún trabajo. ¿Qué está pasando?

—Mira, hay regulaciones sísmicas, cosas que tienen que hacer antes de que empiecen las obras de verdad. Y también está la piscina.

—¿Qué dices de la piscina? ¿Te refieres al pozo? He dicho que no quiero un puto pozo.

—Habla bien. Y baja la voz. —Se pasó las manos por el pelo. La piel de su cuello se estaba volviendo de un rojo amoratado.

Laura tiró el iPad a la cama, golpeando la madera del borde con un ruido seco.

—Dímelo, Nick. También es mi dinero. En realidad, es más mi dinero que el tuyo.

—¿Qué significa eso?

—Nada.

—Quieres decir que tus padres nos dieron mucho más que los míos. Que lo que podían permitirse los míos. Siento no ser tan privilegiado como tú.

—Anda, vete a la mierda, Nick. Cualquiera diría que tu familia ha trabajado en las minas. La cuestión es que deberías habérmelo consultado. Y lo sabes. Ahora dime lo que querías decir.

Él inhaló y exhaló por la nariz en un intento de calmarse, y ella tuvo que luchar para no poner los ojos en blanco, o algo peor.

—Me refería a la piscina —respondió finalmente—. También hicieron un buen trabajo.

—Pero no lo entiendo. Los hombres que terminaron la piscina eran los de Massimo, ¿no?

El rubor subió por las mejillas de Nick, como una erupción tras el afeitado.

—Trabajan para Angelo.

Ella negó con la cabeza, tratando de entender, y luego recordó al obrero que había creído reconocer, el que se rio por lo del mecánico.

—¿Cuándo conociste a Angelo?

Nick tragó saliva.

—Hace tiempo. En Castelfranco, justo antes de mudarnos. ¿Recuerdas cuando fui a ver a los Spurs en aquel partido de la UEFA y tú no quisiste venir? Te quedaste leyendo en casa de Nonna.

—¿Hace tiempo? ¿Por qué no me lo dijiste?

—No pensé que te interesara tanto. Además, ¿qué importa si fue Massimo o él? Necesitábamos a alguien que hiciera la piscina y Massimo estaba enfermo.

—Me dijiste que era su mujer la que estaba enferma.

Nick movió los ojos de un lado a otro.

—A eso me refería —dijo, tras una larga pausa.

—¿Por qué no me dijiste que conocías a Angelo después de que nos coláramos en la fiesta de Ivan? Esto es muy raro, Nick. Aquí hay algo que no encaja.

Él no respondió. Un insecto enorme zumbó en la ventana, con un cuerpo gordo y peludo y las alas borrosas. Golpeó fuertemente el cristal dos veces antes de desviarse.

—Está bien —dijo Nick al cabo de un rato—. Lo tengo controlado.

Esta mañana está demasiado nerviosa para reanudar la discusión. Ha dormido mal, como era de esperar, y se ha pasado la noche mirando al vacío oscuro de la habitación y transitando una serie de pesadillas sobre la posibilidad de tener que vender la villa, o de que esta se derrumbe sobre sus cabezas. La rabia aún hierve a fuego lento en su interior, pero la mayor parte de ella no quiere saber nada más, hoy no. Tampoco podría soportarlo junto con la llegada de Lou. Le gustaría poder volver a Urbino con Bastian, revivir ese día, por lo menos hasta que se estropeó.

—No estoy de humor —le dice ahora a Nick—. No se trata de eso. —No puede seguir mirándolo—. Es solo que… Mira, tengo que irme o llegaré tarde.

Él se queda callado, luego se acerca a ella y le besa la frente. Lo hace con demasiada brusquedad, su propia frustración y su sentimiento de culpa se abren paso a través del intento de afecto, y su fuerza la hace retroceder.

—Ten cuidado, ¿vale? He arreglado el espejo retrovisor para que se pueda usar, pero ya no se puede ajustar desde dentro.

Ella asiente con la cabeza y esboza una sonrisa tensa.

—Gracias. Nos vemos dentro de unas horas. Asegúrate de preparar bebidas frías para los americanos sobre las once.

Todo mejora una vez que se pone en marcha. En Londres, donde no se habían molestado en tener un coche, se había olvidado de lo mucho que le gustaba conducir, de lo capaz y adulta que la hacía sentir. Abre la ventanilla quince centímetros y el aire es cálido, incluso a alta velocidad. Huele a tierra caliente, a salvia y a ozono del Adriático, que se pierde de vista hacia el este.

Al pasar por un pueblo de camino a la *autostrada,* se detiene por capricho en una panadería y compra dos *cornetti.* A Lou le encantan los pasteles. Al morder el suyo mientras acelera, se da cuenta de que, por debajo de las leves náuseas nerviosas que siente desde hace un par de días, en realidad está hambrienta. El azúcar la recompone casi al instante. «Solo es Lou —se dice a sí misma—. Siempre estará de tu lado, pase lo que pase».

Atraviesa la maraña de carreteras cercanas al aeropuerto sin incidentes. De hecho, ha hecho todo el viaje con el piloto automático y siempre conduce mejor cuando no piensa en ello. Ni siquiera ha necesitado mirar bien las señales de tráfico, sino que se ha limitado a estar atenta a ese símbolo que todo el mundo entiende, como un pájaro que despega desde un ángulo imposible.

En el aparcamiento, vuelve a ponerse nerviosa y no sabe qué parte se debe a la anticipación por ver a Lou («¿Qué dirá? ¿Qué le dirá ella?») y qué parte a la peculiar mezcla de miedo y emoción que siempre le producen los aeropuertos. Aparca y mira su teléfono.

> Acabo de aterrizar. Creo que nos hemos llevado un trozo de pista. Te habrías cagado en todo. El viejito que estaba a mi lado se sacó un rosario y todo el mundo aplaudió cuando nos paramos. ESTOY DESEANDO VERTE. BS.

Hay una luz deslumbrante y eco en la zona de llegadas. Todo es brillante: el acero frío, las láminas de cristal y los azulejos resbaladizos. Parece futurista después de Luna Rossa, como si fuera otro planeta. Lou es la primera en cruzar las puertas, tirando de una pequeña maleta con ruedas con una mano y saludando como una loca con la otra. Cuando se abrazan, huele como siempre, a champú de manzana y a chicle de menta.

—Definitivamente estás más delgada —dice, retirándose para inspeccionar a Laura—. Y antes no lo estabas. En abril, te pusiste un poco… —Infla las mejillas y Laura se ríe.

—Me juraste que no estaba hinchada. Te pregunté expresamente si me estaba saliendo papada y me aseguraste que no.

—Obviamente. ¿Qué iba a decir, que te estabas poniendo un poco gordita? ¿Qué clase de alma miserable no lo haría, viviendo en Italia? Pero ahora estás más delgada que cuando te fuiste. Más delgada de lo que has estado en años. ¿Qué pasa, Chapman? Algo pasa, lo sé.

Laura coge el asa de la maletita.

—Vamos, solo he pagado veinte minutos de aparcamiento.

—Venga, vale —dice Lou mientras la sigue—. Al final te lo sacaré. Sabes que eres incapaz de ocultarme nada.

Lou se acaba el *cornetto* antes de que Laura saque el coche de la plaza.

—Para ser justos —añade, lamiéndose el dedo para recoger los restos—, en parte se deberá al exceso de hormonas que están saliendo de tu cuerpo.

—Ah, pero no olvides que el doctor Cavendish dijo que los medicamentos de la FIV solo tardaban dos semanas en expulsarse —responde Laura.

—El maldito doctor Cavendish. Siempre me ha parecido un imbécil. Como si ponerte en un estado de falsa menopausia y volver a ponerlo todo en marcha con tanta fuerza que casi te explotan los ovarios pudiera solucionarse en quince días. Oye, no me estaba burlando de que perdieras peso. Estás increíble. —Aprieta la mano de Laura sobre la palanca de cambios.

—La verdad es que me encuentro bien. Hacía años que no me sentía así. Es como si volviera a ser la de antes.

—Me alegro. Sabes que odio que estés tan lejos, pero si esto es lo que necesitas, entonces me alegro. Aunque ahora ya puedes volver a casa.

Laura se ríe.

—¿Por qué no te instalas tú aquí?

—Sí, a Nick le encantaría. De todos modos, sabes que no podría abandonar Inglaterra, ni siquiera por ti. Me gusta la lluvia. Me gusta quejarme de la lluvia.

Siguen conduciendo. Cuando llegan a las carreteras locales más estrechas, Lou baja la ventanilla, quedándose inusualmente callada mientras la brisa la acaricia. Para distraerse de los nervios, que habían desaparecido con el parloteo de su amiga, pero que ahora vuelven a surgir por sus fueros, Laura intenta ver el paisaje que la rodea como lo verá Lou, como lo veía ella misma hace apenas seis meses: pura belleza pictórica. Pero no puede. Su mente ya está en la villa, los demás se dan cuenta de que han regresado y se ponen de pie para recibir a la recién llegada.

En realidad, nadie se da cuenta. Al parecer, ninguno oye el coche llegar, ni la puerta de entrada cerrarse tras ellas, gracias a una de las repentinas ráfagas de viento que de vez en cuando se cuelan en el valle para sorprender. Tampoco oyen a Lou exclamar en voz alta por todo: desde las grandes dimensiones del salón hasta el tono verde menta del grifo de cobre del fregadero.

Se había imaginado a Nick saliendo de la cocina para saludar a Lou, limpiándose las manos en un paño mientras esbozaba su sonrisa, porque aunque pensar en ella lo ponía de los nervios, siempre lo desarmaba en la vida real. Pero no está por ninguna parte.

Es Madison quien las encuentra primero, apareciendo de repente desde el jardín, con un vaso vacío en la mano. Al verse, Lou y ella exclaman de una manera exagerada y femenina que a Laura le habría

hecho gracia en circunstancias normales.

—Tú debes de ser Lou —dice Madison—. Dios mío, he oído hablar mucho de ti.

—Espero que todo fuera malo.

—Desde luego.

Se sonríen la una a la otra y, aunque parecen perfectamente amigables, Laura cree detectar una pizca de discordia. Pero quizá la esté buscando.

—Ella es Madison, nuestra encantadora huésped.

—Y ahora también una amiga, recuerda. —Madison sujeta las manos de Laura, de esa manera tan táctil que tiene, apretándolas entre las suyas.

—Ah, sí, claro. —Es consciente de que está actuando de forma extraña, de que debe decir algo más. Mira a Lou—. Hemos tenido mucha suerte con Madison y su pareja. No parece que estemos trabajando.

—¿Y dónde está tu maridito, Madison? —pregunta Lou. Laura podría darle una patada por usar la palabra de la que se habían burlado. Entonces recuerda que Lou siempre ha hecho eso: un instinto de propiedad totalmente innecesario que la vuelve hostil con cualquier amiga nueva de Laura.

Madison no parece notar nada raro.

—Está arriba trabajando. —Pone ojos de asombro—. Los Ángeles no puede funcionar en su ausencia.

Lou se queda mirándola, luego se da cuenta de que es una broma y se echa a reír. El ambiente se distiende.

—¿Por qué no nos tomamos una copa? Es más de mediodía, ¿no? Quiero decir, solo son las once en casa, pero he estado despierta desde Dios sabe cuándo, así que creo que me lo merezco.

Madison señala la nevera.

—Hay prosecco rosa. Lo compré ayer porque parecía delicioso. Vamos a abrirlo.

—Pero ¿no quieres guardarlo para algo especial? —Laura se siente como si estuviera en una bruma, como si ya estuviera borracha.

—Gracias, Chapman —dice Lou—. Yo también te quiero. —Ella y Madison se ríen.

Como Laura se queda clavada en el sitio, Madison abre el armario y saca tres copas. Lou va a la nevera, se come un par de aceitunas de un cuenco que hay dentro y saca el prosecco.

—Esto es lo que soñaba cuando estaba en la línea de Piccadilly. —Levanta la botella de color rosa salmón con reverencia.

Laura intenta sonreír, pero ha oído una puerta cerrarse en el piso de arriba. Su mente da vueltas, preguntándose si Bastian querrá silencio para hacer su llamada o si va a bajar para reunirse con ellas.

Un ruido blando ruge en sus oídos.

—Oh, ahí viene Bast —señala Madison. Vuelve al armario—. Supongo que tendremos que darle un poco a él también, maldita sea.

Cuando entra en la cocina, Laura observa a Lou mientras se da la vuelta, con una sonrisa educada y expectante ya pintada en el rostro. Después ve en cámara lenta el instante en que la sonrisa se congela y desaparece. Hay una pausa, que parece interminable, hasta que Bastian se adelanta extendiendo la mano.

—Hola, Lou. Me alegro de verte. Bienvenida al paraíso.

—Cariño, vamos a abrir el prosecco rosa —anuncia Madison, encaminándose al jardín—. Chicas, salgamos al sol. Tengo los vasos. ¿Vamos a buscar a Nick?

Y entonces se va, dejándolos a los tres solos.

—Dios mío —dice Lou. Mira primero a Bastian, luego a Laura y viceversa—. Sebastian Gallo. No te he visto desde… ¿1999?

Él la mira pensativo.

—Más o menos, supongo. Estás muy bien. Igual que entonces. —Sonríe con languidez y sigue a Madison, rozando deliberadamente el brazo de Laura con los dedos al pasar a su lado.

En cuanto se marcha, Lou se acerca a ella. Laura ve que no está enfadada, sino pasmada, con cara de susto.

—¿Qué coño pasa, Laura? No me extraña que no dijeras nada. ¿Por qué no me lo contaste? Déjalo, en realidad, ya sé la respuesta.

Es en ese momento cuando Nick decide aparecer, y la forma en que Lou va hacia él para abrazarle (sonriendo de nuevo, y exclamando a gran volumen lo increíble que es todo), le dice a Laura lo que ya sabía en el fondo: que Lou no la traicionará, nunca la traicionará. Eso debería hacerla sentir mejor, pero no lo hace.

La sensación de estar al borde del abismo no hace sino acrecentarse. Evita quedarse a solas con Lou todo el tiempo que puede. Y, en verdad, no está segura de que Lou no la esté evitando también. Desde luego, apenas la mira durante el almuerzo bajo la pérgola, que Nick ha preparado sin que Laura se lo pida. Bastian y Madison han salido, así que están los tres solos.

Laura estaba demasiado distraída para pensar en la primera comida de Lou con ellos, pero Nick se ha tomado bastantes molestias, desapareciendo en algún momento indeterminado para comprar media docena de variedades del tipo de queso rezumante que le encanta a Lou. A pesar de la niebla ardiente y tenebrosa que la rodea, Laura se emociona, le susurra «Gracias» en la oreja y le besa la suave piel blanca justo detrás. Él resplandece de triunfo, y la culpa hace que ella se encoja por dentro. Al enderezarse, sus ojos se cruzan por fin

con los de Lou. Por primera vez desde que recuerda, su mejor amiga desvía la mirada.

—Creo que ya es hora de que me enseñéis esto —dice Lou cuando terminan de comer. Todos se han demorado durante el almuerzo, presumiblemente por distintas razones. Laura incluso había sugerido tomar algún digestivo, aunque no le apetecía: Nick improvisa un generoso trago de amaretto sobre hielo picado.

—Muy bien —responde, poniéndose de pie—. Todavía no has subido a tu habitación.

No hablan durante el trayecto, y ese silencio es tan poco habitual en ellas que el suave velo del alcohol se desvanece.

Lleva a Lou a su segunda mejor habitación, la única con un balcón orientado al oeste. Al atardecer, la puesta de sol hace que la luz sea de un sorprendente color rosa, por lo que Laura la ha dejado sin adornos para aprovecharla al máximo, todo de blanco puro, desde las paredes hasta la ropa de cama, pasando por las largas cortinas de gasa que rozan las tablas del suelo desnudo cuando corre la brisa.

—Es precioso —dice Lou—. Gracias. —Su voz es rígida, formal.

Laura piensa en inventar una excusa para volver a bajar, pero no puede soportarlo.

—Lou… —comienza, y rompe a llorar.

Hay una pequeña vacilación, y luego Lou la abraza. Cuando las lágrimas empiezan a remitir, se deja llevar hasta la cama. Se sientan, una al lado de la otra, frente a las puertas del balcón. Delante de ellas hay una grieta en la pared que Laura está segura de que no estaba antes, de quince centímetros de altura y apuntando al techo como un rayo.

—Entonces ¿lo teníais planeado? —pregunta Lou—. Los dos juntos, quiero decir. ¿Cuánto tiempo lleváis en contacto?

—Yo no lo sabía —contesta apurada—. Te juro que no lo sabía. Cuando llegaron y vi que era él, estuve a punto de desmayarme.

Puede sentir el alivio que emana de Lou como una cálida ola.

—Ay, nena, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Entonces te ha seguido la pista y se ha presentado aquí sin más? Da mucho miedo. Tienes que echarlo. ¿Por qué has…?

—No, espera. Ya estaba en contacto con él. No sabía que iba a venir, pero estábamos hablando.

A su lado, Lou parece marchitarse.

—Empezamos en mayo. Al principio fue solo amistoso. Ya sabes, cómo te va la vida, qué haces estos días, ese tipo de cosas. —Se detiene. Lou es la única persona a la que puede confesárselo. Es su única oportunidad de ser sincera, y de repente le parece crucial que lo sea. Pero en el fondo sabe que no está confesando solo para apaciguar la culpabilidad que siente por Nick. También le gusta la idea de que

aún tiene la capacidad de vivir peligrosamente, de escandalizar.

—En realidad, supongo que estuvimos coqueteando desde el principio. Fui yo la que contactó primero con él. Lo hice una noche que bajé a la salita mientras Nick ya estaba durmiendo.

—Pero ¿por qué?

Laura intenta hallar una respuesta verdadera.

—Por muchas razones, creo. Estaba enfadada. Estaba aburrida. Echaba de menos mi antiguo yo. Ya nada me parecía suficiente. Y, además, Italia… Bueno, Italia no fue la solución después de todo.

—Así que pensaste en apretar el botón de autodestrucción.

—Tal vez.

—Te dije que mudarte a Italia no iba a resolverlo todo por arte de magia.

—Sí, bueno, pensaba que lo decías porque no querías que me fuera.

—Pues sí, pero también era cierto. Y ya lo sabías. Siempre has sido la más inteligente de los dos a la hora de analizar las situaciones.

—Demasiado análisis.

—Ja, sí.

Lou enlaza su brazo con el de Laura y se quedan en silencio durante un rato. Un rayo de sol oblongo se desplaza poco a poco sobre sus piernas. Le recuerda a cuando se sentó con Madison en la piscina de Ivan. Pero esto es mucho más fácil, a pesar de lo difícil de la conversación. Estar con Lou es, en muchos sentidos, todos buenos, como estar consigo misma.

—¿Me odias? —Ya sabe la respuesta, pero quiere oírla.

—No, jamás podría odiarte. Pero creo que estás haciendo el canelo. Recuerdo cómo te quedaste cuando se fue a Estados Unidos. ¿Quién tuvo que terminar tu tesis por ti porque no podías levantarte de la cama?

—Lo sé, lo sé. Me salvaste la vida.

—Bueno, el título tal vez. ¿Te has acostado con él?

—No. Lo juro.

Lou exhala.

—Bueno, algo es algo. ¿Cuándo se van?

—Dentro de dos semanas.

—Joder. Vuelve a Londres conmigo el lunes.

—Sabes que no puedo. ¿Qué le digo a Nick? Además…

—Además, quieres quedarte. Con él. Lo habrás besado, supongo.

Laura decide no contestar.

—¿Es que no te acuerdas? —dice Lou—. ¿No recuerdas cómo te hizo sentir, todo lo que te hizo?

—Ahora es diferente —replica ella—. Mira, no he hecho nada irreparable. Solo fue un beso. Ahora que me he sacado la espinita, no

voy a hacer nada más. —En ese momento, casi se cree a sí misma—. Pero es que sentía que lo necesitaba… Como si me lo mereciera.

Lou se vuelve hacia ella, con el pelo castaño iluminado por el sol.

—Nadie se merece a ese tío.

SEGUNDA PARTE

Día 8

Se despierta exactamente a las dos de la madrugada. La pantalla de su teléfono alumbra tanto que tiene que cerrar los ojos. Ha estado soñando con él, con Bastian, y es lo mismo que solía soñar en la universidad después de que se volviera a Estados Unidos: una fiesta en una casa desordenada; una búsqueda interminable e inútil; la constatación de que él sabe que ella lo estará buscando y no le importa. No es una auténtica pesadilla, pero sí lo bastante sombría para entristecerla.

LinkedIn no tardó en volverse poco manejable cuando empezaron a mensajearse; pronto se pasaron a WhatsApp. Aunque resultaba más fácil hacerlo desde el teléfono, lo lamentó. Había algo más formal, más reverente, en los correos electrónicos. Eran conversaciones más largas y reflexivas, más parecidas a las cartas de amor. En comparación, el WhatsApp le parecía cutre. Y no era solo eso. La inmediatez de los mensajes cortos significaba que siempre estaba esperando otro. Comprobaba su teléfono constantemente, incluso cuando sabía que era plena noche en Los Ángeles. «¿Qué te pasa últimamente con el teléfono? —le dijo Nick en más de una ocasión—. ¿Lou está teniendo otra crisis?».

El hecho de que solo sospechara que estaba hablando con su mejor amiga le ayudó a mitigar el sentimiento de culpabilidad (entre otras cosas porque una parte horrible de ella quería rebelarse contra la confianza implícita que le tenía), pero la ansiedad estaba empezando a desestabilizarla. En lugar de esperar un único y delicioso correo electrónico, se sentía menospreciada cuando no había un nuevo mensaje. Debido a la diferencia horaria, ni siquiera conseguía descansar por la noche. Lo comprobaba cada dos horas, dejando el teléfono aposta en el suelo para que la luz no despertara a Nick. Empezó a odiar la función que le indicaba cuándo había entrado él por última vez, mandándole mensajes a alguien que evidentemente no era ella.

Un día, a finales de mayo, se dio cuenta de que todo aquello la

ponía enferma. Fuera, el jardín estaba lleno de vida. Nick se había acostumbrado a salir con su café matutino y a colocar una silla en el borde del olivar, donde consideraba que la vista era más espectacular. Se sentaba allí durante media hora todas las mañanas para contemplar el paisaje. Nunca se llevaba el teléfono. Cuando Laura comprendió que sería incapaz de imitarlo (que se sentiría inquieta y distraída sin poder consultar el suyo, aunque fuera unos minutos), supo que tenía que dejar de hacerlo.

«Volvamos a los correos electrónicos —le dijo por mensaje—. Uno cada día, y así hablamos como es debido, con párrafos y procesos de pensamiento completos». Él no contestó durante lo que le pareció mucho tiempo. Ella vivió el resto del día en una espiral de ansiedad y arrepentimiento por haberle ofendido de alguna manera y por no volver a saber de él. Al final cedió y le envió otro mensaje, pues la posibilidad de que él acabara con la tortura con una respuesta le resultaba irresistible. Pero tampoco lo hizo, aunque sabía que él lo había leído. «Las dos marcas azules de la fatalidad», las había llamado Lou una vez, y ella se había reído, sin entenderlo realmente. Entonces lo había pillado. Cuando se fue a la cama, todo su cuerpo estaba agotado por la absurda y terrible pena que le producía.

Sin embargo, él le escribió esa noche: un largo correo electrónico, que devoró en la oscuridad de la salita, mientras el amanecer rosa y limón pasaba desapercibido tras las persianas cerradas. Había recibido la notificación en su teléfono, pero esperó a bajar al ordenador portátil para leerlo, y siguió esta pauta hasta que Bastian (todavía no logra creérselo) llegó en persona a Luna Rossa, y ella estuvo a punto de desmayarse de la sorpresa.

Ahora, completamente despierta en plena madrugada, se atiene a su propia regla hasta que la vence el impulso de mirar el correo, levantándose en silencio y bajando las escaleras de puntillas. No cree que Nick haya notado su ausencia en la cama.

Esta noche vuelve a sentarse en la salita con el portátil, pero sigue sujeto a la pared por el cable, que se cae con el movimiento. Una luz verde parpadea en el vacío tras el enchufe suelto y la cal ensucia las baldosas del suelo. Se pregunta si no habrá dejado toda la casa a oscuras, pero eso (la solidez de la villa en general) le importa mucho menos que él. Cuando abre el portátil, los cortocircuitos se retiran ya de su mente.

Se ha convertido en un documento muy grande, con miles de palabras cuidadosamente copiadas y pegadas, como si necesitara una prueba de que no se ha inventado todo el asunto. Él le ha enviado un correo breve hoy, del que no sabe qué pensar, pero que añadirá a la colección de todos modos. «Así que ahora nos toca escondernos también de Lou».

Buscando reafirmación, orden o algo, decide leer la conversación desde el principio.

> Ahora vivo en Italia, en la región de Las Marcas. Nadie ha oído hablar de ella, pero está al noreste de la Toscana. También se parece a la Toscana, aunque con colinas más altas y terremotos más fuertes. Compramos una villa con un precioso nombre: Luna Rossa. Luna Roja. Tiene las vistas más increíbles del valle. Y en realidad no es solo una villa: hay mucho terreno, con olivos, avellanos y tilos, y una colección de otros edificios con los que aún no sabemos qué hacer. En cierto modo, es más bien un pueblecito. Puedo ir a dar un paseo sin salir de mis tierras. Y después de Londres, donde todo el mundo vive apelotonado, resulta muy extraño. Allí, incluso las casas que valen millones tienen jardines en miniatura y ningún lugar para aparcar el coche. Aquí, me paseo y hay tanto espacio, tantas habitaciones vacías, y todas me pertenecen.

Recuerda vívidamente haber escrito eso. Cuántas vueltas le había dado a ese plural, «compramos». «Obviamente estoy casada», quería decir; un pequeño empujón para inspirarle arrepentimiento. «Otra persona quiso estar conmigo para siempre». Y luego el uso deliberado del singular en otro lugar, regresando a la ilusión de que no había barreras. Una señal clara de que seguía siendo ella misma, en lugar de transformarse en la mitad de una entidad inexpugnable.

En todos los mensajes, desde el primero, había sido consciente de caminar por la cuerda floja sobre una terrible caída. Por un lado, la descripción de una vida envidiable. Aquí estoy, una mujer de éxito. Tengo una relación adulta y comprometida. Me adora un hombre con el que me he comprado un trozo de Italia. Y por otro lado: nunca te he olvidado. Vuelve conmigo.

Va avanzando por los mensajes, alejándose de los iniciales, más tímidos, en los que se turnaban para presentar sus biografías. «Esta es mi vida, ¿y la tuya?». Ahora ve que los de él son más cortos, más vagos. Los utiliza para atraerla. Como Lou está en la villa, no puede evitar leerlos como lo haría su amiga, si se lo permitiera.

Con el espectro de Lou detrás del hombro, descubre algo nuevo e incómodo en el tono. Lee sus propias palabras, entregadas, abiertas y sinceras, como siempre. Y luego las de Bastian: opacas, casi crípticas. Parecerían desinteresadas si no fuera por todas las preguntas que le hacía. Preguntas que alargaron la conversación hasta que llegó él.

Desde que Laura entró en el jardín con una botella de Aperol Spritz en la mano y lo vio sentado, cuando el tiempo se detuvo como una vieja cinta de VHS en pausa, apenas ha habido comunicación alguna. Y a pesar de que existe una explicación razonable (¿por qué iban a escribirse cuando están bajo el mismo techo?), sabe que significa algo importante. La inquieta de un modo indefinible.

Vuelve a repasar los primeros correos, esperando haber sido demasiado crítica, leyendo las palabras a través del prisma de sus propios pensamientos. Pero es cierto. Ella no había mentido, no exactamente. No es tan descarada. Sin embargo, ha exagerado en cientos de pequeños detalles que se suman a algo que no es del todo cierto. Inmersa en sus escritos, Luna Rossa se crece, más amplia y grandiosa de lo que podría ser nunca. Su parcela de tierra (en muchos lugares escarpada y con matorrales, prácticamente inutilizable) se expande hasta el horizonte, verde, aterciopelada y abundante. «Es más bien un pueblecito». El dinero que ganaron con la venta de Londres también es abundante. Hay indicios de que, en lugar de haber sido devorado por la villa, todavía queda mucho por gastar.

Casi se jacta en los correos electrónicos, y reconocerlo ahora la hace encogerse. No solo por haberlo hecho en su momento, sino porque Bastian está aquí, y tiene que ver la disparidad.

También hay otra cosa. Cuando no está hablando de la villa, está recordando su época universitaria. Siempre ha elevado el pasado a algo que sabe que no fue, aunque al mismo tiempo cree que sí lo fue: una especie de doble pensamiento en el que sabe que llevar gafas de color rosa no impide que todo parezca de color de rosa. Sus diarios han sido sus cómplices para suavizar y pulir ese tiempo. Incluso ahora, obligándose a recordar las partes malas, se ve a sí misma bellamente perlada de lágrimas y con las mejillas hundidas: la desdicha acolchada en una caja forrada de seda. La cruda depresión gris que Lou sin duda recuerda, cuando no se molestaba en lavarse el pelo ni en vestirse, no aparece por ningún lado. Avergonzada, cierra el documento.

No sabe por qué hace lo que hace a continuación; sus dedos en el teclado parecen moverse independientemente de su cerebro. Hace semanas que no consulta el Instagram de Madison. No se le había ocurrido. Ahora, mientras la página se carga con una lentitud angustiosa, siente vértigo. En la esquina de la habitación, algo se mueve a nivel del suelo, más negro que las sombras. Piensa que podría ser un escorpión o una araña, pero entonces aparece el perfil de Madison y sus ojos se clavan en ella, olvidando lo que sea que la acecha.

Hay siete recuadros nuevos; siete publicaciones sobre Italia. Se da cuenta de un vistazo: los colores son diferentes a los de California, envejecidos y suavizados. Ocre, ámbar y oliva. Hace clic en cada una de ellas. Como antes, Bastian no aparece en ninguna. Pero también, como antes, es indudablemente él quien está detrás de la cámara, lo que la perturba hasta tal punto que no puede creer que no lo haya hecho hasta ahora.

Ahí está Madison tumbada en las piedras junto a la piscina («Mi piscina», piensa Laura, con el corazón estremecido). Lleva un bikini

plateado que no recuerda haber visto y un chal transparente que se ha atado con gracia a la cintura. Sus piernas son increíblemente largas y delgadas, su caja torácica se yergue elevando sus pechos. Su espalda está tan arqueada que el agua azul de la piscina es visible a través del hueco. Ha girado la cara hacia la cámara y su media sonrisa de ensueño es tan íntima, tan obviamente para él, a pesar de que la va a publicar, que Laura siente náuseas. Nunca ha visto a Madison así: borrosa y sin duda postcoital. «Recién follada».

Hace clic en la siguiente foto. Urbino. Madison sentada en la mesa del restaurante donde habían disfrutado de aquel largo y feliz almuerzo, todos tan agradables sin esfuerzo alguno, la tensión sexual entre ella y Bastian casi tangible pero aún inconclusa; inocente en comparación. Recuerda esa foto porque la tomó Nick y Madison le pidió que se la pasara después. Él se la había mandado por AirDrop al instante en aquella ciudad medieval y todos habían comentado lo increíble que era que pudieran hacerse esas cosas, y luego se rieron porque les hacía parecer unos vejestorios. Recuerda que ella había salido en la foto, a Nick diciéndoles que se acercaran. Su propio teléfono aparece en la imagen, donde lo tenía junto a su copa de vino. Pero ha desaparecido, recortada para que solo salga Madison.

Quiere dejar de mirar, cerrar la pantalla y olvidarse de ello, apartar de su mente esa imagen de Bastian como pareja oficial establecida… de otra persona. Le provoca unos celos tan repentinos y corrosivos que le dan ganas de levantar el portátil por encima de la cabeza y tirarlo al suelo con fuerza. Pero hay otra foto en la publicación de Urbino, y ya está haciendo clic en ella. Esta vez es un selfi: Madison caminando, con el teléfono inclinado hacia arriba y en diagonal, como lo hace ahora la gente instintivamente, quizá porque así se realzan los pómulos y se afina la barbilla.

Los adoquines de Urbino quedan a su espalda, así como pequeños grupos de turistas pillados a mitad de frase, o mirando los escaparates sin saber que han sido retratados de forma poco halagadora, y que así saldrán en Internet para siempre. A un lado, en primer plano, hay un centímetro de azul nebuloso: será el hombro de la camiseta de Nick.

Su cerebro hace la conexión. Es la calle en la que estaba la librería y la tienda de artículos de cuero, aunque no hay rastro del bolso rosa brillante de Madison sobre su brazo. Todavía no lo ha comprado.

Entonces se ve. A ella y a Bastian en el extremo más alejado del plano, borrosos pero fácilmente identificables si se sabe a quién buscar. Ya están retrocediendo, dejando que los adelanten. Se han vuelto el uno hacia el otro, y recuerda ese momento con precisión. Fue cuando él señaló la librería con la cabeza y dijo: «¿Quieres entrar?». Ahora observa que, aunque pixelados, están demasiado cerca el uno del otro. Él la está mirando y ella inclina la cara hacia él; parece que

están a punto de besarse. Se imagina a Madison deslizando los dedos para ampliarlo.

Entonces cierra el portátil. No necesita analizar las otras publicaciones con bisturí. Lo entiende con una sola mirada: largos dedos alrededor de una copa de prosecco rosa salmón; una foto artística de líneas nítidas de la piscina negra de Ivan; una puesta de sol resplandeciente reflejada en unas gafas de sol de espejo.

La sensación de vértigo ha regresado, los pensamientos de Laura dan vueltas en el aire vacío y sin luz. Madison se ha desprendido de otra capa de sí misma. Tiene la capacidad de ser despiadada, de hacer un gesto y destrozarle la vida a Laura. Con esas imágenes apropiadas de su piscina, de sus vistas, del vino enfriado en su nevera, parece que ya lo ha hecho. Se dice a sí misma que está siendo paranoica, que lo verá de otra manera por la mañana, pero con poca convicción. Le suena hueco, ingenuo, como si le hablara una amiga bienintencionada que no entendiera nada.

Laura y Nick están en la cocina, discutiendo en voz baja. Fuera, la tarde vibra con el calor y las cigarras. Una fila de hormigas pasa por delante de sus pies descalzos, pequeños centuriones que portan migas de chapata.

—¿Por qué, Nick? —le pregunta ella—. ¿Por qué coño has invitado a Angelo esta noche, sabiendo lo que pienso de todo eso? No me lo puedo creer. Ya lo habíamos hablado.

—Básicamente se autoinvitó.

—No puede haberse invitado a algo que no sabía que iba a ocurrir, así que algo le habrás dicho. ¿Por qué le cuentas al de la obra que vamos a organizar una cena? ¿Estabas fardando o qué? «Oh, ¡qué sofisticados somos aquí en Luna Rossa!».

Nick tuerce la boca.

—No seas absurda. Él ya lo sabía. Ha tenido que decírselo Ivan. Te juro que se invitó a sí mismo.

Laura suspira, la rabia se desvanece de pronto y el cansancio ocupa su lugar.

—¿Tenemos comida suficiente para uno más?

Nick se concentra en la tabla donde está cortando dientes de ajo con mucho cuidado.

—Dos, en realidad. Angelo va a traer a su novia.

—Maravilloso. ¿También vienen Tommaso y el resto de sus hombres?

—Traeré más comida. Habrá suficiente. —Se detiene y parece decidirse—. De todos modos, soy yo el que lo hace todo. ¿Qué más te da si somos seis u ocho?

Laura abre la boca para decir que hay una gran diferencia; que no quiere ser amiga de la persona a la que le deben dinero, a la que ya le han dado dinero, que la asusta a un nivel molecular, que se hará cargo y alterará por completo la dinámica, que deberían haber sido solo ellos, los americanos, Lou y el extrañamente tranquilizador Ivan. Pero entonces entra Lou y decide callarse.

—¿Todo bien? —Lou mira a uno y a otro.

—Laura está cabreada porque viene Angelo, pero ya le he dicho que me encargaré de la comida.

—¿El constructor asqueroso? No me sorprende. ¿Quién le ha invitado?

—Parece que se ha invitado a sí mismo —replica Laura.

Nick se le echa encima con una ferocidad que las paraliza a las dos.

—Se invitó a sí mismo. ¿Cuántas putas veces voy a tener que repetirlo?

—Nick… —Hay una nota de advertencia en la voz de Lou.

—Esto no es de tu incumbencia, Lou —le dice él—. Por favor, no te metas.

—Está bien. —Ella vuelve a salir al jardín.

—No le hables así. Es mi mejor amiga.

Nick arroja un plato sucio en el fregadero, donde se rompe en dos.

—Dios, Nick. —Laura corre hacia allí y levanta los pedazos—. Estás siendo un capullo. Lo compré en Florencia.

—¿Qué tal si me dejas seguir? —Está enfadado como no lo había visto en años, sonrojado e inexpresivo, con la voz peligrosamente baja —. ¿Por qué no vas a buscar a Bastian y ves si quiere algo?

—¿Qué quieres decir con eso? —Sabe que debería marcharse, pero algo parecido a la excitación la recorre con ímpetu.

—¿Crees que estoy ciego? —Se vuelve hacia ella con el pequeño cuchillo en la mano derecha. Unas pálidas virutas de ajo se adhieren a la hoja—. ¿Crees que no me he dado cuenta de cómo lo miras? Me siento ahí y te veo comer la comida que he preparado mientras lo miras de reojo.

—Ah, claro, porque soy solo yo. Él no hace nada.

—Eso es lo único que te preocupa ahora. Si le gustas también.

—Pues me mira. —Recuerda que los americanos están por ahí, que Lou puede estar escuchando, y baja la voz—. Siempre me está mirando, pasando por delante de mí. Si le miro, es porque le devuelvo la mirada. Porque me hace sentir muy cohibida.

Nick hace una mueca burlona y sigue cortando.

—Te encanta, ¿verdad? Crees que no me doy cuenta de las cosas, que no me entero, pero te he estado observando. Esa sonrisita furtiva en tu cara. Cómo te vistes.

—¿Qué insinúas?

—Bah, nada. Dejémoslo así.

—No, venga. Quiero saber a qué te refieres.

—Bueno. Ahora parece que vas a salir siempre. Bajas a desayunar y ya te has maquillado. Te has arreglado el pelo.

—¿O sea, que prefieres que vaya hecha una mierda delante de nuestros huéspedes? ¿Es eso lo que estás diciendo? ¿No puedes pensar que está bien que me arregle un poco, que me sienta un poco guapa después de haberme sentido tan mal, tan fea, durante tanto tiempo?

—Joder, ya estamos otra vez.

Laura se enfurece al instante como no lo hacía desde el pasado diciembre. Entonces también estaban en la cocina, aunque en aquella ocasión lo que había fuera era Londres: la lluvia corría como el mercurio por las ventanas negras, la nota aguda y urgente de una sirena se elevaba en las calles cercanas. La misma energía pura y ardiente la atraviesa ahora. La hace sentir como si pudiera levitar sobre las baldosas.

—Sí, otra vez, Nick. Lo siento si te aburre.

—No me aburre. Sabes que no. Sé que fue una mierda para ti.

—¿Qué parte? ¿La fecundación in vitro, los abortos, o ella?

Él no se mueve. Su mirada está fija en la tabla de cortar, con la mano apoyada en la encimera. Ella tampoco se mueve. Es como si ambos contuvieran la respiración. Lo conoce muy bien. Está decidiendo si decir algo que podría ser irreparable. Y no lo sabe solo porque pueda leerle la mente después de veinte años juntos, es porque ella está sintiendo el mismo impulso. ¿Qué le diría si tuviera que abrir la mano y dejar que el viento se lo llevara todo?

«En realidad, llevamos meses escribiéndonos».

«Ya le he besado».

«¿Aún no te has dado cuenta? Bastian es el que me había roto el corazón cuando nos conocimos. Del que no quería hablar, ni siquiera para decirte su nombre».

«¿No sabes, Nick, que solo estabas destinado a ser un segundo plato?».

Que pueda decir esas cosas ahora mismo la hace estremecerse. Pero entonces Nick se vuelve hacia ella.

—Lo siento. No debería haber dicho eso. —Las palabras le salen con rigidez—. No hablemos más de ello. Alguien nos va a oír.

Por una parte, quiere que él lo sepa. Una parte destructiva de su persona (o tal vez solo valiente) quiere hacer que todo estalle. Siente que le falta poco para inclinarla a hacer eso precisamente.

El año pasado

El Uber que ha traído a Laura desde la clínica se marcha, dejándola sola en la penumbra del porche, rebuscando las llaves en su bolso. Finalmente, sus dedos sujetan el frío metal. Se han deslizado junto a la pequeña fotografía escaneada.

La casa parece diferente, incluso huele diferente. Es como si hubiera estado lejos de ella durante largas semanas en lugar de dos horas y media. «Estás siendo una estúpida —se dice a sí misma—. Sabías que iba a terminar así». Pero en realidad no lo había sabido, aun sabiéndolo.

Abre la nevera y la vuelve a cerrar. En el cajón izquierdo de la verdura está la medicación que hay que guardar en frío. Ha sobrado un poco. Tal vez debería devolverla. Vale mucho dinero.

Empieza a llover mientras sube las escaleras. Hay una claraboya en forma de pirámide encima de la escalera que lleva a la buhardilla, donde siempre suena con fuerza. Es un sonido que asocia con la sensación de seguridad y calor que siente en la cama, mientras Nick duerme a su lado, con el brillo anaranjado de la noche londinense bordeando las cortinas.

Sube directamente a la habitación de arriba, a la que se supone que se van a mudar, pero que aún está sin decorar, y la pequeña ducha en suite no ha sido instalada. Nick la ha estado usando para contener el desorden que siempre parece generar. Hay cajas de cedés viejos que no soporta tirar, carpetas de extractos bancarios que se remontan a sus días de instituto y universidad que no necesita conservar, y un juego de pesas feas que tintinean al rodar. También hay un sofá cama contra una de las paredes, todavía vestido con sábanas desde que su hermano se quedó el fin de semana pasado. Se quita los zapatos y se mete en él, arqueándose para darle la vuelta a la almohada. Debajo está el iPad de Nick. Lo había buscado la noche anterior, ¿o fue la otra?

Cuando lo coge para meterlo debajo de la cama, se enciende. La pantalla está llena de notificaciones, una torre de avisos rectangulares,

todos ellos de «J». Solo se ve la primera línea de cada mensaje, en vista previa, pero esas vistas previas son suficientes. Sobre la claraboya, mientras los lee una y otra vez, la lluvia cae con más fuerza, cada gota es un pequeño golpe.

Está sentada a la mesa de la cocina cuando oye abrirse la puerta principal. El estómago se le revuelve con una terrible excitación. Se siente encendida por su propia furia. En el espejo del cuarto de baño, hace unos minutos, tenía la cara colorada, los ojos febriles.

No la mira al entrar en la cocina. Mientras vacía sus bolsillos en el plato azul del lateral, como siempre (cartera, calderilla, llaves), lo hace con menos estrépito que de costumbre y cierto temblor en las manos. También solía dejar ahí su teléfono. ¿O lo llevaba encima para que ella no pudiera ver los mensajes que le llegaban? No lo recuerda.

Ninguno de los dos ha hablado todavía y el silencio es atronador. Laura siente unas peculiares ganas de reír, o quizá de gritar.

Nick se lanza hacia la tetera como si no pudiera quedarse quieto por más tiempo.

—Déjalo. —Su voz suena dura como el diamante.

Él se detiene y se sienta frente a ella.

Laura no quiere ver su expresión, que será de miedo y pena, como la de un niño pequeño, así que mantiene la mirada fija en los oscuros remolinos de la madera de la mesa, en las pequeñas migas atrapadas en los nudos más profundos, restos de desayunos anteriores a todo esto. Aunque, en realidad, no es cierto. No son de antes de que Nick la traicionara. Ya lo había hecho, desde hacía mucho tiempo, por lo visto. Solo que ella no lo sabía.

—¿Qué pasa, Laura? Tu mensaje era muy raro.

Ella le había escrito, haciendo caso omiso de todos sus mensajes para preguntarle sobre la ecografía.

«Deberías venir a casa. He encontrado tu iPad en la buhardilla».

—¿Laur?

—Eres un mentiroso de mierda, Nick. Si no supieras de qué se trata, no estarías mirándome así. ¿Te has acostado con ella?

Él se sobresalta visiblemente, y luego se inclina hacia adelante tan rápido que las patas de la silla se deslizan y arañan el suelo.

—No, para nada. Te lo prometo.

—¿Cómo que para nada? Algo habréis hecho.

—No, la verdad es que no. Nos encargaron ese artículo juntos y nos llevamos bien. Conectamos…

—Ah, bueno, pues qué alivio, cojones.

Él abre las manos con las palmas hacia arriba, como un penitente.

—Te juro que solo fueron unos mensajes.

—Unos mensajes interminables. Durante horas. Decía que quería estar contigo, acostada a tu lado. ¿Te parece que eso está bien? ¿Que no pasa nada porque no llegaste a hacerlo?

—No, no está bien. Evidentemente. Lo sé. Pero solo estábamos… hablando, coqueteando. Ni siquiera la besé.

—Dios mío. De verdad crees que no has hecho nada malo. O estás tratando de hacerme creer que no lo has hecho, que estoy exagerando. Pero sabes que es una infidelidad.

—No estoy diciendo que no esté mal. Pero no fue como si nos estuviéramos escapando a hoteles. Hay infidelidades e infidelidades.

Ella se levanta y va a la nevera. Había metido una botella de vino blanco una hora antes, cuando comenzó su vigilia ante la mesa, esperándolo. La botella se escarcha cuando la saca y la sirve en la cálida cocina. Ha elegido aposta una de las enormes copas de cristal Waterford que alguien les regaló cuando se casaron. Vuelve a sentarse y lo mira a los ojos.

—Ya puedo beber, ¿recuerdas? Ahora da igual.

Él se frota los ojos.

—Lo siento. Siento mucho que hayas vuelto de la eco y…

—¿Qué significa J? —lo corta ella.

—¿Acaso importa?

Laura lo mira fijamente.

—Jo. Es Jo.

Ella da un trago y deja la copa con cuidado.

—No puedes decirme que conectaste con ella como si hubiera sido algo espiritual y al momento decir que solo fue un coqueteo. ¿Qué coño fue?

Su expresión se vuelve ligeramente implacable.

—Nunca la toqué. No hicimos nada.

—Sí que lo hiciste. ¿De verdad eres tan falso que no quieres admitirlo? Pasaste horas escribiéndole mensajes, pensando en ella, imaginando que estabas con ella, deseándolo. Sinceramente, preferiría que te la hubieras tirado. Habría sido mejor un polvo etílico después del trabajo.

No la mira a los ojos.

—No hicimos nada.

—Eso dices tú. ¿También hubo correos electrónicos? Seguro que sí. Correos electrónicos en el trabajo y mensajes de texto después del trabajo, ¿a que sí? Quiero leer los correos electrónicos. Y los mensajes.

Nick mueve los ojos de un lado a otro, como un animal acorralado.

—Muéstramelos.

—¿Para qué?

—La cuestión es que quiero verlos. Soy tu mujer, hostias. Me he estado inyectando hormonas y sintiéndome como una mierda y

perdiendo a tus hijos mientras tú conectabas con Jo en el trabajo. Cuando ni siquiera estaba segura de querer hacerme la FIV en primer lugar. Cuando eras tú el que arrullaba a los niños pequeños en el parque, no yo. Así que enséñamelo todo o lárgate de esta casa.

En realidad, las conversaciones no tenían nada de sexuales. Al menos había sido sincero en eso. Sin embargo, eran románticas, y puede que eso fuera peor todavía.

—¿Y si nos vamos a Italia de verdad? —dice él, después de que ella lo haya leído todo en la mesa mientras la miraba, agarrándose las rodillas con las manos para que no le temblaran. Ahora parece derrotado bajo los focos de la cocina, como si le hubieran caído diez años encima, con el rostro hundido y los ojos apagados—. Sé que no he estado a la altura, pero si lo hacemos, si vendemos esto y nos vamos allí unos años, ¿crees que serás capaz de perdonarme?

—No lo sé —responde ella con sinceridad—. ¿Estás seguro de que quieres que te perdone? Así podrías quedarte con ella. Tener hijos con ella.

—No, te quiero a ti. —Sus ojos se llenan de lágrimas—. Siempre te he querido. Siempre te querré. Ella… No sé. Creo que… —Se frota la cara con fuerza—. Supongo que me sentí halagado. No es una excusa. Si me dejaras demostrarte…

—No quieres irte. Nunca has querido dejar Inglaterra. Antes solo me seguías la corriente, diciendo que algún día nos mudaríamos para que continuara con la fecundación in vitro.

—Lo haría por ti, por nuestro matrimonio, sin dudarlo.

Ella se sirve otra copa de vino y sale de la cocina.

Por la mañana, él llama a una de las agencias inmobiliarias que siempre están pasando folletos por debajo de su puerta y pide un presupuesto. Habla con el editor de su periódico y le dice que no firmará otro contrato de seis meses cuando se acabe el actual. Laura supone que también hablará con J en algún momento, pero no se lo pregunta.

Día 9

Casi no hay luz, y ya solo queda una tenue calidez suspendida en el cielo occidental, como una guerra lejana. El aire de la ventana abierta a su espalda es, por primera vez desde la mañana, más fresco que el del interior. Durante el día es la casa la que proporciona alivio al calor, hasta que la situación se invierte en algún momento de la tarde. Su vestido deja ver sus omóplatos y es como si la noche soplara suavemente sobre ella. De niña había leído un cuento de hadas sobre los cuatro vientos que competían por el amor de una muchacha mortal. ¿Fue el viento salvaje del norte el que la reclamó al final? No lo recuerda.

Fuera, bajo la pérgola, puede oír claramente a los demás hablando y riendo: el garrulo y controlador Angelo, con su calva morena y su callada novia de ojos rasgados; Ivan, con su bonita ropa y sus cuidadas manos; y, por supuesto, Lou, Nick, Bastian y Madison, la voz de esta última un poco más alta que el resto, confirmando el viejo tópico sobre los americanos. Laura se siente del todo ajena a ellos, como si hubiera puesto una de esas oníricas películas que buscó en Netflix antes de salir de Londres. Había visto todo lo que se había rodado en Italia, aunque fuera una porquería. Su favorita fue *Belleza robada*, a pesar de que la había hecho sentir vieja.

Ahora no se siente vieja. Se siente veinteañera de nuevo.

La cena ha ido sorprendentemente bien. Tal y como esperaba, Lou e Ivan han congeniado. Los sentó juntos en un extremo de la mesa, lo más lejos posible de Bastian y Angelo. El constructor (el encanto personificado esta noche) está junto a Nick. Laura lo había orquestado todo escribiendo los nombres de cada comensal en tinta dorada sobre tarjetas blancas con bordes irregulares. Al darse cuenta, Nick había abierto la boca para protestar por su posición, pero la volvió a cerrar.

Llevan ya unas tres horas a la mesa. Agradece a Ivan que haya traído media caja de vino estupendo (mucho mejor del que Nick y ella podían permitirse), porque el número de botellas vacías que se van acumulando roza lo obsceno. Está en la cocina abriendo otra cuando

Bastian entra desde el jardín, se la quita y le dice que suba a su habitación, la suya y de Madison.

Ahora, mientras lo espera, hay algo que le molesta de su prepotencia, aunque la excite. El hecho de que quiera estar con ella en la habitación donde duerme su (casi) mujer le hace preguntarse si es más por Madison y la emoción ilícita de engañarla que por su deseo hacia Laura. Pero no quiere pensar en eso ahora. Ya habrá tiempo para torturarse después.

Un suave chasquido hace que su corazón se estremezca. Observa cómo se abre la puerta y parece que pasa una eternidad antes de que él aparezca por detrás, con una lentitud casi cómica. Una risa nerviosa le sube al pecho y sabe, con un pensamiento tan claro como el agua fría, que la dejaría salir si fuera Nick quien se hubiera colado para buscarla. Se habrían reído juntos de ello. Pero ahora no se ríe, aunque la oleada de histeria en su interior no ha desaparecido, y simplemente se obliga a dominarla para que Bastian no piense que es torpe y ridícula.

Se acerca a ella, pero se detiene a unos metros. Ante su mirada, que siempre ha sido (y es) tan intensa, no puede quedarse quieta, sus manos temblorosas se dirigen a su pelo, lo alisan, enroscan las puntas para que quede mejor.

—¿Por qué aquí? —le pregunta, aunque se había prometido a sí misma que no lo haría.

—Porque esta habitación debería ser tuya. Si fueras mía, si este lugar fuera nuestro, no dejaría que nadie más durmiera aquí.

Es una respuesta tan perfecta que no acaba de confiar en ella.

Fuera, alguien deja caer algo con estruendo y Angelo se ríe, sobresaltándola dos veces seguidas. Se muerde el labio inferior para no decir nada, aunque es difícil no lanzarse a una charla tonta, solo para romper la tensión que parece llenar la estancia ahora que los sonidos del jardín se han reducido a la nada.

—Ya no me envías correos electrónicos. Lo echo de menos.

—Pero ahora estamos los dos aquí, en el mismo lugar.

—Lo sé. —Ella baja los ojos, avergonzada, pero él le levanta la barbilla, obligándola a mirarle.

—¿Preferías los mensajes a la realidad?

—No, claro que no —aunque una parte irritante de su cerebro duda—. No.

Él le acaricia la mejilla.

—Me vuelve loco tenerte tan cerca y no poder tocarte. Te veo ahí con Nick, con su anillo en tu dedo, y le odio.

—No es culpa de Nick. —Lo dice antes de que pueda evitarlo, aunque a otra parte de ella le gustan las palabras de Bastian: sus celos desnudos, y el hecho de que haya mencionado el anillo de boda, a

pesar de no haberse casado nunca con Madison. Desplaza su peso de un pie a otro, avergonzada y emocionada.

—En otra vida, Nick me habría caído bien —dice Bastian—. Es buen tío. Pero en esta, te tiene a ti, y eso hace que me resulte difícil estar en la misma habitación que él. —Su mano ha pasado de la mejilla al lóbulo de la oreja. Tensa del pendiente de aro—. Al menos los llevas puestos.

—Te acuerdas. —Ella no puede evitar sonreír. «¿Ves?», le dice a Lou en su cabeza.

Él asiente mientras empieza a frotarle los músculos doloridos de la nuca con el índice y el pulgar.

—Claro que me acuerdo. Estás muy tensa. ¿Sabes que apenas me has mirado desde que llegó Lou? Siempre creí que ella y yo nos llevábamos bien, en aquellos tiempos.

—¿En serio? —La sorpresa es evidente en su voz. A Lou nunca le había gustado un pelo. Le viene un recuerdo: las dos compartiendo un cigarrillo fuera de la biblioteca, el cielo cargado de lluvia, la gente apresurándose para llegar a sus clases antes de que tronara. «El problema de los tipos así —dijo su amiga— es que nunca van a querer a nadie tanto como se quieren a sí mismos».

Bastian la trae de vuelta al presente recorriendo cada una de sus vértebras con el pulgar, apretando con fuerza. Vuelve a sentir ese dolor nervioso ligeramente nauseabundo, y tiene que resistir el impulso de apartarse.

Él se inclina para besarle la clavícula, lo que la hace desfallecer.

—¿Me estás diciendo que siempre le caí mal?

—Me rompiste el corazón, ¿recuerdas?

—Pero ¿y antes de eso? —Se retira para oír su respuesta.

Ella lo observa, sorprendida de que se le hubiera escapado algo así. Es la primera vez que alude al final de la relación, pero está más centrado en la inmunidad de Lou a sus encantos cuando todos tenían veinte años.

—Pensaba que eras un creído. Y tampoco ayudó el hecho de que fueras amigo de Theo y todo ese grupo. Siempre los odió, desde la semana de las novatadas. —Resulta fácil retomar el lenguaje de entonces.

—Un creído —dice, sonriendo—. Lo había olvidado. —Su mano cálida está en mitad de la espalda de Laura, un poco por debajo de la línea del vestido, de modo que puede sentir el tirón en los hombros cuando coge la tela. Cuando esta cede, comprende que ha encontrado la cremallera. El aliento de la noche se desliza por la mitad inferior de su espalda hasta la cintura. La boca de Bastian regresa a su clavícula, y el calor hace que su espalda desnuda se enfríe por el contraste.

Con un solo movimiento, la sube al alféizar de la ventana. Es

demasiado pequeño para que pueda sentarse bien, pero el peso de él la inmoviliza. Su mano llega ahora a su muslo, deslizándose bajo el dobladillo del vestido y subiendo por la parte exterior de la pierna hasta llegar a la cadera. Sus dedos encuentran el lazo de la cinta. Son unas bragas ridículas que nunca se pone, porque la cinta abulta bajo la ropa ajustada y es un lío atarla y desatarla cada vez que necesita ir al baño. Se avergüenza de habérselas puesto por la posibilidad de que él las viera, sabiendo que le gustarían.

Él encuentra el extremo y tira. El nudo de satén se desprende inmediatamente y ella sabe que el resto de la tela ha caído también porque ya no la siente. Siempre se le dieron muy bien estas cosas. Nunca se equivocaba, lo que a su vez significaba que ella nunca había tenido que estar preparada para tranquilizarlo, ni fingir que seguía teniendo ganas cuando él no entendía las señales de su cuerpo. El sexo podía derivar fácilmente en lo incómodo, lo ridículo. Pero Bastian siempre le había permitido soltarse más que nadie.

Ahora le besa el cuello, mientras sus dedos se deslizan sobre el hueso de la cadera, y luego hasta la sedosa piel del muslo.

—Me encantó verte allí, ¿sabes? Mirándonos. Me puso a cien.

Le cuesta un poco entender sus palabras. Luego lo entiende.

—¿Quieres decir cuando estabas en la ducha con Madison?

Su respiración suena más fuerte en su oído, más agitada. Está muy pegado a ella y, por primera vez, se da cuenta de que la ventana entreabierta está soportando gran parte de su peso. Mira el estribo de hierro que la mantiene abierta y ve que los viejos tornillos de cabeza roma que la sujetan al marco se han movido un poco en la madera blanda. Se imagina a sí misma cayendo hacia atrás a través del aire violeta de la noche, espeso por el perfume y el calor del día, pero no lo bastante denso para salvarla.

En el mismo momento en que se desplaza hacia delante para evitar la caída, él le introduce los dedos. Le duele y no puede evitar gritar. No todo es dolor. Una parte es frustración porque ella lo ha querido y está enfadada consigo misma por haber roto el hechizo, y con él por haber mencionado la ducha.

Bastian se aparta, y las bragas traidoras comienzan a deslizarse por su pierna. Furiosa, con los dedos torpes, se las sube y vuelve a atar el lazo, tirando de los extremos con fuerza suficiente para hendir la tela y dejar marca. Cuando levanta la vista hacia él, su gesto es extrañamente inexpresivo, pero entonces le tiende la mano para tomar la suya.

—Siento haberte hecho daño. Es que no puedo controlarme contigo. Te…

Ella sacude la cabeza con impaciencia, deteniéndolo a mitad de frase.

—¿Por qué hiciste eso? ¿Lo de la ducha? ¿Por qué querías que os viera así a los dos?

—Supongo que quería darte celos. —Extiende las manos—. Entonces no sabía si podía acercarme a ti. Me jodía imaginarte con Nick y…

—Bah, Nick y yo —lo interrumpe—. Casi nunca lo hacemos. Algo así como una vez cada varios meses, si nos esforzamos. No creo ni por un segundo que sea igual con Madison y contigo.

—Pues yo os he oído. —Vuelve a acercarse a ella, le coge la otra mano y las coloca ambas alrededor de su cintura. Luego le peina el pelo con los dedos. Ella los siente calientes contra su cuero cabelludo. Cierra los ojos, nota que empieza a soltarse de nuevo—. Te oí con Nick la primera noche que estuvimos aquí —dice él, en voz baja y convincente—. Madison se había quedado dormida, pero yo no podía dormir y hacía calor en el dormitorio con las persianas cerradas. Quería que me diera un poco el aire. Pensé en ir a sentarme en el jardín, para asimilarlo todo, creer que estaba en el mismo lugar que tú. Os oí desde el pasillo. No era el polvo de una pareja aburrida.

—Fingía que eras tú. —Laura se sonroja por la traición, lo que de alguna manera parece peor que lo que había hecho. Pero entonces él la besa y ella se deja llevar cuando un ruido en el rellano, el crujido de una de las tablas viejas del suelo, les hace detenerse. Durante una confusa fracción de segundo, debido a lo que acaba de decirle, es Bastian a quien se imagina allí, escuchando. Pero no puede ser él.

—Es Nick —susurra con urgencia. Ninguno de los dos se mueve. Tiene que ser Nick. ¿Quién si no iba a subir ahora? Madison habría entrado, ¿no? Es su habitación. A Laura le late el corazón en los oídos cuando Bastian se dirige a la puerta y la abre. Desaparece en la penumbra y se hace el silencio. Está a punto de seguirlo cuando reaparece, negando con la cabeza.

—No hay nadie.

Ella experimenta un momento de profundo alivio antes de preguntarse si Nick no habrá sido demasiado rápido, retirándose a las sombras que conoce mejor que Bastian. Luego, un pensamiento más inquietante desplaza al anterior: ¿y si en realidad había sido Madison? ¿Y si la razón por la que no entró fue porque lo sabía todo, que no se trataba de Laura y de Bastian, sino de un depravado juego de poder entre Madison y él, en el que ella ejercía de peón crédulo e idiota que creía en el destino?

Día 10

Las tres mujeres se sientan alrededor de la piscina. Nick le ha dicho que disfrute: él se encargará de lo que haya que hacer en la cocina. Está siendo educado pero distante, sin mirarla a los ojos. Esa urbanidad extrema y deliberada, comportarse con ella como si fuera una invitada que conoce desde hace pocos días, resulta desconcertante. Se siente como si estuviera a punto de caer al vacío desde una cornisa invisible, con un pie fuera, en precario equilibrio.

Piensa en lo que oyó la noche anterior durante la cena, en las escaleras, como si pudiera identificar el andar característico de Nick si reproducía la escena con suficiente precisión. Pero no. No puede.

Fuera, con Lou y Madison, no está mucho mejor. Los nervios revolotean dentro de su cuerpo. Pero no como mariposas, sino como polillas, desprendiendo un polvo oscuro. Si no fue Nick, tuvo que ser Madison. También pudo haber sido Lou, claro, y esa es la opción menos terrible, pero Lou ya le habría dicho algo y no lo ha hecho.

No es solo por la última noche. Ya no sabe hasta qué punto está tenso el ambiente entre ella y los demás, y hasta qué punto son paranoias suyas. Ayer se fijó en que Lou y Madison se llevaban muy bien y le dio un ataque de celos absurdo. Sin embargo, ahora se pregunta si no serían tanto los celos como la incomodidad, porque el entusiasmo de Lou hacia Madison no fuera sino una manera de expresar desaprobación ante el hecho de que Laura estaba tonteando con el marido de otra mujer.

A pesar de que Lou está a unos pasos de distancia, de repente la echa muchísimo de menos, más si cabe porque sabe que se marchará hoy. Su amiga está cohibida con su traje de baño de una sola pieza, aunque sabe disimularlo. Pero Laura la conoce demasiado bien. Ha visto las miradas furtivas de Lou hacia las piernas largas y bronceadas de Madison, cómo se ha ceñido el pareo alrededor de las suyas, carnosas y pálidas como el invierno. Todo eso la hace quererla tanto que le duele.

Se lleva una mano al estómago, que por primera vez desde hace

años se queda cóncavo cuando se acuesta, porque sigue olvidándose de comer: la forma en que Bastian la mira le ha quitado el apetito. Entonces era lo mismo, recuerda. Lou le compraba pizza en el comedor. «¡Come algo, por el amor de Dios! Estás en los huesos». Pero solo podía picotear, pensando siempre en él, extendiéndose y expandiéndose dentro de ella hasta que se quedaba llena.

Justo encima de sus cabezas, el sol ha pintado el cielo de blanco. Lou y ella han abierto sus sombrillas para protegerse, pero Madison tiene una tolerancia asombrosa.

—¿Cómo puedes soportarlo? —le pregunta Lou ahora—. Te estás cociendo.

—Soy una chica sureña —responde Madison, girando la cabeza hacia ellas, con unas gafas de sol de gran tamaño que hacen que su rostro parezca afilado y élfico—. Esto no es nada. En Texas hay treinta y cinco grados en verano. Más la humedad.

—Creía que eras de Nueva York.

—No, ese es Bast. El niño rico de la gran ciudad. Yo soy más de doble eje.

Lou se ríe.

—¿Qué significa eso?

—Carne de parque de caravanas. Un doble eje es un gran remolque. Estoy exagerando, pero tampoco mucho. Mi padre trabajaba en las plataformas petrolíferas. En realidad, fue eso lo que lo mató. En mi último año de colegio.

—Lo siento —dice Laura—. No lo sabía.

Madison se encoge de hombros.

—No tenías por qué saberlo. En fin, el caso es que era un obrero de los pies a la cabeza, mientras que el padre de Bast habría sido el dueño de la plataforma, ¿sabes? Me casé bien. —Le lanza una miradita y gira su anillo. En el estado de ánimo hipersensible en que se encuentra, se le antoja un desafío.

Ninguna habla durante un rato y, a pesar de todo, el calor ha amodorrado a Laura. Está a punto de quedarse dormida cuando Lou bosteza ruidosamente y se incorpora.

—Es interesante que ninguna de las tres tenga hijos, ¿no? Somos todas de la misma edad, ¿verdad? ¿Cuántos años tienes tú, Madison?

Ese es un tema que Laura no se había atrevido a abordar.

—Creía que no se debía preguntar la edad de una dama.

Lou sonríe.

—No estoy convencida de que haya ninguna dama por aquí.

Se produce una pausa durante la que a Laura se le revuelve el estómago, pero luego Madison se ríe.

—Es cierto. Tengo cuarenta y dos años. Y, no, no tengo hijos.

—Tienes un tipazo increíble —contesta Lou, y Laura se da cuenta

de que lo dice en serio. No es una de esas cosas que sueltan las mujeres automáticamente: lubricante social—. ¿No quieres tenerlos? Yo creo que sí. ¿No? A veces. Pero cuando estás soltera cuesta saber qué es producto del pánico y qué es deseo real.

—Nunca he querido —dice Madison—. Mi madre era una de seis hermanos, mi padre uno de cinco. Tengo cientos de primos y tres hermanos con los que hablo una vez al año en Navidad. Creo que las familias están muy sobrevaloradas. Y los bebés son muy aburridos.

—¿Y Bastian pensaba igual?

Laura se tensa de nuevo. Ella misma habría querido hacerle esas preguntas, pero, viniendo de Lou, parecen intencionadas.

—Madre mía, pues claro. —Madison se incorpora y se levanta el pelo, sujetándolo con una pinza con incrustaciones de cristal que refleja la luz del sol como su anillo—. ¿Crees que Bast es de los que aceptarían compartir la atención con un niño?

Lou sonríe, primero a Madison y luego a Laura. Ella sabe que no puede evitarlo, que lo que ha dicho la americana confirma todo lo que siempre ha intentado advertirle de él. Su condescendencia la pone furiosa.

—Yo tampoco quería hijos —replica. Lou se vuelve hacia ella, asombrada—. Sé que pensabas que sí, por lo de los abortos y eso.

—¿Has tenido abortos? —Madison se levanta de un salto—. Ay, cariño, siento mucho lo que he dicho. No debería haber sido tan brusca. —Va a sentarse en su tumbona, le coge la mano y la acaricia. Lou las observa en silencio.

—No, por favor, no te disculpes. No podías saberlo. —Laura aprieta la mano de Madison antes de dejarla caer. Se pone de pie y camina hasta donde los escalones desaparecen en el agua, entrando rápidamente porque sabe que las otras dos la miran. Siente el agua fresca en las piernas, pero sorprendentemente fría cuando le llega a la pelvis. Se sumerge y nada hasta el final, y luego otra vez. Cuando sale a la superficie, Madison y Lou siguen mirándola. El gesto de Lou se ha suavizado de modo considerable.

Laura se apoya con los codos fuera del agua, que resbala por sus brazos y oscurece la piedra clara. Esperan respetuosamente a que ella tome la palabra.

—Nada, supongo que nunca estuve segura. A veces pensaba que sería bonito. Me imaginaba a un niño pequeño con una trenca, corriendo delante de nosotros en el parque. Nunca pensé que fuera un bebé. La idea de un bebé me aterraba. Pero me gustaba bastante la idea de un niño de cinco años, ¿sabéis? Y luego no pude pasar de las diez semanas, así que al final dio igual.

Madison sacude la cabeza.

—Así que, después de haber pasado por todo eso, va el capullo de

Angelo y te dice que tu reloj biológico está en marcha. Huy, si lo hubiera sabido. —Es feroz, con un semblante duro y hermoso, como si lo hubieran esculpido. Hace que Laura se alegre y se asuste al mismo tiempo. Una de las primeras cosas que había pensado de Madison era que no le gustaría cabrearla.

—¿Angelo dijo eso? ¿El Angelo de anoche? —Lou se indigna—. Vaya un gilipollas. Ojalá me lo hubieras dicho, Chapman. Le habría clavado el tenedor en la entrepierna.

—Sí, y yo le habría sujetado mientras lo hacías —añade Madison —. ¿En qué coño estaba pensando Nick al dejar que viniera? Se supone que está de tu lado, ¿no?

Laura se sumerge de nuevo y nada hacia el otro lado, donde observa las extraordinarias vistas por primera vez desde hace días, como si fueran nuevas para ella. No sabe si su cara está mojada solo por el agua de la piscina, pero sigue contemplando el valle hasta que se le quitan las ganas de llorar. El paisaje se parece aún más a un cuadro que de costumbre. La única pista de que es real es la manera en que resplandece con el calor. Y el coche que se divisa en el otro extremo, más pequeño que la avispa que se ahoga junto a ella. Sigue su silencioso progreso mientras serpentea por la carretera de la colina, apareciendo y desapareciendo.

La mayor parte de sus ganas de llorar ni siquiera se deben a lo de los hijos. Es el estrés que le produce lo que está permitiendo que suceda, y que parece incapaz de detener ahora que está en marcha. Vuelve a salir y se reúne con las otras dos como si la conversación sobre los abortos nunca hubiera ocurrido. En algún lugar, una campana de iglesia está repicando, un tanto plana. Se pregunta si será por una boda o un funeral.

—Debo decir que me siento un poco decepcionada por la falta de hombres italianos guapos en la cena de anoche —dice Lou.

Laura sonríe agradecida por el cambio de tema. No está del todo segura de que se lo merezca, solo porque no pudiera tener un niño.

—El único que había era Ivan y, lamentablemente, no soy de su gusto. Es una pena, sería un marido estupendo.

—¿Sales con alguien en Inglaterra? —Madison se gira sobre su cadera.

Lou suspira teatralmente.

—Sí, y es una maldita pesadilla. No sé qué diablos hacía la gente antes de las aplicaciones para ligar, incluida yo, pero las detesto.

—¿Has conocido a alguien que merezca la pena? Al menos tienes mucho donde elegir en la ciudad, en Londres.

—Sí, eso parece. He conocido a un montón de tíos majos. A unos cuantos gilipollas también, pero la mayoría son majos.

—Pero tú no quieres a un tío majo. —Madison se incorpora y

empieza a echarse más aceite. El aroma del coco endulza el aire—. Nadie lo quiere.

Lou coge la lata de Coca-Cola que ha estado goteando en el suelo junto a su tumbona y la abre. Laura no conoce a nadie más que siga bebiendo la azucarada clásica.

—Es por la química —dice Lou después de tomar un poco—. O, más bien, la falta de ella. Te mensajeas un poco y parecen geniales, y no importa cuántas veces lo haga, que siempre pienso: «Ay, sí, es este». Y entonces entra en el pub y sé al instante que no me va a gustar, por muy graciosos que sean sus mensajes. Así que tengo que pasar dos horas con alguien que sé que no voy a volver a ver. Y no es solo por el tiempo, es que encima me cuesta una fortuna.

—¿Dos horas? —Madison deja de echarse aceite—. Si el tipo no me gustara, daría media vuelta y me largaría.

Lou se ríe.

—Nunca podría hacer eso. Es demasiado brutal.

—Lo superarían.

—Pues yo no, si me lo hicieran. Sinceramente, me tiraría al Támesis.

—Pero has conocido a un par de chicos decentes, ¿no? —pregunta Laura con timidez. Sigue recelando de Lou, una sensación tan desconocida que no sabe qué hacer con ella.

—Si por decentes te refieres a lo suficientemente pasables como para que me acueste con ellos, sí.

Madison suelta una carcajada.

—Y que no estén casados, para ganar puntos.

Laura se queda paralizada y Lou clava sus ojos sorprendidos en ella.

—¿Qué? —Madison mira a Laura y después a Lou—. ¿Te ha pasado eso?

Lou titubea tanto que Laura cree que va a derrumbarse.

—Algo así —responde al fin. Juguetea con la anilla de la lata hasta que la rompe, con un fuerte tintineo de metal.

—Pero no lo sabrías, ¿no? —dice Madison—. No estarías en una de esas aplicaciones donde todo el mundo está casado y engaña a sus parejas. Madre mía, ¿os acordáis de la web de Ashley Madison? Salió en todas las noticias cuando les hackearon los datos. Nunca he odiado tanto mi nombre.

—¿Entraste alguna vez? —pregunta Lou con voz suave.

Hay una larga pausa. Entonces Madison se ríe, pero no es su risa profunda y terrenal. Esta es quebradiza.

—Por supuesto que sí.

Laura se pregunta si va a vomitar allí mismo, sobre las piedras.

—No entiendo la infidelidad —dice Lou, después de que Madison

no dé más detalles—. Si no quieres ser fiel, no te cases. O, al menos, sé sincero con la persona con la que te vas a casar. Dile que no estás seguro de poder ser monógamo toda la vida.

—Claro, porque es así de sencillo. —Las palabras salen de la boca de Laura antes de que pueda evitarlo.

—Yo creo que sí lo es —replica Madison—. O eres leal o no lo eres. Si no lo eres, asúmelo. El problema es que la gente tiene miedo de estar sola. Piensan en cuando sean viejos y no tengan a nadie.

Lou se tapa los oídos.

Al verlo, Madison se cubre la boca con una mano.

—Ay, no me refiero a ti. No me refiero a los solteros que son valientes, que buscan el amor de forma sincera. Tú no te vas a quedar sola, nena. Estás cañón. Y no te preocupes por los hombres. Tienes a Laura, quien debo decir que me ha abierto totalmente los ojos en cuanto a eso de la solidaridad femenina. No, me refiero a los infieles. Ellos son los que acabarán solos. Sabes, yo puedo ser muchas cosas: soy escandalosa, presumida, bebo demasiado, pero no engaño a nadie.

Laura se concentra en el suelo.

—Oye, cariño, no estás hablando mucho. —Madison se ha levantado las gafas de sol para mirarla directamente—. ¿Por qué crees que no es tan sencillo?

Laura estira el pie para sacarlo de la sombrilla. La piedra está tan caliente que le quema, pero lo deja allí.

—Las cosas cambian. Desde luego, nadie llega al matrimonio esperando ni sospechando que pueda sentir algo diferente por la otra persona. La mayoría de la gente tiene buenas intenciones. Pero uno no es igual toda la vida, ¿verdad? Quién eres, lo que quieres. Al cabo de diez o veinte años, puedes mirar a tu pareja y no entenderla… No entender lo que viste en ella.

Madison hace una mueca.

—Me alegro de que Nick no participe en esta conversación.

—Sí, y espero que no se extienda también a las amistades —dice Lou, sonriendo sombría—. Mi fecha de caducidad tiene que haber pasado ya.

—No seas pánfila —contesta Laura, con demasiada brusquedad—. Estoy hablando de hipotéticas parejas a largo plazo. Románticas, sexuales. No lo entenderías.

—No, supongo que no, pobre soltera sempiterna de mí. —Se pone de pie—. Voy a entrar un rato. Aquí fuera hace demasiado calor para mí.

Laura encuentra a Lou en su habitación, sentada en el tocador. Las paredes blancas, que se volverán rosas a medida que avance la

jornada, siguen siendo níveas con la luz del mediodía, resplandecientes contra el cabello oscuro de Lou.

Laura no sabe qué hacer. ¿Debería darle un abrazo? Parece que ni siquiera puede acceder a sus propios instintos. Ella y Lou no se peleaban nunca. Entonces se le ocurre que tiene una resaca de tres pares de narices y, además de la paranoia, un dolor de cabeza como si una cinta le apretara las sienes. No recuerda haber bebido agua hoy, solo café.

—Lo siento —dice al fin—. No quería ser condescendiente. Sabes que no. Nunca he sido una «petulante casada», bien lo sabe Dios. Es que estaba a punto de tener un ataque de pánico ahí fuera.

—Sí, ha sido… incómodo.

—¿Crees que sospecha algo?

—Es posible que sí. —Ve la expresión de Laura y levanta las manos —. ¿Qué quieres que te diga? Es más lista que el hambre.

—Yo tampoco sé qué decirte. Te noto muy distante.

Lou suspira.

—Lo estoy, la mayor parte del tiempo.

—Ya sabes a qué me refiero. —Agacha la cabeza. Siente que se le escapan las lágrimas otra vez. Aunque se dice: «No llores, no llores», ya se están derramando. Lou lo ve, pero no se mueve, y eso la hace llorar más. Podría parecer un gesto manipulador, pero no lo es.

—No te alteres —responde Lou con calma.

—Lo siento. —Su voz suena ahogada—. No sé por qué estoy llorando. Soy un desastre.

—¿A dónde fuiste anoche? —La mirada de Lou está fija en el paisaje.

Las ganas de sollozar disminuyen bruscamente. Laura se enjuga las lágrimas con las manos.

—¿Qué quieres decir?

—Durante la cena. Cuando hicimos una pausa antes del postre. Fuiste a la cocina y no volviste.

—Claro que sí. —Sacude la cabeza como una niña culpable.

—Pero tardaste mucho. Bastian entró en el baño —dibuja unas comillas en el aire, poniendo los ojos en blanco— y también desapareció misteriosamente durante un buen rato. —Mira a Laura a los ojos por primera vez en ese día—. ¿Ya has dejado que te folle?

Las palabras hacen que Laura se estremezca. Respira con fuerza.

—No. No, no lo he hecho, pero…

—¿Qué?

—Pues… pensé que había alguien allí… Creímos oír…

—Ah, ¿casi os pillan? Supongo que siempre existe ese riesgo cuando lo haces en la misma casa donde están tu marido y la mujer de tu amante.

—En realidad no están casados.

—¿Qué?

—No importa. —Laura niega con la cabeza—. Mira, sé que está mal. Ya hemos pasado por esto. Pero necesito saber quién fue. Si no fuiste tú, tuvo que ser Nick o Madison. No subiría nadie más, ¿verdad? ¿Alguien se fue de la mesa?

—No me acuerdo. Estaba borracha.

—Nick está raro, pero últimamente estamos siempre discutiendo. Aunque lo de Madison… Si no fue ella, ¿entonces cómo coño hemos terminado hablando de…?

—Si fue Madison, estás jodida —la corta Lou.

—Así es. —Una nueva ansiedad surge en su interior, ardiente y cáustica.

—Sé que te cae bien —dice Lou—. Y la verdad es que a mí también, cosa que me sorprende bastante. Pero debajo de toda esa mierda sensiblera de Los Ángeles, sospecho que es una hija de puta despiadada. Ya la has oído ahí fuera. Creo que deberías tener mucho cuidado. Mucho más del que estás teniendo. Si estuviéramos en Texas, me preocuparía que tuviera una pistola.

Laura suelta una carcajada.

—No estoy de broma —añade Lou—. Tienes que parar esto antes de que pase algo.

«Algo pasa —piensa—. Algo va a pasar».

Lo presiente de nuevo, igual que aquella mañana con Bastian en la cocina. Fue hace solo una semana. Parece increíble.

Se da cuenta de que Lou la está mirando, esperando algún tipo de respuesta. Y entonces, porque la quiere y no quiere que se preocupe, asiente con la cabeza, como si fuera a plantearse de verdad la advertencia de su mejor amiga. Pero no lo hará. Es demasiado tarde. Mucho se teme que ha perdido el control. Y, a pesar de las lágrimas y el pánico, hay algo extrañamente liberador en eso.

Las horas que faltan para la partida de Lou se van agotando hasta que, de repente, las dos están de nuevo en el coche.

—¿Has facturado ya? —pregunta Laura, cuando el silencio empieza a ser más ensordecedor que el motor.

—Sí, ya te lo había dicho.

—Bien. ¿A qué hora aterrizas?

Lou suspira.

—A las ocho y media.

—Ah, pues no es muy tarde. Para ir a trabajar mañana, quiero decir.

—Sí.

Lou no vuelve a hablar hasta que están en la autopista.

—Mira, sé que no quieres oír esto, pero tengo que decirlo.

Laura se pone en guardia.

—Te quiero y creo que estás cometiendo un error. No me importa que te separes de Nick. Es un encanto de hombre, pero nunca pensé que fuera suficiente para ti. No se trata de que me resista al cambio ni de que me incomode el tema del divorcio porque mis padres se separaron.

—No, nunca he pensado que…

—Déjame terminar. —Toca la mano de Laura sobre el volante, fugazmente—. Lo que intento decir es que no se trata de mí. No es porque me hayas ocultado todo esto. Sé que has pasado unos años de mierda y que él ha hecho que te sintieras atractiva de nuevo, así que de repente vas a pulsar el botón de autodestrucción y mandarlo todo a la mierda. Lo cual estaría bien… Es decir, estaría de acuerdo si pensara que no vas a salir herida, si solo fueras a tirarte al maldito mecánico. Pero no es así. Es él. Sebastian. La última vez te dejó destrozada. No sé qué has hecho con esos recuerdos, si los has reprimido, los has maquillado o qué. Pero lo hizo. No es trigo limpio.

Laura pisa el freno porque, mientras Lou hablaba, la velocidad ha subido a noventa. No recuerda haber conducido los últimos kilómetros.

—Eso fue hace veinte años —dice luego—. No soy la misma persona que entonces. Él tampoco es el mismo. Ahora somos adultos.

—¿Por qué vino aquí, y sin decirte nada? ¿Se lo has preguntado?

Laura se desplaza hacia el carril exterior pero derrapa un poco. Lou se agarra a la parte inferior de su asiento mientras se alejan de la barrera.

—¿Se lo has preguntado, Laura?

El sudor recorre su columna vertebral. Se ha hecho la misma pregunta muchas veces, sobre todo de madrugada. La mayoría de las noches se despierta justo después de las dos, incapaz de volver a dormir hasta que los pájaros se ponen a cantar y la arrullan de nuevo.

—Supongo que quería verme.

—No soportaba estar sin ti.

—Vete a la mierda, Lou. —Suena más agotada que otra cosa.

—Solo quiero saber cuál es el objetivo final. ¿Vosotros dos os juntáis, después de darle la patada a Nick y a Madison? Todo esto tendrá consecuencias, y no estás pensando en ellas. No te da la gana. Y, además, ¿sabes qué? Ni siquiera creo que quieras estar con él de verdad. Creo que en el fondo sabes cómo es, que nunca querrá a nadie como se quiere a sí mismo, que es un pedazo de falso, y un mimado, ¿y sabes qué más? Que no es nada guay.

—¿Qué?

Lou se ha puesto furiosa. Tiene el mismo aspecto que cuando está achispada, discutiendo sobre política con alguien en el pub, con la

barbilla levantada y señalando con el dedo. Resulta entrañable hasta que desata su cólera sobre ti.

—Que no mola. Es pura fachada. No tiene sustancia. Siempre lo he pensado, desde el momento en que lo conocí en la universidad.

—Ojalá todos tuviéramos tu capacidad de percepción.

Lou hace caso omiso del comentario.

—Lo recuerdo como si fuera ayer. Estábamos en el Vic, y él llegó con esos imbéciles del equipo de hockey, ¿o era de lacrosse? Acababan de volver del puto Loughborough o algo así, uno de esos sitios donde iban a jugar, habían ganado y estaban todos felicitándose. Y él entró y todos le dieron una palmada en el hombro. ¿Recuerdas que le llamaban Al, por Al Pacino, y les parecía divertidísimo?

—En realidad era por Al Capone.

Lou resopla.

—Madre mía, qué tontos eran casi todos. Pero, en fin, podía entender que les resultara exótico. Y a ti también. Era tan escurridizo. Había ciertas cosas de él que sonaban muy glamurosas: que básicamente era el único americano del campus, que siempre tenía dinero, que había entrado en Yale, bla, bla, bla. El material romántico perfecto para ese dichoso diario tuyo, porque no había nada sólido en él. Era como un maldito fantasma. Podías rellenar los espacios en blanco tú misma. ¿Recuerdas que siempre estuviste obsesionada con la idea de conocer al gran amor de tu vida en la universidad? Siempre hablabas de esa estadística, de que el setenta por ciento de la gente conocía a su media naranja en la universidad o no sé qué.

—No estaba siempre hablando de eso.

—Anda que no. Íbamos al Lemmy y tú mirabas la cola de la barra y yo pensaba: «Por el amor de Dios, otra vez está buscando a su alma gemela».

De repente, Laura se echa a reír. Lou se vuelve hacia ella con total asombro y empieza a reírse también. En cuestión de segundos, se están desternillando las dos, y tiene que secarse las lágrimas para poder ver la carretera.

—¡Para, para! —chilla Lou—. Vamos a morir. Nos vas a matar. Aunque al menos le ahorrarías el trabajo a Madison.

Se parten en un nuevo ataque de risa. Laura no está segura de si está llorando o riendo. Se siente abrumada, la emoción se desborda y corre el riesgo de ahogarla. Cuando se acerca la señal del aeropuerto, gira el volante hacia la derecha. El claxon de una furgoneta las hace gritar a ambas. Lou baja la ventanilla y saca el brazo con el dedo corazón levantado. El pelo le cae en la cara y se le pega a los labios. El conductor de la furgoneta pita con aprobación.

—Me encantan los italianos —dice Lou, secándose las lágrimas—. Tal vez debería venir a vivir aquí.

—Si lo haces, te prometo que no me acostaré con Bastian.

A su lado, Lou se queda quieta.

—Es broma, es broma.

—De eso nada. Sé perfectamente que lo vas a hacer. Hay un aire de inevitabilidad absoluta en el ambiente.

Ninguna de las dos dice nada durante un rato. El terreno es aburrido, llano y está salpicado de granjas feas. De repente, todo parece extraño e inquietante: las torres de alta tensión rojas y las gasolineras de mala muerte, la barrera de seguridad pintada en blanco y negro, rayada y abollada tantas veces. En Inglaterra la habrían cambiado.

Piensa en lo que le había dicho antes Lou: «Vuelve conmigo». Ahora mismo, le gustaría poder hacerlo. Si tuviera su pasaporte, cree que lo haría. Suele llevarlo, por costumbre, desde los primeros días en que siempre se lo pedían como identificación para abrir cuentas bancarias y demás, pero hoy no. Se había cambiado de bolso cuando fueron todos a Urbino, por estar elegante para Madison. Qué ironía, en realidad.

—No hace falta que entres —dice Lou mientras se desvían hacia la zona de salidas. *Partenze*. Separarse.

Las lágrimas que amenazaban con derramarse cuando se reían vuelven a acumularse detrás de sus ojos.

—¿Estás segura? —pregunta, aunque lo que le gustaría de verdad es insistir, no hacer ni caso a Lou, encontrar una plaza de aparcamiento y despedirla como es debido.

—Sí, de verdad. No tiene sentido que pagues. Entraré directamente, me tomaré una copa de vino, me compraré un Toblerone enorme, lo de siempre.

Laura se detiene en el lugar donde otros coches están dejando a sus familiares, donde los maleteros están abiertos y se llenan los carritos. Observa a dos viejecitas abrazadas, junto a una anticuada maleta de cuero en la acera. Ambas sostienen pañuelos blancos. No sabe si son hermanas o amigas desde hace muchas décadas. Se pregunta de qué se arrepentirán.

—Debería haber parado en esa panadería —dice mientras Lou abre la puerta.

Ella se da la vuelta.

—¿Qué?

—Debería haberte comprado otro pastel.

—Ya te he dicho que pillaré algo allí. No te preocupes más. —Su voz suena más suave ahora.

Laura sale del coche, pero Lou ya ha sacado su equipaje del maletero.

—Bueno, pues nada.

Se quedan a un metro de distancia.

—No me odies, por favor —le suelta Laura—. Los últimos años han sido muy duros. Esta es la primera vez que me siento como yo en mucho tiempo. La primera vez que me siento viva.

Lou exhala un suspiro.

—Si ya no quieres a Nick, si lo que quieres es dejarlo, sabes que me tienes para lo que necesites. Puedes dormir en mi sofá cama hasta el fin de los tiempos. No es porque tengas una aventura. Sé que no debería decirlo porque aprecio a Nick, pero fue un puto inútil cuando te hiciste la in vitro, aunque fue él quien la quiso, y podría haberlo estrangulado con gusto por coquetear con esa compañera de trabajo, si me hubieras dejado. Si vamos a sincerarnos, te confieso que nunca creí que fuera el indicado para ti. Nunca te hizo brillar. Creo que tú también lo sabes, en el fondo de tu corazón. Así que, si quieres seguir adelante con otra persona, te apoyo totalmente. Pero con él no. Te lo repito: ese tío no es trigo limpio. Nunca lo ha sido.

—Lo dices mucho, pero no sé a qué te refieres. Sí, me rompió el corazón cuando volvió a Estados Unidos, pero sabía que tarde o temprano iba a volver. No fue nada inesperado.

—Sé que al final no parabas de llamarlo. Y mira, también sé que le escribiste cartas. Una vez vi una, antes de que la mandaras. Siento haberla leído, pero estaba muy preocupada por ti. Le preguntabas por qué nunca te respondía a nada.

—Me advirtió que iba a hacerlo. Decía que era la única manera de superarlo.

—¿En serio? ¿Te acabas de inventar eso? Creo que ya no sabes qué ocurrió en realidad y que lo has imaginado para transformarlo en algo mejor de lo que fue.

—Me estás pintando como un ser patético. No me parece que sea la mejor táctica para alejarme de él. —Le tiembla la voz, pero es por tragarse las lágrimas de nuevo.

La cara de Lou se endurece en respuesta. Levanta el asa de su pequeña maleta y tira de ella cuando se atasca.

—Es que no deberías acercarte a él, coño. Joder, eres la romántica más empedernida que conozco. Seguro que desempolvaste tus viejos diarios cuando empezó todo, ¿a que sí? En busca de pruebas de que siempre estuvisteis destinados a estar juntos. Pero sin duda se te ha olvidado que no escribiste nada durante semanas después de que terminarais, cuando todo se fue a la mierda. En ese momento te dije que lo pusieras por escrito, que podría servirte de catarsis, pero te negaste diciendo: «¿Por qué iba a querer acordarme de esto?». Entonces me pareció justo, pero ahora te digo para que conste, para que lo apuntes en tu fantasioso historial, que ese tío no es buena persona.

Laura quiere taparse los oídos. Desplaza su peso de un pie a otro porque el instinto de huir, de volver al coche y alejarse de lo que Lou puede estar a punto de decir, es demasiado fuerte.

—Tengo un recuerdo muy claro de una noche que nos acercamos a él y a sus amigos en una discoteca —continúa Lou—. Tú le tocaste el hombro, él miró y vio que eras tú, pero estaba hablando con otra persona. Entonces extendió la mano como si te diera el alto y siguió con su conversación. Te quedaste allí esperando detrás de él, con una sonrisa fija en la cara, unos seis minutos.

—¿Y esa es tu prueba? ¿Que fue un poco idiota en una discoteca hace veinte años? ¿Quién no lo era?

Lou niega con la cabeza.

—No, no. No estoy hablando de esa noche. Ese tipo de cosas eran habituales en él.

—¿Y qué me quieres decir? —Agita y aprieta las llaves del coche, clavándose los bordes afilados en la palma.

—¿Hablas en serio? —Lou está muy enfadada, con las mejillas sonrojadas. Cuando se aparta el flequillo de la frente, le tiembla la mano—. Mira, no quería sacar el tema, porque te sentó muy mal, pero seguro que recuerdas aquella noche en casa de Theo, por su cumpleaños. Sé que me hiciste prometer que no volveríamos a hablar de ello, pero no imaginaba que lo habías enterrado tanto como para fingir que no ocurrió.

Laura se queda sin aliento.

—Oye —se las arregla para decir—. Déjalo, por favor. Todo eso fue hace mucho tiempo. —Intenta sonar impaciente, casi aburrida, pero parece desesperada.

Lou entorna los ojos al sol.

—Ojalá me hubiera quedado. Intenté compensártelo después, pero nunca me lo he perdonado. Ni siquiera te dije que me iba a casa. —Su voz es apenas audible por encima del estruendo de la *autostrada*, de los gritos de despedida de los desconocidos y del aterrizaje de un avión.

—Esa noche íbamos muy ciegos. Como todo el mundo.

—Entonces, ¿te acuerdas?

Laura se ajusta la correa de la sandalia para evitar la mirada de Lou.

—Me parece que estás exagerando un poco. Siempre le tuviste mucha manía al grupo de Bastian. Nunca le diste una oportunidad porque sabías que tenía dinero. Todo eso de la heroicidad de la clase trabajadora, igual que Nick, aunque al menos él lo es. No como tú, con tus lecciones de violín y tu plaza en un buen colegio. Como si tu madre no fuera la subdirectora. —Se dice que Lou se lo merece.

—Claro, porque esto va de mí y mis complejos. Te estás engañando

a ti misma, Laura. —Parece que va a llorar y, de repente, toda su ferocidad se desvanece—. Estoy muy preocupada por ti.

—Bueno, pues no lo estés. No lo necesito.

Tres bocinazos breves les hacen darse la vuelta. Es un taxi, y Laura se da cuenta de que ha aparcado en una parada, de que todos los demás coches son taxis también. Levanta un dedo.

—Tengo que irme —dice Lou, secamente.

—Lo siento. Es que… ¿Recuerdas aquella noche que estuvimos en el tejado? Vimos una puesta de sol increíble.

Lou suspira.

—La verdad es que no. ¿Te refieres a la casa del tercer año?

—Tienes que acordarte. —Hay una nota de súplica en su voz—. Te dije que teníamos que recordarlo, porque fue un momento especial. El más especial, una especie de revelación extraña de que estábamos al principio de todo. Como en el umbral de nuestras vidas, o algo así.

—Vale, tal vez. Me suena.

—Me sentía tan viva. Quiero volver a sentir eso.

—Pero no puedes volver al pasado. Ni tú ni nadie. La mayoría no queremos hacerlo. Siento decírtelo, Laura, y lo hago con cariño, pero tienes que madurar.

El taxista vuelve a tocar el claxon.

—Será mejor que te vayas. —Lou señala el coche con la cabeza—. Hablamos esta noche, ¿vale? Te llamaré por Skype cuando llegue a casa.

Hacen una pausa. A Laura le arde la cara. Le falta el aire y no sabe si es por el dolor, la furia o la humillación. Están demasiado lejos para abrazarse sin que una de ellas se acerque a la otra, y se alegra de ello. Lou tampoco se mueve. Laura sabe que no hablarán esta noche.

Cuando Lou desaparece tras las puertas automáticas, Laura no vuelve a la carretera directamente. Conduce hasta el rincón más tranquilo del aparcamiento gratuito y se permite llorar durante cinco minutos, cronometrando el tiempo con el reloj del salpicadero. Después se dice a sí misma que Lou no tiene derecho a juzgarla, que ha sido una amiga de mierda y que tal vez haya llegado la hora de distanciarse. Pero nada de eso es cierto. Lo que realmente siente es abandono.

El viaje de vuelta a la villa lo hace con el piloto automático. Solo se da cuenta de dónde está cuando la salida de Castelfranco le refresca la memoria. De repente se resiste a enfrentarse a los demás, con los ojos todavía rojos y las ganas de llorar aún no reprimidas del todo, y decide conducir hasta el pueblo, quizá para tomarse un café. De todos modos, no les vendrían mal unas cuantas provisiones, y puede que

ahorrarle ese trabajo a Nick suavice las cosas con él.

Por fortuna, la plaza central está vacía, aunque ya han comenzado los preparativos para la *festa* anual: unos obreros sacan postes metálicos de la parte trasera de una furgoneta en la esquina opuesta y los altavoces están montados en las farolas. Son más de las tres y el sol cae con intensidad. Se posa en los tejados como un reflector, dándole un aire aturdido a todo el lugar. Los puestos del mercado se han retirado y solo quedan unas pocas mesas ocupadas en la terraza de la cafetería. Un cliente solitario destaca entre los ancianos lugareños con su chaqueta clara y su sombrero de Panamá. Ivan. Laura lo mira, decidiendo si hacerse la loca, pero entonces la saluda con la mano. Mientras se acerca, se da cuenta de que se alegra de que la haya visto antes de que pudiera huir. Posee una cualidad sosegada que la tranquiliza.

—¿Cómo estamos? —le dice, con su pintoresca manera de hablar, desfasada—. Pareces un poco perdida.

Ella sonríe, nota que debe resultar poco convincente, piensa en Lou y se encuentra de nuevo al borde de las lágrimas. Sabe que en parte se debe a sus hormonas mensuales y en parte a una especie de duelo.

—Ay, madre mía —dice Ivan, poniéndose de pie. Laura sabe que va a entregarle un pañuelo perfectamente limpio antes que lo saque.

—No me hagas caso, estoy haciendo el ridículo. —Se ríe con voz temblorosa y se enjuga los ojos mientras Ivan le hace una señal a la hosca camarera.

—¿Qué te apetece? ¿Nos tomamos un prosecco? —Parece un niño cuando sonríe.

—No debería.

—Pero ¿te gustaría?

Ella acepta el ofrecimiento, y él pide algo en un italiano rápido.

—Me temo que será solo una copa. Tengo que conducir. —Laura se hunde en la silla, obligándose a aflojar los hombros—. No quiero acabar como el del Alfa Romeo que se salió de la carretera.

—Ah, sí. Lleva mucho tiempo ahí tirado. Raoul decía que era una obra de arte, un símbolo de la corrupción de la que parece incapaz de librarse Italia. Durante un tiempo habló de llevárnoslo al jardín, para colgarlo como si fuera una instalación. —Le brillan los ojos al verla reír—. Afortunadamente, no sucedió. Y según las malas lenguas, si sigue allí no es porque la policía no se moleste en retirarlo, sino a modo de advertencia.

—¿Cómo?

—De una familia a otra. Una venganza laberíntica de la que nadie recuerda el origen. «Dos familias iguales en nobleza en Castelfranco, lugar de estos amores». O puede que no tenga nada que ver.

—Pero si hubiera alguna enemistad real, más motivo para que la

policía se lo llevara de ahí.

—A menos que un alto mando de la policía sea miembro de la misma familia. —Al ver su reacción, Ivan enarca las cejas con una sonrisa.

Cuando llega la camarera, le quita la botella de las manos para servirla él mismo.

—Siempre la derrama —le explica a Laura en confidencia después—. Creo que lo hace a propósito. No le gustan los forasteros.

—Los extraños.

—Sí. —Alza su copa—. Por los nuevos amigos, que ya no son extraños.

Brindan, y Laura se da cuenta de que empieza a soltarse por primera vez en todo el día. El prosecco es bueno, con el punto justo de astringencia y temperatura. Con los brazos apoyados en la mesa, siente frío donde tocan el metal y calor donde les da el sol. Cierra los ojos.

—Vengo del aeropuerto.

—Ah, ¿se ha ido tu amiga? Me cae bien. Es muy graciosa.

—Sí, voy a echarla de menos. Aunque…

Ivan no dice nada cuando ella se calla, y se hace el silencio durante un rato. No es habitual sentirse tan cómodo con alguien a quien se conoce desde hace tan poco tiempo.

—Ya la echo de menos —prosigue Laura—. Y la he echado de menos todos los días desde que llegamos aquí, pero también es un alivio que se haya ido. Me estaba dando la paliza con algunas cosas, y ahora mismo no puedo con eso. Ya tengo bastante con los huéspedes.

Ivan asiente con la cabeza.

—Quizá, cuando vengan más huéspedes, te convendría guardar las distancias con ellos. Sería más fácil, menos… agotador. Cuando os conocí a Madison y a ti, habría jurado que erais amigas íntimas de toda la vida.

—Creía que Madison iba a caerme mal, pero en realidad me cae bien —dice Laura sin querer.

—A mí también. Cuando llegué a la cena pensé: «¡Qué mujeres tan estupendas!». Pero yo siempre he adorado a las mujeres. Lástima que no quiera acostarme con ellas.

Laura se ríe.

—Es lo que decimos siempre Lou y yo. Los hombres tienen un montón de defectos.

—Sí. Los tenemos. —Ivan le llena la copa de nuevo—. Puedes dejar el coche aquí si quieres. Giulia vendrá a recogerme dentro de un rato. Podemos llevarte. Pero solo si te apetece, claro.

Laura asiente, sonriendo:

—Me encantaría, gracias.

—Hubo una mezcla interesante de gente la otra noche —comenta él al cabo de un momento—. Me sorprendió ver a Angelo allí. Supongo que lo invitaría Nick.

—Ah. —Ella se endereza un poco—. Pues él me dijo que fuiste tú. Bueno, más o menos. ¿Algo de que ya habías cenado con Angelo? Nick no fue muy claro. Y luego, cómo no, tuvo que venir la novia también. Creo que no pronunció ni una palabra en toda la noche.

Ivan se quita las gafas de carey y se pone a limpiarlas con su camisa.

—Angelo no es amigo mío, como creo que te dije ya, pero vale la pena llevarse bien con él. Facilita las cosas por aquí. Estábamos hablando del coche que se salió de la carretera…

El prosecco ya ha empezado a relajar a Laura, pero eso la arranca de la agradable bruma.

—¿La familia de Angelo es la de la *vendetta*?

—¿Sabes qué? Creo que la mitad de todo eso son cuentos creados para los extranjeros como nosotros, que hemos visto las películas de *El padrino* demasiadas veces. Pero lo cierto es que su familia es muy importante en estos pagos. Se meten… ¿Cómo se decía? Están metidos en todas las salsas. —Señala a los hombres que están montando una especie de escenario alrededor de los postes—. Esos trabajan para Angelo, por ejemplo.

Laura endereza un poco la espalda.

Ivan continúa:

—Mientras te lleves bien con él, no te pasará nada. ¿Qué te parece su trabajo? Me está insistiendo para que le deje llevar a cabo algunos proyectos. Como te comenté, estoy deshaciéndome de los peores excesos de Raoul, pero aún no estoy seguro de si rendirme ante él.

—Pues en realidad no ha hecho gran cosa, pavimentar un poco la zona de la piscina, que no pudo terminar el albañil que teníamos antes. Pero he estado discutiendo mucho con Nick por eso. Resulta que ha pagado por unas obras de las que yo no sabía nada. Me cabrea que sea incapaz de imponerse ante los hombres como Angelo. No es que le debamos algún favor, así que ¿por qué no le dice simplemente que no?

Ivan frunce el ceño ante su copa.

—Perdona, me estoy enrollando. Es que… —Laura hace una pausa, pero lo dice de todos modos—: Bueno, que nuestros ahorros no son infinitos. Si vamos a gastarnos el poco dinero que tenemos, quiero que sea en cosas para los huéspedes, en algo que nos haga ganar más dinero, no en un pozo.

—No, qué va… No te enrollas —Ivan repite la expresión de Laura —. Es que pensaba que Angelo iba a haceros muchas obras.

—Ah. —Laura no sabe qué decir. La confusión le atenaza el pecho

—. Pero eso no puede ser. A ver… —Se queda sin palabras.

Ivan levanta las manos.

—A lo mejor estoy equivocado. —Da un sorbo a su prosecco y parece decidirse—. No, mira, en realidad, estoy seguro de que no. El propio Angelo mencionó hace meses que iba a hacer un trabajo en Luna Rossa.

A Laura se le comprime aún más el pecho. Se obliga a exhalar lentamente. Cuando Ivan le tiende la botella de prosecco, asiente agradecida.

Después de que Ivan y Giulia la dejan y se marchan, Laura se queda en el camino de entrada durante un buen rato. Ya atardece, y las sombras se han alargado. La que proyecta el ciprés se extiende casi hasta la pared donde estaba el hueco, como un largo dedo señalando: un recordatorio de que hay que tener cuidado.

No necesita que se lo recuerden. La casa, de color rosicler bajo la intensa luz, parece tan parte del paisaje permanente como las rocas y los olivos. Desde este ángulo, con el coche de los americanos más allá de su visión periférica, podría parecer abandonada, aunque pintoresca. Una de las tejas se ha deslizado como un diente torcido.

Se le ocurre que, si se marcharan mañana, Luna Rossa sería igual que Casa Giuseppe. La gente se pasearía por sus habitaciones e inventaría historias sobre lo que pudo haber pasado para que los últimos ocupantes huyeran de esa manera. Piensa en Giuseppe (mejor dicho, en Nico, el equivalente italiano de Nick, como se da cuenta entonces) y se pregunta si estará muerto. Piensa en la *vendetta*.

Nick está en la cocina, cortando hierbas. La cocina está llena de su vívido aroma y él tiene las yemas de los dedos verdes. La mira cuando ella deja el bolso, pero no dice nada. Le dan ganas de volver a salir de la villa y bajar por la calzada romana hasta llegar a la casa de Ivan. Sabe que allí será bienvenida. Giulia la llevaría a la habitación de invitados. Las sábanas estarían planchadas y frescas. El suave zumbido del costoso aire acondicionado la arrullaría en un sueño sin sueños.

—Empezaba a pensar que te había pasado algo —dice él finalmente.

—Te escribí para avisarte de que me había encontrado con Ivan.

—Eso fue hace mucho rato. ¿Te has pasado del límite de velocidad?

—No, me han traído. Dejé el coche en el pueblo. —Piensa en iniciar la conversación que tienen pendiente y siente otra oleada de cansancio—. ¿Quieres que te eche una mano?

—No, gracias.

—Venga, déjame. —Abre el lavavajillas y saca el cajón superior,

con los vasos limpios tintineando.

—Déjalo, ¿quieres? Lo estoy haciendo yo.

—Nick, déjame ayudar. No seas tan mártir. —Lo dice sin poder evitarlo.

Él deja el cuchillo, se limpia las manos con precisión con un paño de cocina y se vuelve para mirarla, apretando los labios.

—¿Estás borracha?

—Estoy un poco achispada. Me tomé unas cuantas copas de prosecco en la plaza. Sentía que lo necesitaba.

—Sí, ¿y por qué? —Se cruza de brazos.

Ella le mira a los ojos. Quizá sea el alcohol que todavía circula por su sangre, o quizá porque Nick es un remilgado, pero ahora ya no tiene ganas de huir.

—Escucha, sé que estás enfadado conmigo porque he regresado tarde y porque crees que no estoy dando la talla…

—Hay algo más que eso —la interrumpe él.

—Pues hala, suéltalo ya. Vamos a hablarlo.

Bastian aparece en la puerta. Ninguno de los dos había oído su llegada.

—Hola, has vuelto —le dice a Laura. Le sonríe como si Nick no estuviera allí. Parece evidente que hay algo entre ellos.

—Danos un momento, ¿vale, amigo? —La voz de Nick rezuma frialdad. Hay tanta hostilidad en esa última palabra que Laura se pregunta qué es lo que la espera.

—¿Estás bien, Laura? —Bastian hace caso omiso de Nick. No para de mirarla.

Ella mira instintivamente hacia su marido. Sigue con los brazos cruzados, pero ha cerrado los puños.

—Sí, estoy bien —se apresura a responder, resistiendo el impulso de echar a Bastian de allí—. Estoy muy bien. La cena estará lista dentro de una hora. —No tiene ni la menor idea de si es cierto, pero está desesperada por deshacerse de él antes de que Nick estalle. Casi nunca pierde los nervios, pero cuando lo hace es a lo bestia—. Luego os llamo, ¿vale?

Bastian se despide con un gesto y se marcha, gracias a Dios.

—Es la hostia —dice Nick cuando se quedan solos.

—¿El qué?

—Cómo te mira, como si ya te hubiera pasado por la piedra.

—Nick…

—Ja, no te hagas la inocente. Está claro que te encanta.

Odia que se burle así de ella. Sabe que es porque está herido y necesita que le tranquilicen, pero le inspira la reacción contraria en el peor momento posible.

—No seas así, por favor.

—¿Así cómo?

—Tan agresivo. Tenemos que hablar como es debido.

—¿De él? —Nick traga saliva mientras espera su respuesta. Cada uno está tan asustado como el otro, aunque por cosas diferentes.

—No, de él no. —Laura se obliga a mirarle a los ojos—. No seas ridículo. De algo que dijo Ivan. Sobre Angelo.

Nick se vuelve hacia la tabla de cortar pero no coge el cuchillo. Está tenso, esperando averiguar lo que sabe ella, lo que ha descubierto. Ella tiene la sensación de que el suelo empieza a abrirse bajo sus pies, revelando un sumidero que ha estado ahí todo el tiempo.

Laura se acerca al mostrador para poder verle la cara.

—Ivan parece tener la impresión de que Angelo ha estado metido en esta casa desde hace mucho. Que fueron sus hombres los que hicieron la piscina, en lugar de los de Massimo. Me habías dicho que solo iban a acabarla. ¿Es que era mentira? —Se le ocurre algo más—. ¿De verdad estaba enferma la mujer de Massimo, o te lo inventaste porque habías quedado con Angelo en el bar y le diste todo el trabajo a él? —Puede imaginar la situación: Nick intentando alardear, mostrar que tenía dinero para gastar, que estaba a cargo de este gran y ambicioso proyecto. Le recuerda a su propio correo electrónico a Bastian.

Nick nunca había sido un buen mentiroso. Parece un niño atrapado, agobiado por los remordimientos y la tristeza. Ahora parece más culpable de lo que esperaba, y eso la tranquiliza.

Le viene otra cosa a la cabeza. Ha dejado que todo lo de Bastian, Lou y demás la distraiga.

—Nick, mírame.

Lo hace, pero solo un instante. Ahora tiene el rostro pálido donde antes estaba rojo.

—Tommaso me dijo algo raro la semana pasada. Sobre las lindes.

Ve a su marido revolverse como si fuera a huir si pudiera. Por el contrario, abre la nevera de un tirón, saca una cerveza y se bebe la mitad de un trago.

—Nick, me estás asustando. El año pasado te dije que no podría soportar que me ocultaras cosas otra vez.

Él deja la botella con un fuerte tintineo. La cerveza empieza a burbujear y tiene que taparla con la boca. La escena parece una broma de mal gusto.

—No pasa nada —responde—. Ya lo he solucionado. Hubo un pequeño problema, pero ya está bien. No era tanto una cuestión de lindes, aunque había algo de eso porque… —Se queda callado.

—Espera, ¿qué? Lo que dices no tiene sentido. Empieza por el principio.

—¿Seguro que quieres hablar de esto ahora? Tengo que preparar la cena. Dijiste que estaría lista dentro de una hora.

—Olvídate de la cena. Puede esperar.

Lo lleva afuera para que no los escuchen. Nick se aferra a su cerveza. A Laura le gustaría tomarse una también, pero quiere tener la cabeza despejada. Todo rastro de la bruma del prosecco ha desaparecido.

Se sientan en los extremos de dos tumbonas junto a la piscina, ambos de cara a las vistas. Hay un silencio entre ellos durante un rato y luego, tras un largo suspiro, Nick empieza a hablar.

—Este lugar te encantó desde el principio. Te enamoraste de él. Los dos estábamos cabreados por habernos perdido conduciendo y tú parecías hecha polvo. Estaba preocupado por ti y por el…

—El embarazo. —No llegó a ser un bebé.

—Sí. Entonces llegamos aquí y te iluminaste. Parecías la misma de siempre. Y recordé que, después de que el embarazo no funcionara, y de que encontraras… los mensajes, pensé: «Al menos puedo darle la villa. Eso está en mi mano». Sentí que te lo debía, después de todo lo que habías pasado, todo lo que te hice pasar.

Laura considera la posibilidad de acercarse a él y decirle que no le debía nada, que habían tomado una decisión conjunta sobre la fecundación in vitro, que su conato de aventura con la compañera de trabajo estaba casi olvidado, pero no se mueve. En su lugar, mantiene la mirada fija en el paisaje, su amado paisaje. Ahora está casi totalmente en sombra, adoptando su misterioso aspecto nocturno. Solo una pequeña parte de las laderas más altas sigue bañada en luz dorada.

—¿Esto es nuestro? —pregunta ella.

Él gira la cabeza.

—¿Qué quieres decir?

—Las vistas. Luna Rossa. ¿Nos lo podrían quitar? —Vuelve a pensar en aquellos sueños de jubilación en España, en las excavadoras y las bolas de demolición.

—Por supuesto que es nuestro. ¿Qué quieres decir con eso? —La irritación ha vuelto a aparecer en su voz, pero ella sabe que no es lo que parece, que está intentando ocultar el pánico con una demostración de impaciencia.

—Tienes miedo, Nick. Y como no sé por qué, supongo que me estoy poniendo en lo peor. Sabes que odio las sorpresas. Mira, te lo pido por favor, ¿podrías contarme bien lo de Angelo? Nada de lo que has dicho tiene sentido. Me hace pensar en todas esas veces que te ibas a ver al notario y me decías que me quedara porque sabías que me estresaba el tema legal.

—Mira, eso no tiene nada que ver con esto. Lo de Angelo es una

cosa aparte. Luna Rossa es nuestra. Tengo todo el papeleo. Hubo que pedir una traducción jurada al inglés porque mi italiano no estaba a la altura. ¿Te acuerdas?

Ella asiente con la cabeza.

—De acuerdo. Y ahora, lo de Angelo. —Deja escapar un largo suspiro—. Conocí a Angelo en un bar, como te dije. Parecía saber quién era yo, pero supongo que no hay muchos ingleses que se compren casas aquí. No estamos en la Toscana. Empezó de manera amistosa, diciendo que conocía bien Luna Rossa, que había jugado aquí de niño porque su tío, o puede que fuera su tío abuelo, había vivido cerca, donde tenía una granja.

—¿Dónde?

—No estoy seguro. No lo tenía claro. El caso es que la granja ha desaparecido. Se derrumbó en un terremoto en los años setenta. O estaba tan dañada que hubo que derribarla. No lo entendí del todo bien, pero creo que hubo un derrumbe, puede que fuera inestable. Por cierto, también dijo que las lindes eran diferentes en esa época: que Casa Giuseppe y el almacén que había detrás eran de su tío. Estábamos sentados en el bar, me acuerdo perfectamente, y apenas podía oírlo entre los comentarios del fútbol, la cafetera en marcha y los gritos de todo el mundo, ya sabes cómo son.

»Hizo un mapa con mi vaso de cerveza y su taza de café. Mi vaso era Luna Rossa; su taza, Casa Giuseppe. Luego trazó una línea irregular con el azúcar, indicando las lindes. No tenía ningún sentido lógico. El olivar era de Luna Rossa, por ejemplo, pero los edificios de al lado no lo eran. El caso es que su tío o quien fuera tenía un hijo. Angelo se refería a él como su primo. *Cugino*. Ese era Nico.

—Pero entonces nos lo habrían dicho antes de la compra. Si no, Angelo te estaba mintiendo, o se equivocó. El abogado y el notario lo habrían mencionado. —Habla con más seguridad de la que siente.

Nick se pasa las manos por el pelo.

—Lo mencionaron.

—¿Qué?

—Se comentó hacia el final. No te lo conté porque, bueno, por lo que te dije antes. Pensé que no necesitabas saberlo, a menos que fuera un marrón muy gordo, algo que rompiera el trato. Y no lo fue. Hubo que resolver un montón de detallitos. No te lo dije todo porque no vi la necesidad de preocuparte. Quería quitártelo de encima.

—Pues esto no parece un detallito.

—Bueno, eso es lo que me han dicho.

—¿Entonces los anexos son nuestros o no?

—Como si lo fueran. Lo serán.

—¿Lo serán? Nick, no lo entiendo. —Le dan náuseas y se marea, los adoquines se desplazan ante sus ojos como placas incrustadas en la

tierra.

—Aquí hay una regla de diez años. Nico heredó las tierras de su padre. La casa principal ya había desaparecido, pero estuvo un tiempo viviendo en lo que llamamos Casa Giuseppe. Luego se marchó del pueblo, la casa quedó abandonada y, más de cuarenta años después, aparecimos nosotros queriendo comprar. El agente inmobiliario me dijo, creo que de buena fe, que los edificios anexos pertenecían a Luna Rossa. La anterior propietaria no hizo nada con ellos, pero parece ser que le aseguró al señor Ricci que eran suyos. Quizá era lo que pensaba. Y como no había nada más aquí arriba, tenía lógica.

—Pero ¿no eran suyos?

—No, es posible que no. Pero la cuestión es que Nico se habrá muerto ya: tenía más de treinta años cuando se fue y no se ha sabido nada de él desde entonces. Si hasta Angelo lo tiene asumido. Ya sea por una antigua *vendetta*, seguramente inventada por el mismo Angelo, o de viejo. Y si no está muerto, no ha vuelto por aquí en medio siglo. ¿Por qué iba a hacerlo ahora?

»Bueno, pues resulta que existe una ley para resolver el asunto de la propiedad, lo de los diez años. Si Nico no reclama su parte del terreno dentro de diez años, nueve y medio ya, entonces pasa a ser nuestra seguro. Pero a todos los efectos lo es. No va a venir.

Laura se obliga a exhalar lentamente. Tal vez no sea algo tan horrible.

—A ver, deja que lo entienda. En el peor de los casos, Nico podría regresar milagrosamente y reclamar Casa Giuseppe, así que no podríamos convertirla en alojamiento para invitados. ¿Es eso? Porque sería un fastidio, pero no afectaría a Luna Rossa. Seguiríamos teniendo todo esto. —Señala las vistas, el pino cubierto de nubes, la flamante piscina.

Nick hace una pausa.

—Bueno, en un sentido estricto, no. Pero no llegaremos a eso. Ya verás que no.

Ella le observa la cara. Ahora que el sol ha caído por debajo del horizonte, ha adquirido un tono blanquecino. Al igual que el jardín se ha vaciado de color a medida que la noche se desliza sobre él, también lo ha hecho Nick.

—Todo el mundo hablaba de los otros edificios como si fueran lo único que importaba. Y como tú, supuse que la disputa de lindes estaba resuelta. No me preocupé de verdad hasta que Angelo dibujó ese mapa en el mostrador, así que volví al notario… Eso sería a finales de abril. Entonces vi todos los papeles, y un mapa real con una línea roja que mostraba qué pertenecía a quién, pero nadie me lo había enseñado antes. Cuando se lo dije, me contestó que nunca se lo había pedido. No sé, puede que solo les dieran importancia a los edificios

porque aquí la tierra es barata, y demasiado rocosa para cultivar. Están acostumbrados a las vistas, no las ven como nosotros. —Apura su cerveza y deja mal la botella, que rueda bajo la tumbona.

—¿Entonces dónde están las lindes?

Nick se da la vuelta con determinación y señala el lugar donde cenan todas las noches.

—Pasa por el medio de la pérgola. Desde ahí hasta la casa es de Luna Rossa. También lo son el camino y los olivos a ambos lados. Todo lo que hay entre la casa y la carretera básicamente.

—Pero ¿y este lado? —A Laura le sudan las manos—. ¿Aquí mismo, donde estamos sentados?

Nick niega con la cabeza.

—Todavía nos quedaría un acre más o menos. Es decir, eso no va a suceder, pero sí.

—¿Al lado de la carretera? ¿O si cortamos un montón de olivos centenarios? No creo que se nos permita hacer eso, ¿verdad? Así que en realidad tenemos una casa, un camino y nada más. Y encima, si Nico decidiera volver, le habremos construido una piscina preciosa gratis.

Piensa en enfadarse con Nick por ocultarle todo esto, pero no tiene la cabeza para hacerlo. Ni la energía. Siguen sentados en silencio. Todo le da vueltas. Una pequeña parte de su cerebro se pregunta vagamente qué estarán haciendo Madison y Bastian, si habrán bajado a la cocina para encontrar la cena a medio hacer, pero no se ve ni un alma, como en el bergantín Mary Celeste. Sus procesos mentales son lentos, pero poco a poco, despacio, se percata de otra cosa alarmante.

—Si Nico muere, ¿sus propiedades no pasan a ser de su familia? ¿No pueden reclamarlas ellos?

—Tal vez, si estuviera definitivamente muerto. Pero tiene que haber pruebas. Y no las hay. Se supone que está vivo a menos que se demuestre lo contrario.

—Pero tendremos que preocuparnos por si regresa, o de que aparezca muerto, durante los próximos diez años.

Parece que Nick va a negarlo, pero luego agacha la cabeza.

—Sí, más o menos. —Va a cogerle la mano, pero no se atreve—. Y ahí es donde entra Angelo. Dice que su familia ha estado buscando a Nico todo este tiempo, que su pérdida ha sido algo muy doloroso para ellos porque no han podido llorarle como es debido. En el bar insinuó que estaban cerca de saber qué le había pasado. Dijo algo sobre Sicilia, sobre ir allí él mismo a hablar con gente que podría haber conocido a Nico.

De repente, todo encaja en su lugar.

—Entonces te dijo que, si despedías a Massimo y le encargabas a él todas las obras, quizá dejaría pasar el tema de las lindes.

—Algo así.

—Pero existe la posibilidad de que no lo deje pasar, y le habremos entregado miles de euros para que reforme la casa y excave una piscina y un pozo nuevo, todo lo cual puede ser de su propiedad. Es un puto genio.

—Parecía buen hombre. De hecho, aún creo que puede serlo. Hablamos de un *quid pro quo* y nos reímos porque era latín, y… —Nick capta su mirada—. Iba a ser solo la piscina y tal vez la reforma, mucho más adelante. Pero entonces volvieron y dijeron lo del pozo, y lo de la normativa sobre terremotos. —Hunde la cabeza entre las manos.

Un movimiento a un lado les sobresalta. Es Madison, que se tambalea ligeramente sobre unos tacones altos, atravesando el jardín en la penumbra. Laura no se había dado cuenta de lo mucho que ha caído la oscuridad a su alrededor. En contraste, la piscina iluminada resplandece como un bloque de hielo azul. A lo lejos, el valle es ahora un vacío negro.

—Ya hablaremos después —dice con severidad, levantándose para saludar a su huésped.

Día 11

*L*aura se despierta de un sueño sin sueños y descubre que Nick no está en la cama. Una de las persianas está entreabierta, dejando pasar un rayo de sol que ha calentado la sábana, donde aún se aprecia la silueta de su cuerpo. El teléfono le dice que son más de las ocho, así que la habrá dejado dormir. Siente la habitual punzada de culpabilidad irritante hasta que recuerda la conversación de la noche anterior. La adrenalina se apodera de ella ante la idea de perder la mitad de sus tierras. Y no solo el terreno, sino la piscina, los anexos y las vistas, pues podrían construirles algo delante.

Se viste rápidamente, sin molestarse en mirarse en el espejo. Hoy la trae sin cuidado que Bastian la desee. Por la ventana, ve que los hombres de Angelo ya están aquí. Además de la camioneta roja y la deslustrada furgoneta blanca, hay una más grande y negra que no había visto antes. Ocupa la entrada con aire amenazante. ¿Cuántos hombres más están al servicio de Angelo? Parece que se multiplican.

Sale corriendo al pasillo y está a punto de chocar de frente con Bastian.

—Oye, más despacio —dice él, tocando sus hombros con sus manos calientes—. ¿A qué viene tanta prisa?

Laura lanza una mirada a la puerta abierta del dormitorio que comparte con Madison.

—Está fuera haciendo el saludo al sol. —Bastian sonríe enarcando una ceja, buscando su complicidad, pero a ella no le apetece burlarse de las costumbres de Madison.

Su sonrisa se transforma en algo más enfurruñado. Le pasa un dedo por el interior desnudo del brazo y, aunque es agradable, tanto que cierra los ojos un instante, se obliga a apartarse.

—¿Qué te pasa? —Él vuelve a acortar la distancia que los separa.

—Han vuelto los obreros.

—¿Y qué? —pregunta Bastian encogiéndose de hombros.

No quiere contárselo. Se acuerda de aquellos correos electrónicos sobre la extensión de sus tierras y lo que iban a hacer con ellas y las

náuseas le revuelven el estómago.

—No los quiero aquí. —Lo dice secamente. Piensa en suavizarlo haciendo una broma sobre la comodidad de sus huéspedes, pero tiene demasiado miedo de que le pidan un reembolso. Las cifras de su cuenta conjunta con Nick son preocupantes. También son vergonzosas.

Él hace una pausa, y ella se da cuenta de que está decidiendo cómo reaccionar. Planeando sus siguientes movimientos. Había olvidado que lo hacía, como tantas otras cosas que ha preferido no recordar. Él le coge las manos y, en su extraño estado de desapego, ella piensa: «Ha optado por el encanto». Podría haber sido frialdad o petulancia. Ya ha experimentado ambas cosas en el pasado. Maldice a Lou por hacerla pensar de nuevo así.

Bastian enlaza los dedos con los suyos y la acorrala contra la pared. Laura se deja besar, pero él debe de notar su indiferencia porque se detiene. Sin embargo, no se aparta, y ella se siente aprisionada contra el frío yeso blanco. Acentúa el intenso calor que emana de él.

—Vamos —le dice—. Deja que te distraiga.

Nick podría aparecer en cualquier momento. Incluso es posible que esté ahora mismo en uno de los dormitorios, observándolos a través de la rendija de la puerta. Todavía no sabe quién les pilló, o estuvo a punto de hacerlo, la noche de la cena. Recorre el pasillo con la mirada.

Bastian la está besando de nuevo, metiéndole la lengua en la boca. La siente grande y musculosa, y tiene que resistir el impulso de mover la cara. ¿De dónde proviene ese instinto de no ofender a un hombre excitado? ¿Es para proteger sus sentimientos o el miedo a su furia ante el rechazo? No sabría decirlo exactamente.

Le pone las manos en la cintura, luego sube por debajo de la camiseta. Le acaricia los costados antes de continuar hacia los pechos, como ella sabía que haría. Los amasa a la manera que lo hacen los hombres, algo que nunca le ha gustado especialmente. La respiración de Bastian se acelera y ella cierra los ojos, pasiva. Una de sus manos desciende sobre su vientre, los nudillos se introducen en la cintura de sus pantalones cortos, la sobrepasan y la acaricia, sus dedos presionan el algodón de su ropa interior, y finalmente empieza a sentir algo, un pulso lento que se amplifica al pensar en esos dedos dentro de ella.

Él se detiene tan de repente que ella se tambalea, como en el olivar, solo que esta vez con las piernas abiertas torpemente.

—Si no te gusta, lo dejamos —dice él, con gesto dolido.

El impulso de aplacarlo está tan arraigado en ella que le pone una mano en la mejilla, dispuesta a disculparse y besarlo. Eso es lo único que haría falta (lo único que él quiere) para continuar con lo que estaban haciendo. Laura sigue sintiendo fuego en lo más profundo de

su ser: sí que lo desea. Pero las cifras vuelven a dar vueltas en su cabeza y deja caer la mano.

Él se saca el teléfono y hace ademán de comprobar algo.

—Voy a salir a nadar —dice, sin levantar la vista de la pantalla—. La habitación está vacía.

Está a medio camino de las escaleras cuando Laura se da cuenta de lo que ha querido decir. La habitación está vacía para que ella la limpie. Siente rabia y humillación, dos llamas gemelas que se extienden por su fuero interno, aunque por otra parte también quiere salir detrás de él y arreglar las cosas.

En la cocina, los platos sucios del desayuno están amontonados junto al fregadero. El grifo de cobre de trescientos euros que compró en un arrebato de locura ha sido desmontado y sus piezas están dispuestas sobre la encimera, como un kit de disección. Junto a él hay una horrenda botella de plástico de lo que debe de ser un descalcificador. Otra cosa rota.

Va a la nevera y saca una botella de cristal de agua mineral con gas, de la que bebe a morro, un pequeño acto de rebelión contra no sabe qué o quién. Desde fuera, los sonidos industriales se cuelan en la tranquila mañana. Se oculta bajo la sombra de la pérgola y observa a Bastian y a Madison junto a la piscina. Él está sentado entre sus piernas mientras ella le aplica bronceador en la espalda. Su tatuaje desciende sobre los omóplatos, negro y sinuoso. Laura no está segura de si le parece sensual o de mal gusto: antes no lo tenía. Ningún chico que conociera entonces estaba tatuado. Ahora todo el mundo parece tener uno.

Bastian levanta la cabeza al oír el chirrido de un taladro y Madison empieza a masajearle el cuello donde se une al músculo, presionando con los pulgares. Rápidamente, sin querer que la vean, cruza la hierba y se refugia en el fresco interior del olivar.

Cuando llega a los edificios anexos, se detiene para contar a los hombres. Hoy hay ocho. De los tres que habrán venido en la furgoneta negra, dos son los que pavimentaron la zona de la piscina. Había visto a uno la última vez, pero ahora también está el otro. Si no hubiera sido por la confesión de Nick, habría supuesto que ambos trabajaban para Massimo, pero que ahora eran empleados de Angelo. En realidad está claro que habían trabajado para Angelo desde el principio. Son un poco mayores que el resto y eso la tranquiliza. Sin embargo, cuando se acerca y los saluda con la cabeza, no hay un reconocimiento evidente por su parte, a pesar de que les llevó bebidas y elogió su trabajo durante tres días en mayo. Se limitan a mirarla fijamente. El tercer hombre, al que nunca ha visto, es una versión canosa de Angelo. Otro pariente, pues.

Nick está entre ellos y parece de otra especie. Es el más alto, pero

también el menos corpulento, encogiendo los hombros como si se disculpara. El sudor que oscurece su camiseta no parece transmitir virilidad, sino miedo. Laura sospecha que los hombres le desprecian y lo sabe. Todavía no se ha fijado en ella, demasiado absorto en su conversación con Tommaso. Observa a su marido asintiendo con seriedad mientras se alborota el pelo con una mano, como un mal actor intentando transmitir ansiedad. No cabe duda de que lleva tiempo haciéndolo, porque se le está aplastando por toda la cabeza. Vuelve a tener el aspecto de un niño indefenso: uno que acaba de despertarse de una pesadilla.

Cuando la ve, parece tan aliviado que Laura vuelve a ser presa de un profundo miedo. Nick le había ocultado todo esto con gran cuidado durante varios meses, en teoría porque creía que podía manejarlo. Si su presencia ahora supone un consuelo, tiene que ser porque ha perdido totalmente el control.

Hace tiempo que no ha pasado por esta parte de la finca, y comprueba que están avanzando con rapidez. El tópico de los albañiles extranjeros que se eternizan, a los que no se les puede meter prisa, se desvanece. Casa Giuseppe ha sido destripada. El revestimiento de madera naranja yace en pedazos en la tierra, y las paredes sin enlucir son como heridas abiertas. Al entrar, le parece el doble de grande. Vaciada y reducida a la escayola blanca, puede que tenga más o menos el mismo tamaño que la casa de Londres. Se siente como si hubiera ganado algo que ni siquiera sabía que tenía, solo para que se lo arrebaten inmediatamente.

—Bien, ¿no? —Es el obrero emparentado con el mecánico. Ha entrado detrás de ella. La mira de arriba abajo, con tanta rapidez que apenas podría recriminarlo por ello. Laura quiere quedarse, ver qué más han hecho, pero no lo hará con él delante.

Al salir, ve que Nick se ha ido. Tommaso también.

Los otros hombres levantan la vista cuando entra en el claro. Se están tomando un descanso, sentados en los escalones de piedra que rodean el exterior del almacén y en un par de sillas viejas y desvencijadas que han sacado de Casa Giuseppe. Hay botellas de agua de plástico y latas de cerveza. Uno de ellos está comiendo un bocadillo: una esponjosa focaccia en una bolsa de papel que se vuelve translucida por el aceite. La observa inexpresivo mientras mastica.

En el cielo, un ave de gran tamaño planea dando vueltas. Su chillido rebota en el valle y en la pared sin ventanas del almacén. Supone que será algún tipo de rapaz, pero no sabe cuál, a pesar de que levanta la mano y entorna los ojos para protegerse del sol de mediodía. Cuando baja la cabeza, los hombres la están mirando en un extraño silencio.

—¿Adónde han ido? —pregunta, señalando el lugar donde estaban

Nick y Tommaso—. *Dove sono andati…?*

Un par de ellos se encoge de hombros. Otro repite como un loro *«dove sono andati»*, añadiendo alguna palabra que Laura desconoce. Se da la vuelta, con un sexto sentido que le vibra en la nuca, y se da cuenta de que el de dentro la ha seguido y se ha acercado demasiado a ella. Aunque intenta evitarlo, pega un respingo. Alguien se ríe.

Lleva un taburete destartalado que estaba en la cocina de Giuseppe. Entonces se sienta, se mete la mano en el bolsillo trasero y se saca un paquete de cigarrillos aplastado que le tiende a Laura.

Ella niega con la cabeza:

—No, *grazie*.

—Lei non le vuole le tue sigarette sporche, Carlo. —Eso lo dice otro. Más risas.

Supone que se llamará Carlo. Y sabe lo que es *sporche*. Lo había oído en el mercado, a una madre que se lo decía a su hija pequeña, que estaba recogiendo cosas del suelo. Laura lo había buscado en el diccionario de bolsillo que llevaba en el bolso. Significaba «sucio». ¿Había dicho que no quería sus sucios cigarrillos o algo peor, algo acerca de ella, o incluso del mecánico y ella?

Con Carlo sentado en el taburete, está rodeada por todos los flancos. Una voz en su cabeza le dice que se marche, pero algo la mantiene clavada en el sitio. Por una parte es terquedad, el impulso de demostrar que no se dejará intimidar, que es más valiente que su marido, pero otra parte es más animal: el instinto de que, si se mueve, ellos se moverán también. Siente las piernas flojas a la vez que pesadas, como cuando se está a gran altura, en la cima de un rascacielos o al borde de un precipicio.

—¿Quieres cerveza?

Laura gira sobre sus talones. Es el tío que parece familia de Angelo. Señala una bolsa de plástico en el suelo, a la sombra. Dentro hay otra media docena de latas.

Vacila unos instantes, confusa. ¿Sería mejor decir que sí, por educación? ¿O estaría mandando una señal equivocada?

—Alle donne inglesi piace ubriacarsi, no?

—La birra l'avrebbe resa più simpatica.

Se ríen y Carlo se levanta del taburete para ir hasta la bolsa. Coge una lata, se vuelve y hace como si fuera a lanzársela. Ella levanta las manos para protegerse la cara, pero él no la suelta. Se oyen más risas y le arde la cara. Carlo se aproxima a Laura, abre la lata con dedos mugrientos y se la tiende, pero la retira cuando ella niega con la cabeza. Mientras los demás se ríen de nuevo, sigue mirándola sin sonreír. Está tan cerca que puede verle las venillas rojas de los ojos. Él le tiende la mano una vez más, y esta vez la coge, en contra de su voluntad. La rodea con los dedos y, aunque ni siquiera la quiere, tiene

que tirar un poco. De pronto, él la suelta bruscamente, ella se tambalea y entonces se da cuenta de lo que ha hecho. Ha sido como cuando se peleó con su primo o hermano, el mecánico, por las llaves.

—¡Oye! Apártate de ella.

Aunque no grita, su voz es dura como el acero. Nadie se mueve. Bastian entra en el círculo. Tiene los pies y el pecho desnudos. El sol se refleja en los músculos de sus hombros aceitados. Sus pies morenos, bien plantados en el suelo, están cubiertos de polvo. Las piedras sueltas no parecen molestarle. Todavía no la ha mirado. Observa detenidamente a cada uno de los hombres, pero deja a Carlo para el final. Se acerca a él, interponiéndose entre el italiano y Laura. Ella puede oler su piel caliente: a coco, a sal y a cloro.

—He dicho que te apartes de ella. *Vai a farti fottere*.

Carlo retrocede y escupe en la tierra, pero no le devuelve la mirada a Bastian. No va a desafiarlo.

—¿Qué pasa? *Scusi? Scusi? Signore?*

Tommaso corre hacia ellos. No mira ni se dirige a Laura, aunque se supone que es su patrona. No es que a ella le importe en este momento. Tampoco le importa su encuentro previo con Bastian. Simplemente se alegra de que esté aquí. Siente que sus rodillas están a punto de ceder.

Bastian la coge por los codos y la examina de arriba abajo.

—¿Estás bien? ¿Te han hecho algo?

Ella niega con la cabeza.

Tommaso intenta llamar la atención de Bastian y alarga la mano para tocarle el brazo. Bastian se da la vuelta como el rayo.

—No me toques, joder.

Tommaso retrocede, con las manos levantadas en señal de rendición.

—Tus hombres han intentado intimidarla, no la han tratado con respeto.

—¿Respeto? —Tommaso se echa a reír, aliviado. Laura se encoge.

—Sí, respeto. —Bastian da un paso hacia él y Tommaso retrocede de nuevo—. Creo que ya habéis terminado aquí. Deberíais marcharos.

—No, *signore*. No hemos terminado. Tenemos un acuerdo. Pregúntele a Nick. —Se dirige a Laura por primera vez, lanzándole una mirada entre una mueca y una sonrisa.

—Tenéis que iros —dice Bastian.

Tommaso mira su reloj y se encoge de hombros.

—De acuerdo, hoy nos vamos. Pero volveremos mañana, con mi padre. Pregúntele a Nick, *signore*. Él se lo explicará, si ella —la señala con la cabeza— no lo entiende. Nick lo entiende.

Se marchan, pero el claro sigue vibrando de tensión. Laura tiene el pálpito de que, aunque se resuelva el asunto de las lindes, esa parte de

la finca no le gustará nunca, como si un gas tóxico contaminara el aire.

Las manos de Bastian siguen sujetándole los codos, como si fueran lo único que la sostiene. Sus ojos marrones transmiten firmeza al mirarla.

—¿Qué significa *cornuto*? —le pregunta ella.

—¿Te lo ha dicho uno de ellos?

—Eso creo. Entré en la casa para mirar y, cuando salí, Nick y Tommaso se habían ido.

Bastian enarca las cejas y ella sabe interpretar el gesto. «Sí, ¿dónde coño está Nick?». No es que no lo piense ella misma. Toma aire.

—Entonces pregunté por ellos y uno dijo eso, murmurando, y se rieron.

Bastian suspira.

—Bueno, es bastante insultante, sobre todo en el sur. —Al ver la expresión de su rostro, añade—: Pero no se trata de ti. Es por Nick. Significa «cornudo».

1999

*H*abéis estado los dos en un baile. La universidad es de esas en las que se celebran muchos, al menos uno por trimestre. Llevas un vestido corto de tirantes que te has puesto a la desesperada porque ya te ha visto todo lo demás. Te costó barato, menos de veinte libras. Es posible que se note. Es de licra blanca, se ajusta sobre tu cuerpo, se estrecha por la delantera y te sube por los muslos.

Lou había dicho que quedaba fatal si se veían los tirantes del sujetador, y el tuyo, sin tirantes, es absurdamente incómodo, con su cierre de tres corchetes y su banda de silicona pegajosa, que te roza la carne tierna, y la copa de media luna que te deja ronchas en las costillas. Justo antes de entrar en el taxi, sintiéndote invencible por obra y gracia del ponche de vodka, te lo habías quitado.

Sin embargo, una vez allí, recordaste que esa clase de incomodidad física era preferible a sentirse acomplejada toda la noche. Fue justo después de Pascua, pero la mayor parte del baile se celebraba en el exterior: había coches de choque, carruseles y un toro mecánico junto al Gran Salón. Había estado lloviendo a intervalos durante todo el día, como ocurre a veces en abril, una pequeña y malvada jugarreta cuando el avance de la primavera parecía imparable. Los chicos no dejaban de hacer comentarios sobre cortar cristal y una misteriosa Rachel, hasta que te diste cuenta de que se referían a la Rachel de *Friends*, a la que siempre se le marcaban los pezones. Obviamente, era un cumplido, pero seguía resultando embarazoso.

De todos modos, en algún momento deja de importarte, y la noche hace eso que ocurre siempre que te emborrachas de verdad: el tiempo gira y se retuerce sin sentido, de modo que cinco horas parecen pasar en cinco minutos, y entonces se acaba, y tú te vas dando tumbos con los tacones detrás de ese chico que no te ha hecho caso en toda la noche, que podría haber besado a otra cuando estaba dentro y tú fuera, gritando en las atracciones con Lou.

Pero luego te pone su esmoquin sobre los hombros y te aferras a él, agarrándote a las solapas como para evitar que salga volando. Porque

es un gesto tan caballeroso e inesperado. Atesoras el recuerdo para sacarlo a la luz mañana, si alguien se atreve a decir algo sobre esa otra chica con la que supuestamente estaba.

Ahora está lloviendo, arrecia, y las luces de la calle se reflejan con tristeza en los charcos. Llegas a un cruce y te detienes mientras él continúa sin ti, sin darse cuenta de que te has parado. El camino de la izquierda te llevaría de vuelta a tu propia casa. Más adelante, todavía a un par de kilómetros, está la suya. Esta noche no hay taxis.

Te palpas las caderas, tontamente, porque tu ridículo vestidito no tiene bolsillos. Ahora nadie sale con bolso. Tu madre te dice que es una tontería y que dónde metes las cosas, pero normalmente llevas unos pantalones negros como los que llevan todas, y aunque son de talle bajo y te aprietan, siempre tienen al menos un pequeño bolsillo: suficiente para una barra de labios, la llave de la puerta y la versión universitaria de una tarjeta de crédito, que puedes cargar y usar en los bares del campus.

Intentas recordar dónde has dejado tu llave y tu tarjeta, pero te da pereza. Lo único que puedes procesar con claridad es que los pies te están matando, mojados y resbalando sobre unos tacones de aguja, todo tu peso sostenido por dos finas correas de plástico atadas a los dedos.

Por fin se da cuenta de que no sigues tambaleándote detrás de él. Extiende las manos en un gesto de «¿qué coño?».

—Vamos, que me estoy mojando.

—Estoy pensando en volver a mi casa —dices—. No sé dónde están mis cosas. Ni mi llave.

—Entonces no podrás entrar —responde con lógica.

—¿Y si vamos los dos? Está más cerca.

—No quiero.

—¿Prefieres estar solo?

Se encoge de hombros, da media vuelta y empieza a alejarse.

—Haz lo que quieras —dice por encima del hombro.

Cuando te quitas los tacones, el suelo está resbaladizo y helado a través de las medias, pero ya están rotas, y tú tienes frío y estás mojada, y, además, así duele mucho menos.

—¡Espera! —gritas—. Quiero ir contigo.

Su habitación huele sorprendentemente bien. Habías estado una vez en la cocina, pero nunca arriba. Huele a aire libre: a océano y a ozono. El edredón sobre el que te empuja tiene que haber sido lavado ese mismo día. Todavía está tieso de haberse secado en un radiador. Atesoras ese hecho en el mismo lugar que el préstamo del elegante esmoquin: una prueba de civismo, de que sabe tratar a las mujeres, y de que tal vez sí tenía pensado traerte aquí. La prueba de que ha decidido que eres un tipo de mujer y no otro.

A pesar de que te gusta tanto que algunos días crees que vas a enloquecer, ahora que estás a oscuras, en realidad solo quieres dormir en una cama, olvidarte de la lluvia y de tus pies. En cuanto cierras los ojos, te sientes a la deriva, una suave marea negra que te arrastra hacia la nada.

—Venga, échame una mano —dice. Ya te ha quitado las medias empapadas y la ropa interior. Seguro que tienes los pies sucios, así que curvas los dedos, avergonzada. Te empuja hacia atrás y te sube el vestido por la cintura. Tú te agachas para intentar taparte. Ahora que tus ojos se adaptan, ves que está amaneciendo. El rectángulo de luz que hay detrás de su persiana blanca parece distinguirse cada vez más, como si alguien aumentara el contraste. Tu vestido blanco resplandece contra el edredón oscuro.

Al final te lo quita por la cabeza, subiéndote los brazos cuando los tirantes se enredan. Después de dejarte desnuda, te agarra un pecho para lamerlo mientras recorre tu estómago con la otra mano y llega a tus nalgas, apretando y estrujando la carne hasta que te preguntas si pensará que estás gorda.

—Joder, estás helada. —Se detiene un momento, y te tocas donde lo ha hecho él, para comprobar si es para tanto. Te cubres con el vestido desechado.

—Estoy muy borracha. No me encuentro bien.

—No pasa nada —responde, y vuelve a quitarte el vestido, tirándolo al suelo. Algo tintinea al caer y te das cuenta de que es tu llave. Ahora recuerdas que la habías metido en el forro justo debajo del pecho, a buen recaudo.

—No quiero —dices.

Él hace una pausa.

—Ya, he oído que te gusta hacer eso.

—¿Qué? —Abres los ojos de golpe. Pero entonces lo entiendes: la gente ha hablado, claro. Es mentira que solo cotilleen las mujeres. Los hombres son peores. Te imaginas lo que se habrá dicho: que habías estado saliendo con un chico hace unos meses, y con otro antes, en segundo, y que no te habías acostado con ninguno de ellos.

No es que seas virgen, no se trata de eso. Te habías quitado el asunto de encima antes de entrar a la universidad. No querías llegar con esa carga, y te sorprendió la cantidad de gente que no lo había hecho cuando llegaste aquí. Los dos chicos que habías conocido no te habían gustado lo suficiente, no los habías deseado tanto como para no poder resistirte. Habías empezado a preguntarte si te faltaba algo hasta que apareció él. De todas formas, no era solo por la atracción. También estaba el miedo a echarte fama si cedías, sobre todo si solo salías de fiesta con ellos. Por supuesto, era diferente si un chico te invitaba a cenar, si te llevaba a casa el fin de semana para conocer a

sus padres.

—Venga —repite, pero ahora parece estar muy lejos. Su silueta y sus movimientos son difíciles de percibir hasta que te das cuenta de que ha abierto el envoltorio de un condón y se lo está poniendo. Cuando vuelve a situarse encima de ti, con los codos junto a tus hombros mientras empieza a besarte de nuevo, puedes oler la goma en sus dedos. Odias ese olor.

—¿Podemos esperar? De verdad que me encuentro muy mal.

—No seas calientapollas. —Te abre más las piernas y tantea con los dedos para saber por dónde tiene que entrar. Seguro que estás seca. Sientes más vergüenza que miedo por lo que está a punto de hacer. Porque lo estabas deseando, ¿no? Habías pensado en lo mucho que querías acostarte con él, así que esto, aunque no es como lo habías imaginado, en absoluto, tampoco está tan mal.

Pero el instinto se activa de todos modos, y te revuelves para colocar la mano entre ambos. Entonces notas la textura ligeramente pegajosa y empolvada del preservativo, que apenas soportas tocar. Te preguntas si tienes fuerzas para hacerle una mamada, para compensar el rechazo al acto completo. Pero mientras te lo planteas, él te aparta la mano y te penetra con fuerza en un movimiento decidido, y tú aspiras aire porque, incluso a pesar del alcohol, te duele.

Después, decides que no ha ocurrido realmente. A la mañana siguiente, con resaca, con sus compañeros jugando al Goldeneye en el salón y con él de mejor humor, lo hacéis de nuevo. Esta vez no te duele mucho; estás cachonda de verdad. Decides que esa sea tu primera vez con él. Olvidas la noche anterior para siempre.

Día 11 (continuación)

—Gracias —dice Laura—. Eres mi héroe.

Bastian la ha hecho entrar en Casa Giuseppe, cogiendo una de las sillas que habían sacado los hombres para que pueda sentarse. Es un alivio estar lejos del sol, que empezaba a ser brutal en el claro, donde el resto de los edificios parecen conspirar para reflejarlo e intensificarlo.

También es un alivio sentarse. Vuelve la cara hacia la ventana. Alguien hizo un mal trabajo al colocarla en su día, pero la vista, borrosa aunque visible a través de las telarañas y las manchas de polvo, es espectacular. Ahí fuera, mucho más lejos, la enorme ave remonta las corrientes térmicas que se elevan desde la cuenca del valle.

—Creo que puede ser un águila real. Estaba justo encima de nosotros cuando los obreros… Antes de que tú llegaras.

Ya casi ha dejado de temblar, o al menos el temblor ha sido sustituido por otro tipo de tensión. Observa a Bastian moverse por la habitación. Al parecer, está mirando lo que han revelado las obras y lo que aún permanece, unos pocos elementos antiguos, pero sospecha que es incapaz de quedarse quieto y que está caminando a causa del exceso de adrenalina y testosterona.

Él debe de sentir sus ojos sobre él porque se detiene y se da la vuelta. Se sostienen la mirada el uno al otro durante lo que parece ser una eternidad. Normalmente, ella apartaría la vista, cohibida ante la intensidad de su atención, pero el episodio con los hombres, que ya está pasando a ser algo surrealista en su mente, le proporciona cierto distanciamiento.

Se acerca a él y le pone las manos sobre el pecho. De pronto piensa (cerebro traidor) que solo lo hace para pagar una deuda, para darle las gracias. «El botín para el vencedor». Comienza a besarlo para olvidarlo. Él le devuelve el beso, entusiasmado, y ella se da cuenta de que nunca había tomado la iniciativa como ahora. Qué diferente podría haber sido todo entonces si ella hubiera actuado más así. Todo

el poder que habría tenido.

Sucede con rapidez. Es como si supiera que no va a detenerlo. La idea de que Nick vuelva a buscarla le ronda la cabeza, así que coge la mano de Bastian y lo lleva arriba. Cuando se da la vuelta para sonreírle, el fantasma de aquella primera vez con Nick relumbra en el aire, pero basta con recordar sus mensajes con J en el iPad, la lluvia golpeando la claraboya, Londres oscureciéndose a su alrededor, para que empiece a alejarse. Luego piensa en cómo su marido les había hecho vulnerables a ellos y a Luna Rossa ante Angelo, y se le pasa.

La destrucción de los obreros aún no ha llegado a la mayor de las dos habitaciones. Se halla suspendida en un tiempo anterior al del resto de las adiciones setenteras de la casa, como si Giuseppe (porque para ella sigue siendo Giuseppe) hubiera dejado el dormitorio de su madre sin tocar por sentimentalismo y por la clase de respeto profundo y sagrado que los hombres solo rinden a sus mamás, como si estas fueran vírgenes.

Se tumban en la cama y la funda rosa exhala polvo bajo su peso. El colchón se hunde como una losa en el centro, inmovilizándolos. A ella le hace reír, pero él parece serio, con el rostro decidido. Se sube encima de ella y comienza a besarla en ese punto tierno entre la oreja y el cuello. Encima de ellos, una pequeña estatua de escayola de la Virgen María les observa desde una repisa en lo alto de la pared.

No se quitan la ropa, o no toda. A ella le gusta así: la urgencia, la necesidad de ir al grano. En realidad no quiere muchos preliminares y de todas formas ya está húmeda. Lo sabe sin tener que comprobarlo, por la sensación, esa dolorosa ansia, la palpitación en lo más profundo. Incluso si no estuviera segura, lo confirmaría el gemido que suelta él cuando mete la mano en sus bragas y la toca.

—Eso fuera —dice ella, y se refiere a su ropa interior, pero él se levanta para quitarse los calzoncillos, el colchón protesta y se vence, inclinándose a un lado como si estuvieran en un barco del tamaño de una cama. Él no le aparta los ojos de encima y ella le devuelve la mirada, sin romper el contacto que parece casi físico mientras se baja ella misma las bragas y las deja caer al suelo.

Piensa que la va a penetrar inmediatamente, pero no lo hace. Aunque levanta las caderas, él se mantiene en equilibrio por encima de ella mientras se besan. Laura se inclina para guiarle hacia dentro, pero él le coge la muñeca y la coloca detrás de su cabeza.

—¿Quieres que te folle?

—Sí —susurra ella.

—Pues dilo.

—Quiero que me folles.

—Otra vez.

—Quiero que me folles.

Todo su peso cae ahora sobre ella, contra ella, casi dentro de ella. Pero él sigue esperando.

—Por favor —suplica, y es casi un sollozo. Nota que él le sonríe en el cuello, pero está demasiado desesperada para preocuparse de si debiera importarle.

Nick está en la cocina, donde parece estar siempre estos días. Está destripando un pescado enorme. Laura se queda detrás de él mientras trabaja, comiendo aceitunas y desplazando su peso de un pie al otro. Se ha duchado, restregándose con fuerza para borrar cualquier rastro de Bastian hasta que se agota el agua caliente. Las gotas caen de su cabello a las baldosas y le enfrían la espalda mientras intenta pensar en algo que decir.

Cuando Nick se vuelve, repentinamente consciente de su presencia, ella no le mira a los ojos, pero capta su expresión inquisitiva antes de que siga con el pescado. No entiende por qué no lo ha buscado todavía, para interrogarle sobre los obreros y sobre lo que estaba discutiendo tan acaloradamente con Tommaso.

—Así que hoy se han ido temprano —dice, inclinando la cabeza hacia la tabla de cortar. Las escamas del pescado han perdido su iridiscencia. La piel parece más un metal opaco que algo orgánico—. Ha sido un poco raro. Se fueron sin decir nada.

—Has vuelto a montar el grifo —observa ella.

Él hace una pausa ante el salto en la conversación y luego asiente.

—Sí. He conseguido que funcione.

—Bien hecho.

—No, eso también ha sido raro. En realidad no hice nada. Solo lo toqué, lo volví a armar y quedó bien. Tal vez esté embrujado.

Se ríen con cautela. Sus ojos se empañan de lágrimas. Se tantean con extremo cuidado. Pero ella sabe lo que le preocupa a Nick. Él, en cambio, no sabe por qué es tan prudente ella. No es posible que tenga la menor idea de lo que ha hecho esta tarde, o no estaría mirándola como lo hace ahora, tan esperanzado de que puedan estar bien esta noche. Habrá desterrado sus sospechas sobre Bastian por el momento, tras decidir que el tema de las lindes era más importante. Como tantos hombres, Nick siempre ha sabido dividir la vida en compartimentos. Siempre ha sido capaz de dejar de pensar en una cosa si había otra que precisaba más su atención.

—¿Eso es solo para nosotros? —Laura señala el pescado. No lo quiere. No tiene ganas de comer nada italiano. Quiere judías con tostadas delante de la tele en Londres. Un sollozo amenaza con escapársele, pero consigue tragárselo. Puede oír a Lou, cuya voz ha estado inusualmente (aunque quizá previsiblemente) callada desde

que se fue. «Esto es lo que intentaba advertirte».

Nick está mirando el pescado. Se rasca una picadura de mosquito con el dedo y ella recuerda cómo, no hace mucho tiempo, habían competido para ver cuántos podían aplastar contra la pared del dormitorio cuando se olvidaban de cerrar las persianas al anochecer: se reunían allí a montones, al acecho de su cálida piel humana. Algunas de las manchitas negras siguen siendo visibles. La picadura, justo debajo de la oreja, es un bulto rojo e hinchado. Siempre le producen una reacción alérgica, y ella siempre se ha sentido culpable por hacerle venir a Italia, cuando resulta tan evidente que está hecho para Inglaterra.

—¿Nick?

—Ah, perdona. No, los americanos no van a salir al final, así que vamos a cenar juntos. Por suerte tenía esto en el congelador. Solo tardó unos cuarenta minutos en descongelarse fuera, a la sombra. No sé por qué cambiaron de opinión. Madison no lo dijo.

A Laura se le revuelve el estómago.

—Ya veo. Qué coñazo. Me apetecía una noche tranquila.

—¿No te encuentras bien? Has estado arriba mucho tiempo.

—Sí, lo siento. La regla, ya sabes.

—¿Te has tomado algo? Hay un poco de paracetamol soluble en mi mesita de noche. Le pedí a mi madre que me mandara un montón. Funciona más rápido. No lo tenían en la farmacia.

—Iré a echar un vistazo. Gracias.

Se marcha antes de que él se dé cuenta de que está llorando, incapaz de contenerse por más tiempo. El bueno de Nick, tan amable incluso cuando está estresado, incluso cuando ella se… La cuestión financiera ya no le provoca ninguna furia. Solo piensa en lo que él trató de decirle: que lo había hecho todo por ella, que si había guardado el secreto fue solo por protegerla. Porque por fin había sido capaz de protegerla de algo, después de haberse mostrado tan incapaz con toda la mierda de la fertilidad, de sus propios cuerpos defectuosos.

—La cena estará lista dentro de unos cuarenta minutos —le dice él —. ¿Te importa poner la mesa?

—Claro —logra responder ella.

Entra en el salón y abre el portátil. No hay correos electrónicos. Tampoco esperaba recibir ninguno, la verdad. Comprobarlo se ha convertido en un acto reflejo. Tampoco hay nada de Lou. Piensa en llamarla por Skype, pero descarta la idea casi de inmediato. ¿Qué iba a decirle?

Sigue sintiéndose hinchada y ligeramente en carne viva entre las piernas. Pero incluso ahora, con las lágrimas secándose en sus mejillas, su cuerpo la traiciona, volviendo a la vida al pensar en lo que hizo (lo que hicieron) hace apenas unas horas.

¿Lo sabe Madison, y es por eso por lo que ella y Bastian no salen? Laura trata de pensarlo objetivamente. Está segura de muy pocas cosas, pero se siente bastante segura de que Madison no es de las que se contienen. Sin duda habría gritos y lanzamiento de objetos. Pero no ha habido nada. No ha visto a la otra mujer en todo el día. De hecho, apenas la ha visto desde antes de que Lou se fuera, después de aquella incómoda conversación sobre la infidelidad en la piscina. Laura la había evitado a conciencia, y ahora se sentía más culpable que nunca. No había sido suficiente para detenerla pero, aun así, había echado de menos a Madison.

¿Lo desharía si pudiera, retrocediendo en el tiempo hasta el momento en que Bastian echó a los trabajadores, para darle las gracias y alejarse de la tentación? O, mejor aún, no haberse acercado a la obra. Pero sabe que no. Sabe que, si tiene la oportunidad, lo volverá a hacer.

El tiempo cambia en un instante. Está poniendo la mesa en el jardín, tan estático y cálido como una habitación con las ventanas cerradas, cuando las enredaderas que envuelven la pérgola se agitan con fuerza. Las esquinas del mantel se levantan como sujetadas por dedos invisibles, y el lino planchado empieza a golpear la madera. El metal tintinea contra la porcelana mientras la tela se ondula bajo los cubiertos.

Enciende la cerilla que acababa de sacar de la caja (una de esas cerillas largas que utiliza siempre para encender las velas de la mesa, como en una especie de liturgia), pero esta se apaga de inmediato.

Deja la mesa y se acerca a la balaustrada junto a la piscina para ver cómo se oscurece el cielo. Los truenos comienzan a retumbar a lo lejos, como el gruñido de advertencia gutural de un perro grande.

Al otro lado del valle, en dirección a las montañas, cuyos picos son visibles en los días claros, ha caído un telón azul plateado. Allí está lloviendo ya.

—Supongo que los dioses se han enfadado por algo.

Se da la vuelta sorprendida, llevándose una mano al pecho. Madison está a pocos metros de ella, con un sencillo vestido blanco y los pies desnudos. Su larga melena se agita al viento.

—Ya, me temo que no vamos a poder cenar fuera —consigue decir.

Recogen la mesa juntas, volviendo a llenar la bandeja que Laura sacó cinco minutos antes, cuando hacía un día del todo diferente. Ahora, el viento silba entre la pérgola y golpea las hojas con más fuerza, dejando al descubierto su pálido envés, en un tembleque de dos tonos de verde. De pronto caen pétalos de rosa a su alrededor, como pesadas lágrimas. Laura se habría echado a reír ante el

melodramático temperamento del tiempo italiano, si no estuviera tan tensa que el viento pudiera romperla en pedazos.

—Estás temblando. —Madison posa la mano izquierda sobre la de Laura, como para calmarla. La suya es más grande y huesuda, sus venas más prominentes. El enorme diamante se ha girado de modo que se sitúa entre ellas, presionando con fuerza el dedo de Laura, justo por encima de su propia alianza. Se aparta, fingiendo no darse cuenta de que Madison la observa mientras coge el mantel y lo hace un ovillo, aunque acaba de plancharlo—. Dámelo —dice, quitándoselo y doblándolo con destreza.

—Gracias. —Levanta la bandeja cargada y se dirige hacia la casa. Los truenos suenan un poco más cercanos.

—¿Qué pasa?

En la cocina, Nick ha encendido su altavoz portátil, que reproduce Oasis. Tenían la intención de conectar toda la villa con Sonos, pero se echaron atrás por el coste. Oasis siempre le recuerda al primer año de universidad, cuando parecía que todos los chicos de los pasillos escuchaban «Wonderwall» en bucle.

—No podemos cenar fuera —le informa—. Va a haber tormenta. Se ha levantado viento y la lluvia se dirige hacia aquí. Pondré la mesa en el comedor.

Nick baja la música justo cuando vuelven a sonar los truenos. De momento se siguen oyendo bajo, pero sin duda se están acercando. Todavía no han vivido una tormenta de verdad, de esas que les han contado, que invariablemente se describen como apocalípticas, que derriban árboles, echan abajo los tejados y apagan las líneas eléctricas.

—¿Hemos comido alguna vez en el comedor? —pregunta Nick, al mismo tiempo que Madison entra con el mantel—. Espero no haberlo dejado desordenado. —Su tono jovial ha vuelto.

Lo ha dejado desordenado. Laura se limita a amontonar los restos de varios proyectos a pequeña escala en un rincón de la habitación. Tornillos y alcayatas ruedan por ahí. Al menos ha puesto papel de periódico en la mesa, que en realidad es bastante bonita, con elegantes patas talladas y una suave pátina de años de cuidadoso pulido por una mano desconocida.

Siempre piensa en la pérgola como una habitación al aire libre, sobre todo cuando el cielo nocturno de color cobalto se vuelve negro a la luz de las velas. Pero una vez que dispone la mesa en el comedor infrautilizado, la luz principal apagada para que solo brillen las velas, hay una intensidad de ambiente que nunca se conseguiría fuera. Sin el constante chirrido de las cigarras ni el alboroto de los pájaros en los árboles, resulta inquietantemente silencioso, casi amenazante.

Nick entra con una enorme bandeja de tomates en rodajas, de un

rojo profundo y untuoso. Sobre ellos hay mozzarella fundida (la mejor) y hojas de albahaca.

—Es como la bandera —dice ella, y él parece confundido, pero luego lo entiende y se ríe.

—Es una ensalada caprese. Y sí, supongo que es como la bandera. No lleva aceite de oliva, ya lo verás. —Baja la voz—. Madison ha dicho que quiere el aceite aparte a partir de ahora. Cree que está ganando peso. —Enarca las cejas.

—¿Puedes traer tu altavoz? Hay demasiado silencio aquí.

—Acaba de morir. Lo he puesto a cargar.

En ese momento entran los americanos. Sin quererlo, ella se queda mirando a Bastian. La mirada que le dirige él es tan íntima que no puede creer que Nick y Madison no protesten, indignados. Era casi como confesar lo que habían hecho antes.

Madison levanta la vista después de poner el mantel, alzando una ceja. Un trueno hace temblar la ventana.

—Se avecina una tormenta —dice.

Pero la tormenta no llega, al menos durante la cena. En lugar de eso, se oye un gruñido en la distancia, como una advertencia de que solo será cuestión de tiempo. Y aunque el ambiente del comedor estaba tenso, tampoco se produce la explosión que Laura esperaba. Madison ha sido la que más ha hablado y ella no logra averiguar su estado de ánimo. En un momento dado se mostraba delicada y caprichosa, picoteando su plato. Al siguiente, adoptaba un tono sureño que la hacía parecer que se había tomado un Valium. Tal vez solo estuviera borracha. Habían caído cuatro botellas de vino y Madison apenas había comido nada. Quizá los momentos de concentración le exigían un gran esfuerzo.

Después de tomar el improvisado postre de higos, helado y galletas *amaretti* de Nick, salen de la casa, como si cedieran a las petulantes demandas de atención del clima. Algún rayo de luz dorada perfora el cielo plomizo, y la combinación ejerce el extraño efecto de aumentar el color en otros lugares. El verde del fondo del valle es fluorescente. La piscina turquesa le hace daño a los ojos.

A Madison se le ocurre la idea de trasladar los muebles de jardín a la terraza de la piscina para que den a las vistas. Están hechos de ese plástico ligero que parece ratán y los transportan fácilmente. Allí queda perfecto cuando está todo montado. Laura no entiende por qué no se les ocurrió a ellos.

—¿Va a llover o qué? —dice Bastian, mientras una nube baja se desplaza lánguidamente por el valle, como si no pudiera reunir la energía necesaria para convertirse en una verdadera tormenta. La

lluvia se ha alejado, pero Laura cree que los truenos son más fuertes ahora, solo un poco. Nick ha entrado a preparar las bebidas. Madison ha pedido un Martini Pornstar. Cuando vuelve, lleva todo el kit de coctelería en una bandeja.

—Estás de suerte, Madison. He encontrado una granada en el fondo del cuenco. Pensaba que toda la fruta había acabado en tus batidos. —Si ella se da cuenta de la leve indirecta, no lo demuestra—. He decidido sacar el bar fuera, para poder ver el espectáculo —continúa, agarrando una botella de Passoã con una mano y toqueteando su teléfono con la otra—. No quería perderme nada estando dentro.

Coge algo de la bandeja. Es el pequeño altavoz inalámbrico.

—Ya está cargado. —Se lo lanza a Laura sin previo aviso y con demasiada fuerza. Casi no lo coge, atrapándolo a cinco centímetros del suelo. Mientras lo sostiene en alto con intención y Bastian aplaude, los primeros acordes fantasmales de Portishead se elevan en el aire, con los graves vibrando en su mano. Eso es lo que estaba haciendo Nick con el teléfono: encontrar la música adecuada. Sube el volumen y el sonido es sorprendentemente potente, los bajos se oyen bien y resisten la reverberación de los truenos. Quiere verle la cara, pero él está en la balaustrada, con los codos apoyados en la barandilla, mirando al otro lado del valle. *Dummy* es el disco de los dos. Muchas parejas tienen una canción, pero ellos tenían un álbum entero. Durante el verano que empezaron, lo habían escuchado sin parar en la pequeña habitación de la casa de Nick. Aparte del pub, no recuerda que fueran a ningún otro sitio, aunque seguramente habrían ido a su casa alguna vez.

Nick fumaba cigarrillos de liar por aquel entonces, lo que casaba con el rollo skater que intentaba cultivar, y su habitación olía siempre a tabaco y a tostadas. Sus padres apreciaban a Laura: sonreían con indulgencia cuando abrían la puerta para dejarla entrar y ella subía tímidamente a buscarlo. Era su primera novia de verdad y estaban tan aliviados que ni siquiera se preocupaban por el fumeteo.

Después de Bastian, la habitación de Nick había sido como un nido encaramado en lo más alto, fuera de todo peligro. Cuando él tenía turno en el pub, lo que hacía más a menudo que ella porque necesitaba más el dinero, Laura se acurrucaba en su cama de la infancia y dormía. La música se insinuaba en sus sueños, lánguida e inquietante, pero finalmente, por asociación, reconfortante.

Ahora no es reconfortante.

—¿Quién es? —Bastian ha rechazado un cóctel y está bebiendo una botella de Peroni. Madison ha extendido sus largas piernas y se ha girado para mirarle. Tiene el cóctel en una mano y acaricia a Bastian con la otra. De vez en cuando, él le lanza una mirada rápida. Es una

señal para que se detenga, pero no lo hace.

—Es Portishead —dice Nick.

—Qué nombre más raro.

—Es un lugar. Cerca de Bristol, de donde viene la banda.

Bastian asiente con la cabeza.

—Vale. —Levanta la mano libre y Laura cree que va a apartar la de Madison, pero la deja cuidadosamente sobre su propia pierna.

—Los descubrí bastante tarde —explica Nick—. En la universidad. Esto salió unos años antes. Entonces había toda una escena de triphop. La mayor parte de la música era deprimente, pero en el buen sentido. Supongo que conocerás a Massive Attack.

«Seguro que no», piensa Laura. Bastian nunca había sido de escuchar música. Le sorprendió que supiera algo del grupo que Nick había entrevistado para el periódico, del que hablaron en Urbino. Recuerda su habitación de estudiante, aquel espacio monocromático del que ella solía pensar que olía como lo haría una casa de playa de los Hamptons, pero que simplemente sería suavizante del supermercado. Tenía un costoso aparato de sonido, que habría sido enviado a un alto precio desde Estados Unidos, pero no creía haberlo visto encendido nunca.

—No lo creo —responde él ahora, encogiéndose de hombros. Termina su cerveza, se acerca y coge otra de la cubitera que Nick ha sacado en la bandeja. Madison le entrega el abridor y Bastian le quita la tapa, que cae al suelo y rueda bajo el sofá.

—Ah, pues eran la bomba. —Nick vuelve a su teléfono y Laura sabe lo que va a poner. «Teardrop».

—Espera un momento —dice Bastian—. Esto me suena. He visto a esta gente tocar en directo. —Mira a Laura, ladeando la cabeza mientras rememora—. Sí, los vi en la universidad.

Nick enarca una ceja.

—¿En serio? No sabía que hubieran hecho giras por allí.

Bastian da un largo trago a su cerveza. Laura contiene la respiración.

—No, eso fue en Inglaterra —contesta al cabo, tomando una decisión—. Estudié un par de trimestres allí. Fue como un programa de intercambio.

—¿Estuviste en Inglaterra durante la universidad? —Madison hace una pausa en sus caricias—. Nunca me lo habías contado.

Bastian vuelve a encogerse de hombros.

—Solo fueron unos meses.

—¿Dónde estabas, en Londres o algo así?

—En Exeter.

Laura se queda paralizada. No puede creer que lo haya dicho. Cuando su cerebro lo asimila, una docena de pensamientos se mezclan

entre sí. ¿Le había dicho a Madison a qué universidad había ido? La expresión vacua de la americana le asegura que, si lo hizo, ella lo ha olvidado. Pero ¿qué pasaba con Nick? Nick. El corazón le da un vuelco.

—Es un pueblito dormido —dice Bastian—. Nunca había oído hablar de él hasta que fui.

—En realidad es una ciudad —repone Nick lentamente—. Por la catedral.

Está mirando al suelo. Su piel, que odia porque siempre delata sus sentimientos, se enrojece. ¿O ya estaba así, colorado por el alcohol? Laura no está segura.

—Sí, la catedral. —Bastian se ríe—. Por eso tenían que cerrar tan temprano todas las discotecas. Había una antigua ley o algo de eso. Nunca lo entendí. ¿Qué más le da a la catedral a qué hora te vayas a casa?

Nick da golpecitos rápidos con el pie, sin respetar el ritmo de la música. Sigue concentrado en el suelo. Laura sabe que se está dando cuenta de las cosas. O ya lo ha hecho y ahora intenta guardarse sus conclusiones.

Ella nunca le mencionó el nombre de Bastian. «No quiero hablar de él», le había dicho al principio, cuando Nick intentaba sonsacarle lo que había pasado con ese exnovio americano que le había jodido el último curso, que casi le había hecho suspender la carrera. «¿Lo entiendes? No puedo hablar de él». Estaba tumbada en su cama, mirando al techo. Él estaba apoyado de lado, observando su perfil. Laura ya sabía que él la amaba. Ambos sabían que le gustaba más que él a ella, y que iba a estar colgada de ese otro chico durante un tiempo. Los dos sabían que a él no le importaba esperar.

Se levantó sobre un codo y le besó la frente. «Bueno, se llame como se llame, era un maldito idiota. Acordemos que nunca existió».

Laura sabe que debe hablar, decir algo ahora mismo, si es que quedaba alguna esperanza de salvar esto. «¿Estuviste en Exeter, Bastian? ¡Qué casualidad! Yo también estudié en Exeter. ¿Cuándo fue eso?».

Pero no dice nada. Su mente se acelera pero es incapaz de articular palabra. En realidad, podría empeorar las cosas.

—¿Cuándo estuviste allí, Bastian? —Nick ha hecho la pregunta por ella. Su tono es extraño, artificialmente ligero, y Laura no sabe si está preguntando o confirmando.

—En el noventa y nueve —dice Bastian—. Es fácil de recordar. En todos los sitios ponían esa canción de Prince en bucle.

Madison se incorpora de repente.

—Espera, ¿no es en Exeter donde fuiste a la universidad, Laura?

Recuerda su conversación en la plaza, cuando Madison reconoció

que la había buscado en Internet, igual que ella misma. Si Nick no estuviera aquí, podría ser una simple coincidencia.

—Sí, así es —logra decir—. Qué buena memoria.

—¿Y entonces? —Madison clava la mirada en Bastian—. ¿Estuvisteis los dos al mismo tiempo? ¿Me estoy perdiendo algo?

—No —lo niega ella, antes de que Bastian pueda ser más imprudente—. Supongo que nos cruzaríamos. —Capta el movimiento de cabeza de Nick y se encoge.

—Qué cosa tan rara —dice Madison. Todavía no le ha quitado los ojos de encima a Bastian—. Es como si no te conociera. —Le da una palmada en la rodilla y, aunque su lenguaje corporal es juguetón y está sonriendo, lo hace con la fuerza suficiente para que se oiga un fuerte bofetón en el aire—. Me juego lo que sea a que rompiste unos cuantos corazones mientras estabas allí, ¿verdad?

Bastian suelta una carcajada. Se muestran mutuamente sus blancos dientes de americanos. No se puede decir que sonrían. Coge un mechón del pelo largo de Madison y tira de él, lo bastante fuerte para sacudirle la cabeza.

—Me conoces mejor que nadie. Y sí te he hablado de Inglaterra, pero nunca me escuchas.

Madison comienza a pasar sus largas uñas por la misma pierna, donde ahora hay una marca roja.

—No —replica ella—. Eres tú el que nunca escucha.

Laura no puede seguir viéndolos. Es insoportable. Pero al apartar la mirada, se encuentra con la de Nick. Por fin ha levantado los ojos del suelo. Se da cuenta de que en veinte años juntos ninguno de los dos había hecho nunca nada imperdonable. Ni siquiera J lo fue, por mucho que le doliera. Que pueda ser ella la que derribe los muros de su matrimonio la marea.

—Oye, Nick —dice Madison. Por fin ha dejado de mirar a Bastian —. Dame tu teléfono. Quiero jugar a algo.

Ella pasa un buen rato toqueteando la pantalla. Bastian le da sorbos casi constantes a su cerveza. Cuando la apura y no queda nada, parece sorprenderse antes de coger otra. Está sentado con un brazo estirado a lo largo del respaldo del sofá, como el primer día, solo que esta vez apunta en dirección contraria a Madison. Mientras que antes parecía tan tranquilo, y seguramente lo estaría en cualquier situación en la que se le pusiera, ahora su postura parece forzada, con los músculos tensos. Laura quiere llevárselo aparte y preguntarle por qué ha dicho eso de Exeter, pero sabe la respuesta. En muchos sentidos, Bastian es como un niño. No piensa demasiado en las consecuencias.

El altavoz está en la mesa baja junto a la cubitera rezumante. La lucecita parpadea, mostrando que sigue conectado y esperando la siguiente canción. Laura observa los largos dedos de Madison, su

anillo opaco bajo la luz amortiguada, hasta que por fin encuentra lo que buscaba. Levanta la vista y los ojos de las dos mujeres se alinean por primera vez desde hace horas, quizá en todo el día, justo cuando suenan las primeras notas de la canción. Nick, el amante de la música, que ha ido a asomarse de nuevo por la balaustrada, se vuelve hacia Madison con una extraña sonrisa a los dos compases. Laura solo tarda un compás más en ubicarla. «Jolene», de Dolly Parton. Una buena chica sureña, como Madison.

Se le pone la piel de gallina en los brazos porque conoce la canción. Aparte de lo que haya podido elucubrar, es imposible que Madison sepa que «Jolene» era uno de los clásicos que tenía con Lou. La ponían tras volver a casa después de una noche de fiesta decepcionante, cantando con la boca llena de tostadas de Marmite, o de pizza, o de kebab de pollo, afectando el acento al máximo.

«Algunos piensan que Dolly es una petarda con un par de tetas —había dicho Lou una vez—, pero en realidad es la puta ama. «Jolene» es una puta genialidad. No va a rogarle a su hombre que se quede, se dirige a la otra mujer, y aunque le dice: "Ay, no puedo competir contigo, con esos ojos verde esmeralda", sabes que hay mucho más detrás. Sabes que en el fondo está diciendo: "Venga, bonita, si tú puedes aspirar a algo bastante mejor que él. Es un idiota, pero es mi idiota, así que no me obligues a matarte"».

El rugido del viento arranca a Laura del recuerdo. Todos lo han notado porque es imposible no hacerlo. Debía de haberse calmado, una tregua solo evidente ahora que volvía con renovadas fuerzas.

Nick apaga el altavoz y el viento parece responder levantándose de nuevo. Se desliza por los contornos de la tierra, da golpes y empujones, demostrando su potencia. En la pequeña terraza donde Nick se toma su *espresso* matutino, la silla plegable de aluminio sale disparada y se encaja en la barandilla. Observan cómo cae al jardín de abajo, aparentemente a cámara lenta, y aterriza con estrépito.

Laura mira hacia el cielo, que tiene cien tonos de plata, azul y tierra. El primer relámpago los hace saltar a todos, incluso a Madison, que no dejaba de escrutar a Bastian con la intensidad de un láser. Se pone a contar en voz alta, con el acento más sureño que le ha oído nunca, el cuatro tan redondo como largo. Cuando llega el trueno a la de seis, el más fuerte hasta ahora, se abraza las rodillas contra el pecho con una sonrisita en los labios. Laura la habría tenido por una gritona bajo la tormenta, pero es como si se hubiera despertado.

Cuando le devuelve la mirada, Laura se da cuenta de que no puede apartar la vista. Madison sigue mirándola, con el pelo ondeando alrededor de su cabeza como Medusa. Caen relámpagos al mismo tiempo que una teja se desprende por el viento para estrellarse donde estaba el sofá antes de moverlo. Madison empieza a contar de nuevo,

sin dejar de mirar a Laura, y esta vez solo llega a cinco antes de que retumbe el trueno.

Es Nick quien la salva, Nick, que por fin ha descubierto quién es Bastian, aunque todavía no sepa el resto.

—Bueno, ya está bien. Tenemos que entrar antes de que alguien se electrocute. —Empieza a llenar la bandeja con vasos y botellas vacías. Laura se levanta sobre sus piernas temblorosas para recoger las mantas y alfombras del sofá, cuya esponjosa suavidad es un consuelo sensorial en el que querría perderse.

Sin embargo, no puede evitar echar un vistazo a Madison. La americana ha dejado por fin de mirarla y ha ido a colocarse donde estaba Nick. Sus manos se agarran a la balaustrada mientras contempla el valle, y la musculatura de sus brazos la hace parecer una estatua. Pero no una de esas estatuas acolchadas de carne que se ven por todas partes en Italia, sino una especie de diosa guerrera.

Bastian también observa a Madison, aunque como siempre su expresión es indescifrable.

—Oye, Mads —la llama, y ella se da la vuelta. Solo pasa un segundo (medio segundo) hasta que esboza esa sonrisa que Laura conoce por su página de Instagram, pero, durante ese instante, sus ojos azules son fríos como el hielo. Si la canción no había sido suficiente pista, esto lo confirma. Sabe algo. Puede que lo sepa todo.

Otro relámpago ilumina la noche, y esta vez le sucede el trueno al cabo de un par de segundos. Tres de ellos se sobresaltan: es el primer trueno propiamente dicho, un sonido que Laura jamás podrá relacionar con la mera expansión del aire. Suena como una chapa metálica lanzada desde gran altura. Solo Madison parece impasible.

—Vamos —dice Nick. Laura se maravilla al ver que se atreve a tirar del brazo de Madison, a hacerle un gesto con la cabeza para que lo siga a él y a su bandeja hacia la casa.

Sin embargo, ella le obedece, dejando atrás a Laura y a Bastian, que solo lleva su cerveza a medio beber. Entonces, él alarga una mano para tocarle la espalda y pasa un dedo por su columna vertebral.

—¿Es que te has vuelto loco? —le espeta—. Creo que Madison lo sabe. Y Nick también. O ha descubierto quién eres, aunque no el resto. ¿No lo entiendes?

Él se encoge de hombros y bebe de su cerveza. Ha dejado de caminar, así que ella también lo ha hecho, sin darse cuenta. Nick y Madison han desaparecido dentro de la villa.

—¿Por qué has dicho eso de Exeter? —le pregunta.

Bastian vuelve a encogerse de hombros y a ella le dan ganas de soltarle un guantazo. Por más que lo intenta, no logra comprenderlo. Puede que esté enfadado, agobiado o tan tranquilo. Su superficie es lisa y opaca, como las piscinas negras de Ivan.

—Joder, ¿no te preocupa lo que vaya a hacer? Seguramente estará comentándolo con Nick en este momento.

—Se calmará —dice él, cuando caen las primeras gotas. Al principio son solo unas pocas, salpicaduras gordas que oscurecen las piedras claras, pero luego se convierten en un auténtico diluvio. Laura y el montón de mantas se empapan inmediatamente. Llueve con tanta fuerza que parece sisear.

Al darse la vuelta para correr hacia la villa, algo pequeño y duro le golpea el cuero cabelludo, justo en la raya del pelo. Alza la vista y, durante un instante, espera ver a Madison en el balcón, con el brazo aún levantado tras haber lanzado una piedra sobre su cabeza. Pero entonces caen piedras por todas partes, y entiende lo que se debe de sentir bajo una lluvia de balas. Las diminutas y no tan diminutas bolas de granizo rebotan en cada superficie disponible. Empiezan a llenar la piscina. La violencia de los truenos ya tiene más sentido.

Y ahora también entiende otra cosa, sobre lo que acaba de decir él: «Se calmará». No era la primera vez que hacía esto.

Madison está subiendo a la cama cuando Laura entra. Alcanza a ver el vestido blanco de la americana a través de las barandillas mientras desaparece por las escaleras.

Nick está llenando el lavavajillas en la cocina, y ella piensa en preguntarle si Madison le dijo algo antes de irse, pero no se atreve. Cuando Bastian pasa de camino desde el jardín, Nick hace una pausa muy deliberada. Bastian, que parecía que iba a decir algo, se limita a dejar su botella vacía a un lado.

—Creo que voy a subir yo también.

—Sí, tira —replica Nick.

Bastian se va sin decir más, dejando huellas húmedas a su paso.

Después, Nick y ella se quedan en silencio. Él abre el grifo y empieza a lavar los vasos de cóctel con mucho cuidado. Si no fuera por sus mejillas todavía sonrojadas, ella creería que está totalmente absorto en la tarea.

Laura se acerca a él cuando las luces se apagan con un chasquido. Inmediatamente después se oye un gran trueno.

—Mierda —murmura Nick. Le oye rebuscar en los armarios—. ¿Dónde están las velas esas que compras cuando las necesitamos?

Las velas altas que Madison y ella trajeron antes están en un rincón junto a la tostadora, pero las cerillas tardan más en encontrarse. Acaba de convencerse de que las ha dejado fuera cuando Nick grita triunfante. El sonido de abrir la caja y encender una vela nunca le había brindado tan desproporcionado alivio.

Suben a la cama, acordando tácitamente dejar la limpieza de la

cocina hasta mañana. La luz no va a volver pronto, aunque lo peor de la tormenta ha pasado, y los intervalos entre los truenos y los relámpagos se amplían mientras se cepillan los dientes y se desvisten en la oscuridad casi total. Sabe que debería llevarles unas velas a Madison y a Bastian, pero nada podría obligarla a llamar a su puerta. «Solo hay que decir algo —piensa—. Acabemos con esto». Sin embargo, Nick permanece en silencio.

Las sábanas están frescas cuando se deslizan entre ellas, y muy ligeramente húmedas. Salvo por las últimas ráfagas de viento que lamían las gruesas paredes, la casa parece más silenciosa que de costumbre. Tal vez sea porque se ha ido la electricidad, un zumbido demasiado bajo para notarlo hasta que se apaga.

Se queda tumbada, escuchando sin oír nada, esperando, intentando respirar de manera uniforme. Piensa que, si Nick se durmiera, en realidad se lo pondría más fácil. «No es que te molestara mucho —podría responder mañana—. Te pusiste a dormir enseguida».

Pero entonces, justo cuando está segura de que no va a decir nada, de que se ha quedado dormido, empieza a hablar.

—Dime solo una cosa —dice, mascando las palabras—. ¿Lo sabías? ¿Sabías que iba a venir?

—No, no —se apresura a contestar. Es muy poco lo que podría negar si él se atreviera a preguntarle, pero eso lo puede atestiguar con total sinceridad—. Cuando lo vi…

—De acuerdo —la corta con voz fría, como nunca le había oído antes—. Eso es todo. Ahora necesito dormir.

Y lo hace, con esa facilidad que parecen tener los hombres, como si pulsaran un interruptor en su cabeza. Ella se da la vuelta hacia la ventana. La ansiedad la ha dejado insomne. Tiene que tratar de analizar las últimas quince horas, de asimilarlas, pero le resulta imposible. Han pasado demasiadas cosas.

Observa el cielo que se despeja lentamente a través de las persianas abiertas. Cuando la habitación se vuelve sofocante a eso de las tres, se levanta para abrir la ventana que habían cerrado para que no golpeara. En algún lugar del silencioso jardín, un ruiseñor ha comenzado a cantar. Las estrellas se hacen visibles justo después de las cuatro. Se tumba de lado observando su titilar, con los ojos irritados por el cansancio.

Día 12

Al final debe de haberse quedado dormida, porque Nick tiene que despertarla por la mañana, sacudiéndole el brazo casi con brusquedad.

—Ha habido algunos daños fuera. —Señala la ventana que da a la calle. Ella se acerca a mirar, esperando ver más tejas caídas, tal vez un olivo tronchado. Pero no es ninguna de las dos cosas: es el muro. Hay un hueco del ancho de un coche en él, igual que cuando llegaron. Por un momento, se pregunta si ha soñado los últimos meses, si los dioses le han concedido otra oportunidad. Pero entonces vuelve a mirar y ve que no es el mismo. Para empezar, es más ancho, y también parece más basto, como si el boquete hubiera sido perforado muy recientemente, lo que por supuesto es así. Alguien tuvo que hacerlo cuando la tormenta estaba en pleno apogeo, o bien por la noche, mientras estaban todos en la cama.

—¿Qué crees que ha pasado? —Se vuelve hacia Nick.

Él niega con la cabeza. Bajo sus pecas y sus quemaduras de sol, su piel parece gris.

—Fueron ellos, ¿no?

—No lo sé.

—¿En serio? Vamos, Nick. ¿De verdad crees que pudo haber sido cualquier otra persona, cuando estamos a un kilómetro de una carretera por la que pasan veinte coches al día? —Ha elevado la voz y él mira hacia la puerta para acallarla.

—¿En qué nos has metido?

—Bueno, tal vez deberías preguntarle a Bastian por qué están tan enfadados.

Se acerca a ella con ansias, un enemigo menos temible.

—Acababa de arreglar el siguiente pago con Tommaso y de repente se van. Angelo me envió un mensaje de texto anoche.

Espera, temerosa de hablar, no solo por el problema que podrían tener, sino porque corre el riesgo de decir algo irreversible.

—Está furioso. Dijo que su hijo y los hombres se sentían insultados. Dijo que…

—Nick, para. —Algo en su tono o en su cara le hace cerrar la boca—. La única persona que fue insultada fui yo. —Se esfuerza por mantener la voz baja y uniforme—. Pero no lo sabes porque te fuiste dejándome sola con un montón de misóginos machistas.

Nick se pone blanco como la cera.

—¿Te hicieron algo?

—En realidad no. Me asustaron, pero no pasó nada porque…

—Porque Bastian llegó en su corcel blanco. —Vuelve a aparecer la indignación herida.

—Claro, porque ese es el problema que tenemos.

Mientras que Nick está ahí tan pálido, a ella le empieza a arder la cara. Se lleva las manos a las mejillas para enfriarlas. No puede creer que no haya adivinado lo que pasó después entre Bastian y ella. Nick la conoce desde hace veinte años. Llevan media vida leyéndose el uno al otro. Sin embargo, él no lo ha entendido. Ella sabe que no. Lo de Madison es un asunto diferente.

—Mira, la verdad es que me asusté muchísimo. Se pusieron muy desagradables, diciendo cosas en italiano y riéndose. Me rodearon. No sé si habrían hecho algo, pero la cuestión es que sentí que podían hacerlo y que, si lo hacían, yo no podría evitarlo. ¿No entiendes que eso puede ser bastante traumático? Lo único que hizo Bastian fue decirles que se fueran, y se lo merecían absolutamente.

—¿Y qué se merecía Bastian?

—¿Qué?

—Bah, déjalo. No puedo ocuparme de esto ahora. Tengo que hacer una puta tortilla de claras de huevo para Madison. ¿Sabes que vamos a ir a casa de Ivan antes de la *festa*?

El festival medieval de Castelfranco. Comenzaba esta noche. Lo había olvidado por completo.

—Lo habrá organizado Madison —dice Nick, abriendo la puerta con tanta fuerza que rebota contra él—. Al parecer, vamos a ir todos a tomar una copa. A las seis en punto. Así que más vale que estés preparada para entonces.

Al bajar a desayunar, experimenta algo parecido al pánico escénico. Tiene las manos heladas y húmedas y la boca seca. Pero cuando saluda a Madison, que está desayunando sola bajo la pérgola, con un «buenos días» ahogado, la americana levanta la vista de su plato con una sonrisa de alto voltaje que Laura no había visto en mucho tiempo.

—Hola, cariño. ¿Has visto el cielo esta mañana? Es como si esa estúpida tormenta no hubiera ocurrido nunca.

Laura mira hacia arriba y ve que tiene razón: la tormenta lo ha

limpiado. A lo largo del valle, los Apeninos vuelven a ser visibles donde ayer llovía.

Entonces mira a Madison y es igual que cuando miró a Bastian la noche anterior. Hay una fracción de segundo durante la que el gesto de la otra mujer es totalmente frío e inexpresivo, con los ojos azul marino entornados, pero luego se le pasa y vuelve a sonreír, y Laura espera que su cerebro sobreexcitado lo haya imaginado.

—Bastian está durmiendo. Ha pasado mala noche —dice Madison.

Laura la observa cortar limpiamente su tortilla, llenar el tenedor, dejar el cuchillo, pasar el tenedor a su mano derecha. Toda la laboriosa operación resulta inexplicablemente absorbente.

—Vaya, lo siento —responde, al darse cuenta de que debe decir algo.

—Sí, pobrecito. Ahora mismo tiene mucho estrés en el trabajo. Nada le va bien.

—Pues qué pena, estando de vacaciones. —Es como si fueran desconocidas, su voz suena robótica. Se siente como si se viera actuar a sí misma desde arriba.

Como Madison no dice nada más, busca un tema que no esté relacionado con él. A lo lejos, se da cuenta de que las vides y las rosas han sobrevivido al viento y a la lluvia, aunque han perdido muchas de sus hojas.

—Alguien ha estado barriendo.

—Habrá sido tu santo marido a primera hora —dice Madison, dulcemente—. Parece que tú tampoco has dormido muy bien.

Laura intenta sonreír.

—Estoy bien. Nick dice que esta noche vais a ir a tomar algo en casa de Ivan antes del festival. ¿Es cierto?

—¿Cómo que vais? Vamos todos. Ivan preguntó especialmente por ti cuando hablamos por teléfono. Menudo club de fans tienes aquí. ¿Cuál es tu secreto, Laura?

Hay un instante de silencio.

—Entonces, ¿puedo ofrecerte algo más? —Está tan desesperada por irse de la pérgola que se mueve como una adolescente desgarbada. Se lleva las manos a la espalda para que Madison no pueda verlas temblar.

—Oye, oye. —Madison aparta su plato y estira la mano—. Estás más nerviosa que un gato esta mañana. Ven aquí.

Se acerca arrastrando los pies. Avergonzada por lo húmeda que debe de estar, le tiende una mano. Madison la coge, le da la vuelta y le acaricia la palma. Una de sus uñas está al ras y sin esmalte. Laura comprende que el resto son postizas.

—Qué manos tan bonitas —dice Madison—. Como las de una niña. Ahora, mírame.

Laura obedece. Consigue mantener la mirada fija, pero no puede evitar tragar saliva.

—Tienes que ir a comer algo. —La cara de Madison es la viva imagen de la preocupación. Parece bastante real—. Ve y dile a Nick que esta tortilla es la mejor que he probado nunca. ¿De acuerdo?

Laura asiente y se marcha. Le cuesta una barbaridad no echar a correr.

Se queda dentro durante el resto del día, limpiando el polvo, fregando y frotando sin parar: una miríada de pequeños castigos que se aplica a sí misma, uno tras otro. Puede que sea el día más bonito desde que llegaron a Italia, pero ella no se lo merece.

A las cinco, está lista para ir a casa de Ivan. Su expresión en el espejo del tocador es solemne, su atuendo sobrio. Lleva un vestido azul oscuro con un escote discreto y una falda amplia que quería recortar cinco centímetros. Se alegra de no haberlo hecho. Quiere que la cubra.

La única joya que lleva es su alianza. Mientras espera, le da vueltas al anillo de platino con el pulgar. Está más suelto que nunca. Tiene que haber perdido más peso. La franja de piel no bronceada que hay debajo es de un blanco intenso.

Finalmente, Nick la llama desde el piso de abajo. Debe de haberse preparado hace mucho tiempo; no lo ha visto en varias horas, no ha visto a nadie. La sensación de pánico escénico vuelve a aparecer. Cuando se levanta, la habitación se mueve como un barco, su visión da trompicones como un ascensor estropeado. Extiende una mano hacia el tocador para sujetarse mientras la bajada de azúcar en sangre la ciega unos instantes, como el granizo que llenó la piscina la noche anterior. A pesar de las instrucciones de Madison, no ha comido más que un par de rebanadas de chapata rancia en todo el día. Se dice a sí misma que se le pasará pronto. Todo pasará pronto.

La esperan en el vestíbulo. Baja las escaleras despacio, por si vuelve a marearse, pero también porque está muy avergonzada. A mitad de camino, se atreve a mirarlos y se detiene en seco. Todos están ataviados con trajes medievales, incluido Nick. Madison parece imposiblemente delgada con un vestido largo con cinturón de color vino. Lleva el pelo recogido en un complicado moño trenzado y coronado con una diadema de terciopelo negro, envuelta en brocado dorado. Bastian, que la observa con atención, tiene un inquietante aspecto italiano con una túnica azul oscuro, tan a gusto con la ropa de sus antepasados. Es como la escena del baile de disfraces de Rebecca, pero invertida.

Nick es el único que se muestra incómodo, con un traje ocre que

choca con su piel rosada. No puede mirarla a los ojos.

—¿Dónde está tu disfraz, cariño? —Seguro que Madison se ha inventado todo esto y, sin embargo, parece realmente perpleja.

Laura se agarra a la barandilla, con lágrimas en los ojos.

—No sabía que nos íbamos a disfrazar.

Madison mira a Nick, que se encoge de hombros.

—Pensé que te estabas arreglando —responde él, mirando en la dirección de Laura, y luego hacia otro lado. Es una mentira tan evidente que a nadie se le ocurre nada que decir.

Madison se acerca al final de la escalera. Se lleva las manos a la cabeza y empieza a sacar horquillas. Luego se quita la diadema y se la ofrece.

—Ven aquí. Puedes ponerte esto.

Se sitúan frente al espejo del vestíbulo, con las manos de Madison sobre los hombros de Laura. La superficie del viejo cristal se agita con la luz del atardecer que entra por la puerta abierta. Los bordes se ven suaves y descoloridos, como un cuadro. Un retrato de dos hermanas que no se parecen en nada. Detrás de ella, la americana le saca media cabeza.

—Ya está —dice colocándole la diadema a Laura, con el pelo suelto dispuesto en ondas oscuras sobre los hombros—. Dudo que sea correcto históricamente, pero da el pego. Pareces una virgencita.

Cuando Giulia los acompaña al jardín de Ivan, Laura piensa que Angelo podría estar allí. Se queda atrás, dejando que los otros pasen primero por las puertas, aplazando el momento de que se confirme su presencia. Bastian, que interpreta mal el gesto, ralentiza el paso. Está muy guapo con su túnica azul marino y plateada, pero ella no puede soportar mirarlo.

—¿Qué pasa, nena? —le susurra al oído, y su cuerpo traicionero responde. Huele a calor y a verano—. No te he visto en todo el día. Tenemos que hablar, hacer planes.

—Ahora no —dice ella—. Por favor —añade, porque no está segura de su capacidad de resistencia. Había pensado en la fiesta a principios de esta semana; en cómo podrían perderse entre la multitud; en los rincones oscuros que podrían encontrar para estar solos. Pero ahora las cosas han cambiado. Madison sabe algo, tal vez todo. Nick sabe quién es Bastian. Todo se está desmoronando, tal y como Lou temía.

Al menos Angelo no está en ningún sitio. Ivan se levanta para saludarles y besa a Madison en ambas mejillas, pero tira de Laura para darle un abrazo. Aunque le adora, ella desearía que no lo hiciera. Es un simple reconocimiento de las confidencias que compartieron la otra

tarde, pero a Madison le puede parecer favoritismo, y eso es lo último que Laura quiere que le demuestre otro hombre, incluso uno que sin la menor duda no la desea.

Se sientan en un círculo abierto en la terraza mientras Giulia les sirve una copa de champán a cada uno. Aparte de los murmullos de *grazies* y *pregos*, nadie habla. Ivan ladea la cabeza como un pájaro alerta y Laura sabe que ha detectado la tensión en el ambiente. La mira y mueve la cabeza imperceptiblemente, preguntándole en silencio qué sucede, pero ella desvía la mirada, fingiendo no haberlo visto.

—Bueno, tenéis que contarme qué os ha parecido la tormenta —dice al cabo de un rato. Su tono es ligero, sin mostrar ninguna señal de que haya notado algo raro—. Me temo que me he quedado sin una de las esculturas del jardín. El viento la hizo caer y se partió en dos. Era una de las favoritas de Raoul. —Le brillan los ojos, y Laura sonríe a su pesar.

Madison se ríe.

—Qué tragedia. Supongo que te ha ahorrado el trabajo.

Giulia llena su copa, que ya está medio vacía. Laura apenas ha tocado la suya y entonces decide no tomar más que esa. Puede que sea lo único que pueda controlar esta noche.

—Tengo que deciros que he visto cosas mucho peores en casa, chicos —dice Madison—. En Los Ángeles no, me refiero a mi verdadera casa. En el sur. Recuerdo que, cuando era niña, hacía cada vez más calor hasta que llegaba a ser oprimente. La gente se volvía loca. Todos rezábamos para que se pusiera a llover. Pero luego, cuando llovía, llovía de verdad. En un momento estaba todo en silencio, y me refiero a un silencio absoluto porque los pájaros y los insectos siempre sabían cuándo iba a ocurrir y lo esperaban igual que nosotros, y al siguiente, el cielo se abría de golpe. Así es como sonaba, como si Dios hubiera bajado y hubiera partido el cielo en dos.

Ivan está sonriendo.

—Una vez me pilló una tormenta en Luisiana. Nunca lo olvidaré. Pero te prometo que anoche salimos bien parados. A menudo hacen mucho más daño. En agosto, cuando la temperatura es más alta, los cumulonimbos son enormes. Los ves bajar por el valle desde las montañas, como si fueran las mismas montañas. A veces hacen sonar las campanas de la iglesia como advertencia y, como has dicho, todo lo demás queda en silencio. Ya puedes imaginarte cómo suena.

—Como el fin del mundo. —Laura no quiere decir las palabras en voz alta. Todos se vuelven hacia ella.

Ivan vuelve a sonreír.

—Exactamente, como el fin del mundo. —Extiende el brazo para mostrárselo—. Ves, incluso hablar de ello me pone la piel de gallina.

Laura se frota sus propios brazos. Bastian la está observando, lo nota. Siempre lo nota. Así pues, mantiene la mirada fija en Ivan, o en su propia mano sujetando la copa de champán. Piensa en lo mucho que había disfrutado antes de las atenciones de Bastian, en cómo se había acicalado de cien maneras distintas: girando la cara hacia su ángulo más favorecedor, metiéndose el pelo detrás de la oreja para enseñar el cuello, jugueteando con una cadenita para que él imaginara su boca allí. Piensa en lo que dijo Madison sobre sus manos de niña y se pregunta si es una suposición afortunada (o desafortunada), porque Bastian le había dicho una vez que le encantaba lo pequeñas y pulcras que eran.

Ivan se dirige ahora a Bastian, y Laura se da cuenta de que está tratando de ayudarla, obligándolo a mirar a otra persona.

—¿Estás disfrutando de Italia, Bastian? Seguro que tienes sangre italiana. Parece que acabas de salir de un cuadro de Rafael con ese traje.

—Es todo precioso —responde, y sus ojos pasan de Ivan a Laura—. Como lo imaginaba.

A ella le arden las mejillas. En ese momento le odia un poco.

Madison le aprieta la rodilla, obligándole a mirarla.

—El pobre Bast ha tenido mucho lío con el trabajo, lo cual es una pena. No te dejan en paz, ¿verdad, cariño? —Levanta la copa para pedirle más champán a Giulia, que sigue merodeando cerca.

La mandíbula de Bastian se tensa.

—No pasa nada. Hoy he cerrado un par de tratos.

Da la impresión de que es mentira, pero Madison se vuelve hacia él con los ojos muy abiertos.

—¡No me lo habías dicho! Qué bien, cariño. Menudo alivio. —Luego mira a Ivan—. Estoy segura de que a Bast no le importará que diga que todo ha sido muy duro últimamente. No estábamos seguros de poder permitirnos el lujo de venir aquí, ¿entiendes?

Bastian se queda quieto.

—Sí, es que Hollywood siempre es brutal. —Madison sacude la cabeza con tristeza—. Tropiezas con la persona equivocada y, de repente, te quedas en la calle. Y, ya sabes, es un lugar caro para vivir. Tenemos un par de coches, hay que ser miembros del gimnasio, del club, del spa, invitar a los clientes a los mejores sitios…

—No necesitan oír todo eso —la interrumpe Bastian—. ¿Por qué no dejas que otro hable un rato?

Su tono es tan frío y definitivo que Laura alza la cabeza sorprendida cuando Madison continúa:

—Pero, cariño, aquí estamos entre amigos. No les importa, ¿verdad, chicos?

Nick niega con la cabeza.

—En absoluto. Podéis contarnos lo que queráis. —Aunque intenta reprimirlo, está a un paso de sonreír.

—Gracias, Nick —dice Madison, lanzándole un beso—. Siento que este es un espacio seguro para nosotros, y no es saludable reprimir las cosas, ¿sabéis? La verdad es que ha sido muy difícil para Bast, porque creció con muchos privilegios. Supongo que le da vergüenza no tener más dinero. Para mí, es lo normal. La mayor parte del tiempo, nunca tuvimos un centavo. Mi padre era un desastre con el dinero. Se bebía o perdía en el póker todo lo que ganaba. Si necesitábamos zapatos o lo que fuera, mi madre tenía que robárselo cuando estaba dormido. Cuando lo mató el trabajo, ella descubrió que había dejado de pagar el seguro de vida. Una lección así no se olvida, ¿entendéis?

A pesar de sí misma, a pesar de lo horrible que es todo, Laura no puede apartar la vista de Madison. Tal vez sea la bebida (la americana va por su cuarta copa), pero en realidad el alcohol parece agudizarla, no desdibujarla. Sin embargo, su acento vuelve a cambiar, y Laura se pregunta qué significa. ¿Una pérdida de las inhibiciones, o algo más deliberado? Las cadencias se han alterado, igual que en la tormenta, las vocales se estiran, como un gato sobre una piedra caliente.

Laura lo entiende de golpe: es una trampa, el lánguido acento sureño empleado para disimular la ferocidad del ataque. Madison se está preparando. Va a destrozar a Bastian. Solo puede suponer que ella será la siguiente.

Los pocos turistas de Castelfranco que no van disfrazados destacan como bengalas de emergencia. Son ellos los que se sienten cohibidos, más que los que van ataviados como extras con sus tabardos, manguitos de colores y vestidos ceñidos. Laura intercambia una mirada con otro forastero, un hombre corpulento con una camiseta de Nike. Le dirige una mueca de solidaridad. Esta fiesta no es un espectáculo para los visitantes, como ocurre en otros lugares: sigue siendo del pueblo. Mientras los lugareños con los que se cruza la miran abiertamente, nunca se ha sentido más fuera de lugar. Incluso conoce la expresión en italiano, pues es lo que ha experimentado desde el principio, de una manera u otra: *fuori posto*.

Aun así, son un deleite para la vista en conjunto: preciosos con su plumaje escarlata, dorado y verde. Por supuesto, hay un montón de pequeñas incongruencias cuando uno se fija bien: esmalte de uñas, relojes de pulsera, gafas de sol, los omnipresentes teléfonos móviles y los iPads sostenidos en alto sobre las cabezas para capturar la escena.

El aire está lleno de olores a carne y a azúcar quemado. Los puestos de comida se alinean en un lado de la plaza. Ninguno de ellos ha comido; antes era demasiado temprano, así que habían pensado

pillar algo por aquí. Sin embargo, si se mira con detenimiento, gran parte de la comida son vísceras: sesos, hígado y mollejas. Las náuseas y el hambre guerrean en el interior de Laura. Nick, que parece hiperactivo y extrañamente eufórico, dice que le apetece y pide algo oscuro y brillante en un panecillo de textura rugosa. Madison chilla cuando, al morderlo, el relleno se sale y un trozo aterriza húmedo cerca de sus pies. Parece hígado o tal vez riñón. A Laura se le revuelve el estómago.

Ivan los conduce hacia una de las callejuelas que forman las arterias del casco antiguo. Aquí está mucho más oscuro. Lo que parecía una versión Disney del medievo con las últimas luces doradas del atardecer empieza a parecer real a medida que el sol se oculta por debajo de los tejados. Ahora sí es posible imaginar que han retrocedido en el tiempo. Los rostros que se asoman a la sombreada calle son los mismos que ha visto en los frescos, como si la efigie del patrimonio genético hubiera permanecido inalterada durante quinientos años.

Laura se detiene para observar a un artesano que está puliendo un cinturón de suave cuero con largas y elegantes pasadas. Puede distinguir su olor, a alquitrán y a tabaco y a un toque de podredumbre. El movimiento es hipnótico y no puede evitar entretenerse. Cuando levanta la vista, no hay rastro de los demás. Han sido absorbidos por la multitud. Se pone de puntillas, pero lo único que ve por encima de las oscuras cabezas son las túnicas rojas que llevan muchos. Por primera vez le llama la atención que nadie luzca el mismo azul brillante que ella, aunque lo considere un tono tan italiano: el *azzurro*, el color de las aguas del Adriático al este.

Se apresura a seguir la dirección que habían tomado. Hay un balcón desde el que van a ver el desfile que abre el festival de tres días; Ivan conoce a la *contessa* propietaria del enorme apartamento. Al cabo de un rato, ve que está demasiado lejos de la plaza a la que da el balcón. Se detiene y mira a un lado y a otro, una isla entre el río de color escarlata y carmesí que pasa, espeso y coagulado. Las manos ajenas le rozan las caderas, el pelo y los brazos desnudos, pero nunca es lo bastante descarado para poder protestar.

Se pone en marcha de nuevo, hacia la plaza. La música ha comenzado. Los tambores suenan y resuenan en los adoquines bajo sus finas sandalias. A pesar de haber bebido muy poco, empieza a sentirse extraña, relajada y nerviosa al mismo tiempo, con una nota de temor que se oye de fondo, desafinada.

Cuando se detiene, perdida de nuevo, una mujer de ojos rasgados se vuelve para mirarla de arriba abajo. La tropa de jóvenes que la rodea hace lo mismo. La mujer tiene los pómulos altos, la piel que se estira sobre ellos del color del oro viejo con su toque de verde

apagado. En los brazos lleva uno de esos galgos italianos en miniatura, diminuto y de huesos frágiles, con un pelaje grisáceo reluciente. Laura no sabe por qué le resultan tan familiares hasta que se acuerda del cuadro de Da Vinci de una mujer con un armiño.

Todavía está fascinada por la mujer, por la forma en que la multitud se separa respetuosamente a su alrededor, cuando las manos de alguien la rodean por la cintura. Intenta zafarse, pero ya la están arrastrando hacia un lóbrego callejón del que no se había percatado, y una de sus sandalias se desprende mientras la empujan sobre los adoquines.

Se revuelve con un enorme esfuerzo, dispuesta a luchar con uñas y dientes, a darle una patada en la entrepierna. Sabe que se va a enfrentar a Carlo, está segura.

Pero no es Carlo. Es Bastian. La lanilla de su túnica oscura brilla como el pelaje del galgo a la luz de la única farola del callejón. Sus manos le acarician la cara.

—Nena, estás temblando.

—Acabas de secuestrarme en plena calle. —Ella le quita las manos de encima.

—No quería que los demás se dieran cuenta.

—¿Adónde habéis ido todos? Os he perdido.

—Madison arrastró a Ivan a una de las tiendas. Nos dimos la vuelta y te habías ido. Nick fue a buscarte y le dije que yo también lo haría. Supongo que elegí el camino correcto. —La sujeta de la muñeca y la atrae hacia él con poco esfuerzo, aunque ella intenta resistirse—. Oye, te pones muy guapa cuando te enfadas.

La hace retroceder hasta la puerta arqueada de un viejo edificio de apartamentos, oscuro como una cueva. Mientras la acorrala contra la hilera de timbres para besarla, sale un anciano con un bastón. Al darse cuenta de su presencia, levanta una mano temblorosa y ella cree que va a persignarse, pero se la pone sobre el pecho.

—*Amore!* —exclama sonriente mientras sale con rigidez al callejón y se dirige a la multitud que pasa como un río crecido.

Bastian sujeta la puerta antes de que se cierre y la conduce a una portería fría y poco iluminada. El mármol resuena bajo sus pies. El olor es complejo: a café rancio y a polvo viejo que se calienta en las bombillas volviéndose pestilente.

—Ven aquí —dice, empujándola contra la pared.

Siente frío a través del fino algodón de su vestido y se estremece. Él cree que es el efecto que le provoca y empieza a besarla de nuevo, sus manos le rodean la cintura y la levantan del suelo. Se siente pequeña y delicada allí, con los pies colgando. La deja deslizarse lentamente hasta que queda cubierta por él, con los brazos alrededor de su cuello, y por fin le devuelve el beso cuando la luz se apaga sin

previo aviso.

—Necesito verte —murmura Bastian, apartándose para pulsar el interruptor redondo. Se enciende, zumbando y chasqueando como si se resintiera de la perturbación, y Laura se da cuenta de que volverá a apagarse dentro de unos segundos. En realidad, ella preferiría que la oscuridad fuera permanente. Aún lo desea, claro, y sospecha que nunca dejará de desearlo. Había imaginado esa misma escena con exactitud y se había excitado. Pero ahora que está sucediendo, todo lo demás empieza a entrometerse. Sigue viendo a Madison detrás de ella en el espejo; siente sus dedos largos, frescos y cuidadosos mientras le ajusta la diadema en la cabeza, estropeando su propio traje para que Laura se sienta menos tonta.

—No deberíamos hacer esto —dice, separando la boca de la suya, y es un tópico tan grande de la infidelidad que se avergüenza y da las gracias en secreto por la escasa potencia de la luz del pasillo.

—¿Qué?

—Ya me has oído.

—Venga. —Se agacha para meter la mano por debajo de su largo vestido. La gran cantidad de tela le entorpece y maldice en voz baja cuando la luz se apaga de nuevo. La inmersión en la oscuridad y la pérdida de visión que conlleva hacen que su mano parezca más grande, más áspera, la piel del interior de sus muslos más tierna.

—No, Bastian. —Laura le quita la mano, aunque sigue dentro de su vestido—. Para.

Él la empuja contra la pared y la obliga a abrir más las piernas. Ella le agarra la mano a través de las capas de algodón, pero su volumen la obstaculiza ahora más que a él. Y de pronto ya está allí, metiéndole los dedos, arañándola con una uña rota. Laura grita y él la frota con fuerza, como si eso fuera a cambiar las cosas.

—Suéltame —dice, y esta vez parece oírla. Jadea sobre su hombro desnudo, y la mano que tiene dentro del vestido se apoya en su cadera, calentándola. Ella se aparta con cuidado. Él se lo permite.

Laura pulsa el interruptor. Bastian tiene un color cetrino bajo la escasa luz, que parece resaltar cada arruga.

—No debería tener que decírtelo dos veces.

—Pensaba que querías.

—Creía que sí, pero luego no.

Quiere preguntarle por lo que dijo Madison en casa de Ivan sobre el dinero (o su falta de él), pero prefiere irse de allí. Él la deja marchar. Al salir al callejón, el sonido de la multitud la recibe como una ola. La puerta se cierra tras ella y, aunque vacila, queriendo arreglar las cosas con él, deseando perderse como lo hizo ayer, se obliga a caminar sin mirar atrás.

No espera encontrar a los demás. Supone que están en el balcón de la condesa, dondequiera que esté. Se da cuenta de que no le importa. Quizá los agudos ojos de la americana distingan su vestido azul entre la multitud. «Una virgencita». No puede oírlo sin pensar en su opuesto, y se pregunta si no sería precisamente eso lo que quiso decir Madison.

Se mueve entre la multitud. El ambiente es más ruidoso que antes. Los ojos se han vidriado y las caras brillan de sudor por encima de los pesados trajes. En la aglomeración del centro de la plaza, la temperatura tiene que rondar los cuarenta grados. Se deja llevar en lugar de elegir una dirección.

La fuente surge por delante, la muchedumbre se separa para rodearla. Consigue acercarse a ella y encuentra un pequeño borde en el que sentarse. Se quita las sandalias y apoya los pies descalzos en los adoquines, pero están pegajosos por la cerveza, el vino y la fruta tirada, además de irradiar el calor de todo el día. Es entonces cuando se fija en él, sentado en las sombras bajo los arcos de piedra, en una de las sillas de plástico rojo de la heladería. Llegar hasta allí es otra lucha.

—Nick.

Cuando levanta la vista, ve que está herido. Tiene un ojo cerrado e inflamado, y sangre incrustada alrededor de la nariz. Hay un círculo de vómito junto a la silla, su asqueroso bocadillo apenas digerido antes de volver a salir.

—Madre mía. —Remetiéndose la falda, se arrodilla a sus pies y le levanta la cabeza para inspeccionarlo bien. Él no parece tener la energía necesaria para sostenerla por sí solo. En un puño lleva un montón de servilletas aplastadas, manchadas de sangre y vómitos. Cuando mira su ojo bueno, derrama una lágrima.

—Lo he jodido todo —dice, apenas audible.

—¿Qué te ha pasado? ¿Han sido ellos?

Nick respira entrecortadamente.

—No lo sé. Puede ser. Llevaban máscaras.

—¿Máscaras?

—Máscaras de animales.

—Joder.

—Pues sí. —Nick hace una mueca de dolor al moverse y se sujeta las costillas. Ella le levanta la túnica sucia con cuidado. En su pálida piel, desde el esternón hasta el costado, ya están apareciendo oscuros moratones.

—Dios, Nick. Tenemos que ir a los *carabinieri*.

—Se han llevado mi cartera.

Ella niega con la cabeza, sin entender.

—Dirán que ha sido un atraco. Que a veces les pasa a los turistas,

si tienen mala suerte. Nada personal, nada que puedan hacer, etcétera.

No se le ocurre nada que responder. Coge la mano que sujeta las servilletas y ve que tiene los nudillos magullados. Con mucha delicadeza, los besa.

Nick deja escapar un sollozo.

—Lo siento, ¿te he hecho daño? —Laura se sonroja ante el doble sentido, pero él niega con la cabeza.

—No es eso. Tengo que decirte otra cosa.

Ella espera, conteniéndose. En algún lugar, alguien está tocando un laúd o algo igualmente absurdo y desafinado. Desea con todas sus fuerzas que estuvieran de vuelta en Luna Rossa. La idea de estar atrapada en esta plaza abarrotada mientras su amada villa está vacía le oprime el corazón. Se imagina que al regresar encontrarán sus posesiones en un montón en la carretera, o algo peor. Su mente vuelve a evocar las excavadoras y las bolas de demolición. Alguien rociando el lugar con gasolina antes de lanzar una cerilla encendida.

—Dilo. Dímelo ya. Vamos a perder la villa, ¿verdad?

Él levanta la vista.

—No. Todavía no. Quizá nunca.

—¿Entonces qué?

Él agacha la cabeza. Ella resiste el impulso de sacudirlo.

—Pedí un préstamo.

—¿Un préstamo? —La cabeza le da vueltas.

—Para comprar la villa. Para las obras que había que hacer.

—¿Qué, como una hipoteca? Pero si pagamos en efectivo. De eso se trataba. De estar libres de hipotecas.

—Nos subieron el precio.

—¿Quién? ¿La vendedora? —Había conocido a la anciana de Milán que les vendió Luna Rossa el día que firmaron el contrato.

—Sí, ella. Aquí es muy normal. ¿Recuerdas lo que dijo el señor Ricci al respecto? Que en cuanto se muestra algo de interés, el precio sube, porque antes era artificialmente barato. —La mira con desesperación.

—Sí, lo recuerdo. Y el precio subió. Y encontramos los veinte mil que faltaban.

—Subió de nuevo. Y otra vez más.

—Y no me lo dijiste.

—Fue por la misma razón. Todo sucedió al mismo tiempo. Eso y lo de las lindes.

—¿Así que seguiste doblando la apuesta?

Nick apoya la cabeza entre las manos y jadea al golpearse el ojo maltrecho.

—Necesitabas esa villa. Te lo debía.

Recuerda haber pensado lo mismo aquel primer día. «Me lo debes,

Nick».

—Así que no nos queda dinero, vamos a tener que pagar Dios sabe cuánto por las obras, puede que no seamos dueños de todo el terreno que compramos, y, además, tenemos que pagar una hipoteca.

—Yo no he dicho que sea una hipoteca. No quisieron dármela. No teníamos nóminas para conseguir una hipoteca.

—Mierda. Quieres decir un préstamo de verdad. —La última pieza encaja sin piedad en su lugar—. De Angelo.

Nick asiente, sin dejar de mirar los mugrientos adoquines, clavándose los dedos con fuerza en el cuero cabelludo.

Laura decide que cogerán un taxi para volver a Luna Rossa. Encontrarlo requiere un largo paseo, lejos de la confusión de calles estrechas del casco antiguo, que se han cerrado para la *festa*, hasta el tipo de afueras industriales que nadie piensa en embellecer. Mientras que el centro resultaba opresivo y desordenado, las partes más nuevas de Castelfranco son sencillamente horrendas. En muchos sentidos, podrían estar en cualquier barrio sin alma de Inglaterra: el asfalto bajo la luz fluorescente se ve igual en todas partes. Sin embargo, el aire es demasiado cálido para estar en casa. Huele un poco a desagüe.

—¿No crees que deberíamos haber buscado a Madison y a Bastian para decirles que nos íbamos?

Nick está más ansioso de lo que lo ha visto nunca. Lleva haciéndole preguntas así desde que salieron de la plaza, como un niño pidiendo consuelo. En su estado de ánimo actual, seguramente podría persuadirlo de cualquier cosa (recoger lo mínimo de sus posesiones y marcharse sin más, por ejemplo), pero eso le despierta el perverso deseo de quedarse y afrontar las cosas de cara. Por ahora, la rabia desplaza la mayor parte del miedo.

El camino que toma el taxista está muy oscuro. No es el camino que siguen normalmente, y se le revuelve el estómago al pensar que los haya reconocido. Sin decir nada a Nick, observa el perfil del hombre, sus dedos rechonchos golpeando el volante al ritmo de una canción en su cabeza. Un santo de plástico se balancea bajo el espejo retrovisor mientras recorren otra curva de la carretera.

Se imagina que se detiene bruscamente, obligándoles a salir delante del coche, iluminados por los faros, con los insectos pululando en ambos haces. Luego, el rugido de otro motor y una camioneta roja que se acerca en medio de una tormenta de polvo. Laura destierra la imagen de su mente y aprieta la mano de Nick. Una parte de ella está furiosa con él, claro que sí, pero de momento su ira se dirige exclusivamente hacia Angelo.

El conductor, que no ha abierto la boca desde que salieron, se

vuelve a medias, diciendo algo que ninguno de los dos capta. Ella mira a Nick para ver si lo ha entendido, pero él niega con la cabeza, abriendo el ojo bueno mientras vuelve a abrumarlo la ansiedad.

—*Scusi?* —dice Laura, inclinándose hacia delante y respirando sudor y colonia—. *Può ripetere?*

—*Scossa* —responde el taxista con lentitud, pronunciando la palabra como si fueran especialmente tontos, lo que ella sabe que es verdad. *Sco-ssa*. Luego, como si no pudiera resistirse, como si no pudiera tolerar su incapacidad para entender su idioma a una velocidad normal, añade otro par de frases, el habitual ratatá de ametralladora, soltando el volante con la mano derecha para enfatizar cada palabra con los dedos unidos. *Scossa*, vuelve a oír. También *stasera*. Sabe lo que es. Significa esta noche. Algo hace clic en su cerebro.

—*Scossa* —repite ella, inclinándose de nuevo hacia delante. La cadena de oro del conductor reluce en la oscuridad—. ¿Terremoto?

Su cara se ilumina con una sonrisa. Golpea el salpicadero con el puño.

—*Sì! Sì!* Terremoto. —Vuelve a ponerse serio—. *Sei o sette scosse stasera, nelle montagne. Piccole. Ma domani…* —Hace una mueca.

Ella repite las palabras lentamente en su cabeza y, para su sorpresa, las entiende todas.

—¿Qué está diciendo? —Nick le coge la mano con dedos resbaladizos. Su ojo malo está casi cerrado del todo.

—Ha habido algunos temblores de tierra, en las montañas. Pequeños, pero ha dicho algo de mañana.

Laura se agarra al respaldo del asiento del conductor.

—*Domani* —comienza—, *più forte? Scossa o terremoto?*

—*Più forte*. —Más fuerte.

El conductor retira brevemente las manos del volante para encogerse de hombros y levantar las palmas, signo universal de no saber, desviándose un poco antes de volver a bajarlas.

Laura se reclina en el asiento. Movimientos de tierra, terremotos. Aquí son bastante comunes, cerca del lugar donde las placas euroasiática y africana chocan entre sí. Hubo una serie de pequeños temblores en abril, durante los cuales durmieron y solo se enteraron después. Aquello la había inquietado en su momento, pero ¿un verdadero terremoto? La idea de que se produzca uno es tan aterradora que resulta imposible de asimilar. Nick le toca de la mano.

—¿Y?

—Nada. Todo bien.

Él parece aceptarlo. Laura nota que se relaja, y de nuevo le perturba lo mucho que parece haberle cedido la responsabilidad a ella. Durante un instante se pregunta qué haría Bastian en la misma

situación, pero ese es otro pensamiento que es mejor desterrar, ya que no ayuda a nadie en ese momento.

La carretera lleva un rato ascendiendo cuando de repente ve dónde están. Solo falta un minuto para el desvío a Luna Rossa. Por algún motivo, se han acercado desde la dirección opuesta, pero no le importa por qué ni cómo. Siente un alivio enorme, instintivo y animal, aunque, por supuesto, no cambia nada. A pesar del supuesto atraco de Nick, seguramente estaban más seguros en la ciudad, entre la multitud.

Le dice al conductor dónde tiene que girar y empiezan a recorrer el camino. De noche, los olivos son lo bastante densos para ocultar la villa hasta llegar al claro, pero esta noche se puede ver casi de inmediato, con la luz que sale de todas las ventanas. Titilando entre los árboles oscuros, con el terciopelo negro del valle a sus espaldas, parece flotar en el aire, como una nave alienígena.

—No estaban encendidas cuando nos fuimos, ¿verdad? —pregunta Nick, con la voz entrecortada.

Ella no se molesta en contestar.

Rebuscando en su bolso, se esfuerza por sumar las monedas y los billetes arrugados. Al final, se limita a ponerlo todo en manos del conductor. Él niega con la cabeza. No es suficiente.

—Bueno, pues entra —le dice a Nick—. Hay un billete de veinte en mi bolso verde junto a la cama. En el bolsillo interior.

En la puerta principal, él titubea y se da la vuelta, pero ella le hace un gesto de impaciencia para que entre. No hay nadie todavía: el único coche aparcado en la entrada es el suyo (el coche de alquiler de los americanos se quedó en casa de Ivan) y no se imagina a los secuaces de Angelo molestándose en venir aquí a pie en la oscuridad. Además, en su estado de excitación, puede percibir el vacío de la villa.

El silencio es total cuando la noche absorbe el sonido bajo del motor del taxi. Incluso los pájaros y las cigarras están en silencio, y se pregunta vagamente si tendrá algo que ver con los temblores. Algún dato recordado a medias sobre los animales que huyen de este tipo de cosas con mucha antelación, capaces de escuchar una advertencia a la que los seres humanos se han vuelto sordos desde hace tiempo.

Nick y Laura se sientan uno frente al otro en la cocina, con los codos sobre la mesa. Ella ha envuelto una bolsa de hielo de pícnic en un paño de cocina, que él se lleva con cuidado a los ojos. Ha olvidado la cerveza que ha sacado de la nevera. Transpira sobre la superficie de madera de la mesa. Piensa en bebérsela ella misma, pero no está convencida de poder tragar nada. Salvo por la tira luminosa del extractor, la casa está a oscuras a su alrededor. Ha ido apagando todas las luces con el nudillo, sin querer posar la yema del dedo donde hace poco estuvo la de un desconocido. Se niega a pensar mucho más en

eso. Es demasiado inquietante.

—Necesito decirte algo —dice Laura ahora.

—No quiero saberlo.

—Nick, tengo que hacerlo.

—No. No tienes que hacerlo. No puedo soportarlo. No con todo lo demás. —Coge la cerveza y se la bebe de un trago. Vuelve a la nevera, duda y saca una botella de vodka del congelador.

—¿Quieres una?

—No, y tampoco creo que debas beber. Es posible que tengas una conmoción cerebral.

—Es posible. —Vierte una gran cantidad en un vaso y se bebe la mitad.

—Nick. Al menos tómate una tónica o algo así.

—No —dice él, y suelta una carcajada. Parece la risa de un loco, totalmente desprovista de humor—. Prefiero mi agüita rusa. —Levanta el vaso para hacer un brindis y bebe el resto.

Laura no lo entiende en absoluto. Si fuera ella, querría conocer todos los detalles. Sabe que su imaginación le haría pensar en algo mucho peor que la realidad. Pero Nick no es ella. Al igual que él prefiere mantenerse en la oscuridad, Laura nunca habría aceptado dinero de alguien como Angelo. Recordarlo hace que se cabree.

Le observa servirse otra cantidad enorme de vodka y se cabrea un poco más. Si los hombres de Angelo volvieran esta noche, no podrían defenderse. «Es un idiota», piensa, aunque es un pensamiento horrible, y Dios sabe que ella misma no está libre de culpa. Pero es que lo del dinero… Todo eso es culpa de Nick. «Me casé con un idiota».

Cuando oye otro motor fuera, él ya va por su tercer vodka. Está decididamente borracho, con la cara roja y el ojo cerrado de un oscuro y reluciente color púrpura. Ella se pone de pie, tensa, mientras la puerta principal se abre y se cierra, pero puede oír el tono agudo de una voz de mujer y se da cuenta de que solo son Madison y Bastian.

«Solo».

Pero habría sido peor que regresaran los hombres. Tiene miedo de lo que Madison pueda decirle o hacerle por lo de Bastian, y también teme que Bastian la castigue por su rechazo durante la *festa*, pero el mero hecho de que vuelvan a estar en casa hace que sus hombros se relajen un poco.

Madison entra en la cocina con sus tacones altos. Su recogido trenzado se está cayendo, con mechones sueltos de cabello húmedo alrededor de la cara. Está sonrojada como Nick, y Laura supone que tan borracha como él.

Su voz resulta chocante en el silencio de la cocina.

—¿Dónde demonios os habéis metido? Ni siquiera habéis venido al *palazzo*. —Arrastra la última palabra—. Estos zapatos me están

matando. —Se los quita de una patada, tropezando con un armario—. Y este vestido da mucho calor, joder. Oye, ¿nos tomamos unos chupitos? Quiero chupitos.

Saca la silla que hay junto a la de Nick, raspando la madera con las baldosas, cuando se fija en su cara.

—¡Coño! ¿Qué te ha pasado?

Él sonríe, con el ojo bueno vidrioso.

—Parece ser que me atracaron.

—Dios mío, ¿has ido a la policía? Tienes que ir a la policía.

Su voz es chirriante. Laura desea que ambos se vayan a la cama. De todos modos, Nick está casi dormido, con la cabeza a cinco centímetros de la mesa mientras intenta escuchar a Madison, que le ha cogido la mano.

—Hemos avisado a la policía —responde Laura—. Vendrán mañana a tomarnos declaración. Por eso nos fuimos. Luego cogimos un taxi para volver a casa. —No le cuesta mentir—. Bueno, Nick, arriba —dice, antes de que Madison pueda añadir algo más—. Tienes que irte a la cama.

Agarra la botella de vodka para devolverla al congelador, pero la mano de Madison la rodea, clavándole una de sus largas uñas.

—¿Te he hecho daño? —Se ríe—. Lo siento, cariño. Pero yo también quiero vodka.

Laura abre la mano.

—Por supuesto. —Le trae un vaso a Madison y lo pone sobre la mesa, quizá con demasiada fuerza.

Cuando intenta levantarlo de la silla, Nick es un peso muerto. Está casi inconsciente. Le vendría bien la ayuda de Bastian, pero no se atreve a preguntar dónde está. Debe de haber subido directamente.

El hecho de que Nick intente recuperar su vaso la enfurece lo suficiente para reunir la fuerza necesaria para ponerlo en pie y salir por la puerta. En el vestíbulo, sin público, él aguanta un poco de su propio peso, y eso le permite subirlo por las escaleras. Al llegar a su dormitorio, lo pone en posición por si le diera por vomitar. Antes de salir de la habitación, enciende una de las luces de la cabecera para que pueda orientarse si se despierta. Contempla su cuerpo inerte durante un momento, pero, además de la ira y la profunda irritación, no logra sentir nada por él.

Algo ocurre mientras baja las escaleras. Sus pies pisan descalzos la piedra desgastada y suave, que parece sólida pero que de repente se mueve. Es muy breve, e incluso mientras sucede, piensa que es cosa suya, otra lipotimia. Pero entonces, un cuadro enmarcado al final de la escalera se desliza en vertical por la pared hasta aterrizar en el último escalón. Se tambalea un momento antes de caer hacia delante, rompiendo el cristal.

Laura vuelve corriendo a la cocina.

—¿Has notado eso?

—¿El qué? —Madison levanta la vista de su vodka.

—Un temblor. Un temblor de tierra. Esta noche los ha habido en las montañas.

Madison se encoge de hombros, y a Laura le dan ganas de sacarle la borrachera a bofetadas. No soporta que Nick y ella estén así cuando en cualquier momento podría aparecer Angelo, o abrirse la tierra y tragárselos a todos.

—¿Dónde está Bastian?

Madison se espabila y mira a su alrededor, entornando sus ojos de color azul marino en la penumbra.

—¿Por qué quieres saberlo?

—Porque si va a haber un terremoto esta noche, debemos tener un plan. Hay que saber dónde estamos todos. Podría irse la luz como se fue durante la tormenta. Puede que necesitemos, no sé, refugiarnos en algún sitio.

Mira a su alrededor, a las viejas paredes de Luna Rossa. Seguro que han sido testigos de decenas de temblores y han sobrevivido a todos ellos. Pero sabe que hay determinadas cosas que se deben hacer durante un terremoto y no logra recordarlas, puesto que todo su conocimiento se basa en las películas de desastres de Hollywood. Cree que no hay que salir a la calle por si te cayera algo, pero eso no tendría sentido aquí. Esto no es la ciudad. Lo único que le viene a la cabeza son niños japoneses agachados bajo sus pupitres mientras suena una sirena.

—Pues vamos a buscarlo. —Madison se pone de pie, columpiándose.

Parece irremediablemente ebria hasta que se agarra a su brazo, con tanta fuerza que Laura sabe que le quedarán marcas con la forma de sus dedos.

—No me ha hablado en toda la vuelta, ¿sabes? —farfulla mientras suben juntas las escaleras—. Nos ha traído Giulia. Ivan iba delante, nosotros detrás, y no ha dicho ni una sola palabra. En el *palazzo*, igual. Se fue a buscarte, y cuando volvió, estaba enfadado. Bast se queda callado cuando se pone furioso. ¿Qué le hiciste, muchacha?

Laura decide arriesgarse.

—Nada. No lo vi. Encontré a Nick en la plaza y me dijo que lo habían atracado. Luego tuvimos que buscar un taxi.

—¿Y la policía?

Las dos se detienen en el último escalón.

—Después de eso —responde.

Bastian está al teléfono cuando Madison abre la puerta del dormitorio de golpe. Él levanta un dedo para hacerla callar. Laura se

queda atrás en el rellano. Habla demasiado bajo para oír lo que dice, así que hace cálculos con la cabeza. En Los Ángeles tiene que ser por la tarde. Una llamada de trabajo, pues. Le viene un recuerdo, tan olvidado que debió de enterrarlo deliberadamente, como las anotaciones del diario que, ahora empieza a comprenderlo, manipuló para que las leyera su yo futuro. Ella está sentada en lo alto de la escalera de la casa de Bastian, que está abajo, hablando por teléfono con alguien de su país. Emplea el mismo tono suave que ahora, inaudible casi, mientras ella se desespera.

Después le preguntó quién era. «Nadie, alguien de Estados Unidos», respondió él, y, cuando le preguntó quién, sonrió. «¿Por qué? —dijo—. No la vas a conocer».

Esta vez solo la hace esperar (y a Madison) unos minutos.

—¿Eran noticias de uno de tus grandes negocios, cariño? —Madison ha empezado a soltarse el pelo, lo que hace con tanta destreza que Laura se pregunta si está tan borracha como aparenta.

Bastian mira a Laura a los ojos. Ella reconoce la mirada de antaño: un rayo de deseo concentrado, capaz de debilitarla físicamente. Se obliga a apartar la vista.

—¿Sentiste el temblor de hace un momento? —le pregunta, con la voz un poco ronca.

—Vivo en California. —Él se encoge de hombros, sonriendo.

—Bueno, pues esta noche ha habido otros en las montañas, y dicen que es posible que se produzca uno más grande en algún momento. Pensé que debía advertirte.

Madison comienza a bajar la cremallera de su largo vestido de terciopelo. Se atasca en la costura de la cintura y hace un gesto de impaciencia para que Laura la ayude. Ella tantea con dedos torpes la piel suave y cálida de su zona lumbar, pero al final lo consigue. Madison se quita el vestido, dejando que caiga al suelo. Totalmente despreocupada, con un sujetador negro transparente y un diminuto tanga, se estira en la cama, con la espalda arqueada y los dedos de los pies en punta. No se ve más carne de la que ha mostrado en la piscina, pero aquí parece diferente, estando los tres juntos en el dormitorio. El aire cargado echa chispas.

—Bueno —dice, mirando al techo—. ¿Me lo vais a contar o qué?

A Laura se le revuelve el estómago.

—Me refiero a lo del trabajo. —Se ríe y gira la cabeza hacia Laura—. ¿Qué te pensabas?

Al no recibir respuesta, Madison se incorpora y da unas palmaditas en la cama.

Laura retrocede un par de pasos en dirección a la puerta antes de poder evitarlo.

—¿Adónde vas, nena?

—A ningún sitio. —Ve el taburete que hay junto al tocador y lo saca. Está lleno de ropa de Madison, así que se detiene, sin saber qué hacer. Le gustaría mucho irse.

—Tíralo al suelo —dice Madison. Le brillan los ojos, y Laura vuelve a preguntarse si se trata de una borrachera real o de una buena interpretación. Sin embargo, obedece y se sienta. Las patas del viejo taburete ceden ligeramente bajo su peso, como dientes sueltos en las encías—. ¿Te he contado alguna vez cómo nos conocimos Bastian y yo? —Lanza la pregunta moviendo el rostro hacia él, pero parece que vuelve a estar absorto en su conversación y la ignora.

Sin embargo, la postura que adopta junto a la ventana es de tensión: con los hombros rectos y la mano que no sostiene el teléfono cerrada en un puño. Es evidente que está escuchando.

Laura intenta sonreír, atacada de los nervios.

—Sí, me lo dijiste. Estabas trabajando en un restaurante, y él entró y te invitó a salir.

—¿Eso te dije? —Madison echa la cabeza hacia atrás para reírse, mostrando su largo cuello—. En realidad era un club de estriptis. Yo era una de las bailarinas. No podía quitarme los ojos de encima.

Bastian murmura algo que Laura no oye.

—Ah, ya entiendo… —balbucea ella—. Bueno…

Madison vuelve a reírse, esta vez más fuerte y con un tono más agudo.

—¡Es broma! Madre mía, la cara que has puesto. Esforzándote tanto para no parecer horrorizada. Pero un momento, ¿crees que tengo aspecto de trabajar en un sitio así? ¿Pensabas que fue como en *Flashdance*? ¿Que Bast llegó una noche y descubrió oro entre la basura?

De repente, su voz suena tan dura y feroz en la habitación que Laura se echa hacia atrás instintivamente. El taburete se cae con un crujido.

—No, no, yo no… Es que…

Madison ladea la cabeza y hace gestos y pucheros de niña pequeña.

—Ay, ya lo sé. Te estoy tomando el pelo. Eres un encanto, de verdad.

Se da la vuelta para cruzar las piernas, como en una de sus fotos de yoga de Instagram.

—Lo que pasa con Bast es que, al principio, cuando todo es nuevo, te quiere tanto que no ves las cosas bien. ¿Sabes cómo lo llaman? Bombardeo de amor. —Lo mira—. Y eso es exactamente lo que se siente. Una se queda embelesada. Te vuelve loca.

Ahora él ni siquiera finge mirar el teléfono. Pasea la vista de Madison a Laura. Sus ojos oscuros son inescrutables en la penumbra,

pero vuelve a sonreír. Es una sonrisa lánguida. No, no es lánguida, sino saciada, como si lo que está contando Madison le llenara.

—Me hablaste de cómo te cortejó —dice Laura, ligeramente asqueada por su atrevimiento; también se lo dice a Bastian—. Comentamos lo raro que es que los hombres lo hagan bien.

—Eso es. —Madison les sonríe a los dos—. Es básicamente irresistible. A ti te pasó también, ¿verdad, Laura? Dijiste que fue hace mucho tiempo, que no te acordabas bien, solo de la sensación. Aunque no creí que fuera cierto entonces, y tampoco lo creo ahora.

Laura no contesta. ¿Qué puede decir, mirando a Madison desde el fondo de la trampa en la que acaba de caer?

—Lo que ocurre —prosigue Madison tras un silencio insoportable — es que no es tan divertido cuando deja de hacerlo. Créeme, es como si se apagara el puto sol. Pasas de sentirte como un regalo del cielo a un cero absoluto. Como si hubieras desaparecido. Solía seguirte por el apartamento, ¿recuerdas, Bast? Igual que una niña o un cachorrito. «¡Habla conmigo, por favor! ¡Dime qué he hecho mal, te lo suplico!». —Se arrastra hasta el otro extremo de la cama y se arrodilla para hacerle señas en la cara—. «¡Estoy aquí! ¿Es que no me ves? ¡Quiéreme otra vez!». —La voz de niña le produce escalofríos a Laura.

Madison se sienta de nuevo, colocando las almohadas a su espalda.

—Así que fue, pues ya sabes, una mierda. Lloré la pérdida del antiguo Bast durante meses. Luego me dije a mí misma que lo iba a dejar. Tomé la gran decisión: no me voy a quedar donde no me quieran. No voy a vivir de las sobras. Pero cuando por fin hice las maletas, no me dejó marchar. Me sentó y me dijo que éramos un buen equipo. Lo que quería decir era que le servía para engatusar a su jefe y a sus clientes cuando salíamos a cenar. Con la cantidad justa de coqueteo. Quedaba bien de su brazo. Quedaba muy bien.

Bastian la observa mientras habla, y es lo más absorto que Laura lo ha visto en su casi esposa desde que llegaron. Madison también lo siente. Se ilumina bajo el resplandor de su atención. Se sostiene de manera diferente contra las almohadas: los hombros hacia atrás y los pechos en alto, los abdominales tensos y las piernas largas apoyadas en el colchón. Puede sonar cansada y cínica, pero está claro que todavía no existe mejor droga para ella que él, prendado como en los viejos tiempos, contemplándola, devorándola con la mirada.

—Así que hicimos un trato, ¿verdad, cariño? Él sabía que mi punto débil, mi otro punto débil, era el dinero. Crecer pobre es una cosa, pero cuando parece que vas a seguir así el resto de tu vida, que toda esa mierda del sueño americano no te va a pasar a ti, y entonces llega alguien y te saca de ahí, haces lo que haga falta para no volver atrás. Una cosa era soltar ese bonito discurso sobre no conformarse, diciendo que si no me amaba del todo me perdería. Y otra cosa era recoger los

pedazos e irse de verdad. No estaba segura de poder hacerlo. Él sabía que no. La alternativa era volver a la clase de agujero que alquilaba antes, en el que siempre apestaba a comida de otras personas, en el que la taza del váter no se quedaba limpia nunca, le echaras lo que le echaras.

Extiende la mano del anillo de diamantes y sus destellos se dispersan por el techo.

—Así que hicimos un trato. A Bast todavía se le daban bien los tratos por aquel entonces, ¿no, cariño? Pero a mí también. Al día siguiente salí y me compré este anillo. Él ganaría dinero y yo me encargaría de todo lo demás. También le dejaría hacer lo que quisiera. Se metería en líos, claro, pero siempre volvería a mí. Siempre me cuidaría. Y no era porque no hubiera amor. Siempre fuimos muy buenos en la cama, ¿no crees?

Pero Bastian mira ahora a Laura.

—Ya basta —dice, fijando los ojos en Madison durante una milésima de segundo.

—Pero ¿por qué? —Madison ladea la cabeza de nuevo, pensativa —. No lo sé. Creo que Laura debería saber qué acuerdo teníamos, y cómo has estado rompiéndolo por todas partes. —Sonríe a Laura—. No me refiero a que te folle. —Espera un momento mientras esta ahoga un jadeo—. Me refiero al dinero. No entra nada, hace tiempo que no entra. No hay trabajo, ¿verdad, Bast? No estás haciendo llamadas de trabajo, ¿verdad? Estás repasando todos los contactos de tu teléfono y suplicando.

Bastian se acerca a la cama y Laura se levanta instintivamente, segura de que va a golpear a Madison. Ella no se inmuta, lo que resulta admirable, o algo parecido.

Pero no la golpea. La mira y se ríe, y su risa suena tan vacía como la de ella.

—Vete a la mierda —dice con calma—. Voy a ganar mucho dinero. Lo que pasa es que me he cansado de ti. Ya veo que no queda nada entre nosotros. Hace años que se acabó.

Laura da un respingo. Recuerda, con el corazón encogido, su capacidad de volverse totalmente frío. Una vez le explicó a Lou que era su manera de afrontar los sentimientos difíciles. Que tenía que cerrarse en banda o se derrumbaría. Lou se limitó a poner cara de circunstancias.

Madison mira a Bastian con una ceja enarcada.

—Déjame adivinar —dice lentamente, volviéndose hacia Laura—. Nunca había sentido una conexión como esta. Entonces era demasiado joven y estaba asustado, pero ya no tiene miedo. ¿Te dijo que eras uno de los grandes? ¿Cómo era, Bast? «Un hombre solo puede tener tres grandes amores en su vida. Aparecen como los grandes boxeadores,

uno cada diez años, y sé que tú lo eres».

»Te lo dijo, ¿verdad? —Se echa a reír—. ¿Fue esta vez o la anterior? Pues en realidad sacó la frase de una película. *Una historia del Bronx*. ¿La has visto? Es sobre la madurez. Chicos italoamericanos corriendo entre bocas de incendio en los años sesenta. Ya sabes a qué me refiero. Es posible que saliera Robert de Niro, puede que haciendo de cura, ¿o eso era en *Sleepers*? Da igual, a Bast le encanta esa película. Cuando estuviste con él, ¿te diste cuenta de lo romántico que es? ¿Por qué los hombres que no tienen corazón son siempre tan sentimentales? Es una mierda. Mi padre era igual. En un momento dado estaba pegando a mi madre, y al siguiente lloraba con sus discos de Dean Martin. —Su acento se cierra, alargando las vocales. «Mi padreee»—. Seguramente crea que te quiere —dice, con un acento más marcado. Aunque sigue hablando con Laura, sus ojos vuelven a clavarse en Bastian—. En la medida en que puede hacerlo un hombre como él. Eso no le impidió mirar en todos los escaparates de las inmobiliarias del pueblo el otro día, tratando de averiguar cuánto podía valer esta casa.

1999

Estás en una fiesta en casa de Theo por su veintiún cumpleaños. Esto es más inusual de lo que parece. Casi nadie hace fiestas en su propia casa, aunque habías supuesto, sobre todo por las novelas, que siempre estarías asistiendo a ellas. La casa de Theo no es de esas que se encuentran en mitad del campo, pero es grande y absurdamente majestuosa para ser de estudiantes. Su padre la compró al contado para que su hijo y sus amigos vivieran aquí. Está en una zona residencial tranquila, lejos de las estrechas calles de adosados victorianos donde alquilan la mayoría de los estudiantes. Te imaginas que los vecinos estarán muy descontentos.

La casa es minimalista por accidente. Es decir, que básicamente está vacía. En tu casita, que compartes con Lou y otras dos chicas, hay cuadros, collages de fotos y hasta una planta de yuca. Bastian ha venido en dos ocasiones, y en ambas lo ha comentado. «Es como una casa de verdad», dijo, y se refería a que parecía un hogar.

En la casa de Theo, donde la pandilla del campo pasa la mayor parte del tiempo porque vivir a dieciséis kilómetros de distancia es un auténtico coñazo, no hay nada que no sea esencial. Una tele enorme, un sofá, una PlayStation, dos sillones feos que se reclinan, como los de Joey y Chandler, y una mesa de café de cristal que se hará añicos en algún momento entre la salida de la estríper y el momento en el que te metes en la habitación vacía de un chico que está fuera el fin de semana, navegando.

Pero aún faltan varias horas para eso. Hay una pancarta en el salón que no suele estar ahí. Alguien la ha pegado con cinta adhesiva en la moldura. Tiene símbolos griegos pintados con rotulador negro, y recuerdas que Theo decidió celebrarlo en casa porque quería hacer una fiesta de fraternidad. Bastian le ha estado aconsejando y alguien ha conseguido localizar esos vasos de cerveza de plástico rojos que siempre se ven en las películas universitarias americanas.

Los chicos (ese núcleo de chicos de colegio privado para los que Bastian es la mascota exótica) llevan camisetas de rugby con las

mismas letras griegas bordadas en el pecho y sus apodos en la espalda. Suena hiphop a un volumen ensordecedor, y cuando la novia de alguien intenta cambiarlo, la abuchean.

La actuación de la estríper te parece horrorosa. Nunca habías visto a una en la vida real. Por supuesto, es mayor que en las películas. Tiene un cuerpo de lo más normal, pálido, estriado y con lunares. Parece una madre. Seguramente lo sea. Todo el asunto (todo lo relacionado con ella) resulta insoportable. Lo vacíos que parecen sus ojos mientras actúa. Lo vacíos que parecen los de Theo cuando ella se palpa sus pechos grandes y caídos. Está actuando ante los chicos que pagaron por la estríper tanto como esta.

—Esto es un dolor —te susurra Lou al oído. Te vuelves hacia ella y ves que tiene la mirada perdida. Se le cierran los ojos. Sus parpadeos son demasiado largos.

—Estás borracha —dices.

—Algo tenía que hacer para aguantar esto. ¿Podemos irnos pronto? Te quiero, tía, pero es que odio mucho a esta gente.

Buscas a Bastian en la habitación. En tu visión periférica, la estríper se rocía con un chorro de crema y se mete la cabeza de Theo entre las tetas. Todo el mundo ruge con aprobación cuando vuestras miradas se cruzan. ¿Estará aburrida? ¿Se morirá de vergüenza? Alguien dice en voz alta: «Joder, qué bruta la tía», y sabes que ha tenido que oírlo. Intentas imaginar cómo debe de ser hacer ese trabajo en una ciudad universitaria, a punto de cumplir los cuarenta años. Cómo debe despreciarlos a todos.

Lou desaparece en algún momento indeterminado. Supones que te ha abandonado y no la culpas. Para ser sincera, tú también odias estar aquí. La única diferencia es Bastian. No puedes irte sin él. Si alguien te preguntara, explicarías que, como eres su novia, se sentiría ofendido si te perdieras el cumple de su amigo. Por supuesto, también es porque en el fondo no confías en él. Pero, curiosamente, no es solo porque tengas que vigilarle y saber qué hace. También es al revés. Sospechas que, si no estás justo ahí, en su línea de visión, te quedarás fuera de sus pensamientos.

Pasas una hora, quizá dos, en la cocina con los satélites del grupo principal, como pingüinos a los que nunca se les permite entrar en el calor de la manada. Están tomando chupitos de tequila, con los nudillos y la encimera pegajosos de limón y sal. Un chico corta un limón verdoso con un cuchillo romo, tan ostensiblemente borracho y torpe que tal vez esté más sobrio que un juez.

Alguien ha vomitado, y está claro que ha intentado limpiarlo de su jersey, pero sin éxito. La peste a pota y a perro mojado hace que te tapes la nariz. Sin embargo, cuando te hacen señas para que te unas, allá que vas. Tienes la extraña convicción de que, si les caes bien a sus

amigos, incluso a los huesos más duros de roer, él te tendrá en más alta estima. Y si además les gustas, y hay uno que siempre te mira fijamente a través de sus larguísimas pestañas, pues miel sobre hojuelas.

Para cuando vuelves al salón, la afluencia se ha reducido. La bola de discoteca alquilada se desplaza perezosamente sobre la alfombra destrozada y la mesa de centro hecha añicos. Has oído el estruendo desde la cocina y los vítores que le siguieron. La prueba de que ha sido una gran fiesta. A nadie le importa que cueste dinero comprar una nueva, porque siempre hay más dinero. Y si a alguien le importara, se lo callaría, por miedo a quedar como… ¿qué? ¿Un pobre? ¿Un paleto? ¿Un burgués sin remedio? Nunca estás del todo segura.

Los niños ricos más inteligentes leen *Menos que cero* de Bret Easton Ellis y creen que es genial porque trata de los equivalentes neoyorquinos de sí mismos. Con todo ese dinero y la farlopa, y, sin embargo, ¡no son felices! «Pobrecitos», dice Lou, lanzando su ejemplar contra la pared. Emplea ese rudo acento norteño que pone normalmente para horrorizar a los chicos de Sloane Square que se acercan a charlar con ella. «Menudo montón de mierda blanda. Son más tontos y no nacen».

Pensar en Lou te hace sonreír. Durante un instante, te imaginas pirándote sin más. Tardarías unos treinta y cinco minutos en llegar a casa, y llevarías unos estúpidos tacones otra vez, pero sería bastante agradable, bajo la noche cálida, en esta parte de la ciudad lo bastante tranquila para oír a los zorros, y a las palomas torcaces, y el susurro de la M5 en la distancia.

Tal vez lo hubieras hecho, pero entonces aparece Bastian, rodeándote la cabeza con un brazo para cubrirte los ojos y la cintura con el otro, arrastrándote hacia atrás. Inhalas el aftershave de Dior que le compraste a precio de oro en los grandes almacenes de la ciudad, y finges que te resistes mientras te conduce por las estrechas escaleras de servicio situadas en la parte trasera de la casa, donde no hay nadie más.

La puerta se cierra en el mismo instante en que te suelta, pero cuando te das la vuelta para mirarle, su boca ya está sobre la tuya, su mano amasa con fuerza tu pecho izquierdo, que te duele porque te llegará la regla dentro de cuatro días.

—Bastian, espera —le dices a su boca, que por algún motivo está húmeda y floja al mismo tiempo que dura como una piedra.

En lugar de responder, sus dedos se dirigen a la cintura de tus pantalones negros, buscando a tientas el botón. Es difícil de manipular y no te atreves a ayudarlo, pero te quedan tan bajos sobre las caderas que se da por vencido y empieza a tirar de ellos sin desabrocharlos.

—He dicho que esperes —repites, con una nota de irritación en la voz, porque no es eso lo que quieres, y a pesar de lo difícil que es estar con Bastian, al menos suele ser bueno en estas cosas—. Vas a romperlos.

Pero él continúa como si no hubieras dicho nada, respirándote tan fuerte en el cuello que te deja mojada. Sigue metiendo la mano en el estrecho espacio que queda entre los pantalones ajustados, todavía cerrados con cremallera, y tu carne.

Vuelves a apartar la cabeza de su boca cuando empieza a besarte de nuevo. Tus ojos ya se han adaptado a la oscuridad, y entonces percibes el bulto de una figura frente a la ventana. Todo tu cuerpo se estremece por la sorpresa.

—¡Hay alguien aquí! —exclamas, alarmada.

La sombra se ríe y su sonido te congela. No solo en el sentido de quedarte quieta, sino también helada. Conoces esa risa. Es la de Bastian.

Empujas con fuerza a la persona que te apretuja, y se oye un «Hostia puta» inequívocamente británico mientras pierde el equilibrio y se estrella contra el suelo. Y no es solo británico, sino que tiene ese lánguido acento de colegio privado. Theo.

Buscas el interruptor de la luz, tanteando frenéticamente la pared, pero no lo encuentras. Y entonces aparece Bastian, te toca las manos y luego asciende para acariciarte el pelo. Se agacha para encender una lámpara de escritorio.

—Oye, oye, tranquila —te dice, mientras observas cómo se contraen sus pupilas—. Solo está borracho. Es su cumpleaños.

—Pero ¿qué cojones, Bastian? —susurras, por algún motivo—. Me ha metido mano por todas partes y tú te has quedado ahí mirando.

—Nena, es su cumpleaños. Solo ha sido un beso.

—No es verdad. Estaba intentando tocarme el… —Te detienes—. ¿Lo habíais planeado? ¿Le dijiste que podía liarse conmigo?

Ladea la cabeza y su boca se curva en una sonrisita.

—Venga, dijiste que estabas dispuesta a hacerlo.

—¿Qué?

—Hablamos de eso. Seguro que te acuerdas. Fue aquella vez en mi habitación. Dijiste que te gustaría hacer un trío, pero que tendría que ser con dos chicos, no con otra chica.

Abres la boca para hablar, pero un sollozo amenaza con salir en su lugar. La cierras de nuevo mientras Bastian te conduce a la cama.

—Ven, siéntate conmigo.

Te dejas arrastrar junto a él. Deseas con toda tu alma que las cosas vuelvan a estar bien. Te coge la mano entre las suyas. Están calientes. Uno de sus pulgares roza el tuyo.

Theo se ha puesto de pie. Viene a sentarse al otro lado.

—Lo siento, Laura. Llevo un pedo que lo flipas.

Se echa a reír, y Bastian también.

—¿No recuerdas haber hablado de ello? —te pregunta Bastian cuando Theo se calma.

—Sí, pero…

—Dijiste que hubo una noche en tu ciudad que te enrollaste con dos tíos a la vez, pasando de uno a otro, y que te pusiste muy cachonda porque los dos te deseaban.

Te acuerdas. Estabas tumbada en la cama de Bastian, y te sentías al mando por una vez. Le habías contado esa historia, que en parte era cierta, aunque habías hecho que sonara mucho mejor de lo que fue: el baile de fin de curso de vuestro instituto, con todo el mundo ciego perdido y besuqueando todo lo que se moviera. En verdad había sido algo amistoso, una especie de demostración de afecto mutuo hacia esas personas que conocías desde los once años y que tal vez no volverías a ver, después de que os dispersarais como semillas a lo largo y ancho del país. Había tenido muy poco de sexual.

No como esto, lo de ahora. Los dos chicos sentados a ambos lados de ti son en realidad hombres. La mano de Bastian está en tu muslo y Theo ha bajado el fino tirante de tu camiseta para besar tu hombro.

—¿Verdad que es increíble? —susurra Bastian—. Ya le dije que es una de las grandes. Lo supe en cuanto la vi.

—Sí. —La boca de Theo sigue en tu hombro, y la palabra vibra a través de tu piel.

—Dale un beso. Hazlo por mí —te pide Bastian al oído—. Me va a poner muchísimo.

—¿No te importa? —preguntas, dándote cuenta demasiado tarde de que parece que eso es lo único que te detiene.

—Claro que sí, si yo no estuviera delante, o si estuvieras con un tío cualquiera, pero esto es diferente. Lo estarías haciendo por mí.

Empieza a besarte como es debido, y es tan distinto, mucho mejor que con Theo, que tu cuerpo responde a medias. Te vuelves hacia él y te alejas del otro, en un intento de excluirlo de esto. Esperas que se aburra y se rinda, que regrese a trompicones a lo que queda de su propia fiesta.

Pero no lo hace. Mete las manos bajo el dobladillo de tu camiseta para subírtela por la espalda. Tú te apartas, pero intenta sacártela por la cabeza, y Bastian te sostiene los brazos para ayudarle. No sabes por qué se lo permites, aparte de porque te parece mucho más fácil que decirle que pare. De todos modos, puede que te guste. A lo mejor empieza a gustarte pronto. Quizá debería gustarte.

—Cómo molas, Laura —dice Theo. Notas su aliento caliente en la nuca. La lengua de Bastian está en tu boca—. Se lo dije a Seb la primera vez que se enrolló contigo. Que estabas muy buena y que

molabas. Que no eras una guarra, pero tampoco una estrecha.

Te coge la mano y se la lleva a la entrepierna.

—Mira lo que me has hecho.

La mano de Bastian ha llegado a tu ropa interior. De alguna manera, ha abierto el difícil botón y la cremallera de tus pantalones sin que te des cuenta.

—Estás muy húmeda —dice, aunque estás segura de que no.

Mientras recorren tu cuerpo con sus manos y bocas, te vuelves a preguntar si estás cachonda. Para ser sincera, no estás segura. No lo tienes claro. Por un lado está el simple calentón que parecen tener los hombres con tanta facilidad, y luego está el deseo diferido, ese que proviene del efecto que se ejerce en otra persona. Y también está la lujuria que dices sentir, porque significa que eres desinhibida y sofisticada. Tal vez estés experimentando todo eso. O nada en absoluto.

Ahora estás tumbada y, por algún motivo, empiezas a pensar en el propietario del edredón. Theo se lo contará cuando vuelva después del fin de semana: «Tío. Vas a tener que lavar las sábanas». Se reirán.

Tu total convicción de que Theo lo contará hace que te incorpores. No te notas borracha, pero has tomado tanto tequila y vodka a lo largo de la noche que tienes que estarlo.

—Eh, ¿qué pasa ahora? —dice Bastian, y la impaciencia en su voz es justo lo que necesitas para llegar al borde de la cama y ponerte de pie. Tu sujetador sigue colgado de tus hombros, aunque Theo ha conseguido desabrochar el cierre. Bastian, mucho más hábil, te ha quitado los pantalones y las bragas, que recoges y te vuelves a poner.

—Pues muy bien, córtanos el rollo —dice con voz inexpresiva. Tú no respondes. Theo, a juzgar por su respiración, está a punto de quedarse dormido.

Ahora que te preparas para irte, lo haces con soltura y decisión. Mientras te vistes, vas entendiendo las cosas, evaluando los daños. Has dejado que te quitaran la ropa aunque ellos estaban vestidos. Has dejado que los dos te metieran los dedos. Por el lado bueno, no permitiste que la cosa llegara a mayores. Apartaste la cabeza de Theo cuando intentó comértelo. No está tan mal.

Sin embargo, al buscar la puerta, desorientada en la habitación desconocida, te fijas en la lucecita roja. Es solo un pequeño detalle entre todo lo que zumba y da vueltas en tu cabeza. El piloto de un equipo de música o un televisor, supones, prestándole poca atención.

Resulta que no vas muy desencaminada. Es una cámara de vídeo de ochocientas libras que Theo compró por capricho para grabar su fiesta de cumpleaños.

Nunca ves la cinta.

—Tampoco había mucho que ver —dice Lou, que fue a casa de

Theo y, después de verla, la destruyó sacando el carrete de película con una pinza del pelo hasta convertirla en una maraña de dos metros de hilo de plástico roto en el suelo del salón—. Apenas había luz, estaba muy granulada.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo. Casi no se distinguía que eras tú.

—¿Y si hay copias?

—Entonces haré esto con ellas. —Se mete la mano en el bolsillo y saca la bola de película arrugada para mostrártela—. Pero no hay ninguna. Theo me lo juró. Le dije que si oía el más mínimo rumor sobre una copia iría a la policía. Es demasiado idiota para saber que la policía no puede hacer nada.

—Porque yo se lo permití, quieres decir.

Lou se encoge de hombros.

—No es culpa tuya. Es culpa de Sebastian.

—¿Y Theo?

—Theo es un gilipollas, pero se supone que Sebastian es tu novio.

—Le dije que me parecía bien.

—¿De verdad? ¿En ese momento o antes de que te dieras cuenta de que te había puesto en esa situación sin preguntarte primero?

—Vuelve a Nueva York el viernes.

—Sí, y gracias a Dios.

—En realidad no fue para tanto. Estaban borrachos y haciendo el tonto. Todos estábamos borrachos.

—Entonces, ¿por qué no te atreves a salir de casa?

Cuando Lou sube al campus para ir a unas clases a las que tú también deberías asistir, te acercas al teléfono del vestíbulo y marcas el número de Bastian. No te responde.

Sacas tu diario de debajo de la cama y coges un boli. Escribes la fecha, la subrayas y haces una pausa. Te quedas ahí sentada durante mucho tiempo. Cuando lo guardas, la página sigue en blanco, salvo por la fecha. ¿Por qué ibas a escribir todo eso? ¿Quién querría leer algo así?

Día 12 (continuación)

Laura se pone de pie. Necesita aire. No parece que haya suficiente dentro del dormitorio. Baja las escaleras a trompicones mientras Madison la llama a gritos. No se detiene.

Al llegar a la piscina con las luces apagadas, se agarra a la balaustrada para asomarse al oscuro valle. Y está muy oscuro, salvo por alguna granja que otra. Se pregunta quién más estará ahí fuera, mirando en la oscuridad y preguntándose cómo se desarrollará la noche: falsa alarma o auténtico cataclismo.

Se vuelve bruscamente al oír un sonido detrás de ella. Es Bastian. Tal vez pensó que quería que la siguiera. Puede que sí. No tiene ni la menor idea.

—¿Has visto las luces allá abajo? —Recortado contra la villa, no es más que una silueta. El resplandor de una luciérnaga la sobresalta hasta que huele el humo del cigarrillo. Mezclado con el aire de la noche, la combinación todavía le recuerda a la universidad, con cariño a la vez que con dolor.

—¿Qué ha sido de tu vapeador?

—Me apetecía uno de verdad.

Laura se estremece y se envuelve con los brazos.

—¿A qué luces te refieres?

—En Casa Giuseppe. ¿No la llamáis así? Donde tú y yo… —Suelta una risita.

Ella se acerca al extremo de la piscina para mirar a través de los árboles. Tiene razón. Hay luces encendidas. Ni siquiera sabía que la electricidad seguía funcionando allí. Nunca habían tenido ninguna razón para entrar de noche. Vuelve a temblar.

—Oye, ¿por qué te preocupas tanto? Los albañiles las habrán dejado encendidas, eso es todo.

Laura niega con la cabeza.

—¿Quieres ir a comprobarlo? —Su cigarrillo vuelve a brillar.

Ella mira hacia la villa.

—Madison está durmiendo —dice él—. Como un tronco.

Laura titubea. Obviamente, debería volver al interior de la villa, lejos de él. Echa a andar, con la intención de pasar de largo, pero se detiene.

—Eso que dijo, sobre mirar los precios de las casas…

—Es mentira. Estaba fantaseando con comprar algo aquí. Mirando los escaparates, como hace la gente cuando está en un sitio bonito y no quiere irse.

En ese momento, el suelo tiembla, solo un par de veces. Ella se agarra a la balaustrada, como si estuviera en la cubierta de un barco sobre aguas turbulentas. El temblor comienza de nuevo y Laura grita asustada, con el sonido de un animal herido. Esta vez es más largo y, de alguna manera, más fuerte, aunque no sabe qué en realidad. La tierra abriéndose, quizá a kilómetros de distancia. Cuando vuelve a parar, descubre que está conteniendo la respiración.

Bastian, que ha extendido los brazos para mantener el equilibrio, se acerca a ella.

Laura levanta una mano temblorosa para detenerlo.

—Espera… ¿Me puedes dar un cigarrillo?

Se le sube a la cabeza, así que se sienta pesadamente en el suelo. El sabor es más desagradable de lo que recuerda y lo apaga. Nick siempre había odiado que fumara, se quejaba del olor cuando volvía a casa después de una noche de fiesta con Lou.

Al cabo de unos minutos durante los que no se producen más temblores, Laura se levanta y mira hacia los anexos.

—¿Y si todavía hay alguien ahí abajo? —pregunta. Es más bien por decir algo que por estar convencida de que pueda haber alguien.

—Bueno, en ese caso, me tienes a mí.

Él le coge la muñeca. Sin prisa, como si supiera que ella no se va a apartar, baja la cabeza hasta la suave piel donde el cuello se hunde en la clavícula y posa la boca allí. La abraza.

—Tenemos mucho de qué hablar —dice Bastian—. Sobre lo que va a pasar después.

Se le revuelven las tripas: por los nervios y la adrenalina, principalmente, pero también por una inmunda y distante satisfacción. Por fin, aquí está la prueba de que siempre tuvo razón sobre su relación especial. «No se puede luchar contra el destino». Dentro de su cabeza, Lou se burla.

La puerta de Giuseppe está abierta, pero tal vez ya estaba así de antes, por las obras. El claro iluminado entre los edificios resulta inquietante: largos rectángulos de sombra y luz que caen en ángulos extraños. Nunca lo había visto así. Parece un pueblo abandonado tras una catástrofe. Bastian entra y vuelve a salir casi al instante.

—Ven a ver esto.

—¿Qué es? —pregunta Laura con la voz trémula, imaginando

sangre, cadáveres y cabezas de caballos.

—Solo es un grafiti. —Bastian toma sus manos entre las suyas—. ¿Crees que dejaría que te pasara algo malo?

—No…

Se siente rara. Se ha sentido así con él toda la noche, el instinto de alejarse contrarrestado inmediatamente por otra parte de su cerebro. «Es lo que querías, ¿no? Siempre lo has querido. Y ahora casi lo tienes».

Se deja guiar por Bastian hacia el interior. Las palabras están escritas con pintura negra, las letras apretadas e inclinadas hacia la izquierda.

STRANIERI USCIRE

Extranjeros fuera

—No significa nada —dice él—. Habrán sido algunos chicos de la zona con ganas de enfadarse por algo.

Ella le mira fijamente, pero no sabe ni la mitad de lo que ha hecho Nick.

—No sé qué hacer —responde sin más—. Todo es un desastre.

—Pronto dejará de serlo. Madison y yo terminamos hace mucho tiempo. Creo que Nick y tú también. Sabes que es lo mejor.

—No, no —niega con la cabeza—. Tú no lo entiendes.

—Sí lo entiendo. Siempre te he entendido. Siempre nos hemos entendido.

—¿Vas a volver a decirme lo de los grandes amores? —le suelta ella sin poder contenerse.

Durante una fracción de segundo, antes de mostrarse herido, Bastian entorna los ojos.

—Madison está amargada porque es muy orgullosa, pero ya la has oído. Solo me quería por las atenciones y el dinero que le daba. Ahora es nuestro momento. Tú y yo juntos otra vez.

—¿En serio?

—¿No quieres que lo sea? Sé que sí.

Laura lo mira con detenimiento. Alguien ha quitado la suave pantalla anaranjada de la lámpara del techo, y parece más viejo bajo la bombilla desnuda. Sin embargo, eso no hace que se sienta menos atraída por él. De hecho, piensa que está más guapo ahora que a los veintiún años. Ya siente una especie de pena, y no es porque nunca vayan a terminar juntos. Es porque este hombre que tiene delante es una persona totalmente diferente a la que había soñado. Comprenderlo le produce una sensación abrumadora. También se siente estúpida. Siempre le había dado tan poco que se había visto obligada a rellenar los huecos con su imaginación.

—¿Qué has pensado para nosotros, exactamente?

Bastian se acerca a ella con entusiasmo, sin prestar atención a su tono, que es cansino, escuchando solo las palabras.

—Ya estoy harto de Estados Unidos —dice él, hablando rápido—. Descubrir mis raíces ha sido una experiencia increíble para mí. Quiero quedarme aquí, contigo.

Es como si Nick no existiera.

—Íbamos a ir a la Toscana. ¿Te acuerdas? —le pregunta Laura—. Había leído acerca del Palio y dijiste que me llevarías a Siena a verlo.

Bastian lo oculta enseguida, pero ella nota el fastidio que le ha provocado su interrupción.

—Podemos ir a Siena cuando quieras. Vende esta casa y busca otra allí.

—Por eso me ha gustado siempre Italia —dice ella, como si él no hubiera hablado—. Antes de venir, la gente nos preguntaba: «¿Por qué allí? ¿Por qué no a Francia? Estaríais mucho más cerca de casa». Y a veces decía que era por la comida, y otras que había soñado con Italia desde que era una niña. —Lo mira fijamente—. Pero fue por ti. Por lo que nos pasó al final.

—No lo entiendo. —Niega con la cabeza. Se esfuerza por reprimir su irritación, con la mandíbula tensa y las fosas nasales dilatadas.

—No, jamás lo entenderías. Para ser justos, yo misma acabo de entenderlo. Creo que pensaba que, si hubiéramos seguido juntos durante las vacaciones de verano, habríamos sido felices para siempre. Como si mi vida entera hubiese cambiado en un instante: mi otro yo se fue de viaje contigo y todo fue perfecto. Eso hizo que todo lo demás fuera menos que perfecto.

Bastian vuelve a negar con la cabeza, esta vez con más insistencia.

—Eso fue hace mucho tiempo. Tenemos que pensar en el ahora. En este momento.

—¿Por qué has venido? ¿Qué buscabas?

—Nadie me ha hecho tan feliz como tú. Nadie me ha entendido como tú. Somos almas gemelas, Laura. Sé que lo sabes. Lo que pasa es que tienes miedo. —Da un paso adelante. A pesar de estar descalzo, le saca una cabeza.

Laura traga saliva.

—¿Había algo de mí que te gustara? Es decir, algo específicamente mío, no sobre lo bien que te hacía sentir contigo mismo.

Él frunce el ceño.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. ¿Recuerdas que en aquel entonces escribía un diario? —Intenta hablar con voz neutra.

Él sonríe, asintiendo. Seguramente le suene mejor que lo anterior.

—Sí. No me dejabas acercarme a él.

—Y, sin embargo, lo leíste. Fuiste a verme un día que regresé tarde del campus y me esperaste en mi habitación. Sabías dónde lo tenía escondido y lo leíste, aunque era privado.

—¿Cómo puedes acordarte de todo eso? Yo no recuerdo casi nada de aquella época.

—Pero recuerdas lo suficiente para saber que éramos almas gemelas. Creí morir cuando me di cuenta de que lo habías leído. Es decir, estaba tan avergonzada que quise morirme. Solo hablaba de lo mucho que te adoraba. De lo loca que me habías vuelto. —Se lleva la mano al estómago, todavía asqueada por el recuerdo de hace veinte años—. Pensé que ibas a dejarme.

—Pero no lo hice, ¿verdad?

—Esa vez no.

Él suspira, parece triste. Laura lucha contra el impulso de ir hacia él, de tocarlo. Le duelen las yemas de los dedos de desearlo. Por fin podría estar con él. Podría dejar a Nick y Bastian dejaría a Madison. La posibilidad se dibuja en su mente. Se pregunta cuánto tiempo duraría. ¿Un año? ¿Seis meses? Tal vez nada si ella le dijera lo que está pasando con la villa.

Se obliga a separarse de él.

—Nunca pensaste que era demasiado. Para ti, Bastian, nada es demasiado. —Su voz se ha vuelto acerada. Siente la sangre que le palpita en los oídos, azuzándola—. Al igual que nada es suficiente. Hice que te sintieras genial contigo mismo, ¿verdad? Nadie te ha adorado nunca como yo. En eso fui la mejor. Por eso estás aquí. Y ahora que te has quedado sin dinero, el casoplón en Italia no es más que una ventaja añadida.

Bastian está a punto de decir algo, cuando el suelo bajo sus pies vuelve a temblar. Los escombros de la obra, las herramientas dejadas por los hombres de Angelo, todo repiquetea. Es el más fuerte hasta ahora. Pasan unos segundos interminables hasta que se detiene.

Bastian se ha acercado a ella sin que se dé cuenta. De repente, está a unos centímetros de distancia, alargando las manos para cogerle la cara. Laura no se aparta, demasiado asustada por el temblor para moverse.

Él le levanta la barbilla y la besa en la boca.

—Siempre has sido demasiado inteligente para tu propio bien. Nunca dejas de darle vueltas a la cabeza. —Le presiona las sienes con los pulgares, un poco demasiado fuerte.

—¿No…? ¿No has escuchado lo que te he dicho?

—Ahora tienes que pensar menos y sentir más. —La besa con fuerza, mordiéndole el labio en un momento.

Sigue siendo bueno. Lo bastante para marearla. Pero Laura se aparta de nuevo, se obliga a caminar hacia el otro extremo de la

habitación. Bastian deja escapar un refunfuño de impaciencia, del que hace caso omiso. Cuando se da la vuelta, está dando golpecitos con el pie en el suelo, su mandíbula tensa otra vez.

—Nunca escribí nada malo en esos diarios —dice Laura—. Me daba vergüenza reconocer lo que estaba aguantando.

—¿Por qué te pones así? —Intenta modular la voz, pero lo conoce lo suficiente para detectar la furia reprimida—. ¿Por qué intentas estropearlo todo?

—Una de las cosas que no escribí fue aquella noche en casa de Theo. Por su cumpleaños. La premisa era una fiesta de fraternidad, supongo que en tu honor. ¿Recuerdas lo que pasó entre él, tú y yo? ¿Recuerdas la cámara de vídeo?

—Esto es una mierda. He venido hasta aquí…

—No te lo he pedido —lo interrumpe—. No te pedí nada de esto.

—Sí lo hiciste. Estabas aburridísima antes de que yo volviera a tu vida. —Al verle la cara, añade—: Lo que estoy diciendo es que mereces más. Te mereces lo mejor.

—O sea, a ti, ¿no?

Su mandíbula se tensa de nuevo.

—Bueno, Nick no lo es, ¿verdad?

—Nick es un buen hombre.

Bastian hace una mueca de desprecio.

—Pero no lo quieres. Me quieres a mí.

—Pues no. No quiero a tu verdadero yo, sea quien sea. Me inventé a la persona a la que quería. Lou intentó decírmelo.

—Que le den a Lou.

Laura da un respingo pero no aparta la mirada.

—He venido aquí por ti —dice él, acercándose a ella—. Acabo de destruir mi relación y ¿ahora qué pasa, que ya no me quieres? —Levanta la voz y cierra las manos en puños. Ella retrocede automáticamente, tropezando con algunos escombros sueltos. Su instinto femenino clama en su interior: «¡Discúlpate, suavízalo, arregla las cosas!». Se obliga a no hacerlo. Siente que sus piernas van a ceder.

—No te pedí que vinieras —consigue repetirle—. Y ahora quiero que te vayas.

En ese momento, la habitación empieza a moverse de nuevo, esta vez con más violencia. Hay ruido, pero, igual que antes, está tan integrado en el temblor que resulta indescriptible, alcanzando algún decibelio más allá de la capacidad auditiva humana. Luego se detiene. El silencio cae a su alrededor como un manto.

Entonces se percata de que está medio agachada, con las manos extendidas para mantener el equilibrio. Resulta profundamente aterradora esta prueba de que el suelo no es *terra firma* después de todo. Cuando pasa miedo en un avión, le encanta aterrizar, aunque

sabe que es la parte más peligrosa. Solo quiere dejar atrás la incertidumbre del aire. Ahora es al revés: desea que la eleven y la alejen del suelo traicionero.

Bastian mira hacia arriba, donde una fina lluvia de yeso cae desde una esquina en la que parece hundirse el techo. De repente, Laura piensa que puede marcharse, que debe hacerlo antes de que vuelva a empezar y se les caiga todo encima.

Se levanta, pero entonces Bastian acorta la distancia entre ellos y la agarra por el codo, sujetándola.

—Espera un momento.

Ella intenta apartar el brazo, pero él es demasiado fuerte. Una vena sobresale de su bíceps, recorriendo el músculo hinchado.

—¿Qué estás haciendo? —A Laura le tiembla la voz—. Tenemos que salir de aquí.

—Todavía no he terminado de hablar contigo. —Su expresión es dura—. Tienes que escuchar lo que tengo que decir.

—¿Estás loco? El techo puede venirse abajo. Podría haber otro temblor en cualquier momento.

—Quiero que hablemos arriba. Quiero recordarte lo que tenemos juntos.

La habitación empieza a moverse nuevamente. Un gruñido la hace gritar. Es la estructura del edificio. El movimiento y el ruido se detienen de nuevo, pero la caída del yeso del techo se ha convertido en un flujo constante. El abombamiento es cada vez más pronunciado.

—Bastian. —Se esfuerza por mantener la voz baja y tranquila—. Tenemos que irnos. Tenemos que irnos. Ahora.

—No hasta que me hayas escuchado. —Tira de ella hacia las escaleras, y Laura ve que algunas partes se han separado de la pared. Emiten un crujido horripilante mientras la obliga a subir los escalones.

«Se ha vuelto loco —piensa ella—. Ha perdido la cabeza».

Lo que ha dicho Madison esta noche sobre su situación financiera la asusta. Las cuestiones de dinero, las deudas, el miedo a perderlo todo hacen que los hombres cometan locuras. Mira a Nick. Sin embargo, mientras que Nick se desespera, Bastian se enfada, profundamente indignado por la humillación y la frustración.

Han llegado a la mitad de las escaleras cuando se oye una voz.

—Alto ahí.

Bastian se da la vuelta y ella resbala por un escalón con el vaivén. Madison lleva unos pantalones vaqueros cortos y una camiseta gris desgastada, con el pelo recogido en una cola alta. Está muy guapa. Laura se sorprende un poco de que no esté apuntando con una pistola.

—¿Adónde vais?

—¿Tú qué crees? —se burla él.

—A lo mejor es cosa mía, pero me parece que ella no quiere.

—¿Por qué no te vas tú? Aquí no te quiere nadie.
—¿Sí? Laura parece un poco aliviada de verme.
Si en algún momento estuvo borracha, Madison parece totalmente sobria ahora.
—Pensabas que estaba durmiendo la mona —le dice a Bastian, como si le leyera el pensamiento—. Pero estaba esperando mi momento. Quería ver qué hacíais.
—No, si nosotros no… —interviene Laura—. Quiero decir que no lo habría hecho. Fue solo una vez… —Se interrumpe.
Madison agita una mano.
—No me refiero a eso, o no solo a eso. Me refiero a que quería saber lo que te decía, cómo te explicaba lo del dinero. ¿Qué te ha dicho? ¿Cómo te ha traído hasta aquí?
—Las luces estaban encendidas. También estaban encendidas en la villa cuando volvimos. —Laura traga saliva—. Los hombres de Angelo están intentando asustarnos.
—¿Qué? —Bastian le suelta el brazo ligeramente y ella aprovecha para liberarse de él.
—Nick les debe dinero. Y hay un problema de lindes. Seguramente desaparecería si tuviéramos dinero, pero no lo tenemos. Casi no nos queda nada.
Se hace un silencio, y entonces Madison empieza a reírse.
—Joder, sabía que Nick estaba metido en algún lío. Así que, básicamente, estáis todos sin blanca menos yo.
Bastian se queda quieto.
—¿Tú? ¿Qué coño tienes tú?
Madison sonríe.
—Me encargaste que llevara la contabilidad porque se me daba muy bien, ¿recuerdas? Te burlabas de mí por ser tan cuidadosa, de mi pequeño archivador en el sótano, pero es porque nunca has sabido lo que es no tener nada. Hace años que me he encargado de pagarlo todo: la hipoteca, los coches, los seguros, todo.
—Así que tienes la casa asegurada. ¿Y a quién coño le importa? No estoy hablando de las facturas. Hablo de las inversiones que te dije que hicieras.
Madison parece pensarlo un momento, con un brillo en la mirada.
—Pues qué bien que no las hice, ¿no?
—¿Qué? ¿Qué pasa con el proyecto en el que Jeff quería que participara, y lo de la *start-up*? ¿Qué hay de…? —Se detiene en seco. Está tan alerta que Laura puede sentirlo vibrar—. No eres lo bastante inteligente, Madison.
—¿No? ¿Estás seguro? —Madison ladea la cabeza. Su lustrosa cola de caballo se balancea. Se ríe y mira a Laura—. Cuando era niña, mi madre tenía una caja vieja de hojalata escondida bajo el fregadero.

Guardaba calderilla, algún billete de dólar, lo que pudiera conseguir. Solo lo sabía yo. Los hombres de la casa no se rebajaban a buscar en los armarios de la cocina. Durante mi infancia, cuando todavía nos llevábamos bien, nos íbamos cada dos meses a tomar un helado juntas, las dos solas.

Bastian emite un sonido despectivo.

—Ya estamos otra vez con la mierda de los paletos. ¿Qué coño tiene que ver tu pobre mamá con todo esto?

Madison sonríe.

—Y tú crees que la tonta soy yo. Te digo que he estado haciendo lo mismo que ella, en todo momento, pero no lo he malgastado en helados. Ese archivador en el que nunca te has molestado en mirar es mi caja de hojalata bajo el fregadero. Esas inversiones que me dijiste que hiciera eran una ruina. Así que guardé el dinero. Hice mis propias inversiones. Todo está a salvo. Hasta te hice un seguro a ti, cariño. Si un camión de dieciocho ruedas te arrolla en la autopista, me dan tres millones. Y tú consentiste todo esto, por cierto. Nunca leíste ninguno de los papeles que te puse delante, solo firmaste con tu nombre.

A Bastian se le ilumina el rostro.

—¿Entonces tenemos más de lo que pensábamos? ¿Y la segunda hipoteca? ¿Fue real o no?

—No, no, la tenemos. Bueno, la tienes tú. En fin, que cuando eres cuidadoso, todo suma, ¿entiendes? Lo único que se perdió realmente es el dinero que recibiste cuando cumpliste veinticinco años. Te lo gastaste tú solito, no pude hacer nada al respecto.

Bastian baja un escalón, acercándose a Madison. Se ha olvidado de Laura.

—¿Cómo que la tengo yo?

—Quiero decir que la segunda hipoteca está a tu nombre. Yo me quedé con el dinero. Al principio. Luego me compré un apartamento frente al mar en Malibú. Se lo he estado alquilando a una pareja preciosa con un hijo. Pero es mío, si lo necesito.

La expresión de Bastian se vuelve extrañamente fija, trastornada. Cuando se dispone a bajar el resto de las escaleras hacia Madison, comienza otro temblor. Es la persona menos torpe que ha conocido Laura, pero se golpea con fuerza contra la pared a la que ya no está unida del todo la escalera, y resbala. Su cabeza rebota contra el yeso con un sonido seco.

Laura titubea un instante, pero cuando él abre los ojos y hace una mueca de dolor, otro temblor de tierra la incita a ponerse en movimiento. Pasa junto a él, bajando las escaleras hacia Madison, donde se detiene, respirando con dificultad. Las dos mujeres se miran cara a cara.

—Vete —dice Madison—. Sal de aquí antes de que todo se venga

abajo. Yo me encargaré de él.

—Madison, estoy…, estoy muy…

—Por el amor de Dios, vete.

Laura está en el mismo centro del claro cuando empieza de verdad. Esta vez no es un temblor, sino un terremoto en toda regla.

Primero hay una fuerte sacudida, como si alguien hubiera frenado el mundo. Luego comienza la vibración, pero esta vez no se detiene. El ruido es mucho mayor, y se parece más a como uno espera que suene la apertura de la tierra: un rugido gutural, o una ola gigantesca al romperse, salvo que esta sigue rompiéndose.

Más adelante, se entera de que solo duró diecisiete segundos. Pero es suficiente para que la estructura de Casa Giuseppe se colapse. La chimenea cae sobre el tejado, atravesando el techo del último piso, y con él una enorme viga de roble. Todo se desploma sobre la escalera, que se viene abajo.

Naturalmente, esto es lo que se fue descubriendo después. Lo único que sabe Laura en este momento es que se apagan las luces de Giuseppe, el ruido es ensordecedor, la tierra se agita ondulándose como el agua, y no puede hacer otra cosa que agacharse y encogerse lo máximo posible hasta que todo termine.

Cuando al fin para, se tapa la boca y la nariz con el dobladillo de la falda para protegerse del polvo. Cae por todos lados, pero también escombros. Se cubre la cabeza con los brazos hasta que acaba. Lentamente, a medida que el polvo se asienta, sale la luna, y, con su luz fría y milagrosa, ve que Giuseppe ya no está en pie, por lo menos la parte de arriba. Donde estaba el piso superior, no hay más que aire.

Se levanta tambaleándose, aturdida. Tiene una sensación extraña en la cabeza, hasta que se da cuenta de que le pesa más de lo normal por la cantidad de polvo que lleva en el pelo. Da un paso cauteloso, como si caminara sobre hielo agrietado, pero el suelo se mantiene firme. Por ahora.

Se vuelve hacia lo que queda de Casa Giuseppe. Bastian y Madison siguen dentro. Vacila un instante, sin saber adónde ir. A la villa, donde Nick está durmiendo, o a donde sabe que se necesita su ayuda. Un grito la decide. Apenas lo oye, el sonido es débil. No tiene ni idea de quién de ellos puede ser.

Los escombros son más grandes conforme se va acercando al edificio en ruinas. Se mezclan con los cristales rotos de las ventanas, de modo que pisa con cuidado para no cortarse los pies. Otro grito. Ahora suena más femenino.

—¿Madison?

Según va avanzando, la luz de la luna se vuelve más fuerte, la atmósfera se aclara, y puede ver que la planta baja no está tan destruida como pensaba. La piedra que enmarcaba la puerta ha

desaparecido, pero el dintel de la ventana se ha mantenido. De repente, recuerda haber visto el águila dorada a través de su cristal emborronado. El cristal no está, salvo por un largo fragmento que aún se aferra a la vieja masilla. Se cubre la mano con la falda y lo tira de un golpe, y luego sube al alféizar, rezando para que aguante, rezando para que la presión de las profundidades de la tierra se haya disipado lo suficiente.

—¿Madison? ¿Bastian? —No se atreve a gritar, la estructura que la rodea es demasiado frágil para ello.

Y entonces, un destello de algo brillante. Refleja la luz de la luna durante medio segundo, como el destello de un faro lejano vislumbrado en el mar. Luego desaparece, pero se dirige hacia donde estaba. Vuelve a brillar fugazmente, y la tierra que lo cubre se mueve. Se da cuenta de que es el anillo de Madison en el mismo momento en que ve un trozo de camiseta gris y un mechón de pelo, como una peluca empolvada.

Busca el anillo y le encuentra la mano. Está caliente cuando la aprieta, y percibe una leve respuesta.

—Estoy aquí. ¿Madison? Vamos, tienes que levantarte.

Un gemido bajo en algún lugar oscuro, donde todavía no ha llegado la luz de la luna, le hace darse la vuelta.

—Bastian. Bastian, ¿puedes oírme?

Necesita que haga otro sonido para poder ubicarlo. Detrás de ella, Madison grita de dolor mientras vuelve en sí. Cuando la mira, se está retorciendo en el suelo, agarrándose el hombro.

—¿Se te ha roto?

Parece que Madison no puede hablar. Tiene la respiración entrecortada. Incluso a través de la capa de polvo, su piel está cenicienta. Se agarra el hombro y cierra los ojos. Mueve los labios contando los segundos para exhalar.

Bastian vuelve a gemir. Madison está dolorida, pero no en peligro, así que Laura se encamina hacia él con cautela, a través de los restos de la escalera. Los travesaños, los balaustres y los tablones se amontonan en ángulos extraños. Si no fuera por el cielo abierto y el suelo de piedra bajo sus pies, no sabría qué camino tomar para subir. Entonces lo ve, entre un montón de madera partida, como la leña de un gigante. Él parpadea desde la penumbra del pequeño vacío en el que está atrapado, con sus largas pestañas espesas y pálidas por el polvo.

—¿Puedes moverte?

Bastian se va recomponiendo, hasta que se incorpora con rapidez, esforzándose por levantar las maderas de su espalda. Se mueven un poco, y Laura se prepara para un derrumbe catastrófico. No ocurre, pero sigue atascado. Comienza a apartar los trozos más pequeños que

es capaz de mover, uno a uno. Hay muchos escombros, no solo madera, sino también trozos de yeso y muebles rotos, incluso la estatua de la Virgen María que estaba en el dormitorio, a la que ahora le falta la cabeza.

Siente que está trabajando contrarreloj. No le queda duda. Aunque no se produzca otro terremoto, seguramente habrá réplicas. Bastian vuelve a empujar hacia arriba, bramando de esfuerzo, y la pila se mueve un poco más. Hay una enorme viga que no podrá mover, y, de hecho, tiene suerte de que no lo haya matado en el acto. No será posible, ni siquiera con su ayuda, pero si hubiera tiempo suficiente, podrían abrir un hueco por el que escapar.

Pero no hay tiempo suficiente. Las vibraciones comienzan de nuevo, no con una sacudida, sino con un lento temblor que va en aumento. Espera que sea algo bueno, que signifique que se trata de una réplica, y no de otro terremoto que empequeñecerá al anterior. Mientras lo piensa, la pared más lejana, en la parte trasera de la casa, empieza a oscilar, ondulándose de una manera que una pared sólida no puede resistir. Se hunde hacia dentro con un poderoso crujido que arroja una nueva capa de polvo hacia arriba y sobre ellos.

Las dos mujeres gritan cuando se viene abajo. Bastian está demasiado concentrado en salir de los escombros. Da manotazos para liberarse mientras continúa el temblor. Al igual que él, Laura sabe con absoluta certeza que las otras paredes seguirán el mismo camino.

—Laura. Laura, por favor.

Se da la vuelta. Es Madison. Está tumbada de espaldas, temblando descontroladamente.

—Se me ha dislocado el hombro. No puedo colocarlo… —murmura entre dientes. Con un enorme esfuerzo, se endereza e intenta arrastrarse hacia la puerta, pero parece que no puede ponerse de pie ni sortear los cascotes más grandes por el dolor.

Un antiguo amigo de Laura se había dislocado el hombro. Todavía recuerda haberlo visto en el campo de fútbol del colegio, revolcándose de dolor como Madison. También vio exactamente cómo se lo recolocaba el entrenador. Se acerca a ella con decisión y la pone de espaldas. Sujetándola con fuerza por la muñeca, le levanta el brazo mientras ignora sus gritos, hasta que alcanza un ángulo de noventa grados. El hueso vuelve a su lugar. El sonido y la sensación le producen arcadas. Sin embargo, Madison se calma al instante. Está en su sitio.

A su alrededor, el temblor continúa como si nunca fuera a detenerse. Vuelve corriendo hacia donde sigue atrapado Bastian y reanuda sus esfuerzos, intentando mover los trozos de madera más grandes mientras él empuja desde dentro, bramando desesperado.

Laura se detiene. Sabe en el alma que no queda tiempo.

Tiene que elegir.

Cuando al fin cesan los temblores y los rugidos, se levanta y mira a su alrededor. Desprende partículas al hacerlo, como si su propio cuerpo estuviera hecho de polvo. Le pitan los oídos. Para su sorpresa, el mundo sigue ahí. A su espalda, la mayoría de los edificios se mantienen en su lugar. Cuando la tierra se asienta y la luz de la luna comienza a filtrarse de nuevo, sus estructuras permanecen más o menos intactas, aunque Casa Giuseppe ha desaparecido por completo, reducida a escombros.

—Vamos —dice, extendiendo la mano—. Levántate. Se ha terminado.

Avanzan a trompicones hacia la villa. Espera verla derribada o al menos herida de muerte: una grieta de medio metro de ancho que atraviesa el viejo estuco. Hay mampostería caída y el tejado tiene un aspecto extraño, como una boca sin su dentadura postiza, pero en general está bien. Luna Rossa sigue en pie.

Una figura se alza ante ella, sacudida pero ilesa. Nick. Las mira a las dos por turnos.

—Bastian. ¿Dónde está Bastian?

Laura no puede hablar y niega con la cabeza, pero Madison sí puede:

—Ha muerto.

Día 13

*D*e alguna manera, logra conciliar el sueño a trompicones, entre las réplicas y las pesadillas con Bastian. Sin embargo, cuando se despierta, el sol está en lo alto del cielo, brillando como si nada hubiera pasado.

Las sábanas están llenas de polvo y piedras diminutas, y tiene el cuerpo magullado y arañado por todas partes. También tiene tres uñas rotas por debajo del ras, que le duelen cuando las toca. «Bastian está muerto». La verdad la golpea de nuevo y tiene que quedarse muy quieta para no vomitar.

Cuando baja las escaleras, Nick está en la cocina tomando un café en la mesa, y es como tantas otras mañanas, excepto porque el contenido de los armarios está destrozado, el techo tiene grietas y Bastian está muerto.

Se acerca a su marido y se acurruca en su regazo. Su ojo morado está lívido a la luz, con el color y el brillo exactos de una berenjena nueva.

—He hablado con la policía —dice él—. Bueno, lo he intentado. No estoy seguro de que hayan entendido todos los detalles. Al principio pensaron que la casa se había derrumbado, pero creo que al final lo entendieron: que se trataba de otro edificio de la finca, y que solo había una persona dentro. Van a mandar una ambulancia para recoger… —Se queda sin palabras—. Estaba pensando que quizá debería llamar a las autoridades estadounidenses. Al consulado o lo que sea.

—Sí.

—Laur, ¿qué vamos a hacer después de esto?

—¿Con Angelo?

—Con nosotros.

Laura entierra la cabeza en su pecho, huele su aroma.

—Siempre seremos amigos —dice él, sobre su cabello polvoriento —. Siempre te querré.

Laura asiente, mordiéndose el labio para no llorar. Pero Nick tiene razón. Sabe que es verdad. No puede hablar, así que le aprieta la

mano. Él le devuelve el apretón.

Se quedan callados un rato.

Es Nick quien rompe el silencio.

—Voy a arreglar lo del dinero por ti, ¿vale?

—No, no solo por mí, también por ti. Por los dos.

—Sí, pero es a ti a quien tengo que…

—Nick —lo detiene ella. Como están abrazados, nota que se queda quieto—. Parte de la razón por la que hemos acabado así es porque no dejabas de intentar compensarme. Por lo del niño, por los mensajes con Jo. Tienes que parar ya. No lo digo para ser cruel, pero has empeorado las cosas. De alguna manera, has hecho que todo sea culpa mía.

—¿Y eso por qué?

—Porque es como si todo lo que has hecho en los últimos dos años fuera para hacerme feliz, o para protegerme, o para que te perdone. Eso me convirtió en una persona tan difícil de complacer que te llevé a tomar esas decisiones absurdas a mis espaldas. Por ejemplo, nada de lo de Angelo habría ocurrido si yo hubiera sido más razonable. —Se separa de él para mirarlo.

Nick parece devastado.

—Yo no lo vi así en ningún momento.

—No, pero es lo que siento.

—Solo quería que todo fuera perfecto para ti —dice él, moviendo la cabeza.

—¿Sí? ¿Y cómo te ha ido?

Hay una pausa y luego, afortunadamente, sonríe.

—Pues de maravilla, la verdad. He superado todas las expectativas con mi astuta gestión de todo esto.

Se ríen y después se callan al mismo tiempo. Laura sabe que él también se ha acordado de Bastian. No solo porque haya muerto, lo que sigue siendo surrealista, y es posible que siempre lo sea, sino por lo que hizo con él.

—Tommaso me llamó antes de que bajaras —dice Nick después de un largo rato.

—Ay, Dios. ¿Qué quería?

—No contesté. No fui capaz. Pero me dejó un mensaje de voz. —Algo en su tono la hace incorporarse para mirarlo bien.

—¿Y?

—Creo que se ha enterado de lo de Bastian.

—¿Tan pronto?

—Fue media hora después de que hablara con la policía. Ya sabemos que Angelo y él tienen contactos.

El corazón de Laura late más deprisa.

—Cuéntame lo que dijo.

—No fue tanto lo que dijo, sino cómo lo dijo, sin la arrogancia habitual del pequeño cabrón. Me costó trabajo, pero luego lo entendí. Estaba nervioso, muy nervioso. Dijo que tienen que posponer el resto de las obras a causa del terremoto, y se disculpó, dos veces. Después mencionó algo de las normas. Eso no lo pillé bien, era muy confuso.

—¿Las normas?

—Sí, las normas sobre terremotos. Ya sabes que aquí están muy pendientes de eso. Hace semanas que me dijo que teníamos que pagar más para que Giuseppe se adaptara a la normativa. Supuestamente ya lo habían hecho, aunque yo no vi que modificaran la estructura. El otro día intenté hablarlo con él, pero Bastian los echó a todos. Fue cuando te dejé sola con los obreros. En fin, lo que está claro es que pagamos por el trabajo. Tengo la puta factura.

—Pero entonces, si no lo hicieron bien, sería…, sería homicidio imprudente, ¿no?

Nick se encoge de hombros.

—Tal vez. Debería serlo. Pero no creo que volvamos a saber de ellos.

—¿Significa eso que el tema de las lindes ha desaparecido mágicamente?

Él cruza los dedos.

—Entonces, ¿podríamos vender sin problemas?

—Sí. —Se encoge de hombros—. Si quisiéramos vender.

—¿No deberíamos hacerlo, si vamos a…?

Nick sonríe con tristeza.

—Quizá podamos compartirla. No para vivir juntos, claro, pero que siga siendo nuestra. Y alquilársela a alguien, por ejemplo. Me he encariñado con todo esto más de lo que pensaba.

—No sé, Nick.

—No. Supongo que tienes razón. Como siempre.

Ambos miran al suelo. Laura sabe que Nick está intentando no llorar, igual que ella. Suelta una carcajada, aunque suena más como un sollozo.

—A lo mejor quiere comprarla Madison. Ahora es una mujer rica.

Nick levanta la vista.

—¿Qué quieres decir? Pensaba que Bastian…

—Madison se puso manos a la obra hace años. Ahorró el dinero que él le había dicho que invirtiera y se compró un apartamento a escondidas. También contrató un seguro de vida. De varios millones.

—Dios.

—Sí. Al final no se parece tanto a su madre. —Mira al techo—. Por cierto, ¿y cómo está? ¿La has visto?

—Supongo que estará durmiendo. No he querido molestarla.

—Debería subir. Acaba de perder a su marido. —Utiliza el término

deliberadamente.

Al levantarse, nota que pierde el equilibrio y se tambalea sobre las baldosas, con el corazón encogido de miedo. Pero no es otra réplica. Nick sigue mirando su taza de café vacía. Solo es el recuerdo de los temblores de la tierra, como después de pasar un día en barco, cuando continúas sintiendo el mar movedizo mucho después de haber llegado a tierra firme.

Al pie de la escalera, se detiene ante el espejo. El reflejo que le devuelve es de una palidez mortal. No está segura de cuánto se debe al polvo y cuánto a la conmoción. ¿Cuándo estuvo allí con Madison, que le sacaba media cabeza, mientras le colocaba la diadema en el pelo? Le cuesta creer que no fuera hace semanas ni hace días, sino la noche anterior.

Llama a la puerta antes de entrar. Puede imaginarse tan claramente a Madison en la cama (con la camiseta gris rota, las piernas magulladas abrazadas a su pecho, los ojos abiertos y vacíos por la impresión) que tarda unos segundos en comprender que no está allí.

La cama está hecha. No parece que haya dormido nadie. Sobre un recuadro de luz solar que duele a los ojos hay dos objetos: una nota y un anillo de diamantes. Laura coge primero el anillo y se lo pone sobre su alianza. Es demasiado grande y la piedra se balancea con su propio peso, lanzando destellos por la habitación. Coge la nota. La letra de Madison es sorprendentemente elegante y anticuada. Solo hay una línea.

QUIZÁ DEBERÍA HABERLO ESCONDIDO BAJO EL FREGADERO PARA TI.

Un enigma hasta el final, Laura no está segura de lo que pretendía Madison ni con la nota ni con el extraño e inesperado regalo del diamante. Por un lado, el anillo representa la relación que Laura contribuyó a destruir. Por otro, es una ganancia imprevista que la libera a ella y a Nick de una importante deuda. Libertad y culpabilidad en un fragmento de carbón tallado y pulido. Cierra la mano, y los bordes afilados de la piedra se le clavan en la carne blanda de la palma.

Con cuidado por si vuelve a marearse, sale al balcón de hierro forjado que nunca llegó a disfrutar, protegiéndose los ojos del inclemente sol. El valle parece inalterado a esta distancia. Aparentemente benigno y eterno, no hay señales de la violencia de ayer en el paisaje natural. Solo en los pocos edificios que salpican la lejana ladera son visibles los daños, si se mira con suficiente atención: paredes derrumbadas y tejados hundidos.

Sigue siendo precioso, claro. Pero entonces comprende que

también es indiferente, hacia ella y hacia todos los demás. Recuerda cómo parecía llamarla cuando llegaron por primera vez. *«Aspetta, signora!»*. Ahora sabe que no le importa que esté aquí o no. Y aunque debería hacer que se sintiera triste o sola, tiene algo de liberador. La pesada obligación se ha esfumado. El pasado también.

Se da la vuelta para mirar el camino de gravilla blanca por el que habrá salido Madison de madrugada, sola en el enorme coche de alquiler. Laura sabe que no volverá a verla. Es brutal pensarlo, pero la muerte de Bastian ha abierto nuevas posibilidades para ambas. Siente una vaga aprensión, aunque hay más esperanza que miedo. Sabe que pronto le tocará a ella: conducir con las ventanillas bajadas, el aire caliente entrando, el polvo levantándose a su paso.

Agradecimientos

Fiebre de verano empezó siendo una historia sobre un matrimonio que va mal, pero acabó tratando sobre la amistad y la solidaridad femeninas, y por eso se la dedico a las mujeres de mi vida. En este sentido, debo dar las gracias en primer lugar a mi asombrosa editora, Jillian Taylor, que siempre entiende lo que intento hacer, y siempre lo mejora. También quiero dar las gracias a Grace Long, Sophie Shaw, Jen Harlow, Beatrix McIntyre, a la extraordinaria correctora Hazel Orme y a mi colega escritora de MJ Costanza Casati, que tuvo la amabilidad de revisar mi pésimo italiano. Gracias también a mi maravillosa e infinitamente amable agente, Becky Ritchie, de AM Heath.

Siempre digo lo agradecida que estoy por mis amigas escritoras, que han sido lo mejor de haber publicado, pero vale la pena repetirlo. Gracias a Hayley Hoskins, Amanda Reynolds, Rosie Walsh, Emylia Hall, Emma Stonex, Katie Fforde, Katherine Webb, Jenny Ashcroft, Cesca Major, Sarra Manning, Iona Grey, Lucy Foley, Hannah Richell, Jo Harkin, Dany Atkinson, Kate Thompson y todas las increíbles escritoras de Swans y Stroud/Cheltenham. Mucho amor también a la pandilla de The Novelry, en particular a la inimitable Louise Dean, que me ayudó a escribir el primer borrador de este libro en tres meses. Por último, una mención especial para mi mejor amiga y hermana libresca, Claire McGlasson. ¿Qué habría hecho yo sin ti el año pasado?

Todo mi amor y agradecimiento a mi familia, cuyo apoyo inquebrantable aprecio tanto. Mamá, Steve, Joan, Sarah, John, Sophie, James y, por supuesto, Jasmine. Sin olvidar a mi queridísimo padre, claro, al que perdimos a principios de 2021. Estaba muy orgulloso de que me publicaran. Papá, te echamos mucho de menos. También le mando todo mi amor a mis amigos no literarios, muchos de los cuales han estado conmigo más de media vida: Bruna Magor, Darren Loftus, Chris Spellman (¿ves?), Jade y Josh Bell, Des Yankson, Tim Ovenden, Dwy y Rod Owen, Helen Hockenhull, los Keohane, los Chapman y los Lacey.

Nota de la autora

No he mencionado en qué momento se ambienta esta historia, pero la edad de Laura la sitúa en 2019, justo antes de la pandemia. También me he tomado la libertad de ignorar por completo el Brexit, lo que supongo que no importará demasiado a mis lectores, sean del partido que sean. Os ruego que disculpéis cualquier error que pueda haber sobre las leyes de propiedad y las normas sobre terremotos italianas: sin duda serán todos míos. Quizá convenga señalar que mi descripción de la Universidad de Exeter es ficticia y no se basa en mis propias experiencias, aunque creo que hay muchos detalles que podrán reconocer mis compañeros de estudios…

Título original en inglés: *Summer Fever*

Primera edición en este formato: junio de 2023

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.
08003 Barcelona
actualidad@rocaeditorial.com
www.rocalibros.com

ISBN: 978-84-19743-09-1